

Luna para dos

Irene Ferb



Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, octubre 2018

© 2018 Irene Ferb

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Mercedes Tabuyo

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Parte dos: 5 meses después.](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Parte tres](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Prólogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Segunda nota de autora](#)

[Agradecimientos](#)

A mi prima Natalí, por ser siempre la primera. Mis libros te deben mucho, y la vida, más. Te mereces mil dedicatorias. Gracias...

A mi madre, porque ahora que lo soy, sé cuánto me quieres y lo que has peleado por mí; espero que estés orgullosa.

A mi padre, porque cada vez tengo más claro que mis ideas locas y creativas vienen de tu parte y porque te mereces una dedicatoria.

A ti, mi pequeña Eire, no puedo dejar de dedicarte un libro; al fin y al cabo, te dedico mi vida. No hay amor más grande que el que yo te tengo. Nunca lo olvides, Piriguti.

Capítulo 1

Se nos muere el amor

Me siento como un torpe pajarillo. Sí, así es. Echo el agua hirviendo a mi tetera, la poso en la bandeja y salgo haciendo equilibrios, como un camarero primerizo, a mi pequeño balcón del centro de la ciudad. Madrid.

Mientras remuevo con la cucharilla para que mi rooibos se mezcle homogéneamente, aclaro que no me comparo con un pajarillo por aquello de la libertad, del vuelo libre, ¡qué va, ni de cerca! Soy esa ave atontada que no sabe medir la distancia y en un exceso de confianza cruza la carretera y se ve estampada contra la luna de un coche. ¡Ploff!

Eso es lo que me ha pasado: ¡ploff!, ¡chuff!, ¡pumba! Sería más propio decir que es lo que lleva sucediéndome desde que nací. Voy de luna en luna, estrellándome en todas (si esto no fuera un ejemplo estoy segura de que los de Carglass me ponían en nómina). Mi vida es un desastre y no me lo merezco. Para nada.

Para colmo me llamo así, Luna. Mis padres que se vieron románticos ese día y decidieron fastidiarme la infancia y la adolescencia con el nombre más cursi de los habidos y por haber. Si hubiera podido explicarme al nacer, les habría dicho: «¿En serio? Estáis de broma, ¿no?», pero no pude; obvio. El caso es que ellos cuentan que no tenían claro el nombre, pero que fue ver mi carita blanquita y redondita de neonata y la solución a su quebradero de cabeza se resolvió. Ellos lo describen como una de las decisiones más cabales y acertadas de su historia, y aunque yo se lo he reprochado más de cien veces, me ignoran. Para ellos soy su Luna y no hay más que hablar. Soy una quejica y una desagradecida. Tontunas mías.

Lo siguiente a mi nombre, mi edad: veintinueve años. ¡Venga, Luna! ¡Acéptalo! Treinta. ¡Luna! Vale, vale, treinta y uno (lo llevo tan mal que es bochornoso). Es que cruzar la barrera ya fue malo, pero ese uno añadido, ese palito que se solapa a las XXX le rebaja todo el erotismo que los treinta

presentan en números romanos (en la única forma, porque es decir que estás en tu tercera década y los ligues salen en estampida a lo «se acaba la barra libre en dos minutos»).

Soy investigadora. Ahora. Por fin. Me ha costado lo mío. Estudié bioquímica y biotecnología, hice un máster en biología molecular y celular, y me becaron en el laboratorio donde hice el doctorado. Aquí llevo tres años ya, contratada como doctora, enfrascada en la caída del cabello. Estudio otras cosas, pero nuestro proyecto más ambicioso es ese. El nuestro y el de medio mundo. A pesar de que pueda parecer frívolo o menos trascendente que otro tipo de investigaciones, a mí me apasiona. Y como dicen mis padres, lo importante es eso, cariño, aunque seas pobre como una rata de alcantarilla; si tú estás feliz encerrada todo el día en las cuatro paredes de tu laboratorio, eso que te llevas, aunque el resto no lo entendamos. Mis padres y su franqueza... otro tema.

Ellos, ellos no parecen mis padres. Ni los de nadie. Si el Festival de Woodstock se llega a celebrar diez años después hubiesen sido cabeza de cartel. Son dos espíritus libres y cuanto más mayores, peor. Ahora viven en Argentina, se han hecho con una granja y creo que acogen a todos los turistas que se enteran y quieren dormir gratis por todo el morro. Desde que se prejubilaron se han desquitado de sus arduos años de asalariados para mantenernos, y a todo el que les visita le prohíben el uso del reloj, de la palabra *norma* y de la tele. Yo no voy. Los quiero mucho, pero desde la distancia aún más.

Aunque parezca mentira, no soy hija única. Tengo dos hermanos. Júpiter y Estrella. ¡Venga, va! Ya no me importa, juguemos a aquello a lo que han jugado todos mis amigos de la infancia, une nuestros nombres: Júpiter, Luna y Estrella. ¿Hace falta estar falto de sentido común para castigar así a tus hijos? Pero ¿por qué? ¡Si son nombres preciosos! ¡Hay que ver, Luna, lo quejica que eres! ¿¡A quién habrás salido!?!... Y lo peor es que mi hermano mayor fue a casarse con Marisol, a la que desde pequeña le llamaban Sol. Mis padres dieron palmas con las orejas en cuanto la conocieron, creo que le dijeron a mi hermano que había encontrado la pieza del puzle que faltaba y que estaban seguros de que ella era su alma gemela. Estrella y yo éramos pequeñas y ni nos percatamos siquiera de que se casaron con dieciocho años

porque ella estaba embarazada de Elián, parece ser que las almas gemelas no usaban preservativos...

Sol es mi amiga del alma. Es como otra hermana más. Nos llevamos unos añitos, pero siempre ha sido mi guía, mi oreja, a cualquier hora del día la llamo y ella, dispuesta, me escucha y después de hacerlo me aconseja desde su madurez y su sabiduría. Sin embargo, con Júpiter, aunque sea mi hermano carnal, nunca he terminado de congeniar es de carácter huraño, para ocultar su timidez, lo sé, pero a mí me es imposible acceder a él. Solo lo logran mi hermana Estrella y Sol. Mis padres tampoco lo consiguieron. Sol es su norte. Ha tenido mucha suerte. Más que yo...

Mi hermana Estrella es un poco pequeña todavía, aunque ya tiene veinticinco años no termina de madurar del todo. Yo siempre la encuentro en la edad del pavo, creo que se ha debido de alistar a su sindicato y piensa quedarse allí para siempre. Y, aunque hablo con ella más que con mi hermano, tampoco es que fluyan las conversaciones que sumen, son más del tipo: ¿qué tal? ¿Sabes algo de papá y mamá? ¿Tienes un vestido para dejarme? ¿Me he quedado sin *cash*, porfi, me das un poco de pasta? Es verdad que Sol y yo hacemos todo lo posible por espabilarla y siempre viene a nuestras quedadas y creo que están empezando a surtir efecto últimamente, y lo digo con la boca pequeña. La noto más cabal. Estrella es muy diferente a nosotras, sobre todo en el terreno sexual. Ya entraré en detalles otro día.

Vivo en Madrid. Me encanta. En un sitio fijo. De pequeña tuve que cambiar de casa muchas veces porque mis padres dejaban sus trabajos en cuanto acumulaban el paro suficiente para poder tirarse a la bartola un tiempo y preferían conocer seres nuevos, que al principio eran magníficas personas y a los meses cojeaban por todos lados. Sí, uso el sarcasmo cuando hablo de ellos, lo admito; en general no suelo hacerlo, pero con mis padres es mi arma de protección, el sarcasmo o pagarme un psicólogo de por vida. Total, que en cuanto pude me vine para Madrid, sin remordimiento, con un deseo infantil de plantar mi huevo... y ¡deseo concedido! Vivo en una casita que heredé de mi abuela materna en la zona de Atocha y es mi mayor tesoro. Eso, mi trabajo y mi sobrina Iris. De la que no he hablado hasta ahora pero es que el ser más bonito, luminoso y potente de toda mi estelar familia.

Acaba de empezar septiembre y parece que el calor se ha enterado y ha decidido marchar al hemisferio sur. Llevamos unos días frescos y felices, de ahí que me haya decantado por prepararme un rooibos y no un té frío. Me encantan las infusiones. Creo que si algún día dejo la investigación voy a abrir una tetería. Seguro que mis padres estarían más contentos, les pega más. Salir a mi recogido balcón, que decoré con pequeños palés de fruta pintados y montados en forma de dos sillitas y una pequeña mesita, me apasiona. Es uno de mis lugares favoritos del mundo. Apenas se me ve y yo sí que puedo observar al mundo desde aquí. Madrid y sus prisas.

Mi horario de trabajo me deja poco espacio para el recreo y mis estudios me permitieron menos, así que mi vida social no ha sido muy extensa y ahora tampoco lo es. Salí muchos años con Aitor, el que se suponía que iba a ser mi marido, y con él tenía las amistades cubiertas. Me uní a su pandilla hasta que le pillé con otra en nuestro coche, justo el día en que había dispuesto dejarlo. Llevaba más de ocho años, la rutina, la *despasión*, los esquimales en nuestro colchón y la dejadez convivían con nosotros y ya estaba convencida, pero él me echó un cable. Llegué pronto de trabajar, para hablar con él, y me lo encontré tirándose a otra, mi vecina Vanesa, en la parte de atrás de nuestro Ibiza, que estaba aparcado frente a la boca del metro... ¡para qué esconderse! De hecho, lo cacé porque la policía estaba rodeando el coche, a tope de vaho, y advertí que era el mío. Me acerqué, la vi encajada en sus piernas, gozando lo que yo hacía meses que no gozaba, y me marché. No le dije nada. Me fui a casa. Llevábamos un año viviendo juntos, así que recogí sus cosas y las dejé en la puerta con una nota que decía: «Gracias por todo. Saluda a Vanesa».

Nunca supe nada de él. Se sintió tan avergonzado que ni siquiera dividimos el Ibiza. Me lo dejó y yo lo vendí; olía demasiado a Vanesa. No era mal tío, de verdad que no, y le lloré, más de lo que pensaba, pero no era para mí. Aitor... Creo que vive ahora con ella. Podría saberlo por su madre, Rosa, que siempre que se cruza conmigo en el descansillo levanta la cabeza como un avestruz de la realeza para demostrar que no está avergonzada por el comportamiento de su hijita, cuando justo ese gesto demuestra todo lo contrario. No hay peor compañero de escena que el complejo, me lo decía mi abuela y cuánta razón tenía.

Aitor y sus bromas, que al principio eran graciosas y luego pesadas e

infantiles. Se fijó en mí en el instituto. Polos opuestos. Él, el líder que saca cinco raspados, y yo, la discreta empollona que lee a Tolstoi. Me pedía los deberes, pero yo lo ayudaba con ellos; me negaba a dárselos porque sí, hasta que un día me besó, me dijo que estaba loco por mí y caí como una tonta. Deberes gratis a cambio de revolcones que saciaban mis alocadas y leídas hormonas. Me hacía sentir viva. Lo recuerdo así.

Poco a poco, lo que parecía una relación inviable se convirtió en un noviazgo en toda regla y formamos un equipo acoplando nuestra madurez. Nos hicimos adultos juntos y eso nunca se lo negaré. Eso y que me trató muy bien, hasta su desliz. Pero Aitor me quería mucho, más que yo a él. Estaba muy orgulloso de mí y me lo hacía saber, pero a mí... se me empezó a quedar corto. Esa es la cruel verdad. Me aburría, sus conversaciones no me aportaban nada y sus chistes ya no me hacían gracia. Ya había conocido a Eneko, mi jefe. Solo lo apunto porque creo que a partir del momento en que choqué la mano con la suya, mi vida cambió y Aitor dejó de ser importante para mí.

Me avergüenza decir que estuve más de un año convencida de que lo mejor era dejarlo, incluso probé lo de vivir juntos por si mejoraba, pero no. Ya no lo quería, pero no es fácil dar el paso. Dos años después sé que yo lo empujé a ese coche y a hacer lo que hizo. Tampoco voy a buscarlo para decírselo, que pague por traidor, pero algo de culpa sí que tuve. Dormir al lado de alguien al que le molesta todo lo que haces y se queja hasta de cómo pisas el suelo no debe de ser sencillo. Me convertí en una madre dictatorial con él, y eso me avergüenza. No sé por qué lo hacía, pero todo me daba rabia... ¡Uffff! Odio esa época, es bochornosa. Fui mala persona con quien me había abierto su corazón y me prohíbo volver a serlo.

Así nos comportamos a veces los que decimos ser hijos de Dios. Nadie de mi alrededor apostaría por que fuese una tirana con mi pareja, ni yo, pero así fui. El último año me porté tan mal que quizá por eso me niego a emparejarme de nuevo. Tampoco es que me sobren las ofertas. Me recoloco en mi palé-silla, el interior de mi pelvis me propina otro pinchazo de dolor. Mañana tendré agujetas en cierta zona. La noche de ayer fue extraordinaria para mi hastío sexual, pero la mañana... lo estropeó todo.

Ese pajarillo que vuela libre por la carretera ayer se creyó majestuoso,

rápido, sexi y libertino. Otra ave lo hizo sentir así. Ayer fue la mejor experiencia sexual de mi vida hasta que... ¡plofff! ¡Lunazo al canto! Pero vayamos por partes.

Capítulo 2

Cavernícolas

—Estamos orgullosos de presentar a Eneko Arana, a partir de hoy será vuestro jefe de proyecto.

Tragué saliva o al menos lo intenté. Tenía ante mí al hombre más increíblemente atractivo que había conocido jamás. Y no era el más guapo ni el más fibroso ni el más alto, pero sí el más imponente. Su porte anunciaba elegancia y deporte, más de metro ochenta de músculos sin ser exageradamente visibles ni tímidos. El pelo me gustó desde el primer momento, quizá fue lo primero en lo que me fijé. Algo más largo que el de la media, castaño y fuerte. Su tez bronceada y suave adornaba su atractivo rostro. Ojos almendrados, nariz recta, boca amplia y sonriente, con labios bien perfilados y carnosos en una mandíbula tan marcada y varonil que parecía esculpida. Y sus hombros robustos, tan rectos que daban ganas de tocarlos para ver si estaban dotados de músculos o eran puro esqueleto.

—Gracias, Gloria. Estoy un poco nervioso —dijo, aunque saltaba a la vista—. He venido aquí con muchas ganas. Deseaba regresar a España y esta oportunidad que me brindáis ha sido el detonante que me ha hecho decidirme.

—Te lo mereces, Eneko —le respondió la golfa de Gloria haciéndole ojitos.

—Y a vosotros —se dirigió a la plebe, dos técnicos y dos becarios—, espero que trabajemos cómodos, que fluya el buen ambiente y así podamos conseguir muchos éxitos. Me han hablado maravillas de este equipo.

Justo ahí me miró. Lo recuerdo como si fuera ayer. Su mirada se entrelazó a la mía y se me revolvió el cuerpo como si alguien me hubiera empujado fuerte y yo no me hubiera desplazado ni una gota, pero cada órgano de mi interior sí. Desde esa mirada mi sangre circuló diferente por mi cuerpo. Fue así.

Más tarde, en la recepción con los jefazos de otros servicios y todo el

personal del laboratorio, Gloria me lo trajo.

—Luna, no sé si ya os habéis presentado.

Respondí que no, al suelo. No encontraba fuerzas para levantar el cuello.

—¡Chica, míranos, que pareces tontita! —dijo la empatía hecha carne.

—No, es que tengo una contractura —mentí y no me creyó nadie. Eneko, al menos, no. Pero sonrió y pude perderme en esa espectacular y amistosa sonrisa.

—Pues esta es Luna, tu doctoranda.

—Encantado de conocerte, Luna.

—Y yo a ti.

Nos estrechamos las manos. Y no, no me dio un calambrazo ni noté un calor asombroso; no, nada físico, pero sí que supe que iba a enamorarme de él o incluso que ya lo estaba. Por eso hui como una comadreja con la peregrina excusa del aseo.

Me eché agua en la nuca, miré mi reflejo en el espejo del baño, saqué mi móvil para buscar una foto de Aitor y yo juntos, pero apenas había recientes. Le envié un mensaje mintiéndole, diciendo que la fiesta era un rollo y que estaba deseando volver a su lado y que por qué no se venía a vivir conmigo. Enseguida me respondió: «¿En serio? Preparo la maleta ya mismo. ¡Qué ilusión!».

Volví a preguntarle a mi reflejo qué estaba sucediéndome, me autoengañé respondiéndome que nada y salí de nuevo a la fiesta, sonriente, como se suponía que debía estar alguien que acababa de decidir compartir su vida con su pareja.

—¿Eres la que más tiempo lleva de becaria en el proyecto? —me sorprendió su voz por detrás, tanto que mi copa casi cayó al suelo, junto a mis braguitas, pero pude salvarlo todo a tiempo—. Perdona, te he asustado.

—No, tranquilo —le sonreí dándome la vuelta—. Estaba distraída. Sí, soy la becaria veterana —resoplé usando la misma frase que solía utilizar cuando me preguntaban lo mismo—; bueno, hay dos técnicos, yo estoy sacándome el doctorado y me dieron una beca.

—¿Cuánto tiempo te queda de beca?

—Seis meses.

—¿Y cómo llevas la tesis?

—Bien... ya sabes, mucho lío, pero creo que llegaré a tiempo.

—Eso espero, seguro que es todo un éxito —se rascó la mejilla—. Necesitaré a gente comprometida con la investigación. A ver qué tal funcionamos juntos.

Creo que puse carita de gatito abandonado y hambriento. Algo hice, porque él dijo:

—¡Mujer! ¡No me mires así!

—¿Cómo?

—Como si yo tuviera la llave de tu felicidad —me susurro al oído porque vio que Gloria se acercaba.

—Puede que la tengas —le dije a la estela de seducción que dejó al marcharse junto a la jefa.

Antes de ser, de nuevo, raptado por Gloria, se giró para decirme:

—¡Cuídate esa contractura!

—¿Eh? —recordé mi anterior excusa—. ¡Ah, sí!

Aquel fue el día que marcó un antes y un después. Un antes en el que yo me creía alguien audaz, autónomo e inteligente, y el ahora que soy, una palurda de primera que no se atreve a confesarle lo que siente al hombre de su vida. Porque es el hombre de mi vida. No puede haber otro. ¿Por qué no me declaro? Porque no me sale. Tres años y apenas hablo con él. ¡Ja! Desde fuera todo se ve mucho más fácil: vas y le dices que te mola, que te pone tonta perdida, que quieres que sea el padre de tus hijos, bla, bla, bla. Y un día me levanto decidida, voy a confesárselo, de hoy no pasa... Pero me quedo sin voz, me escondo tras mi bata y llega la tarde. Adiós, hasta mañana, y así más de mil días. Penoso.

Lo curioso es que para lo poco que hablamos parece que sabe lo que tiene que decir para martirizarme y confirmar que es un tío detallista que vale la pena: «Se te ve cansada hoy». «¿Quieres que te ayude con esto?». «Eres muy rápida, Luna, ¿qué haría sin ti?». «Venga, no te quedes tú, siempre eres la última en marcharse y la primera que viene».

«¿Peinado nuevo?».

¿Mi respuesta? Generalmente monosílabos junto a sonrojo extremo y la canción que me taladra en la cabeza: «La tonta del bote es como me

llaman...».

Total, que después de tres años haciendo el canelo, mi cuñada Sol y Estrella me obligaron ayer a salir. Había eclipse lunar y juraron que eso era un signo inequívoco de que algo iba a cambiar en mí. Sol es pro-Eneko y Estrella es contra Eneko; defiende que algo que no surge con naturalidad es que no tiene que ser, y razón no le falta. Por el contrario, Sol adora a Eneko, aunque no lo conoce, y siempre me anima cuando le cuento mis batallas, pero ayer se unió al partido de mi hermana y juntas me abrieron el cráneo, me llenaron la cabeza de pájaros, y de chupitos, y me dejé llevar.

Me arreglé bastante. No estoy mal. Hice balé en mi infancia, por todas las escuelas de España, y aunque mis pies quedaron un poco feos, el resto de mi cuerpo se mantiene en forma, y los que me conocen dicen que tengo presencia aristocrática. Llevo el pelo largo desde hace ni se sabe, castaño y sin mucho volumen, herencia de mi abuela. Mis ojos son color arena, expresivos, más si me los pinto, y mis labios son tan carnosos como los de mi padre, al que llamaban «morritos de algodón». Soy ese tipo de mujer que pasa inadvertida, pero cuando se arregla sí que se gana alguna que otra miradeja.

Opté por un vestido negro ajustado de tirantes, de esos en los que el escote en la espalda es redondo. Lo combiné con un zapato negro de tacón y, para huir del luto, usé un collar azul con cristales que es una pasada. Si me pongo, me pongo. Que sea una científica no significa que no sepa vestir o que no me preocupe la moda. De hecho, he de admitir que colgué una foto de mi *look* en Instagram... por si Eneko la veía.

Fuimos a uno de los bares en los que suele aglomerarse mi hermana, con el espacio justo para respirar y llevarte la copa a la boca, pero imposible bailar y no te digo hablar para entenderse. Nos sirvió para comenzar la noche con risas y alcohol, conseguir chupitos gratis del camarero y de algún que otro espontáneo al que mi hermana engatusó. No he dicho que Estrella es preciosa. Muy pava, sí, pero impresionante, y lo mejor, sabe usar sus armas. Más tarde, con el cuerpo entonado y algo sobado de tanto ¡uy, perdona!, pero te rozo el culo, partimos a un *pub* que respetaba el espacio vital. Nada más entrar me complació. El techo estaba lleno de pegatinas luminosas que imitaban el cielo, la música era española y olía superbién, como a gominola.

Estrella conocía a todos los camareros y nos los presentó. A esas alturas, mis niveles de confianza habían ascendido y me reí y charlé con ellos con total naturalidad. Sol también. Las dos somos más tímidas que Estrella y hasta que no llevamos un rato en modo *estoy de copas* no nos habituamos, pero una vez que encontramos nuestro hueco en la noche no hay quien nos pare. Es lo que tiene salir tan poco, que te sientes como un violinista en una *rave*.

Mientras hablaba, y bebía, con Julio, un amigo de Martín, el camarero con gafas que estudiaba no sé qué ingeniería, lo vi. Alto, hombros anchos y musculados, pelo corto con peinado degradado, ojos enormes y claros que me miraban, a mí, y boca sonriente que me sonreía, a mí, solo a mí. No pude evitarlo, me excusé con Julio en tres segundos y fui hacia él como hipnotizada, a sabiendas de que las energías que me quedaban esa noche para seducir a alguien iba a emplearlas en él.

—¿Quién eres y por qué me miras así? —le pregunté tan cerca del oído que mi mejilla acarició su rostro.

Descaradamente él posó una mano en mi baja espalda para aproximarme más y me respondió:

—Soy el que estabas esperando.

Me reí y eché la cabeza para atrás, pero al retornarla nuestros ojos se miraron de cerca por primera vez. Explicar lo que sentí es difícil, pero como soy muy de ejemplos se puede comparar con cuando Fitzwilliam Darcy sale del lago, todo mojadito, y pilla a Elizabeth Bennet en su castillo curioseando y quieres morirte de la tensión sexual sin resolver que se masca en la miniserie de la BBC. Pues parecido, salvando las distancias. Por muy bien que estuviese el chico, Colin Firth vestido de época es inmejorable.

—Lamento decirte que yo no esperaba a nadie —respondí sin tartamudear, seria, sin perder aquella mirada que estaba fundiéndome por dentro.

No se inmutó. Me pareció intuir un suave gesto divertido, pero no me respondió. Cuando el silencio estaba haciéndose más que evidente, puesto que éramos dos desconocidos pegados como siameses, le reproché:

—¿No vas a decir nada más?

Él se pensó la respuesta, ¡y vaya con la respuesta!:

—No es hablar precisamente lo que quiero hacer contigo.

Su voz sonaba, a pesar de la música, fuerte y varonil.

—¿Y qué quieres hacer conmigo? ¿Jugar al ajedrez?

—No, quiero besarte ahora y después llevarte a mi casa.

—Ya... pero no soy de esas. —Al instante me arrepentí de soltar esa «machistada»—. Quiero decir que sí, eres guapo, hueles bien y todo eso, pero no suelo acostarme con hombres sin nombre.

Se rio a carcajadas.

—¿Huelo bien? —retomó su risa.

Encogí mis hombros y lo observé. Para el corto tiempo que llevaba con él ya le había visto en dos facetas, la seria seductora y la divertida. No sabría decir cuál me gustaba más. Este hombre era puro morbo.

Cuando se relajó, volvió a acercarse a mi oído:

—Eduardo. Puedes llamarme Edu si nos acostamos esta noche.

Mis ojos se salieron de las cuencas. ¡Qué sinvergüenza! Coloqué las manos en su pecho y fingí separarme de él.

—No tengo ninguna intención de llamarte Edu.

—¿En serio?

—Sí. —empujé con más fuerza para intentar salir de su amarre. Ahora ya no era fingido, me estaba sentando un poco mal su arrogancia.

—¿Y tú? ¿Cómo se llama la mujer que hará que me mate la desolación si la dejo escapar esta noche?

—Estoy segura de que no morirás. Llevas toda la vida sin mí.

—Pero eso voy a corregirlo hoy, y mañana, si te quedas a dormir.

Me separé y me fui.

Regresé a la barra. Sin darme la vuelta. Me pedí un refresco; no necesitaba más alcohol, ya estaba demasiado excitada. Empeñé todas mis fuerzas en no mirarlo. Julio, el chico con el que hablaba antes, me prestó su taburete y lo agradecí. Me temblaban las piernas y así, sentada, me sería más difícil girarme.

No sé de qué charlé con Julio. Mi cabeza echaba humo. Por un lado me arrepentía de haberme ido de repente; tal nivel de insolencia había superado mi límite, y por otro nunca había sentido tanta atracción con nadie que no fuese Eneko. Me arrepentía un minuto y al otro me ratificaba.

Pasó más de una hora. Eran cerca de las tres y el bar iba a cerrar. Estrella había ligado con un alemán y estaban enrollándose a lo *moríos de envidia todos los castos* al lado de la máquina de tabaco. Sol hablaba con dos camareros y yo hacía que escuchaba a Julio. Bajaron la música. No debía de quedar apenas nadie, pero no lo sabía porque no había echado la vista para atrás desde que me había sentado. Imaginé que ya no estaba e hice rotar el taburete con los pies.

Ahí estaba.

El vuelco al estómago hubo de notárseme en la cara. Seguí girando la silla y volví a darle la espalda.

Intenté no pensar en él, en que lo había visto en la misma postura que la primera vez; parecía una estatua, una con los ojos más vivos que cualquier ser campante. Ignoraba si llevaba todo ese rato así, y ya no podía frenar a mi interés. Imposible. Sin disculparme con Julio, me levanté rabiosa y decidida hacia ese presuntuoso. Me iba a oír, ¡ja!

En cuanto lo tuve delante supe que la batalla no sería fácil, pero para mi favor he de alegar que lo intenté:

—¿Puedes dejar de mirarme así? Pareces un psicópata.

—Me gustaría, pero no puedo. La culpa es tuya. Has debido de hechizarme —me respondió con una disposición algo menos soberbia que antes. Me gustó. No supe qué responderle, así que me tomé un tiempo para observarlo. Era increíble cómo con solo mirarlo mis hormonas se aceleraban y provocaban sus efectos secundarios.

—¿Llevas así desde que me he ido?

Dijo que sí sin hablar y con gesto avergonzado.

—¿Por qué?

—Me encanta tu pelo y cómo te mueves. Mientras hablabas con ese, te analizaba.

—¿Sí? ¿Y qué has sacado en claro?

—Que no te importaba nada de lo que te estaba contando.

No lo pude evitar, me reí. Me gustaba su rapidez mental, preguntarle y esperar su original respuesta.

—¿Te vienes conmigo? —me rogó.

—¿Adónde?

—A donde nos lleve la noche. Regálame tu existencia unas horas y así entenderé por qué estoy comportándome como un lunático.

—Me llamo Luna —le informé.

—¿No jodas? —rio—. ¿Ves? Ahora lo entiendo... Hay un eclipse de luna hoy.

—Lo sé.

—¿Y has salido a hechizarnos? —Dio un paso hacia mí y llevó sus manos a mi frente, alejando unos rebeldes mechones de pelo de mi cara—. Eres preciosa. Ven conmigo.

—Vale, pero esto no significa que...

—A lo que nos arrastre el eclipse, sea lo que sea —me interrumpió.

—Espera, voy a decírselo a mis amigas.

Me encaminé a Sol y se lo expliqué. Ella me animó y nos despedimos. Antes, se quedó con su cara, por si las moscas, y me ordenó que usase preservativo; no dejaba de ser una madre que se había quedado embarazada muy joven.

Cuando regresé con él, sonrió.

—Me acabas de hacer el hombre más feliz de la tierra.

—¡Anda ya! No seas zalamero.

—Si hay una persona a la que quiero agradar hoy es a ti, la protagonista de la noche. Voy a ser todo lo zalamero que pueda.

—¿Hasta llevarme a la cama?

—Eso ya no importa, me has prometido tu existencia unas horas y eso me hace más feliz que acostarme contigo.

—He de decir que me gusta más esta nueva versión romántica. La primera, a lo gigoló, era escalofriante.

Empujó la puerta del bar y me invitó a salir. Me complació su caballerosidad, lo que no me agradó tanto fue que me encontré con la frescura de una noche de septiembre e ir en tirantes no era suficiente.

—¡Ufff! ¡Qué frío!

—Toma, te dejo mi camisa, llevo debajo una camiseta.

—No, no, gracias. Me lo merezco por presumida. Sabía que iba a pasar frío y he pasado de llevar chaqueta.

Le dio igual. Se desabotonó la camisa negra y se quedó con una

camiseta blanca interior de cuello de pico, que le hacía parecer, a mis ojos, aún más sexi, y me puso la suya. Con esta se le marcaban el pecho y el abdomen.

—No es mucho, pero algo te abrigará —dijo mientras abrochaba los botones de las mangas y luego seguía con los centrales, provocando que contuviera el aire y hasta cerrara los ojos por lo erótico del momento.

Se rio.

—¿Ves? Pensabas que me moría por quitarte la ropa, que también, y nada más comenzar estoy poniéndote más.

Reímos juntos.

—Y confieso que me ha gustado mucho —me sinceré.

—Ya te he visto. Voy a ver si robo ropa por ahí y te la pongo para ver cómo cierras los ojos de nuevo y te lames los labios.

—No me he lamido los labios —me defendí.

—Sí lo has hecho y casi me matas con ello.

No le respondí. Cogió mi mano y comenzamos a andar. Estábamos cerca de Madrid Río y nos dirigimos hacia allí. Cuando llegamos, recuerdo que me dijo:

—Me gusta la astronomía. Tu nombre me encanta.

—A mí no.

—¿Por qué? —se asombró.

—No sé, siento que no me pega, es cursi, y yo no soy cursi.

—Lo has enfocado mal. A la luna se la llamó así porque significa «luminosa, que desprende luz». —Se detuvo y me clavó los ojos—. No hay un nombre que te pegue más, pequeña.

—La luna no da luz, la refleja —lo corregí hablando muy despacio, porque lo tenía a escasos centímetros de mí.

—Pero tú sí —dijo antes de besarme.

Lo primero que me sorprendió fue la suavidad de su boca. Lo segundo, el frescor de su aliento, y lo tercero, la irracional excitación que provocó en mí, arrastrándome a gemir cuando nuestras lenguas se tocaron. Oí que él me acompañaba en mi concierto, saboreé su saliva con tanto placer que me apretujé para profundizar más en su boca. Nuestras lenguas se rozaban con delicadeza pero con hambre. Edu me tomó por las nalgas y me elevó hasta su

cadera, haciendo que me encaramara a él y que sintiera su sexo en el mío, sin más preámbulos. Gemí fuerte, creo que hasta grité; iba todo tan rápido como necesitaba. Llevé la cabeza hacia atrás para ofrecerle mi cuello. Edu lo tomó al instante y yo comencé a mover las caderas en torno a él. Caminó hasta un árbol y apoyó en él mi espalda. Debía de estar agotado de sostenerme. Bajó su boca a mi escote y sus manos ascendieron por mi vientre hasta llegar a mis pechos y apretarlos con fuerza. Ahora sí que grité.

Edu rio y se separó un poco.

—Vamos a mi casa, Luna, o nos detienen por escándalo público.

—No hay nadie —me justifiqué.

—Y si lo hubiera se habrían ido de la que hemos montado.

Bajé las piernas de su cintura con más pena que gloria, pero tenía razón.

—No suelo hacer esto, pero me vuelves un poco loca.

—Eso me gusta... lo de que te vuelvo loca. Lo que hagas o no me daba igual hasta hoy.

—Pero quiero aclarártelo, por si no se me da bien; estarás acostumbrado a...

—Schhhhs —me silenció con un suave y corto beso—. ¿Tú crees que suelo ponerme así por un beso? Casi me bajo el pantalón aquí mismo, Luna, por favor. No dudes de nada, eres pura luz y esta noche se ha creado para ti y para mí. Creo que jamás he sentido tanta necesidad de nadie.

—Lo mismo digo. Con solo tocarme ya estoy tiritando.

—¿Estaremos eclipsados?

Reímos.

—Venga, vamos a mi casa y dejemos de darnos explicaciones. Vivamos esto.

Estaba asustada. Era todo muy extremo. Sí que me había acostado con algún tipo en una primera cita, pero nada tan bestia como esto. Edu estaba entrando en parcelas de mi sexualidad que jamás había abierto, quería hacer de todo con él.

Le amarré la mano y le dije.

—Llévame rápido, antes de que me arrepienta.

—No te vas a arrepentir —me dijo.

Cuánto se equivocó.



Aunque no nos detuvimos hasta llegar a la habitación, me dio tiempo a ver que era un piso precioso y muy grande. Me sorprendió. Me había dicho en el camino que era profesor de INEF y este piso no se correspondía con el sueldo de esa profesión. Nada más entrar en su cuarto me tiró, literalmente, a la cama y después se contuvo y comenzó a mirarme seductor, con una pequeña sonrisa ladina. Se quitó la camiseta frente a mí y me permitió que lo viera desnudo. Un dios. Recuerdo que cogí la almohada y me cubrí la cara con ella de pura emoción. Edu era el tío más bueno al que había besado en mi vida. He de decir algo que hasta ahora no he dicho y es que me recordaba un poco a Eneko. Quizá por eso estaba asustada y también tan excitada. Intenté, de todas formas, alejar ese parecido de mí.

Se quedó con el vaquero, pero se quitó el cinturón. Dijo algo como «luego lo usaremos, ahora quiero que te muevas», y se me quedó la boca seca de imaginar qué podía hacerme con ese cinturón. Pronto lo averigüé.

Se puso de rodillas en la cama y me retiró los zapatos. A esas alturas, cada vez que asaltaba mi cuerpo yo me excitaba más y más. Ascendió con una lentitud apabullante por mis piernas hasta el final de mi vestido para comenzar a subirlo arrastrándolo por mis muslos con sus dos manos abiertas, palpando todo lo que destapaban. Encorvé la espalda y elevé el glúteo para dejarlo progresar en su objetivo.

Detuvo las manos ahí, con mi vestido arrugado en la cintura, e inició con los dedos una incursión por los alrededores de mi braga brasileña de encaje. Comencé a gemir desinhibida y encorvé más la espalda. Cuando quise darme cuenta, su boca besaba mi pubis aún vestido y entoné de nuevo mi concierto de gemidos cada vez más altos, seguidos y asfixiantes. Accedió a mi sexo con los dedos, directamente a mi empapado interior, que le pedía a gritos conocerlo. Jamás, repito, jamás me había sentido tan ardiente, poderosa y a la vez tan a merced de nadie. Eduardo podía hacer conmigo lo que quisiera; no era más que un cuerpo, una mujer sin recatos expuesta a él.

—¿Estás lista, pequeña? Yo creo que sí... por lo que siento aquí en los

dedos. —No le respondí. Siempre me ha dado vergüenza hablar en estos menesteres—. Tienes que decírmelo, Luna. Funciona así. Yo haré todo lo que tú desees, estoy aquí para ti, pero tienes que pedírmelo.

—No me gusta hablar, pero haz conmigo lo que quieras.

Edu se apartó de mi cadera para subir a mi boca y besarme con rudeza. Nuestras lenguas iniciaron una danza más que tórrida, animadas por un coro de placer en decibelios.

—Vas a tener que decirme lo que desees, Luna. Déjate de represiones infantiles y di qué quieres alto y claro —me ordenó, y no puedo explicar cómo me excitó aquello.

—¿Y tú? ¿Tú qué quieres? —le dije haciendo un quiebro y subiéndome encima de él llevada por el deseo más primitivo que me había permitido experimentar.

—Que te quites el vestido y comprobar si tu sujetador es tan sugerente como tu braga.

Me hizo gracia que se hubiese fijado en mi ropa interior. A mí me gusta llevar ropa sexi aunque no le dé el uso que merece. Aitor siempre iba al grano y nunca me decía nada de mis conjuntos. Sonreí. Sabía que iba a complacerlo. El sostén era tipo *balconette* y apenas alcanzaba a cubrir mis pezones. Sin pudores, me quité el vestido y lo lancé al suelo.

—¡Oh, Dios mío! Eres la mejor.

Sus manos volaron a mis pechos para volver a apretarlos con rudeza y al poco tiró de uno de los pezones con mucha fuerza, provocándome un calambre desde la punta de los pies a la cabeza, dejando una resaca de placer indecoroso.

—¿Te ha gustado? Si quieres que repita necesito que te muevas. Muévete —me ordenó, usando ese tono dictatorial que usa un hombre que sabe lo que se trae entre manos.

Con esa voz, otro increíble calambre provocado por otro tirón sin compasión y sentir su sexo duro a pesar del vaquero tuve mi primer orgasmo.

—Ohhhh —creí escucharlo en pleno éxtasis—, eso es, mi Luna; disfruta, pequeña, disfruta.

Deshizo la postura y me dejó tumbada, reponiéndome de los espasmos que no terminaban de asolarme.

Unos segundos después, aún con los ojos cerrados, me dijo al oído:

—Confía en mí. ¿Vale?

—Sí —susurré como pude.

—No abras los ojos. Espera. Esto es lo que quiero.

Noté como cogía mis manos y las amarraba con algo frío y áspero. El cinturón. No pude evitarlo, evoqué las tórridas escenas de *Cincuenta sombras* y me congratulé por haber encontrado a mi Christian Grey particular con cierto parecido a Eneko.

Por supuesto que lo dejé sujetarme y no abrí los ojos; quería cumplir sus órdenes. Cuando me retiró la braga lo ayudé y cuando me abrió las piernas yo las abrí aún más. Estaba totalmente desinhibida.

—¿Qué es lo que quieres ahora?

—No me hagas decírtelo —le rogué.

—Necesito que lo hagas.

—Métete dentro.

Rio.

—Quiero que seas más explícita.

No podía decirlo... no. Sonaba fatal.

—No puedo...

Me mordió un pezón y después tiró de nuevo del compañero con más fuerza que antes. Grité. Mañana me iban a doler, no estaban acostumbrados a tal nivel de intensidad.

—Dilo.

—No.

—Dilo —ahora sus dedos se detuvieron en mi clítoris.

—No.

—O lo dices o tiro con fuerza.

¿Eh? ¿Cómo era eso?

—Hazlo —y lo hizo—. ¡Ahhhh! —Una mezcla de dolor, ardor con una remesa de placer indigno se me presentó de golpe y me quemó cada una de las células del cuerpo.

—Di qué quieres que haga, déjate de formalismos; aquí estamos tú y yo. Quieres que te folle. Dilo.

Y lo dije. Lo grité y se lo repetí todas las veces que quise durante la

noche.

Tuve tantos orgasmos que ni recuerdo cuántos, y él igual. Con solo tocarme ya estaba excitada y quería más y más de él. Anoche probé y sentí cosas totalmente desconocidas. Un sexo más guarro, directo, animal, puede llamarse así, pero para mí fue el más intenso de toda mi vida. Eso me hace plantearme cosas; quizá me había puesto unos límites en la cama que no eran reales y eso me impedía disfrutar como lo hice. Y no pienso reprimirme más. Con Edu grité. Jamás había gritado en la cama. Él también chilló mi nombre, porque le devolví todo lo del principio y lo multipliqué por tres, más que agradecida y dispuesta a ganarlo en este amistoso pero competitivo partido que batallamos entre las sábanas. Anoche me sentí poderosa y muy, muy libre.

Apenas dormimos, pero al amanecer caímos rendidos y abrazados.

Desperté con sus caricias en mi espalda. Abrí los ojos para verlo. ¡Dios! Era más que guapo. Ahora por el día me pareció más atractivo aún. Sus ojos del color de las aguas cristalinas de Ibiza eran dos tentaciones irresistibles.

—Buenos días, mi Luna —reí—. Tengo un problema, creo que sigo eclipsado, pero no me quedan fuerzas.

Lo besé. Cuando lo conocí por la noche pensé que sería un tío mucho más del tipo aquí te pillo, aquí te mato, y no; Eduardo tenía su corazoncito, que te pillaba y te mataba, también, pero había un ser en su interior.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Cerca de las dos. Hemos dormido como ceporros.

—Normal. ¿Quieres que te prepare un café?

—Sí, si luego nos duchamos juntos —me propuso.

—Acepto. Pero si va seguido de comida. Me muero de hambre.

—¡Uffff! ¡Cuántos planes! Me gusta... —ronroneó en mi cuello—. Le añado una tarde como esta noche o no hay trato.

—Acepto. Quizá no salga viva de esta, pero no me lo quiero perder.

Lo besé de nuevo. Y... volvimos a liarnos, esta vez más suave, más largo, pero igual de intenso e inolvidable.

—Ponte mi camisa, si quieres —me dijo cuando me levanté para ir a preparar un café. Menos mal.

Salí de la habitación y busqué la cocina. Muy bonita y amplia, con

muebles lacados en blanco, se abría al salón, aunque los separaba una península a modo barra de desayunar. Me gustó el concepto abierto, le pegaba este tipo de casa a mi nuevo amante.

Mientras esperaba a que subiera el café, Edu me había explicado dónde estaban las cosas, y tarareaba *Locked out of heaven* de Bruno Mars, una voz diferente a la de Edu me sobresaltó.

—Buenos días.

Tiré la taza al suelo acompañada de un grito.

—Perdona, no quería asustarte.

Y entonces me di la vuelta, lo vi y todo se nubló de golpe.

—¿Luna? ¿Qué... qué?

—¿Qué pasa? —Entró Edu corriendo, probablemente asustado por mi grito—. ¡Ahhh! No te he dicho que vivo con mi hermano, perdona. ¿Qué pasa, tronco?

Hubo de darse cuenta de nuestro estupor porque al instante dijo:

—¿Os conocéis?

Yo no podía hablar, estaba semidesnuda, con una camisa de Edu sin abrochar, con los pechos al aire y, menos mal, con mi braguita, frente a Eneko.

—Sí, trabajamos juntos —respondió él sin quitar la mirada de mi cara, ni yo la mía, llorosa, de la suya.

—Es mi jefe —susurré.

—¿No jodáis? —se sorprendió—. ¡Qué casualidad! Venga, va, reponeos, no pasa nada—. Se acercó a mí para tapar mi desnudo abrochándome la camisa—. Somos adultos.

Pero al ver que ninguno de los dos respondía de la conmoción, dijo:

—Vamos, Luna, vístete, yo termino de hacer el café. Eneko, despierta, tío, se lo estás poniendo muy incómodo a nuestra invitada.

—Tu invitada —emitió con la voz más ronca que nunca le había oído.

—Ah, muy bien, ayuda mucho...

Salí temblando hacia la habitación de Edu. Ni siquiera sé cómo pude ponerme el vestido ajustado y subirme a esos zapatos. ¡No! Ahora lo recuerdo, salí descalza y me los puse en el descansillo. Los oía discutir; no me empeñé en entender qué decían, necesitaba escapar de allí.

—Me voy —dije al encontrarme con los dos en el salón.

—No, no te vayas, Luna... —me rogó Edu—, y menos así.

—Gracias, pero me voy. —Partí hacia la puerta a sabiendas de que él me seguía.

—Espera, que me visto y te acompaño.

—No, gracias, Edu. Adiós.

Abrí la puerta y corrí a las escaleras.

—¡Luna, espera!

Cuando llegué al portal me calcé, salí a la calle, paré un taxi y entré en mi casa llorando tanto que me caí nada más abrir la puerta y he llorado encogida en el suelo ni se sabe cuánto tiempo.

Me siento fatal, no puedo decirlo de otra forma. Ver a Eneko ahí, con cara de asqueado, diciendo que yo no era su invitada; imaginar que ha escuchado la maratón de sexo que le ofrecimos su hermano y yo... me da tanta vergüenza... Por eso, me comparo con ese pajarito que vuela libre por la carretera hasta que ¡plof!, se da un lunazo y adiós felicidad.

Capítulo 3

Acompáñame a estar solo

—He traído refuerzos, pipas, chicles caramelos, cariño. —Me tiende una calórica bolsa Sol.

—¿Se lo has dicho a mi hermano?

—No he especificado. De todas formas, él tenía un torneo de pádel e Iris un cumpleaños. Estoy libre. ¿Qué tal estás? Tienes la cara hinchada.

Iris es su segunda hija, que tiene seis años. Se lleva catorce años con su hermano Elián. Se ve que se lo pensaron mucho.

—Me he hartado de llorar.

—Ya, me lo imagino y te entiendo, pero solo quiero que pienses una cosa: tú no le debes ninguna explicación a Eneko. Él es tu jefe, que te guste o no es un asunto secundario, así que el lunes vas con la cabeza alta al laboratorio, como una mujer libre que se ha pegado un homenaje la noche del viernes.

—Ya, si lo sé, pero es que cada vez que recuerdo su cara... Me sentí sucia.

—¿Sucia? ¿De qué? —me regaña.

—Es que ni te imaginas la noche con Edu; yo no sabía que vivía acompañado. —Se me vuelven a escapar las lágrimas—. Grité, Sol; grité como nunca había gritado practicando sexo.

Entiendo que haga esfuerzos por aguantar la risa.

—¿Tanto gritaste? De todas formas es lo normal, ¿no?, un poquito de jaleo.

—¿Un poquito de jaleo? Grité ¡fóllame!, Sol, como una loca.

Mi cuñada se lleva la mano a la boca.

—Igual estaba dormido y no lo oyó.

—Lo grité varias veces.

Y lo que me temía sucede: rompe en una carcajada nerviosa de esas que

no puedes impedir.

—Perdona, pero es que es tan gracioso —se excusa entre lágrimas.

—Y si fuera solo eso... Él me pedía que le dijera lo que quería y yo... pues le hice caso. Al principio me daba vergüenza, pero me animé y no me quedé nada dentro, y él tampoco, no te vayas a creer. Como Eneko haya escuchado todo eso, más mis gemidos, pensará que soy una actriz porno.

—Igual de esta se anima a quedar contigo.

Mi mirada lo dice todo.

—Perdona, cariño, pero es que tan surrealista...

—Lo sé y sé que con el tiempo yo también me reiré, porque ha sido el momento más bochornoso de toda mi existencia, pero hoy no le veo la gracia.

Sol me obliga a ir al sillón y comerme tres nubes de algodón y rebuscar en la bolsa de chuches algo que me apetezca más.

—¿Has traído gusanitos? —le pregunto extrañada.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Eres alérgica?

—Con todo el succulento mundo de patatas que hay, vas y traes gusanitos —le reprocho.

—¡Ahhh! Ya, no me he dado cuenta; estoy acostumbrada a comprarlos para Iris y sus amiguitos. Lamento decirte que también hay algún Aspito.

Sonrío.

—Soy una madre, lo mires como lo mires. Cuando veas la bolsa de gominolas, vas a alucinar.

—¿Qué hay?

—Pues dentaduras, pica-picas...

—¿En serio?

—Sí. —Se ruboriza—. Es mi compra habitual, los tengo por kilos en casa. Ni cuenta me he dado de que tú eres un poco más mayor que mi media habitual de contactos.

No sé ni cómo me sale, pero me oigo una carcajada. Sol me ha hecho reír y pensaba que no iba a volver a hacerlo jamás. La abrazo.

—Eres única. Te quiero.

—Y yo a ti. ¡Anda! Come gusanitos, que ya verás que no son tan sosos como crees.

—Vale, les daremos una oportunidad.

Abro una bolsa de las que en mis tiempos eran de diez pesetas, miro al gusanito antes de llevármelo a la boca y... no está tan mal. Me vale.

Sol sonrío.

—¿Ves? Bueno, cuenta, ¿qué dijo exactamente Eneko cuando...?

—¿Cuando me pilló semidesnuda en su casa después de habérmelo montado con su hermano?

—Sí, justo ahí.

Hago memoria.

—Decir no dijo mucho, con la boca, pero con la cara un montón de cosas.

—¿Qué cosas?

—¿Qué hace este putón verbenero en mi cocina? —le planteo.

—¡Anda ya, exagerada! Seguro que más bien pensó que vaya piernas tenías y qué pechos más apetecibles, y que estabas mucho mejor de esa guisa que con la bata del trabajo.

—¡Ni de coña!

—Es un hombre, Luna.

—Es Eneko, Sol. No es ese tipo de hombre.

—¿Es un immaculado? —preguntó haciendo referencia a los eunucos *de Juego de tronos*, que nos encanta a las dos.

—Es un hombre de ciencia.

—¡Pues vaya rollo! ¿No crees que en ningún momento pensó lo tremenda que estabas así?

—No.

—Pues crees mal.

—¿Por qué?

—Te he visto desnuda y tienes un cuerpo precioso. Si a Eneko le gustan las mujeres, ahora mismo está pensando en ti así. Te lo prometo.

—Eneko está oyendo mis gritos a su hermano.

—Y está imaginando que se los gritas a él —añade.

—No lo creo.

—Hazme caso. Por supuesto que ha tenido que llevarse una sorpresa y si siente algo por ti, un chasco, pero ahora, pasadas unas horas, te has colado en su mente y no cesa de recordarte desnuda.

—Tienes mucha imaginación.

—Estoy casada con un hombre desde mi adolescencia, sé cómo funciona su mente y, Luna, tú eres muy bonita, ni un asqueroso gramo de celulitis, ni una variz, el culo casi en la espalda, las tetas donde se supone que tienen que estar... Pobre Eneko. Aunque suene ordinario total, y nunca más me oirás decir esto, es más, lo negaré, Eneko ahora mismo está masturbándose.

—¡No!

—Que te digo yo...

Nos reímos. Es rarísimo escuchar a Sol hablar en esos términos; suele ser más recatada que una monja de clausura y nuestras conversaciones sobre sexo brillan por su ausencia. Es más, solemos escandalizarnos con la cantidad de cosas que hace Estrella y nos cuenta. Mi hermana no se guarda nada de sus experiencias sexuales, que son muchas.

—Eneko a estas horas está pensando en cómo despedirme del curro. Va a ser tan violento...

—Va a ser lo violento que tú quieras que sea, Luna. El lunes vas a trabajar, lo saludas sonriente, te acercas y le preguntas que qué tal el fin de semana, y punto.

—¡Sí, claro! ¡Como si fuera tan fácil!

—Pues para eso he venido, ¡para ensayarlo!

A Sol le encantan los *role playing*, pero no me apetece nada imaginarla como Eneko.

—No puedo...

—¡Venga! —Se levanta—. Oye, ¿te das cuenta de que acabas de zamparte la bolsa de gusanitos entera?

Capítulo 4

Loco

Me despierto tarde. Me he hecho la remolona en la cama y son más de las doce. He estado recordando alguna de las cosas que me dijo mi cuñada, como la de «no añores lo que nunca has tenido», refiriéndose a Eneko. Y es verdad, cómo puedo lamentarme por haber perdido algo que nunca he poseído; es estúpido y una pérdida de tiempo. Si había alguna posibilidad de estar con él, ya la he gastado, pero tampoco sé cómo habría sido, si habríamos funcionado juntos. ¿Me besaría bien? ¿Tanto como su hermano? ¿Pasearíamos de la mano de una manera tan natural como caminé con Eduardo? ¿Nos gustarían las mismas películas del cine? ¿Haríamos el amor con tanta necesidad como con Edu? No lo sé ni lo sabré, porque el azar ha querido que cierre esa puerta. Y ya está.

«Tú no has hecho nada malo, convéncete», también me lo repitió en varias ocasiones, con toda la razón. Y en ello estoy, en convencerme de que me acosté con un hombre soltero que casualmente era el hermano del hombre del que estoy enamorada, pero sin yo saber nada. Quizá hasta me gustó tanto porque se parecía a él. No lo sé... Aunque Edu es único, eso también lo sé. Y ahora añado algo que me hace parecer más loca aún, y es que hoy al despertarme he añorado sus manos, las de Edu, las que me acariciaron ayer y me colmaron de placer. Esa es la bomba. ¿Me estoy volviendo tarumba?

No tengo ningún plan para hoy, así que creo que voy a salir a pasear. Igual me acerco al Rastro y como en alguna terraza algo hindú. Soy una fan declarada del curri. Se acabó martirizarme encerrada en casa; voy a salir, disfrutar de mi ciudad, respirar aire semipuro y dormir para afrontar una de las semanas más difíciles de mi vida.



Abro la puerta de mi portal y miro al cielo. Hace un día precioso, casi de primavera en otoño. Cuando comienza este tiempo no puedo evitar recordar el olor a forro de los libros o al plástico de los estuches nuevos; para mí septiembre es vuelta al cole, aunque hayan pasado ya unos añitos. Hoy estoy más positiva, lo noto. Sol me ayudó tanto anoche... Le debo una.

—Hola, Luna —oigo su voz a mi espalda. No puede ser. Me giro.

—¿Qué, qué...?

—Mi hermano me dijo dónde vivías. No sabía el piso.

—¿Eh? —No me sale nada más. La conmoción corre por mis venas, se ha apoderado de mi laringe y ha secuestrado los músculos de mi cara para abrirme la boca tanto que o la cierro o se me caen las babas en tres segundos. ¿Por qué? Tengo a Eduardo frente a mí, con su pelo tan bien peinado; sus ojos, en los que ahora, a la luz del día, advierto pizquitas verdes, y su boca ancha. Va vestido con vaqueros y, de nuevo, camisa remangada. Un Eduardo que no percibo tan seguro como la otra noche, pero sí tan irreverentemente seductor. Eduardo se ata un cordón y caen tres mujeres fulminadas de lo atractivo que es.

—Me ha costado mucho que me lo dijera, no te enfades con él; los platos este mes los lavo yo, y la plancha, dos meses. —Hace una mueca graciosa, pero sigo colapsada—. Aunque ha merecido la pena, necesitaba verte y disculparme. ¿Vas a decir algo?

—¿Por qué vas a disculparte?

—Por no haberte dicho que vivía acompañado. Te habría ahorrado ese mal trago.

—Ahhh, bueno, sí. ¿Te dijo algo Eneko? Lo noté enfadado —me atrevo a preguntar.

—¿Eneko? Sí, que la próxima vez cierre la puerta.

—Estaba cerrada —le informo.

—Ya, pero él cree que no; se nos fue un poco lo de los gritos. —Me guiña un ojo y yo bajo la cabeza inmediatamente después, avergonzada—.

¡Ehhhh! Ni se te ocurra hacer eso, fue una de las mejores noches de mi vida.

—¿Qué dices? —Consigo mirarlo.

—Luna... Lo del viernes fue tan alucinante que me has hecho madrugar. Llevo aquí desde las ocho, como un chiquillo, decidido a esperar a que salieses con la excusa de disculparme para volver a verte. Nunca antes me había comportado así.

¡Toma! Lo miro de verdad, intentado averiguar si está siendo sincero, y sí, me lo parece, y también que me vuelven las cosquillas y las ganas de que me toque y me haga volar. ¿Cómo es posible? Estoy enamorada de su hermano y sin embargo lo único que me recorre ahora es el deseo de subírmelo a casa, desnudarme y montármelo con él hasta reventar.

Nos hemos quedado callados, escudriñando en los ojos del otro, en la única puerta sin tacto que te acerca a la otra persona. Trago saliva.

—¡Joder, Luna! ¿Por qué me pones tanto? Estoy a un átomo de comerte la boca.

—¿A un átomo? ¿Qué expresión es esa? —le pregunto acercándome, por inercia. De verdad que yo ya no soy dueña de mis actos.

—Una expresión científica para impresionarte —me dice tan cerca de mis labios que hasta noto la punta de su lengua rozándolos.

—No hace falta que hables, me impresionas de cualquier forma.

Muerde mi labio fuerte, pone sus manos en mi trasero, me pega a su cadera y me besa con toda la boca y como solo él sabe hacerme responder.

Cuando nos despegamos y me fijo en su sonrisa pillina, me dice:

—Echaba de menos esta corriente. Vayamos a pasear. Quiero conocerte vestida para averiguar qué pelotas me sucede contigo.

Me río.

—No parecéis hermanos. Tu hermano nunca hablaría tan mal.

—Mi hermano nunca te ha besado; tú le harías insultar hasta a Gutenberg, su ídolo. ¿Quieres pasar el domingo de resaca conmigo?

—Sí —le digo sonriente.

—¿De la mano?

—¿Cómo?

—Que si podemos ir de la mano; necesito sentir algo de tu piel, forma parte del hechizo.

Me río y se la doy con un beso inocente y fresco en la boca.

—Eres divertido.

—Y tú preciosa.



Me pongo las manos en la tripa para intentar parar estas convulsiones de risa. Eduardo ha estado contándome anécdotas de sus alumnos y llevo un rato tronchada, y no es lo que cuenta, sino cómo lo cuenta. Tiene gracia por naturaleza.

Son las cinco de la tarde. Nos hemos sentado en un cachito de césped del Retiro a tomar un helado. No hemos parado de hablar. Yo le he contado mi vida laboral y mi ruptura con Aitor, y él me ha confesado que estuvo a punto de casarse hace dos años, pero que ella lo dejó porque le ofrecieron un puesto de trabajo en EE. UU. y se decantó por él.

Me gusta hablar con él. Sin tapujos. Edu no es formalmente correcto, dice lo que le sale, y si le he dado un beso que le ha excitado me lo hace saber. En varias ocasiones, ha dejado de contarme lo que estuviera contando para soltar frases como:

«¡Joder, qué guapa eres!», «me encanta tu boca», «¡eres preciosa!», para luego seguir hablando como si nada.

Sí, que sí. Me gusta. Es obvio. A quién no. Me lo estoy pasando tan bien que tengo agujetas en la tripa. Se me ha olvidado el berrinche de ayer y no quiero que acabe la tarde por nada del mundo; bueno, sí, si la noche viene acompañada.

—Entonces, ¿me has perdonado?

Sonrío.

—Sí.

—¿Y puedo hacerte una pregunta un poco personal?

—Te he contado más cosas de mí que a mi hermano Júpiter.

—Dime la verdad, solo te pido eso, creo que me lo merezco.

Me sorprende, habla más en serio de lo habitual.

—Vale.

—¿Te gusta Eneko?

—¿Cómo?

—No me hagas repetírtelo.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Por cómo te vi ayer. Respóndeme con la verdad. Sé que mi hermano deslumbra, estoy más que acostumbrado a ver que se lleva de calle a las más interesantes con solo sonreír.

—No creo que tú puedas quejarte tampoco. Tus padres lo hicieron muy bien.

Se ríe para después instarme con un gesto a que le responda la preguntita. Miento.

—No.

—Luna, que te conozco...

—No, no me conoces.

—Ya, es un decir. Te gusta Eneko, ¿verdad?

Y sin más le respondo:

—Un poco.

—Bah... Lo sabía —añade aparentemente triste y me quita mi helado para llevárselo a la boca.

—¿Qué haces? —lo regaña.

—Es que está muy rico y el mío se ha acabado. Necesito azúcar para digerir que estás enamorada de mi hermano.

—Yo no he dicho eso. —Me abalanzo sobre él para recuperar mi helado, pero él estira el brazo tanto que no logro alcanzarlo.

—Ya, tú has dicho «un poco», pero yo sé lo que significa. Estás hasta los huesos, lo vi en tu cara ayer. —Y delante de mí, en un movimiento rápido, le da un lametazo a mi cono y vuelve a apartarlo de mí.

—¡Devuélvemelo! —rio.

—Va a ser que no —bromea y con la mano que le sobra comienza a hacerme cosquillas. Caigo encima de él descuajaringada.

—¡Es mío!

—Ya no —ríe él también.

—¡Te vas a enterar! —Escalo por su cuerpo tirado en el césped para

alcanzar mi cono y justo cuando lo toco con la punta de los dedos, Edu se gira, voltea ambos cuerpos forcejeando y termino tumbada yo en la hierba con él encima de mí y el helado aplastado por toda mi cara.

—¿No lo querías? ¡Pues toma! —se burla.

—¿Qué, qué...? ¡Capullo! —No puedo imaginar el aspecto que debo de tener; voy a salir corriendo a un baño a asearme en cuanto mi amigo gracioso me deje partir.

—¡Schhhhhh! —de pronto veo que su mirada cambia y pasa de la diversión al Edu seducido—. Estás guapa hasta así.

Se tumba prácticamente sobre mí y con su lengua y sus labios va limpiando todo el helado que hay esparcido por mi cara. Contengo el placer que me está provocando y que quiere salir en forma acústica, porque estoy en un parque. A cambio llevo las manos a su espalda, me cuelo por debajo de su camisa y clavo las uñas en ella.

—Estás tan rica...

—Bésame —inicio el juego que comenzamos la otra noche, pedirle lo que quiero que me haga y que él obedezca mis deseos.

—Ahora te beso, pequeña, espera... sigues cubierta de nata.

—Bésame ahora. —Le clavo los ojos y él a mí los suyos.

—¡Maldita sea!

El momento de confidencias, o el juguetón, pasan a otro plano y aterrizamos de lleno en el sexual, un plano que es imposible retener, porque es verlo y quiero besarlo; porque aunque andaba sumida en una de mis mayores crisis personales nada más saludarlo quería tocarlo; porque nunca me ha pasado nada igual con nadie, que me acaricie en plan amigos y, sin embargo, mi sexo se lo tome tan a pecho que se humedezca por completo; porque llevo así desde que lo he visto. Suena intenso, lo sé; yo nunca me he sentido así, pero es que necesito expresarlo, porque es lo que me sucede con este chico y o le doy voz o me vuelvo loca de remate. ¿A alguien más le ha pasado esto?

Cumple mis mandatos y me besa con todo su cuerpo, no solo con la boca. Sus manos bailan por mi silueta apretándola y su lengua dentro de mí me provoca espasmos de placer.

—Chicos, por favor, parad... —oigo así como de ultratumba, lejos pero

cerca.

—¡Chicos, parad, venga...!

Hago caso, abro los ojos, miro hacia arriba y veo dos uniformes azul oscuro. Empujo a Edu para apartarlo de mí.

—La poli —le digo—. Perdón, perdón —resuello.

Me recoloco la ropa, intento respirar y vuelvo a mirar hacia arriba con gesto avergonzado. Los rostros de las fuerzas del Estado ni se inmutan.

—Lamento deciros que tenéis que parar, no es el lugar apropiado —dice uno de ellos con voz paternal en modo «a que te castigo».

—Sí, sí; tiene razón, perdón —respondo y miro a Edu cabreada para que se disculpe él también, pero por su cara de guasa no creo que vaya a hacerlo, y encima todavía tiene restos de nata que he debido de pegarle yo.

Suena un móvil y no es el mío. Edu se levanta rápido a responder.

—Ahora vengo —me dice, dejándome con todo el marrón.

Lo veo alejarse entre sorprendida y enfadada, y vuelvo a mirar a los policías desde mi posición sentada.

—Muy bien, señorita, hagan lo que tengan que hacer, pero no a vista de todos o tendremos que multarlos, ¿entendido?

—Sí, sí —respondo sin saber dónde meterme y compungida porque nunca imaginé vivir una situación así a los treinta y un años de edad.

Gracias a Dios se esfuman y el corro de curiosos que se había formado detrás también (lo que le gusta a la gente ver en directo una acción policial). Me levanto. Busco a Edu. Dista varios metros de mí, móvil en mano, con gesto más serio de lo habitual. Me ve y me indica que lo espere. Me siento en un banco cercano e intento serenarme cotilleando en mi Instagram mientras me limpio la cara con un clínex.

—Perdón, Luna. Era una llamada importante. Siento haberte dejado tan bien acompañada.

—¿Bien? —lo interrogo cabreada.

—¿No? —Se hace el sorprendido—. ¿No decís las mujeres que os ponen los polis y los bomberos? Lo he hecho por ti.

No le respondo.

—¿Ehh? ¿Te has enfadado, Luna?

Ahora sí.

—Hombre, bien, bien, no me ha sentado. Me has dejado sola.

—Ya. —Se agacha para sujetar mis rodillas y ponerse a mi altura—. Era una llamada importante, te lo juro. No te enfades, perdóname. —Apoya su frente en la mía.

Y aunque me estoy derritiendo, finjo que no.

—Perdóname, pequeña, por favor. No volveré a tocarte en público, no volveré a dejarte sola y no cogeré nunca más el teléfono; de hecho, voy a tirarlo ahora mismo. —Saca su móvil del bolsillo y lo lanza a tres o cuatro metros de distancia.

Lo miro confundida. Igual estoy tan deslumbrada que no me he parado a analizar a este chico; quizá sea un esquizo o un maniaco-compulsivo. Lo poco que sé de él es que pasó más de una hora plantado en una discoteca sin dejar de mirarme y luego en mi portal, ahora tira el móvil porque me he enfadado con él... ¡Ayssss, que está zumbado! ¡Cómo no me he dado cuenta! ¡Ayuda!

—¿En qué piensas?

—¿Por casualidad no habrás frecuentado los psiquiátricos?

Se ríe.

—No suelo, no.

—Quizá deberías. Has tirado tu móvil así porque sí y creo recordar que era un iPhone 8.

—Tiene una funda que me costó más que el teléfono; si le ha pasado algo, lo tengo asegurado.

—Ahhh...

—No estoy tan loco.

—Un poco sí —afirmo sin pestañear.

—Lo normal.

—Lo normal es muy ambiguo, pero tú estás un poco más.

—Puede ser... —se acaricia el mentón, pensativo, a modo de guasa—. ¿Quieres pasar la tarde con este zumbado o volver a la aburrida realidad? — Me tiende la mano para levantarme del banco.

Ni lo dudo.

—¡Huyamos!



Increíble. Adictivo. Loco. Así es el sexo con Eduardo Arana, el mejor, con una diferencia abismal, de mi vida. Es como si tuviera dos personalidades: la Luna que siempre lo controla todo y no se permite salirse del carril que se ha programado y la que se desdobla cuando él está cerca y deja de pensar para pasar a sentir. Con él la pared de mi habitación es más gris, el cielo es más azul, el café sabe más rico y mis sábanas son más suaves. Me abro. Eduardo pela las capas de mi caparazón a golpe de besos y me deja desnuda en cuerpo y alma para disfrutar de la libertad que te puede proporcionar una cama así.

Llevamos toda la tarde-noche montándonoslo por toda mi casa. Debo de tener a mis vecinos asustados, porque nunca me han oído gritar así, fijo, ni habrán temblado las paredes como hoy lo han hecho. Los poros de mi piel están agotados de sudar, y mis terminaciones nerviosas, extasiadas. No puedo más. Estoy rota y colmada.

Edu se ha quedado traspuesto en mi cama. Yo voy a pegarme una ducha, ponerme un pijama, tomar un vaso de leche y acompañarlo allá donde quiera que haya ido. Mañana será otro día; difícil, sí, pero esta noche no voy a pensarlo, dejaré que las manos del hermano del hombre al que amo me consuelen. Una mezquindad, pero me vale por hoy.

Capítulo 5

Dime que no

—Voy a llegar tarde, para.

—No.

—Edu, para... —Forcejeo para alejarlo de mi cuerpo y sacar sus dedos de dentro de mí antes de que pierda el sentido de nuevo y todo se vuelva él.

—No entiendes que no puedo...

En un gesto rápido, cojo la alcachofa de la ducha y lo mojo entero.

Me troncho de risa además de lograr mi objetivo, separarlo.

—Eres mala.

—Estoy agotada y son las ocho de la mañana de un lunes, por tu culpa voy a dar cabezadas en el trabajo y tu hermano va a despedirme.

—Vale... ¿un café? —Sonríe y me lo contagia. Es tan atractivo que podría decir que le haría fotos y las colgaría por todas las paredes de mi casa para alegrarme las mañanas.

Estamos terminando de desayunar, hoy sí, en mi cocina. Tengo que salir en diez minutos o llegaré tarde, y las agujas del reloj corren a toda prisa, para mi desgracia. Eduardo lleva un rato más callado de lo normal, le pregunto qué le pasa.

—Nada.

—¡Hey! ¡Que la mujer soy yo!

Reímos.

—Va... —recapacita—. Ayer fuiste sincera conmigo. Me dijiste que te gustaba mi hermano y no quise escucharlo.

—Es que no es tu problema —le respondo seria—. En todo caso, sería mío.

—¿Qué tiene Eneko que no tenga yo?

Esa pregunta rompe todo mi aparente conocimiento sobre él. No le pega

nada. Lo creía un hombre seguro, frívolo, informal, que antepone la diversión a cualquier preocupación e ignora las competiciones, y mucho más con su hermano.

—No sé a qué te refieres, Edu.

—¡Bah, déjalo! Es una chorrada, pero solo quiero dejar clara una cosa, Luna. Lo de este fin de semana ha sido especial, muy especial. No busco una relación, no quiero que lo malinterpretes, pero sí me gustaría repetir si tú estás de acuerdo.

—Bueno, sí, vamos viendo, ¿no? —le respondo un poco cortada por el tono de la conversación. Resulta contradictorio. Edu me ha visto en todas las posiciones habidas y por haber, pero, sin embargo, hablando en serio y de sentimientos resulta mucho más íntimo.

—¿Para ti qué ha significado esto? —va al grano.

—No sé... un sexo increíble de primeras.

—En eso coincidimos, está más que claro, pero si rascas, ¿algo más?

—No sé, Edu. Es pronto...

—¿Te gusta mucho?

—¿El qué? —Me he perdido.

—Eneko.

—Si me lo permites, me lo guardo —le pido seria.

—¿Por qué?

—Porque pertenece a mi intimidad.

—Va...

—¿Lo entiendes?

—Sí, sí, claro.

—Sois hermanos, Edu. Él es mi jefe. Como tú has dicho, lo de estos días ha sido especial y hoy por hoy te diría que quiero repetir y que siempre que llames a mi casa estará abierta para ti. Dejemos que el tiempo ponga cada cosa en su sitio.

—Me gustas, Luna. —Se acerca y me da un pequeño beso en los labios —. Me gustas más de lo que quiero admitir.

—Y tú a mí, Edu.

—Y me gusta aún más que no me lo pongas fácil... ¡Venga! Vamos a currar.



Me ha costado encontrarme en el trabajo, nada más entrar temblaba como un niño ante una vacuna, parecía nueva. Hasta me lo han notado mis compañeros, y eso que trabajo únicamente con hombres, bueno, y con Francis, que cuenta como otro.

Somos cuatro en el equipo, Ranjit, un doctorando indio que lleva con nosotros dos años y es el más divertido y dicharachero de los cuatro, eso sí, un poco lento; Dylan, un técnico venezolano de lo más formal, y Francis, otra técnica alemana que debe de ser familia de la Merkel, porque es clavadita y robótica como su presidenta.

Ha sido Ranjit el que me ha preguntado qué me pasaba y eso me ha hecho recapacitar y elevar mis niveles de interpretación para que Eneko no se diese cuenta de mi turbación nada más verme; el caso es que todavía no ha habido tal encuentro.

Y luego he tenido un momento de pánico total, porque me han llamado al despacho de Gloria, la jefaza, y pensaba que iba a despedirme. Pero no, era para felicitarme porque hemos logrado entrar con un artículo en la revista *Nature*, todo un logro, algo por lo que habría llorado días enteros de pura emoción y hoy, como máximo, he sido capaz de sonreír como Nicole Kidman; es decir, tan poco que las marcas de expresión se me han estirado en vez de marcado. Solo pensaba en dónde demonios estaba Eneko. Mi jefa, si no fuera como es, un demonio egocéntrico, se habría dado cuenta de mi catalepsia.

Como suele sucederme siempre que subo al despacho de mi jefa, vuelvo con un jarro de agua más fría que si picara hielo de un iceberg. Gloria es una artista en eso, en darte una de cal y otra de arena, en regalarte una cesta llena de productos *gourmet* para luego aclararte que están caducados desde hace un año, ¿me explico? Sí, es obvio, no hay que leer entre líneas; me cae fatal, más que fatal, le deseo un año desatascando duchas ajenas, porque lo de hoy, lo de hoy se ha superado. Entumecida me hallo.

Tras darme una de las mejores noticias de mi carrera profesional, va y

me suelta esta bomba:

—Te cuento esto porque me fío de ti, Luna; sé que tú nos debes mucho y nunca nos traicionarías. No serías nadie sin nosotros, ¿verdad?

En vez de contestar «¿perdona?» en tono choni, asentí. Esto que nos callamos ante nuestros superiores nos quita años de vida, estoy más que segura.

—Hemos confirmado, no te puedo explicar cómo, que hay un traidor entre nosotros.

—¿Qué?

—Ya, querida, es muy *heavy* —se hizo la moderna—, pero si te lo confío es porque tenemos la absoluta certeza de que alguien está filtrando información a nuestro mayor rival.

—¿Laboratorios DMS?

—Ajá... —Se apoyó en el respaldo de su silla giratoria más cara que todo el mobiliario de mi casita y me miró para que contestara algo, pero, lo juro, no sabía qué decir. ¿Un espía? ¿Había oído bien? ¿Qué era esto, un capítulo de *The Americans*?

—¿Y por qué me lo dices a mí? —respondí.

—Resulta evidente, querida. —Frunció la boca; vamos, sonrió, pero con la de bótox que se ha echado le queda más que raro, y a eso no se le puede llamar sonreír. Aquí no, quizá en Hollywood sí, pero aquí no.

—Pues yo no le veo lo evidente, perdona.

Gloria se recolocó, apoyó ambas manos en el escritorio, se humedeció los labios y dijo:

—Quiero que averigües quién es el espía.

—¿¿Quién?! ¿Yo?

—Sí, tú, Luna.

—¿Pero quién os creéis que soy? ¿Nikita? —estallé.

—Sabemos que eres una trabajadora fiel; en tu perfil psicológico se destaca que detestas la traición y que eres honrada. En tu genética no hay cabida para la deslealtad. Nos fiamos de ti, deberías agradecerémoslo.

—¿Agradeceremos el qué? ¿Que sea una persona honrada? Igual el agradecimiento debe venir en el otro sentido, ¿no crees? —le respondí sin miramientos. Sí, trabajo para ellos, soy una asalariada, pero no me he dejado

los cuernos a estudiar para dorarle la píldora a nadie ni para responder sin pensar como un ser adoctrinado.

—Agradecemos que confiemos en ti —repitió un poco molesta.

¡Y dale!

—Porque quizá me haya ganado la confianza trabajando más horas que nadie y dándoos resultados.

Escuché un tímido *arjjjj* que venía a decir «¡qué pesadita eres, guapa!».

—Bueno, querida, era un decir, no nos agradezcas nada si no quieres, pero ayúdanos a encontrar al espía.

—No hay ningún espía.

—¿Vas a poner en duda lo que acabo de desvelarte?

—Sí. Si me estás diciendo que en mi equipo, Ranjit, Dylan y Francis, hay un topo, ya te digo yo que no. No hace falta que espíe nada, te lo aseguro.

—Te olvidas de alguien.

—¿De quién? ¿De Stuart Little? —Una rata que tenemos de mascota en el laboratorio en homenaje a los que usamos en experimentación.

—¿Eh? —No lo entendió, claro.

—Tú me dirás. —Me crucé de brazos.

—Evidente, querida, evidente.

—Pues vuelvo a repetirte que no te entiendo. Voy a tener que beber más café o lo que tú bebas, porque se ve que no hablamos el mismo idioma. —Lo reconozco, soy una antipática con Gloria, un día me despide.

—Eneko.

—¡¡¡¡¿Qué?! —El grito hubo de hacer oscilar la escala Richter en Madrid.

—Schhhsssss, querida. Ante todo, discreción.

Aquí me callé, no le faltaba razón.

—¿Acabas de decirme que sospecháis de Eneko?

—Acabo de contarte que hay alguien que está filtrando información a DMS y confiamos en que no eres tú. De los demás no podemos decir lo mismo.

—Pero ¿Eneko? ¿En serio? ¿Eneko Arana? ¿El mismo que dejó su trabajo con Takashi Tsuji para venirse con vosotros?

—Sí, él, ¿por qué no? Todo el mundo tiene un precio.

—Él no.

—¿Y eso? —Vuelve a reclinarsse en su sillaza—. ¿Pondrías la mano en el fuego por él?

—Por él y por los otros. Nosotros no estamos filtrando nada, Gloria.

—Bueno, pues yo te digo que sí.

—¿Y no puede ser alguien ajeno al laboratorio?

—¿Quién? Sabes de sobra todas las medidas de seguridad que tenemos. Solo entráis vosotros; Lina, de limpieza, y yo.

—No, Lina tampoco, es una santa. —Esa mujer nunca nos traicionaría, además de que siempre que accede hay alguien dentro. Cambiamos las claves a diario. Eneko nos dice la nueva para el día siguiente siempre que se va. Ni Seguridad puede acceder sin llamar a Eneko. Desde el primer momento, nuestro laboratorio ha extremado las medidas antirrobo a sabiendas de que nuestra investigación generaba mucha curiosidad.

—Lo sé... —Se puso en pie—. Confiamos en ti, Luna. Solo te pedimos que estés atenta.

Me levanto entristecida.

—Muy bien, lo estaré, pero me reitero: no hay ningún topo entre nosotros.



No he bajado a comer con mis compañeros. Tengo unas analíticas pendientes y tampoco es que el hambre me desborde. Creo que Gloria ha logrado quitarme el apetito para siempre. Estoy sola en el laboratorio, ahora es cuando en una novela aparecería Eneko.

—¿No comes?

¡Joder!

No muevo la cabeza ni un grado, aunque el resto de mi cuerpo ha pegado un respingo tipo chinche.

—No, les he pedido un bocata a estos, he metido las nuevas muestras en la estufa y quería leer el resultado.

—Debes relajarte, Luna —le dice a mi espalda contracturada para un año.

—Estoy relajada.

—Me refiero a que hay que salir a comer; es fundamental, no te puedes encerrar aquí todo el día. —Su voz es tan profunda y a la vez tan amable que *¡voilà!* se deshace el bloqueo *nucal* y lo miro.

«¡Madrecita del alma querida en mi pecho yo llevo una flor», suena en mi radio cerebral. ¡Qué guapo es! ¡Pero qué guapo! ¡Qué boca! ¡Qué ojos! ¡Qué barba! Por cierto, más marcada de lo habitual. ¡Ohhh, no! Se acaba de cambiar el dial en mi cerebro y ahora resuena.

«Silencio, tan grande, tan vacío y tan muerto».

Eneko está plantado así, frente a mí, inquietante y mudo, y yo sentada, callada, absorta y avergonzada. Dos pares de ojos que hoy se miran diferentes y unas bocas que no se atreven a decir lo que piensan. Esta es la secuencia según yo la estoy viviendo. Igual él está tan pancho, pero no, no lo creo. Algo lo conozco.

—Esto es incómodo y no me complace, por eso me comporté así el sábado. Perdona, por cierto.

—Ehmmmm, sí —alcanzo a pronunciar.

—Eres mi mayor ayuda en este proyecto, Luna. Tú y yo estamos consiguiendo cosas impensables. Nos han publicado en *Nature*, ¿quién nos lo iba a decir? —Habla con tanta sinceridad y cercanía que me derribo entera. Las conversaciones entre Eneko y yo suelen ser sobre pelos, minoxidil, Krox20, lactato, células madre y nuestro prometedor fármaco, el DIE2616, pero en ningún momento sobre nosotros, por lo cual esto es lo más parecido a intimidad que hemos tenido.

—Ya, me lo ha contado Gloria esta mañana, está radiante —expreso omitiendo el otro tema.

—¿Y tú? ¿Por qué no te veo feliz?

—No, no te equivoques, lo estoy —me recupero—, pero estaba preocupada por lo del sábado, por tu reacción.

—Gracias por tu sinceridad.

—¿Tú no? —me atrevo.

—Sí, también, para qué negarlo. Fue...

—Raro, muy raro y bochornoso —lo interrumpo.

—Tampoco diría tanto.

—Me viste semidesnuda, Eneko —añado.

—Te puedo prometer que no me fijé...

—¡Vaya! No sé si eso es aún más bochornoso —se me escapa.

—No, no me entiendas mal; claro que te vi, pero fue tan impactante que ni me acuerdo o he preferido borrarlo de mi memoria.

—Te lo agradezco.

—Te pido perdón, Luna... —Se sienta en un taburete que hay a mi lado. Quedamos frente a frente.

—Y yo a ti, Eneko.

—¿Podremos olvidarlo? —me atiende preocupado.

—Espero que sí.

—Y yo. Nunca he trabajado tan a gusto con nadie, Luna. Creo que lo sabes.

—Ni yo. Eres un gran jefe. —Le sonrío e intento que no se me note el temblor del labio.

—Soy tu compañero. No me llames jefe. —Eleva una de las manos, la lleva cerca de mi nariz y justo cuando creo que va a tocarme, la aparta rápidamente.

—Gracias, pero sí que eres mi jefe, o si no mira las nóminas —bromeo.

Sonríe. Se calla. Me callo. Ojos almendrados atentos en mí, y los míos atrapados en su mirada oscura. Resuena en mi cabeza:

«Silencio, tan grande, tan vacío y tan muerto»...

Perdón al que esté pinchando estas canciones en mi encéfalo, pero de silencio vacío y muerto nada; aquí hay más contenido que en Europa Press.

—¡Vaya casualidad que fuera mi hermano!

—Sí, no lo sabes bien. Apenas salgo, lo prometo, y nunca me acuesto con... bueno, alguna vez, pero casi nunca —me estoy liando yo solita—, y va y te veo luego. Un poco traumático todo, no te lo voy a negar.

—¿Por qué Eduardo? —Me parece haber oído un tono íntimo y desde luego sus ojos se han acercado.

—Porque estaba ahí —respondo sin pestañear.

—Ten cuidado con él.

—¿Por qué? —salto como un muelle.

—Le gustan mucho las mujeres.

—No me ha prometido amor eterno —aclaro para que no me vea como a una Caperucita en las garras del lobo.

—Ni creo que lo haga, a Eduardo le apasiona la variedad.

—Tampoco yo se lo voy a pedir. ¿Podemos cambiar de tema? Me incomoda un poco.

—Sí, pero quería advertirte. Te tengo mucho aprecio, Luna, y no quiero que lo pases mal.

—Sé defenderme sola. —Nunca me han gustado esas protagonistas de novela protegidas y sumisas ante los guapos y guardianes amantes, y no voy a comportarme como tal.

—Lo imagino. Perdona si te ha sentado mal —advierde mi estado. Es algo que siempre me ha gustado de él, que aunque apenas hablemos de temas personales parezca que lea en mi alma.

—No, es solo que creo que no hay que darle más vueltas. No me voy a casar con tu hermano ni voy a caer en sus redes, si de eso se trata tu preocupación. Nos conocimos, nos gustamos y nos lo pasamos bien como adultos libres que somos.

—Doy fe —dice taciturno.

—Y lamento que puedas darla, ni imaginas cuánto, Eneko. Fue uno de los momentos más abochornantes de mi vida, puestos a ser sinceros.

—Lo mismo digo. —Sonríe y ahora sí me da un tímido golpecito en la nariz—. ¿Lo olvidamos con una comida mañana?

—¿Cómo? —En todo este tiempo jamás me ha citado con él.

—Sí, necesito tu ayuda... —Se levanta del taburete. Yo no, me tiembla todo—. El jueves el laboratorio dará una cena para celebrar nuestro éxito. Hay que ir de etiqueta y mis trajes se han quedado un poco obsoletos. Te sigo en Instagram y sé que te gusta la moda. ¿Comemos y luego me echas un cable con la ropa?

¿Quién está moviendo los hilos hoy para que todo el mundo me pida cosas extrañas y me deje patidifusa?

—Ehh... claro.

—Pues perfecto. Mañana concretamos —responde tan sonriente que

creo que ladeo la cabeza y lo miro nostálgica—. Vete a comer, yo me quedo vigilando las muestras.

Me levanto atropellada y me doy un espinillazo con el cajón, ¡ayss!, y se me cae la agenda de notas al suelo. Salgo tan rápido que en el último momento murmuro:

—Luego lo recojo, necesito ir al baño —me excuso y al instante me doy cuenta del craso error. Acabo de darle a entender que tengo una necesidad tan urgente que me lo estoy haciendo encima, y no pasa nada, pero no es lo más recomendable para seducir a alguien. No.

Salgo sin mirar atrás y cuando me siento protegida de su vista por la pared del pasillo apoyo la espalda, inhalo hondo varias veces, cierro los ojos para intentar relajar a mi zozobra mental y oigo:

—¡Luna! Te has dejado la tarjeta de acceso, que ¿qué haces? —se sorprende a verme al lado del laboratorio y no al final del pasillo, en la puerta del baño, donde se suponía que debía encontrarme peleando por entrar sin la tarjeta de acceso—. ¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí, sí... Es que me ha dado un retortijón y he tenido que parar, pero estoy bien, no te preocupes, gracias. —Le sonrío como puedo y ahora sí me dirijo al baño.

—Ahh, vale. —Huye dentro del laboratorio.

¡Joder, joder, joder! He usado la palabra menos erótica de la historia: retortijón. Quiero morirme, llorar, patalear, gritar a los cuatro vientos que soy una estúpida y que ni tengo ninguna urgencia ni necesito ir al baño, que lo único que me sucede es que cuando Eneko me habla me entarugo.



Entro en mi casa con un dolor de cabeza monumental. Los lunes no me gustan en exceso, pero hoy va a encabezar la lista del peor inicio de semana de mi vida. Mira que me han sucedido cosas en este día, hasta alguna buena, pero hay una palabra que no se me va de la cabeza y lo tiñe todo de bochorno.

Es típico de mí; cuando estoy nerviosa hablo sin parar, sin filtro alguno y me enredo yo solita. Me he aleccionado más de mil veces, «Luna, cállate», pero no funciona; es verme en una situación comprometida y disparar chorradas a discreción. Pero es que nunca, repito, nunca había conversado tanto con Eneko, ha sido como cuando subes una cuesta interminable y ves que te ahogas, que te vas a ahogar, que te estás ahogando, pero sigues subiendo y no te paras, y justo cuando llegas, azul como un mono de mecánico y más sudada que en un quince de agosto a las cinco de la tarde en pleno centro de Úbeda, van y te adelantan unos de esos montados en *segway* y te preguntas por qué eliges siempre el camino complicado.

Durante la comida le conté a Ranjit, en *petit comité*, lo acontecido este fin de semana. Ranjit y yo tenemos una relación especial. Es el único al que podría considerar amigo de entre mis compañeros. Dylan y Francis, pese a que me caen bien, son más introvertidos y nunca se me ocurriría desvelarles algo tan personal, pero Ranjit es todo curiosidad. Él está casado, por mediación de su familia, con una chica india, también investigadora, que ahora mismo trabaja en Italia. Y, aunque yo no puedo entenderlo, él dice estar enamorándose cada día más de ella y que su familia quería lo mejor para él y por eso la escogieron a ella. En fin, cosas que en este país son imposibles de asimilar. Él opina que yo le gusto a Eneko tanto o más que él a mí, siempre me lo dice, pero cuando le he desvelado lo de mi hazaña del fin de semana me ha parecido verlo verde olivo y no ha podido ocultarme que esto ha podido complicar las cosas. Luego, al decirle que mañana he quedado con Eneko a comer, ha cambiado de color, de opinión y me ha animado muchísimo. Cree que he podido despertar a Eneko de su letargo... no sé yo.

A veces Ranjit se viene a comidas familiares y conoce a mis hermanos. Es gracioso, de verdad que sí, y cuando le pillas el truco te enamora. ¿Por qué hay que pillarle el truco? Porque es un poco vago, lento y la limpieza no es su mayor prioridad, pero a cambio te escucha siempre, le resta importancia a todo y es de las personas más buenas y sin dobleces que he tenido frente a mí, eso y un fantástico bailarín que nos enseña danza india a Estrella, Sol y a mí algunos lunes en mi casa. Hoy no, he abortado planes; no estoy para danzas, ya he movido la pelvis demasiado este fin de semana.

Me doy una segunda ducha, esta vez sola, para deshacerme de las

preocupaciones; suele funcionar bien. Cuando esté más calmada me vestiré informal y me bajaré a caminar por el barrio a *escaparatear*, una palabra que me he tenido que inventar yo: dícese del acto de ver escaparates sin intención de comprar, que relaja a quien lo practica. Lo necesito, aunque sea solo un ratito.

Suena mi móvil. Acaba de llegarme un mensaje vía WhatsApp:

¿Qué tal tu día?

¡Anda! Es de Edu. ¿Le contesto ya? No, espero... Vamos a ver, Luna, él ya ha visto que tú lo has leído, no tiene sentido esperar... ¿o sí?

Me visto y salgo a la calle. Nada más pisar la acera miro a todos lados, no vaya a ser que ande algún amante mío por aquí aguardándome, y como no es el caso elijo dirigir mis pasos hacia el centro mientras pienso en mi respuesta.

Si te digo que bien, miento, pero tampoco mal.
¿Y tú?

Enseguida veo que lo ha leído y que está contestando.

El mío bien, aunque con el cuerpo cansado.

Alguien me ha dejado sin plomos.

Me río y no tardo en responder:

¿A ti? No me lo creo, yo no he podido y mira que me esforcé.

Me envía el emoticono al que le sale agua por los ojos a chorros.

Sí, nena, te esforcaste muy pero que muy bien.

El mío bien, aunque con el cuerpo cansado.

Hoy me voy a la cama directo, pensando en ti, eso sí.

Turbación máxima. No sé si por el «nena» o por lo de «pensando en ti», pero que me acaba de dar un minijamacuco te lo digo.

¿Y tú? ¿Cómo te vas a la cama?

¿Yooo?

¿En quién vas a pensar? ¿En mí o en mi hermano?

Pues mira, estoy todavía en la calle, cuando me vaya te lo digo.

Escuro el bulto como puedo.

¿Te ha dicho algo mi hermano?

Pregúntaselo a él, ¿no vivís juntos?

No hablo mucho con él, como habrás observado somos muy distintos.

Un poquito. ¿Y por qué vivís juntos?

Es temporal... soy un ocupa.

Esto me ha extrañado.

Ahhh... ¿no os lleváis bien?

Lo justo y necesario, pero no hablamos de temas personales.

¿Y de qué habláis?

De las tres efes... fútbol, familia y facturas.

¿De nada más?

Nop.

Pues qué pena.

Si yo te contara. De todas formas, los tíos
funcionamos así...

Te creía diferente.

¿Sí? ¿Por qué?

No eres alguien de tópicos.



Entonces, ¿te ha dicho algo o no?

Nos han publicado en una revista puntera.
Mañana vamos a comer y de compras y el
jueves darán una fiesta en nuestro honor.

¿En serio? Enhorabuena.

Gracias.

¿Vas de compras con él?

Sí.

¡Vaya!

¿Qué pasa?

No, nada... pensaba que era una relación únicamente profesional.

Y lo es.

Miento. Por mi parte, en esa relación me gustaría que hubiese algo más.

¿Ir de compras?

Es para mirar un traje para la cena; de todas formas, ¿por qué te doy explicaciones?, ni que fueras mi novio.

Tienes razón, perdona... ¿me perdonas?

No hay nada que perdonar, pero si te molesta mi relación con tu hermano míratelo, porque él y yo nos vemos de lunes a viernes.

No me molesta. No hay nada en ti que me moleste.

¿Y en él?

En él sí, pero me lo guardo.

Mejor.

Paso de dramas familiares, bastante tengo con los míos.

Te dejo, voy a cenar.

Vale. Yo sigo paseando. Descansa.

Lo haré... pensando en ti, nena.

En quien quieras, pero descansa.

Nos vemos pronto... espero.

Y yo.

Piensa en mí... puedes tocarte.

¡Vete al carajo!

Jajajaja. ¿Por qué? Te doy permiso, ¿quieres que te envíe una foto sexi para ayudarte?

No hace falta, prefiero a los clásicos.

¿A quién?

Ashton Kutcher, James Franco...

¡Uffff! No están a mi altura, nena. ¡Chao!

¡Chao, caradura!

Continúo mi paseo sonriendo. Que Edu es divertido no lo puedo negar y tampoco que destila lascivia por cada poro. Soy mayorcita ya para admitir que me he excitado solo con leer su nombre en mi móvil y ya con la conversación podría ir corriendo a su habitación a que me quitara esta comezón que me ha dejado por dentro. Pero voy a seguir de *escaparating* para poner en orden mis ideas e intentar llamar a mi cordura para que mañana se active en mi cita con Eneko. Como no aparezca, puedo liarla más que la Cifuentes en el Carrefour.

Capítulo 6

Nadie es como tú

He descansado fatal y eso que me dormí enseguida, gracias a que bebí una mezcla de té relajantes de lo más selecta y mi cuerpo se sentía agotado, pero las pesadillas vinieron a mi encuentro y aunque me despertaba para alejarlas, ellas retomaban el hilo al volverme a dormir, ¡las condenadas!

¿Y de qué iba la paranoia? Pues de espías. De Eneko, que entraba en el laboratorio con pistola y nos apuntaba a todos, que por alguna razón que desconozco estábamos desnudos. Yo le plantaba frente, y pechos, y él se reía en mi cara, bueno, él... a veces él, a veces Eduardo. Igual de confuso que incierto, porque me juego mis incisivos centrales, y ya es arriesgado, no hay nada que te cambie más la cara que perder una paleta, a que Eneko no está filtrando ninguna información, ¡venga, hombre!

Debido a esta lucha que ha programado esta noche mi cabeza, hoy luzco una mala cara que ni aunque me unte todo el bote de crema Sisbela mejoro. Sí, tengo la famosa ganga de Mercadona, y más me vale gastarla, porque en cuanto la conseguí me compré diez. Sé que no soy la única. Para un día que voy a comer con Eneko y va a pensar que estoy más mona en la tarjeta identificativa, y salgo horrible, como todos.

Voy a ver si lo arreglo con mi atuendo. Me he levantado media hora antes porque sabía que el tema ropa me iba a llevar más tiempo del habitual. Me encantaría ser de esas personas que dejan su traje preparado para el día siguiente, pero se me olvida tres de cada cuatro noches.



Nada más entrar en el laboratorio, Ranjit me ha echado una mirada medio de risa buena y medio de risa mala. Y sé por qué. Mis pintas. Me he probado tantas cosas que al final, desesperada porque iba a llegar tarde con la tontería, he optado por lo último: un pantalón corto vaquero y una blusa estilo lencero color mostaza y mis botines camel con cintas de colores. A ver, estoy mona, esto ya me lo he puesto otras veces, pero para ir de cervezas, no para trabajar. Y habrá quien vista así en el curro, pero yo no; aunque la bata lo tapa todo, no hay nada más arrabalero por estos pasillos que cuando no se ve nada de ropa por los exteriores de la bata... y es mi caso. La blusa es muy escotada, y el pantalón, muy corto; cualquiera puede pensar que no llevo nada debajo, y si la llevo abierta parece que vengo a provocar.

—Se nota que hoy lo quieres dar todo —me ha dicho al saludarlo.

—Más bien que me he peleado con mi armario.

—Estás muy guapa, tonta. Tus piernas lo van a dejar KO.

—¿Resulta demasiado evidente que me he preocupado hoy al elegir mi atuendo? ¿Crees que se va a dar cuenta?

—No. Eneko es de hielo.

—Siempre dices eso y no es verdad. Eneko es un tío guay, pero está muy centrado en su trabajo. —Es nuestra discusión habitual. Ranjit opina que Eneko parece de otro planeta.

—Eso no es centrado, es obsesionado. Ayer me quedé hasta tarde porque quería hablar con Anai por Skype y no hubo manera hasta las tantas. Vive encerrado en su despacho.

Ranjit no tiene internet en casa y abusa del wifi del laboratorio. Yo no le digo nada y creo que Eneko tampoco se lo prohibiría, pero no se atreve a hacerlo delante de él y por eso espera a que nos vayamos todos para llamar a Anai. Y no, él tampoco es el topo; ni en broma.

Dejo mi charla para saludar a mis otros compañeros, mirar en el despacho de Eneko a ver si ha llegado, pero no parece, y situarme en mi puesto de trabajo, porque no hay nada que me centre más que un microscopio, unas muestras y un ordenador.

Así transcurre la mañana sin darme cuenta, de aquí para allá sin parar, y a la una y media siento que unos pies caminan hacia mi puesto y alguien me habla a la espalda.

—¿Cómo vas, Luna? ¿Te queda mucho?

Sujeto las manos en el borde de la mesa, respiro hondo y me doy la vuelta.

—¡Hola, Eneko! Ya he terminado —intento sonreírle.

Reconozco una mirada sorprendida, al final me dejé abierta la bata. Y no es que sea una presuntuosa, es que lo ve hasta un ciego. Se ha quedado callado mirando mis piernas.

—¡Ufff! —ha dicho ¡ufff!—, estás muy guapa. No sueles venir así... — Ahora que venga Ranjit y me diga que este hombre es de hielo.

—Gracias —intento sonar despreocupada—. Como vamos de compras, me he puesto más cómoda.

Mueve la cabeza a un lado y fija la mirada en la mía. Parece que quiere decir algo, pero no le sale.

—¿Nos vamos?

—Sí, sí. Apago el ordenador y estoy lista.

—Perfecto. Yo... yo haré lo mismo. —Se va a su despacho.

Busco a Ranjit con la mirada y él eleva el pulgar con cara sorprendida. Sonrío y me calmo. Eneko y yo vamos a pasarlo bien, no es más que un tío muy listo que está bueno.



Me escondo tras la carta. Hemos elegido La Trattoria, que nunca falla, y además nos pilla cerca de la zona de compras. He ido en su coche, a su lado, y me ha dado por pensar que quien nos viera podría pensar que somos una pareja, y mi cuello ha crecido cinco centímetros de pleno orgullo tonto. El silencio al principio fue un poco molesto, pero enseguida él sacó el tema que más nos une, el trabajo, y la fluidez verbal resurgió. Pero ahora, aquí sentada, me siento más que rara; no es lo habitual, ya hemos hablado de todo lo que teníamos pendiente de nuestra investigación y no sé por dónde atajar a esta incomodidad.

—¿Quieres que compartamos? —lo escucho.

—¿El qué? —Respuesta de estas que no piensas antes de verbalizar.

—La comida...

—¡Ahh! Sí, por mí perfecto. Me gusta todo.

—¿Te parece bien *risotto* y *pizza*?

Le digo que sí y él me pide que elija la *pizza*. Hasta que no viene el camarero y se lleva las cartas con nuestra comanda no hablamos más.

—Luna... —Apoya un codo en la mesa y la barbilla en él y me mira. En esta postura no puedo más que quedarme como estatua de piedra atendiéndolo; podría ser ahora mismo el Manneken Pis y que yo me hiciera lo propio encima.

—¿Qué? —le respondo, tímida.

—Relájate.

—¿Ehh?

—Te conozco, te veo todos los días y te noto nerviosa. Nos conocemos desde hace tres años, yo creo que ya es hora de que me cuentes algo de tu vida. —Sonríe y da un trago a su copa de vino.

—¿Como que me he acostado con tu hermano? —¿Por qué he vuelto a sacar el tema? Soy masoca, de aquí voy directa a un club de sadomaso a que me aten o lo que quiera que hagan en esos sitios.

Hace un esfuerzo por tragar el vino y me mira condescendiente.

—No, eso ya lo sé. Otra cosa que nos resulte más cómoda.

—¿Y por qué no empiezas tú? Apenas sé nada de ti, excepto que... ¡joder!

—¿Excepto que tengo un hermano, ibas a decir?

Asiento con cara de pena.

—No sé por qué saco una y otra vez el mismo tema, perdona.

—No pasa nada. —Pestañea fuerte y después me lanza una mirada tan dulce que mis calorías se derriten.

—Cuéntame algo, ¡va! —me lanzo—. ¿Qué te gusta hacer en tus ratos libres? —¡Toma pregunta típica!

—Uhhmm, deporte, leer, cenar con amigos, ver cine, subir al monte...

—¿Qué deportes practicas?

—Varios, pero sobre todo escalada, senderismo y bici. ¿Tú?

—Soy chica de danza... todo lo que sea baile.

—¿Nunca has probado la escalada?

Le respondo que no.

—¿Te atreverías?

—Sí, claro.

—Seguro que eres muy ágil, te gustaría.

—Pues cuando quieras.

—Yo voy todos los miércoles a un rocódromo. Si quieres, la semana que viene puedes probar conmigo.

—¿En serio? Igual soy una torpe.

—¡Y qué más da! Nadie nace aprendido. Te gustará. Es muy relajante y flexibiliza el cuerpo.

—A ver si me va a gustar mucho y me ves a todas horas: en el curro, fuera...

Eneko se ríe.

—No me importaría, te prometo que no.

—No sé yo...

—Igual te cansabas tú de verme a mí —lanza ahora el dardo envenenado a mi diana.

—No —respondo rotunda y clara a la vez.

—¿Seguro? —asiento—. ¿Por qué?

—Porque aunque apenas hayamos hablado fuera del trabajo como hoy, sé que tú y yo tenemos muchas cosas en común —respondo con mi verdad, la que siempre le he dicho a la gente que me preguntaba cómo podía estar colgada de alguien con quien apenas me comunicaba.

—Yo opino lo mismo, Luna.

Levanto mi copa de vino y lo invito a brindar:

—Para que a partir de hoy seamos algo más que doctor y ayudante.

—Brindo por ello.

Chocamos sendas copas de vino y nos miramos felices. Ya soy yo. Estoy tranquila y sé que puedo conversar con él con total normalidad. Los nervios del principio se han evaporado, menos mal.

—Y porque si yo voy a escalar, tú te vengas a bailar.

—Jajajajaja —ríe—. Igual hasta te sorprendo.

—¿Sabes bailar?

—Ya lo verás... —Me guiña un ojo y siento como si me hubiera disparado cosquillas al interior del cuerpo.

—Señores, el *risotto* y la *pizza*. ¿Les traigo otra botella de vino?

—Sí —respondemos los dos a la vez.



Estoy aguardando a que Eneko salga de probarse el último traje. Todos le sientan tan bien que no sé con cuál va a quedarse, es que no ha traído a su mejor ayudante. Él me gustaría hasta desnudo con calcetines y riñonera, pero estoy haciendo un esfuerzo hercúleo para ser objetiva y que no se me note el calor.

Me lo estoy pasando muy bien, de verdad. Poco a poco la confianza de tantos años codo a codo en el laboratorio se abrió paso y me olvidé de todo. Solo Eneko y yo. Somos suficiente. Lo sabía, funcionamos. Nos asemejamos a una lámina colgada con el marco y la iluminación apropiados, que por separado no dicen mucho, pero juntos brillan. O por lo menos creo que yo resplandezco a su lado. Me hace sonreír, flotar; bailarías desnuda por él hasta en medio de un partido de fútbol. Me atrevería a todo con él solo por que me dedique una sonrisa suya; cuando me pongo, soy más cursi que un poeta borracho. No estaba equivocada. Él es para mí.

Y puede parecer que estoy loca, que si nunca ha sucedido nada entre él y yo es una quimera, pero estas cosas se sienten... Él no me mira como a Francis o a Gloria. Hoy puedo activar algo que había apagado por pudor, que no me atrevía a creer porque entonces tendría que dar algún paso y soy una cobardica: puede que le guste.

La cortina del probador se corre y aparece el objeto de mis deseos. Se me abre la boca para quedarse así un rato de la misma consternación. Increíble. Y ¡cuidado!, puede que alguien pase por aquí lo vea y diga que es de lo más corrientito, pero no hay nadie que me despierte tanto atractivo. Su pelo despeinado, sus ojos miel, con esa forma tan especial, sus labios grandes y carnosos... ¡madre mía!

—¿Qué? Este, ¿verdad?

—Puede que sí.

—Por tu cara diría que es que el más te gusta.

—¿Sí? —me levanto para colocarle la pajarita—, ¿qué te chiva mi cara?

—Que me ves guapo... con este traje.

—No te confundas, te veo guapo con todos, pero tienes razón, puede que con este un poco más. Te queda como un guante, no tienes que arreglar nada.

Le coloco bien la pajarita sin mirar hacia arriba y me alejo una vez que lo he hecho. Los dos contemplamos su figura en el espejo durante un rato. Cuando busco sus ojos, veo que se centran en mí con profundidad.

—¿Qué? —Lo empujo con mi hombro.

—¿Por qué hemos tardado tanto?

—¿En qué? —Giro la cabeza para mirarlo a él y no a su reflejo.

—En quedar, Luna.

—Yaa...

—Yo no me atrevía y tú... tú no me mandabas ninguna señal. —Se lleva la mano al pelo y se despeina aún más.

—¿Qué es-tás que-rien-do de-cir? —susurro muy despacio y algo más cerca.

—¿No es evidente?

No muevo ni un poro para instarlo a seguir.

—Que podría haber pasado algo muy bonito entre tú y yo.

—¿Podría?

Nos miramos en un silencio íntimo, muy por dentro, tanto que cuando quiero darme cuenta él me ha agarrado de la mano y metido en el probador, ha apoyado mi espalda en el espejo y con su figura frente a mí, tan serio que creo que se me va a parar el corazón y no es una frase hecha, mi latido ha pasado del trote al galope intenso sin miramientos fisiológicos.

—Luna... —Apoya la frente en la mía y resopla. Por primera vez puedo oler su aliento. ¡Dios! ¡Qué cerca estoy de darle un beso! ¡Que alguien me pellizque, por favor! ¿Estoy soñando?

Doy un paso más en este acercamiento y llevo las manos a ambos lados de su cara. Como intuía, su piel es suave y fina.

—¿Qué? —emito desde las profundidades de mi garganta.

—No quería decirte nada, pero no puedo...

—Dime lo que quieras.

Noto que sus grandes manos se posan en mis hombros y suavemente las hace descender por mis brazos, provocando que la piel se me erice y deshaga mis caricias en sus mejillas para colgar mis brazos a su merced. Cuando llega a mis manos, las coge y nuestros dedos se entrelazan fuertes, como si lo hubiesen hecho siempre. Mi corazón se dispara aún más si cabe. En mi mente no hay una sola conexión neuronal que no se ocupe de este momento.

Permanecemos así, quietos, frente a frente, con las respiraciones acompasadas dentro del probador; él con traje, yo con pantalón corto y con un top escotado con un tirante caído por el paso de sus manos sobre él.

—Me gusta respirarte —enuncia desde un lugar tan recóndito que me obliga a responderle:

—Y a mí.

Hace un pequeño quejido de sufrimiento:

—Luna...

Y de pronto lo entiendo.

—Dejemos que pase el tiempo... se te olvidará.

—Me importas tú. —Deja un cálido beso en mi mejilla que provoca una sacudida en todo mi ser. Continúa rozándome hasta el oído—. Que se te olvide a ti —susurra.

—No fue más que...

—No lo digas. —Lleva una mano a mi boca para silenciarla.

—¿Ves? —queriéndole decir que es él el que tiene el problema.

—Tienes razón. Todo se ha acelerado... me voy a volver loco. No dejo de verte en mi casa, con él, de oírte...

Hago por separarme. Esto ha sonado demasiado raro.

—No, no te vayas... me he explicado mal. Yo tenía que haber sido el que te hubiera hecho gritar. Yo.

¡Dios mío qué intenso se está poniendo esto! No puedo contestar. Lo único que se me ocurre es empujarle la nuca para intentar acercarlo a mis labios y probar a qué sabe su boca de una vez.

—Me gustas, Eneko. De siempre. Quiero ser sincera.

—Y tú a mí, Luna. He sido un idiota.

—Hemos sido idiotas —lo corrijo y nos reímos restando un poco de tensión a la escena.

Eneko recoloca su frente en la mía, postura que desde hoy es mi preferida del mundo mundial.

—Te mataría a besos ahora mismo.

¡Madre mía qué frase acaba de decirme! Ya puedo morir tranquila, he conocido el amor.

—¿Por qué no empiezas con uno? —lo animo acercando mi cuerpo al suyo para seducirlo.

¡Funciona! Ha exteriorizado un suspiro de lo más erótico. ¡Espera! ¿Qué hace ahora? Está separándose de mí pero clavando sus manos en mi baja cintura para acercar mi pelvis a la suya. Apoyo la cabeza en el espejo inclinándome más. Dibuja una línea recta con sus dedos desde mi boca descendiendo por mi cuello, mi escote, mi canalillo (¡ahhhh!, creo que lo he suspirado en alto), sigue por mi vientre y cuando llega a la cintura de mi pantalón me aprieta más fuerte hacia su pelvis con una mano y con la otra me separa del espejo para pegarme a él.

—Te comería entera... —dice otra vez con la frente pegada a la mía.

El ardor que fluye por mi cuerpo me hace protestar:

—Hazlo de una vez, ¡joder! —reconozco que soy muy mal hablada, pero esta es la secuencia más tórrida que he vivido nunca y quiero que acabe bien, como deseo desde hace tres años.

—Luna... —Me mira muy cerca mientras se acerca.

—Eneko... —lo invito mojando mis labios.

—¿Qué está pasando ahí? —oigo como se descorre la cortina, la claridad entra y, muy a mi pesar, un tercer ser se cuelga en este probador con muy malas pulgas—. Esto es una tienda seria, por favor; si queréis montároslo, id al Corte Inglés, como todos, pero aquí no.

Eneko me esconde de la intransigente dependienta detrás de él, gesto que luego quiero recordar para quererlo aún más.

—Perdone, señorita, solo estábamos hablando mi novia y yo. Lamento si le ha parecido otra cosa.

¿Ha dicho novia?

—Lo que usted diga... ¿va a llevarse algo?

—Sí, este último. Me lo quito y ahora lo cobra, pero tiene que salir — bromea con un tono tan distendido que acabo de flipar con este nuevo Eneko.

—Muy bien. Yo salgo, pero ella también —refiriéndose a mí.

—Yo, yo... ya me iba —digo consumida por las emociones y sorteando la espalda de Eneko para salir.

—Muy bien —dice la dependienta antes de alejarse.

—¿Te vas?

—¡Ufff! Sí, creo que sí —le digo apoyándome en el marco.

—Vale —dice algo entristecido.

—¡Heyy! Estoy un poco aturdida, solo es eso.

—Ya, yo también —reconoce volviendo a atusarse el pelo.

—Pero te prometo que todo lo que he dicho es verdad —asumo.

Sonríe.

—Y yo. Ahora están las cartas sobre la mesa, Luna... Es una partida difícil.

—Me gustan las cosas difíciles —lo reto—. Y creo que esto solo es cuestión de tiempo.

—Sí, yo también, y de verte más... fuera del trabajo.

—Tienes mi teléfono.

—Y tú a mí loco perdido —bromea. Me acerco, le doy un beso casto en la mejilla y parto sin mirar atrás.

Capítulo 7

Quiero

Con el paso de los años los días son más cortos y las horas más rápidas, no sé qué será de mí cuando tenga ochenta, ¿correrán los días a pares? Total, que ya es jueves. Ayer y hoy no lo he visto.

¿A quién?

A ninguno. No los he visto. He pasado de estar sola como una viejita con gatos a dividirme entre dos hombres. Es muy común, todos te ignoran, pero en cuanto empiezas a salir con alguien te surgen posibilidades de debajo de las piedras. Claro que aquí hay un factor que le suma morbo al asunto: los lazos familiares.

Eneko ha hecho un viaje exprés a Barcelona para trabajar con la máquina de positrones y Edu parece que ha desaparecido del mapa. Podría estar bien, así me centro en Eneko, pero no puedo mentirme a mí misma; su ausencia de noticias me ha hecho darle más que alguna vuelta e incluso he estado cerca de enviarle un mensaje.

—Yo lo único que digo es que es un poco raro, ya está —puntualiza Estrella.

Sol y mi hermana se han venido a ayudarme a elegir modelito para la fiesta de esta noche y llevan toda la tarde, como los grillos de mi cabeza, teorizando sobre Edu y Eneko.

—¿Qué ves raro? Cabeza desconfiada... —le pregunta Sol.

—Pues que en tres años Eneko ha pasado de mi hermana y justo cuando se lía con Edu, le entra el interés.

—No pasaba de ella, no se atrevía a decirle nada y ahora le ha visto las orejas al lobo y se ha puesto las pilas.

—Eso sería normal si el otro no fuese su hermano, pero sí lo es, y está muy feo sisarle la novia a uno de tu familia.

—¿Qué novia, qué novia? —mascullo, pero ambas me ignoran.

—Luna se ha acostado con Eduardo, punto. De ahí a que se hayan prometido amor eterno va un mundo, Estrella, y es lógico que Eneko haya levantado sus cartas para evitar que vayan a más y que centre la atención en él. Yo lo veo de lo más normal.

—Pues yo de trepa y mal hermano.

—Quizá hayan hablado entre ellos, eso no lo sabes —teoriza Sol mientras rebusca en mi armario.

—¿Tú crees? Oye, Edu, que voy a ir a por Luna, pasa de ella que me la pedí yo antes —teatraliza Estrella—. No lo veo.

—¿Por qué no? —intervengo—. Existe un punto que todavía no habéis tratado que puede confirmar esa teoría, y es que desde que quedé con Eneko Edu ha desaparecido.

—¡Estamos a jueves! ¡Hablaste con él el lunes, tampoco va a estar llamándote todos los días! —responde Estrella toda impetuosa. Mi hermana es intensidad pura y esto más parece que trata de ella que de mí.

—Ya, ya... —contesto—, pero podría haberme enviado un mensajito, él sabía que había quedado con Eneko...

—¿Y si está celoso? —nos interrumpe Sol con un tono como si hubiera dado con la clave del enigma.

—¿Celoso? ¿Edu? A ese le importo yo lo mismo que las ochocientas con las que se acuesta —digo más segura que un juez.

—Pues a lo mejor sí lo está, mira lo que te digo —se reafirma Sol—. A ese tú le has tocado la fibra...

—A ese le ha tocado mi hermana la fibra, el culo, la...

—¡Calla! ¡No seas bruta! —grita Sol mientras se tapa los oídos para no oír las ordinarieces de su cuñada.

—¡Y tú pardilla! Luna se ha puesto las botas con ese tío, hacía años que no la veía tan resplandeciente. Os lo he dicho millones de veces, no hay crema en el mundo que te ilumine más que un buen polvo.

—¡Aysss, Estrella! —decimos a la vez Sol y yo. Mi hermana ha salido con la vena *hippie* de mis padres y es defensora del amor libre desde que tiene uso de razón. Vamos, a ver, que yo también, pero con algunos filtros: solo con hombres, uno cada vez y con un límite al año. Ella no. Lo dejo ahí.

—¡Y otra cosa! —Levanta un brazo para mostrarnos su dedo índice. Las

dos la atendemos—. Está el asunto que te comentó tu jefa.

—¿Lo de las filtraciones? —le pregunto.

—Sí. ¿Y si es Eneko y quiere engatusarte porque sabe que desconfían de él?

—Tú ves muchas pelis —le digo.

—Pues sí, veo muchas pelis, por eso. ¿O no está inventado el cine para que nos veamos retratados? Escuchadme —Sol y yo la miramos, Estrella suelta el joyero y se levanta—: es posible que Eneko haya estado liándote todo este tiempo para que no veas más allá de lo guapo que es, un poquito de aquí, una sonrisita por allá, y mientras le daba información a la competencia sin sudar ni una gota, haciéndote la del poeta. Ahora que ha visto que tu atención se ha ido a su hermano y puede que te desenamores de él y es más factible que lo pilles, quiere seducirte para volver a cubrirte los ojos de pétalos de amor cegadores.

—¿La del poeta? —la interrumpo, porque desde que lo ha dicho no he escuchado nada más; ignoro a qué se refiere.

—¡No! —exclama Sol y se cubre los oídos con las manos, y ahora deduzco que he estado lenta y mi hermana va a soltar una cochinada.

—Sí, que te dedica sus letras si le bajas la bragueta. Y si quieres más bonita poesía, cómele la verga día tras día —sonríe orgullosa de habérmela colado. Meneo la cabeza en señal de que no madurará nunca y me levanto de la cama porque estoy agotada de oír tonterías.

—Mira, Estrella, no conoces a Eneko. Él es un buen tío y no me gusta que hables de él así. Y ya está, zanjemos el tema. Tengo que arreglarme o llegaré tarde. ¿Qué vestido preferís?



Entro en el recinto donde van a dar la fiesta. Esta vez han tirado la casa por la ventana, porque lo normal es que hagan un ágape en el vestíbulo, pero hoy nos han convocado en el salón de actos recién reformado, y por eso he optado por un vestido negro *midi* bastante más sofisticado, de malla,

ajustado, con flecos y escote en pico, con tirantes finos. Es de Asos, me lo compré hace unos meses y mira por dónde hoy voy a darle salida. La espalda es muy sexi, porque tiene una abertura con transparencias que me encanta justo en la zona lumbar. Solo le he añadido unos pendientes negros y una sandalia con mucho tacón, para no recargar demasiado, y he intentado darle movimiento a mi melena con ondas.

A Sol y Estrella les ha encantado el resultado final y yo también estoy satisfecha. Así sé que podré afrontar lo que me venga con serenidad. Puede parecer una tontería, pero para mí la ropa es muy importante; si intuyo que voy guapa me siento más segura. Es como que la moda me disfrazo. Las veces que me he puesto un conjunto sexi casi lo he disfrutado más yo que el provocado. Si voy hecha unos zorros y me cruzo con alguien que me gusta, me falta hasta tartamudear. Por eso hoy no me la he jugado y he apostado por este vestido tan sexi.

Me ha traído Sol y luego cogeré un taxi, y digo esto ahora para que no se me olvide preguntarle. Justo cuando estábamos llegando me ha parecido que quería contarme algo, pero me ha llamado Ranjit para preguntarme dónde estaba y no hemos podido seguir con la conversación. La he visto un poco rara, no sé... mañana indagaré.

Hacia tiempo que no venía por la noche a mi laboratorio y se me hace raro, hasta parece otro edificio. Creo que la última vez fue hace dos años en una merienda-cena de Navidad que se alargó.

Saludo a Quique, el de seguridad del edificio. Es un chico más o menos de mi edad con el que suelo de vez en cuando charlar y es bastante simpático.

—¡Hey! ¡Cómo venimos! Estás espectacular —me guiña un ojo.

—Tú también te has puesto muy guapo —sonrío porque aunque va vestido de seguridad se ha adornado el cuello con una pajarita y está de lo más salao.

—Ya sabes lo que dicen, Luna, la elegancia es un don y tú y yo la tenemos.

—Efectivamente.

—¡Anda, date prisa! Ya está casi todo el mundo dentro. Guárdame algún pinchito, ¿eh?

—Cuenta con ello.

Camino no sin dificultad, porque parece que mis zapatos no congenian con este suelo y quieren deslizarse en vez de pisar. Espero no caerme, sería memorable.

Apenas a diez metros se abre la puerta del salón de actos y me impregno del calor que emana y de un ruido apetecible: música tranquila, conversaciones y risas. ¡Allá voy!

Nada más entrar me sorprende la luz tenue. Este salón tiene unos ventanales enormes que dan a la calle y por el día casi hay que entrar con gafas de sol. Siempre he sospechado que Gloria está tan morena porque baja, se cierra con llave, se despelota, y ¡hala!, a broncearse en horas de trabajo.

Además, lo han decorado. Han colgado una gran guirnalda por encima del escenario donde pone «enhorabuena» y hay globos plateados y dorados por todo el salón. Sí, globos; es un poco infantil, pero prometo que queda bonito. En referencia al ambiente, cuento como unas cien personas, pero ya se sabe estas cosas, igual hay doscientos, quien organiza la fiesta afirma que hay cuatrocientos y los más ásperos y contrarios dicen cincuenta.

Busco caras familiares y enseguida creo intuir a Eneko, pero como me da vergüenza giro en sentido contrario y me cruzo con una gran sonrisa pícara, la de Ranjit. Voy hacia él.

—¡Guauuuuu! —Nos damos dos besos. Nos hemos visto esta mañana y ayer, y nos veremos mañana, pero si estás de fiesta y te arreglas hay que darse dos besos, es una norma no escrita.

—¿Solo dices guauuuu? ¿Me he tirado media tarde para arreglarme y solo dices eso? Me voy ahora mismo —bromeo.

—¿Quieres que te diga lo de los bombones al sol?

—¡Uffff, no!

—Pues no me sé ningún piropo más en español, vas a tener que conformarte. —Lo abrazo.

—¡Venga, va! Me vale. Tú también estás muy guapo y muy elegante.

—No tanto como tu jefe. El trajecito le sienta mejor que a Zidane.

—¿Sí? No lo he visto.

—Ya lo verás. —Me coge un brazo y me lleva a la barra de bebidas.

Cogemos dos copas de champán y no les damos tregua. Justo aparecen Francis y Dylan, y brindan con nosotros. No es que se hayan arreglado

mucho, sobre todo Francis, que lleva un pantalón negro, una blusa de esas de tienda de madres y el pelo igual que siempre. ¿Maquillaje? puede que un poco de colorete o igual son restos de besos de carmín del resto de las invitadas. Dylan lleva traje, pero sin corbata.

Conversamos pegados a la barra y nos reímos con las ocurrencias de Ranjit, que está sembrado. Me niego a mover el cuello hacia ningún lado porque no he visto a Eneko desde el probador y no sé cómo voy a reaccionar. Siento que alguien se acerca por mi espalda, mi piel se eriza al percatarme de quién es; no me digas cómo, pero lo sé. Al instante noto en la espalda su mano, que me gira para colocarme frente a él.

Y lo veo. Lo huelo. Le sonrío. Me resquebrajo por dentro, porque me lanzaría ahora mismo a su boca, pero he de contenerme y eso es una batalla campal en mi organismo. Luce impresionante y digo luce aunque suene cursi porque es que parece que lo están iluminando de puro guapo que es. ¡Cómo me gustan los hombres con traje!

—Estás preciosa, Luna, de verdad. —Me sonrío y le salen unas pequeñas arruguitas la mar de sexis al lado de los ojos.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

—¿Sí? Es un traje nuevo —bromea.

—Pues muy buena elección —respondo clavando la mirada en la suya e intentando tragar saliva.

—Me ayudó alguien que tiene muy buen gusto.

—¡Qué suerte!...—No sé qué más decir, me están quemando sus ojos.

—¿Quieres champan, jefe? —le pregunta Ranjit.

—Sí, claro.

Abrimos el corro para incorporarlo a nuestra conversación. Se sitúa a mi lado. Hago que oigo a Ranjit y me río cuando lo hacen todos, pero estoy perdida sintiendo su energía tan próxima a la mía. Soy como un imán negativo y él todo un polo positivo, separados por una hoja de papel. Poco a poco el corro se disgrega en parejas, Ranjit habla con un nuevo miembro, Jorge, un compañero de otro departamento, Francis y Dylan, y Eneko y yo.

Hay camareros pasando bandejas de aperitivos y gracias a Dylan, que parece que se ha ligado a uno de ellos, no nos falta de nada. Me quedo con el *foie* y un pinchito con queso frito bañado en no sé qué que está para que te dé

un telele. Eneko se ha dado cuenta de lo que me gusta y los coge para mí.

—A mí no me gusta el queso, pero solo por ver tu cara de placer secuestro al camarero —acaba de decirme al oído y casi me atraganto. Cuando lo miro, lo encuentro con gesto divertido y me lo pega. Me gusta este nuevo paso que ha dado nuestra relación.

—Ya decía yo que no podías ser perfecto, lo del queso es preocupante —digo con cara de disgusto—, no sé yo si voy a poder tolerarlo.

—Seguro que sí, puedo ofrecerte otras cosas.

—¿Sí? ¿Cuáles? —Pongo morritos—. No hay nada mejor que el queso.

—Pues no sé, se me ocurren unas cuantas, pero todas desnudos.

Abro los ojos de par en par.

—Has venido fuerte —contesto retándolo con la mirada.

—Me he cansado de perder el tiempo.

—¿Y ahora para no gastar más quieres matarme de un infarto con tu sinceridad?

—No, todo lo contrario, quiero hacerte feliz, si me dejas. Nada de muertes ni cosas feas.

—¿Y lo que hablamos de que íbamos a dejar pasar el tiempo para olvidar mi desliz con tu hermano?

—Me pueden las ganas. ¿Y a ti?

—También. —Me acerco a su oído y lo dejo con todo mi estado de nerviosismo, pero lo hago, un escurridizo beso en la mejilla.

Nos miramos. Mi estómago acaba de darse la vuelta. La seducción fluye entre nosotros dos y lo empapa todo. No hay camareros, ni música, ni amigos; solo estamos él y yo, Eneko y yo contemplándonos. Besándonos sin rozarnos, tocándonos sin manos, deleitándonos de este momento tan sincero y tan feliz. Porque por fin hemos hablado y nos hemos dicho lo que hay y justo es lo que yo quería. A él. Entero.

—¿Quieres que salgamos? Te noto acalorada —sonríe.

Le digo que sí. Eneko me quita la copa casi vacía y coge dos nuevas.

—Chicos, vamos a salir a la terraza, hace calor aquí —los informa.

Sigo su espalda mientras me conciencio. En cuanto salga y nadie pueda vernos voy a besarlo. Se acabó. Si él no lo hace, lo haré yo.

Eneko se para antes de llegar a las puertas de la terraza. Como voy

detrás de él, no puedo ver quién lo ha interrumpido. Doy dos pasos hacia delante, me coloco a su lado y dejo de respirar.

—¡Me parto con tu hermano, Eneko! ¿Dónde lo tenías escondido?

Mi jefa, Gloria, está al lado de Edu. Un trajeado Edu que me mira muy, muy serio, tanto que mi Empire State mental se derrumba entero y bajo la cabeza. ¿Qué hace aquí? ¿Y por qué me mira así?

Tomo aire, me recompongo y ahora, cinco segundos después, tomo las riendas de mí misma. Saludo a mi jefa con dos besos y a Edu también. Justo cuando me separo, Edu tira de mí y me dice al oído.

—¿Adónde ibais?

Lo aparto y miro a Eneko, pero ya está perdido en las garras de Gloria.

—No tengo que darte explicaciones, Edu. ¿Qué haces aquí?

—Quería darte una sorpresa y me la he llevado yo al verte entrar con ese vestidito.

—Gracias.

Está muy guapo, casi tanto como Eneko. A ver, son diferentes, se dan un aire, o un vendaval, según se mire... Edu es más castaño y sus ojos son claros, pero en general es más rudo y Eneko, más fino. Desde la objetividad, podría decirse que Edu es más agraciado, pero Eneko tiene un algo que a mí me vuelve loca de remate y Edu solo un poco loca.

—No he sabido nada de ti estos días —me reprocha.

—Ni yo de ti —respondo seria.

—Entiendo que debías haber sido tú la que se comunicara conmigo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque eras tú la que tenía una cita.

Echo la cabeza para un lado. El tono de Edu me está enfadando, pero a la vez hay algo que me hace sonreír por dentro. Ha tramado una estrategia para no escribirme y ha venido a la fiesta dice que para verme.

—No era una cita.

Busco a Eneko y descubro que Gloria se lo ha llevado a diez metros de distancia y está dándole a probar aperitivos entre risas.

—Esa jefa tuya es pura dinamita —dice Edu al verme mirándolos.

—Ya...

—Pero tú eres más guapa. Mi hermano es idiota.

Y lo miro y no sé por qué me entran ganas de llorar. Sí, sí lo sé. Porque esto es lo que siempre sucede con Eneko y conmigo. Él me presta su atención hasta que parece Gloria y la magia se evapora a tortazos de realidad. Ella siempre anda al acecho y él se deja hacer, las cosas como son. Y no me gusta. No.

Miro a Edu, que sí que me presta toda su atención y es en forma divertida pero muy observadora. Sé que está intentando entenderme, averiguar qué siento por su hermano, y que ha venido a la fiesta en parte para eso. ¿Quiero dejárselo ver? No, rotundamente no. ¿Por qué? Ni idea. Solo sé que si alejo mi mente de Eneko y Gloria y me acerco a mi nuevo acompañante, no sin esfuerzo, pero es lo que toca por mi salud mental, puedo afirmar que Edu está increíblemente guapo con traje.

—Eres como un caballito de mar.

—¿Eh? —Salgo de mi nube de compasión.

—Sí, ellos cambian de color para camuflarse; tú, de estado.

—Muy hábil.

—¿Qué te pasa? —me pregunta dando dos pasos hacia mí.

—No me cae bien mi jefa.

—Tú eres más guapa.

—Eso no es importante.

—Según se mire. Si te importa porque está pegada a Eneko, no tienes rival. —Siento que me acaricia un brazo.

Lo miro. Ahora sí. Y me llega su profundo aroma y atraviesa mi organismo. Doy un paso hacia él sin bajar los ojos, como hechizada. En cuestión de dos segundos he conectado con su aura y ahora revivo todo lo que me ha hecho sentir Edu. Mi cuerpo se ha reactivado solo con una caricia suya y me está pidiendo a voces y con una taquicardia inminente que quiere repetir.

Ignoro cuánto tiempo hemos permanecido en silencio comiéndonos con los ojos; es él el que lo rompe.

—¿Estás segura?

Afirmo con un firme movimiento de cabeza.

—¿Dónde?

Pienso rápido y la solución se abre enseguida:

—Según salgas, cuarta puerta a la derecha. Espérame ahí.

Edu se acerca para darme un pequeño lametón en la comisura del labio que hace que mi embrague cardiaco meta sexta.

—No tardes.

Se escurre de la fiesta y sigo su espalda. Hago que voy a la barra para coger otra copa de champán y me la bebo de un trago. Tengo la boca seca, pero estoy cargada de decisión. Lo necesito. Eso es todo. No puedo negármelo y por eso huyo un minuto después en su búsqueda.



Abro la puerta del pequeño cuarto de la limpieza y me asusta la oscuridad. Quizá se haya equivocado de sitio... pero pronto un brazo me amarra fuerte me da la vuelta y me enfrenta a la pared.

—¡Dios, necesitaba hacer esto! —me dice al oído—. Tengo que saborear tu espalda.

Sus labios bajan por el escote de mi vestido mientras sus manos amarran fuerte las mías por encima de mi cabeza, bloqueando mis movimientos. Los escalofríos me llenan entera.

—¡Uhhmm! —Se relame—. Estás muy rica...

Ahora me ha soltado los brazos, pero con su cuerpo impide que me dé la vuelta y, sinceramente, tampoco quiero, porque lo que antes eran lametones en mi espalda ahora son en otro sitio y creo que voy a morir de placer ya mismo.

Da un tirón a mi tanga y lo rompe haciéndome algo de daño, pero gimo de lo erótico que ha sido eso. Quiero besarlo, necesito hacerlo ya.

—Déjame besarte —le digo con la garganta seca.

—Ahora voy, nena. —Con suavidad, me da la vuelta y siento que su cabeza sube a la vez que su lengua lame mi vestido, traspasándome la humedad. Cuando está a mi altura, me lanzo a su boca y nos besamos con tanta pasión que se va a encender la luz sola de toda la energía que estamos derrochando.

—Eres increíble —le digo totalmente rendida al aquí y ahora.

—Tú me haces ser increíble —dice a mi oído, mientras noto que se baja el pantalón. Me sube a horcajadas apoyándome en la pared y me penetra con una facilidad que parece que tuviera el mapa de mi cuerpo y se lo supiera de memoria. Me abrazo a su cuello dejándome llevar. Me pierdo con él. Grito, más bajo de lo que me gustaría, con cada embestida; estas van subiendo en intensidad hasta estas últimas, que eran puras lanzas para atravesarme entera y en las que me ha parecido oír que soy suya o puede que me lo haya imaginado porque esa es la actitud. Cuando consigue llevarme al clímax creo desmayarme de algo como el placer más morboso, prohibido y libre que he conocido. Poco después él obtiene su merecida recompensa y permanecemos así, en la misma posición, sudando y respirando todo el aire de este pequeño cubículo juntos. Ha sido el orgasmo más rápido, fácil y a la vez brutal de toda mi existencia.

—¿Qué me has hecho? —le digo todavía con restos de la asfixiante acción en la voz.

—Lo que necesitabas, nena.



Salgo yo primero y me alegra constatar que Quique, el de seguridad, no anda de ronda por aquí. Todavía sigo absorta en las sensaciones y resaca del sexo con Edu. Decido que el mejor sitio al que puedo escapar ahora mismo es a mi laboratorio, porque por una parte necesito despejarme y asearme un poco y por otra coger unas braguitas que tengo en mi mesilla para emergencias, claro que nunca pensé que fueran de este tipo.

Subo en el ascensor sin cruzarme con un alma y ya en mi planta me quito los zapatos para darles tregua a mis plantas. Meto la clave en la entrada y accedo a mi posición, a mi lugar de trabajo, donde suelo sentirme tranquila, segura y en paz, algo que necesito ahora mismo con urgencia. Oigo un movimiento humano cerca de mí y enciendo la luz que está cerca de la entrada.

—¡Francis! ¿Qué haces aquí? —exclamo del susto. Francis estaba a oscuras en la mesa de su despacho.

—Perdona... buscaba mis gafas, las lentillas me están haciendo daño — me responde, juraría que un tanto nerviosa.

—¿A oscuras?

—Con la linterna del móvil, es que no se ha encendido la luz sola y no sabía dónde estaba el interruptor.

Es cierto que tenemos sensores de movimiento por el día, pero por la noche los apagan, porque en teoría no debe de haber nadie por aquí.

—Ya me voy —dice acercándose a la puerta—. ¿Estás bien? —me pregunta antes de abrir.

—Sí, sí, solo necesito unas cosas, en un segundo bajo.

—Vale. Ahora te veo.

Francis sale y yo voy directa a mi mesilla, abro el cajón y saco de un neceser mis braguitas, que me pongo enseguida, y acto después una tormenta de lágrimas pide permiso para arrancar. Se lo doy.

¿Qué he hecho? No, no estoy bien. Una pregunta tan tonta como la que Francis ha pronunciado me ha derrumbado por completo. Acabo de enrollarme con Edu cuando se suponía que iba a besar a Eneko. Nos lo hemos montado sin escrúpulos en el cuarto de la limpieza, como animales, y nos hemos ido sin más; un aquí te pilló, aquí te mato de libro. Yo no soy así, no, o antes no lo era. Siempre pensé que si Eneko sentía algo por mí ascendería a la mujer más feliz del planeta directamente y, por supuesto, a la más fiel. Muy, muy lejos de la realidad, a años luz. Voy y me enrolló en un cuartucho con su hermano, que me dice a la cara que me ha hecho lo que yo necesitaba y a mí me ha parecido hasta erótico... A años luz de la Luna que me creí.

Tengo un berrinche con hipo y todo y me he colocado unos clínex en las mejillas para no estropear mi maquillaje, ya que he de volver en algún momento a la fiesta. Cuando consigo serenarme, salgo del laboratorio al aseo que hay en este pasillo. Me miro en el espejo y al hacerlo una voz interior parecida a la de mi hermana Estrella me grita que no he hecho nada más que tirarme a alguien que me gusta mucho. Porque sí, Edu me gusta más de lo que quiero en este momento, esa es una verdad como un templo, y que todavía no ha sucedido nada con Eneko, también. «¡Pues ya está!», me dice

esa voz interior, y yo me agarro a ella como al último asidero de una tirolina que te desliza a un lugar inhóspito.



Me encamino de nuevo a la fiesta todo lo recompuesta que he sido capaz. Antes de doblar la esquina del último pasillo al salón de actos, oigo una conversación que aunque no distingo suena bastante hostil. Son dos o tres hombres. Me escondo en el hueco de una puerta porque algo me dice que esas voces me son familiares.

—Dejadme en paz de una vez.

—No te pongas nervioso...

¡Es Eneko! El que ha pedido que lo dejen en paz es él, segurísimo. Las otras voces no las reconozco. Me tapo la boca para no hacer ruido.

—No estoy nervioso, solo os repito que me tenéis hasta los cojones y que nos dejéis tranquilos. De mí no vais a obtener nada más. ¿Os queda claro?

Oigo alejarse unos pasos que supongo que son los de Eneko, y unos segundos después, los otros. Me llevo la mano al corazón, que más parece que se me va a salir del miedo, y respiro antes de doblar la esquina para intentar ver a los otros interlocutores. Justo los diviso cuando van a entrar a la fiesta y la tenue luz los ilumina. No sé quiénes son, pero los he visto antes en la fiesta. Le preguntaré a Ranjit. ¡Vaya nochecita!



Nada más acceder, Gloria se acerca a mí con cara disgustada.

—¿Dónde estabas? Te hemos estado buscando; Eneko quiere decir unas palabras, pero quiere hacerlo contigo.

—Estaba... tenía que ir al baño.

—¿Estás bien? —Ha notado mi consternación—. Tienes mala cara.

—Un poco cansada, Gloria. Llevo un tiempo así. Quería pedirte unos días, no sé si recuerdas que lo hablamos. —Se me ha ocurrido en el instante y sin pensarlo lo he dicho.

—Eh... bueno, luego te digo, ahora ve en busca de Eneko y decidle algo a toda esta gente, por lo que más queráis.

—Vale, pero piénsalo, de verdad que necesito un descanso —me repito.

—Sí, sí... oye, ¿has averiguado algo de lo que te dije?

Me quedo pasmada.

—No, nada —intento sonar segura.

—¿En serio? Solo una cosa, entre tú y yo, ¿crees que podría ser Eneko?

Respondo que no.

—¡Ojalá! Me partiría el alma —se explaya.

—¿Por?

—Evidente, querida, evidente.

La miro estupefacta, ¿está tratando de decirme que le gusta? ¿Que tiene algo con él?

—¿Es... estáis? —tartamudeo confusa.

Gloria me lanza una de esas miradas que te convierten en piltrafa y me regala un:

—¡Y a ti qué más te da, atontada!

Con las manos, me gira y me empuja hacia la muchedumbre con el mensaje de que busque a Eneko, justo la persona a la que menos quiero ver ahora mismo.

Capítulo 8

Viaje

¡Hogar, dulce hogar!

Tiro los zapatos al suelo y según llego al sillón me lanzo como un niño a una colchoneta elástica, «mío, mío»... Necesito que me acoja, que el silencio de mi casa y la suavidad de mi mantita sillonería me reconforten, porque ¡vaya tela, telita, tela!

Desde luego, no ha sido mi gran noche. Hoy más vale que el himno de Raphael no suene ni a cien metros de distancia, porque me cargo a pepinillazos a quien lo ponga. Si la cosa ya estaba de por sí complicada con mi *affaire* con Edu en el cuarto de la limpieza, se ha multiplicado por mil al continuar la velada. Entre que me he encontrado a Francis en el laboratorio a oscuras, luego a Eneko discutiendo con los de nuestro laboratorio rival, que me ha confirmado Ranjit que eran de DMS, y después, cuando me he reunido con Eneko para agradecer la fiesta y los cuchillos han volado sin disimulo en ambos sentidos (él porque me preguntaba dónde había estado y yo por lo que ha dejado entrever Gloria), me quiero morir de desgracia plena y sangrante. Total, que ha sido un desastre, que me arde hasta el cuero cabelludo y que me voy de vacaciones mañana para alejarme unos kilómetros y poner la mente fresca y al día.

¿Suena el timbre de mi puerta? ¿O lo acabo de soñar? No, ha sonado, no me ha dado tiempo a dormirme. Ahora escucho unos golpecitos... Voy con toda mi caraja presueño sin filtros. Me asomo por la mirilla y veo un tupé perfecto, unos ojos azules pícaros y una sonrisa de trasto que reconozco a la perfección.

—¡Abre! Te has ido sin despedirte —oigo al otro lado de la puerta.

—¿Te parece poca despedida la que hemos liado?

—Si me preguntas te diré que sí, muy poca. Vamos, no quiero discutir esto en el descansillo. —Hace que susurra.

Lo obedezco (como siempre). Abro la puerta y ni espero a que entre. Voy directa a mi sillón a taparme con mi mantita, a ver si me protege de la oruga glotona que nunca se sacia de comerme y llenarme de dudas en forma de irreversibles agujeros.

Edu se sienta a mi lado, me sonrío y, sin pedirme permiso me abraza. Permanecemos así un rato, yo intentando no echarme a llorar y él acariciándome el pelo, hasta que nos recolocamos y quedo con la cabeza apoyada en su hombro.

—¿Qué te pasa, Luna? —escucho sinceridad.

—No sé dónde encajas en mi vida, Edu —respondo desde la franqueza y sin fuerzas para rodeos.

—¿Y qué más da? Nos lo pasamos bien, no hay que darle más vueltas.

—Sí, sí que hay que dárselas, porque antes de ti tenía una vida, ¿sabes? Tenía un plan y tú lo has descuajaringado enterito —le digo sin menearme un milímetro para no perder sus caricias, que son extremadamente reparadoras (y complicadas).

—¿Mi hermano?

—En parte, sí.

Edu me separa para posar las manos a ambos lados de mi cabeza y besarme con suavidad y a la vez con su ardor característico. Yo a estas alturas ni hago por alejarme, sé que no voy a poder.

—Nunca tendrás con él lo que hay entre tú y yo, Luna, nunca —me susurra a escasos centímetros de la boca.

—¿El qué?

—La atracción más intensa que vamos a sentir nunca. ¿O te crees que a mí me había sucedido esto alguna vez? Te me cueles, Luna; es verte y no dejo de pensar en cómo follarte hasta hacerte gritar.

—¿Puedes hablar mejor, si no te importa?

—Te lo puedo decir más bonito si quieres, que no me canso de ti, que me tocas y veo el cielo, que me estás volviendo loco, que sé que te gusta mi hermano y me jode mil, que estoy jugando a algo que sé que no debería porque vamos a salir dañados, pero que estoy aquí ahora mismo intentando hablar tranquilo excitado perdido.

—¡Joder, Edu!

—¡Te lo acabo de decir, Luna! No me canso de ti, ¿me has oído?

—Sí.

—Anda, bésame, por favor...

—Edu, estoy cansada. —Me aparto un poco, pero me agarra de las muñecas.

—¿Te crees que yo no? —me pregunta tan serio que me extraña en él. Me doy cuenta de que este no es solo mi problema, de que él y yo lo compartimos, de que no tengo que llevarlo yo solita a cuestras.

—¿Qué vamos a hacer, Edu? —le digo ahora acercándome, tal cual me pide el cuerpo, y apoyando la frente en la suya.

—Por lo pronto, lo que ya sabes, a ver si nos agotamos y podemos pensar con claridad después, ¿vale?

—Eres tan sincero... —Le beso la punta de la nariz.

—Y tú tan bonita, ¿follamos?

—¡Edu! —Lo golpeo con fuerza e inmediatamente después me río.

—Eres una mojígata, lo sabes, ¿no?

—Soy tu mojígata. —Bajo para besarlo en los labios.

—Eso es, nena, me gusta, eres mía —dice con su voz ronca cargada de seducción que me derrite por dentro.

Edu se levanta me lleva a la cama en brazos y cuando llegamos me deja en pie y, en silencio, se deshace de mi vestido para lanzarme a la cama. Sonríe. Ya me tiene como y donde quiere: en ropa interior y en horizontal. Lo miro. Es tan apetitoso que se me hace la boca agua. Eso es, Edu enciende mi hambre carnal, como si no hubiera comido en meses. Llevará el aroma concreto que excita a mi sed de sexo, qué sé yo; nunca había perdido tanto el control de mí misma con nadie.

Lentamente y con actitud confiada, se quita la chaqueta y la camisa, se retira el cinturón, que deja a un lado de la cama, y me permite verlo desnudo de cintura para arriba, con el pantalón de traje ajustado a sus caderas, tan sexi que me dan espasmos en aquella zona erógena y ni me ha tocado. Después da unos pasos pegando sus rodillas al borde la cama y me abre las piernas con un movimiento rudo.

—Me vuelve loco verte en ropa interior. Voy a custodiar el cajón donde guardes estas maravillas. Luego me contarás de dónde has sacado esta nueva

versión —se refiere a mis braguitas—, creo recordar que las anteriores no aguantaron.

Me río. Lo ha dicho con tanta gracia que no me ha dado otra opción.

—A mí me gustas según estás, en plan ejecutivo morboso.

—Como si fuera tu jefe, eh... mente sucia —me dice mientras va haciendo resbalar su cuerpo por el mío, dejando claro quién manda aquí. Me niego. En un placaje que hago con las piernas, lo tumbo y me coloco encima.

—No, la jefa soy yo...

Ríe.

—Me gustas así, nena, fuerte y segura de ti misma...

Y a mí me deleita tanto lo que acaba de decirme y cómo lo ha hecho que doblo la cintura para besarlo con ganas. Ahora mismo se lo merece, lo necesito dentro de mí, no hay más.



Acabamos de despedirnos. Llegaré tarde al trabajo, pero le he confesado que me iba unos días y ha gastado hasta la última gota de energía en hacerme gozar para que no lo olvide, cito textualmente lo que ha dicho al marcharse por la puerta con una sonrisa triunfal.

Aunque hemos dormido poco, estoy decidida a irme hoy por la mañana y tengo más que claro mi destino: Arenas de San Pedro, uno de los lugares en los que viví de joven que más me gustaron. Hace días vi una oferta de una casa rural y ya la he contratado por una semana. Vamos a estar el río, el castillo y yo y mis líos mentales.

Suena mi móvil. Es Gloria.

—¿Qué tal? —ni espera mi respuesta—, ¿preparando tu escapada? Oye, en estos días quiero que pienses en aquello que te he encargado.

—Lo hago y te repito que debe de haber un error, nadie del laboratorio está filtrando información.

—No seas obtusa, Luna, por favor; si te lo he dicho es porque tengo pruebas.

—¿Qué pruebas?

Oigo como resopla al otro lado del teléfono.

—Los de DMS están investigando la línea combinada de los linfocitos T y las prostaglandinas F2, como vosotros.

—Imposible.

—No, hija, no... Alguien les ha hablado de nuestro hallazgo.

Inevitablemente me viene a la cabeza la escena que presencié la noche anterior de Eneko con dos responsables de DMS, pero omito desvelarla porque es absurdo que él sea un topo, debe de haber alguna explicación.

—No sé nada, Gloria —concreto para intentar finalizar la conversación.

—Pues más te vale que te enteres, porque si no vamos a tener que empezar a dudar de ti.

¿Me está amenazando?

—¿Qué significa eso?

—Lo que has oído.

—Mira, Gloria, haced lo que queráis. A mí me contratasteis como bioquímica, no como espía. Si no os conviene, me despedís y punto, pero no me vengas con chantajes ridículos porque no te lo voy a admitir —le espeto sin miramientos.

—¿No te das cuenta de que lo hago por tu bien? Están robando tu trabajo.

—Pues contrata a un detective y a mí déjame en paz.

—Está visto que tú y yo nunca vamos a ponernos de acuerdo, Luna. Tienes el amor propio de un mosquito.

—¿Algo más?

—No, descansa. Ya he informado a Eneko de tu ausencia por unos días.

—¿Sí? ¿Se lo ha tomado bien?

—Pues claro, ni que fueras imprescindible, bonita.

—Muy bien. Pues gracias.

—Chao —cuelga.

¡Arjjjjjj! ¡Qué torta tiene! ¡Luna, haz la maleta pronto y sal de aquí!
¡Ya!

Capítulo 9

Minutos

Aunque hace frío me encanta pasear por la orilla del río. La humedad se te cuela por dentro, pero es sana.

Estos días en Arenas me han sentado de escándalo. Me decidí a venir aquí y no me arrepiento en absoluto. Además, he recuperado viejas amistades. El destino quiso que la propietaria del súper donde compré víveres el primer día fuese mi antigua amiga Conchi. Nada más vernos nos reconocimos y nos dimos un largo abrazo. Durante el año que viví aquí fuimos inseparables, ella era un cachito de feria, alegría y bromas que hacían que me desternillara. Recuerdo que en ese año se murió su padre y lo llevó tan bien que sorprendió a los adultos. Le quedaban fuerzas para animar a su madre, a su hermana y a todos los de su alrededor.

Mantuvimos el contacto varios años hasta que la vida y la distancia fueron alejándonos, pero ha sido vernos y recuperar el tiempo. Hay gente con la que te sucede eso, que conectas sin importar la cantidad de trato. Ella me ha contado su vida y yo a ella la mía. Estamos en momentos diferentes: Conchi, felizmente casada pero sin poder tener hijos por vía natural, y yo, yo ya sabes.

He conocido a su marido, Juan Carlos, un buen tío, pero me quedo con ella, es pura luz. Hasta la noche del sábado me hicieron una doce-trece y me invitaron a cenar a su casa, y al llegar me sorprendieron con la presencia de otro amigo suyo, Jesús, casualmente soltero. Nada que hacer, ya podría ser el mismísimo Alex González que no tengo yo mi naranja para más intentos de medias. Lo pasamos bien, jugamos a un juego, Black Stories, en el que el que hace de narrador coge una tarjeta con dos caras, lee en alto solo la cara en la que se plantea una escena de crimen, la otra, donde se redacta la solución, la lee pero se la calla y el resto tenemos que hacerle preguntas para que nos responda sí o no y dar con la clave. Parece una tontería, pero nos dieron las

tres de la mañana. Fue una noche misteriosa y especial.

Por el día me he dedicado a pasear, mirar tiendas, viajar a pueblos de la zona, visitar las Cuevas del águila y descansar, sobre todo descansar. Cuando Conchi cerraba el comercio nos tomábamos algo y charlábamos. Me ha venido tan bien su compañía... no pienso perderla de vista.

He desconectado del móvil, se lo avisé a Estrella y a Sol, que no se preocuparan por mí, pero que no quería estar dependiendo de él y comprobar a cada hora si alguno de los dos se ponía en contacto conmigo. Vine a relajarme y eso he hecho. ¿He aclarado algo?

Sí, que me gusta Edu, pero quiero a Eneko. Con Eneko me planteo una vida en común, con Edu, no. ¿Cuál es el problema? Que con Eneko nunca ha pasado nada y puede que esté idealizándolo y con Edu sí y me ha creado adicción. No puedo negarme a él aunque sepa que nuestro *encamamiento* me aleja cada vez más del hombre que realmente quiero.

¿Qué voy a hacer? ¿Venderán en Amazon cinturones de castidad?

No sé. Creo que hablar con Eneko. Preguntarle por nosotros y decirle la verdad, que me he acostado con su hermano unas diez veces más, pero que si él me dice que pare, lo haré. Si no, viviré la vida loca con Edu hasta que el cuerpo aguante.

A Conchi, a la que le he contado mis planes, le parece una locura; ella opta por la *callada* y por seguir el curso de los acontecimientos, pero me insiste en que no pierda de vista a Edu porque no es común sentir tal nivel de conexión con nadie. ¡Ayssss, la vida! Siempre con problemas. Ella, que ya tiene a su medio boquerón, ahora no puede tener hijos... De este tema también hemos hablado, mi mensaje ha sido que luche si es su sueño, pero desde la felicidad, que se olvide de todos esos comentarios de que los tratamientos de fertilidad son muy duros, porque cada uno vive las cosas como quiere o se prepara.

Y ya hoy me voy, aunque me quedan unos días de vacaciones quiero volver a casa. Me he propuesto no encender el móvil hasta que pise mi portal de Madrid. Cierro la maleta, me aseguro de que no me dejo nada, incluidos los jabones del baño de la casa rural, que huelen de maravilla, aunque daría igual, soy una cleptómana de estas cosas reconocida, va incorporado en el gen español. ¡Adiós, Arenas de San Pedro!



Hola, princesa, espero que lo estés pasando bien, pero no tan bien como conmigo. Quiero verte el viernes para ir a un sitio muy especial, ¿me acompañas?

¿Estás bien? No sé nada de ti. Un beso donde tú quieras.

Vale, parezco un loco, pero llevo una semana sin tener noticias tuyas y parece que no has encendido el WhatsApp. Tú sí que te tomas las vacaciones en serio.

¡Hola! Ya es viernes, una semana sin noticias de ti, ¿me vas a acompañar a ese sitio especial? Dime que sí, por favor, tengo las entradas y sé que lo pasaremos bien.

¡Holaaaaaaa!

A las siete estoy en tu portal y más te vale que bajes.

Ya he encendido el móvil. Tenía estos mensajes de Edu, varios de chats y uno de Eneko.

Pásalo bien en tus merecidas vacaciones. Hablamos. Un beso.

¡Eso es todo, amigos! Venga a volverme loca para no encender el teléfono por si tenía una guerra entre hermanos y me encuentro lo mismo con lo que venía tropezando antes de desaparecer: interés por parte de Edu y pasotismo en Eneko. Una cazuela con kilos de palomitas de maíz a punto de explotar se halla en mi interior y avisa de que va a ponerlo todo perdido. No

puedo negar que me ha sentado mal ese mensaje tan frío de Eneko. Quizá sea problema mío y de mi romántica imaginación que me había estado ilustrando con escenas de lo más peliculeras con Eneko y mi ausencia, pero creo que algo más íntimo sí que podría haberme escrito. ¡Maldita sea! Casi salimos a besarnos a la terraza el día de la fiesta; si no hubiera sido por Gloria habría sido mío. ¡Ufff! Me había olvidado de ella, de mi jefa, la había sacado de la ecuación y el malestar en el estómago que se me acaba de formar me indica que puede que ahí esté la solución. ¿Sí? ¡Pues verás!

Te espero impaciente a las siete. Me tienes intrigada con el plan.

Vale, actúo por impulsos, nunca lo negaré. Enseguida veo que Edu está escribiéndome.

¡Bien! Me has alegrado el día. No me preguntes, porque es sorpresa, pero te va a encantar... deseando verte.

Y yo a ti.

Es verdad, tengo muchas ganas de verlo. La respuesta que me llega lo tiñe todo de rosa y de enredo a la par:

Te lo dije y te lo repito, estoy empezando a estar loco por ti.

La canción que se me aparece en la cabeza ahora mismo es «¡Anda jaleo, jaleo, ya se acabó el alboroto y ahora viene el cachondeo, ahora viene el cachondeo!...» (lo que no sé es de dónde la habré sacado, pero me suena a zarzuela y yo no he ido nunca a la zarzuela).



La comida, riquísima, como siempre que me suelo en los fogones de mi cuñada Sol; el tema, no tanto. Hacía muchos días que no la veía, desde la fiesta, cuando intuí que algo le sucedía. Pues bien, es así. La he llamado para quedar y me ha invitado a su casa. Hemos hablado de mí y mis paranoias, pero en cuando he podido le he preguntado a Sol, que no es muy de hablar de ella, pero lo que estaba guardándose le pesaba más que la barriga de un jugador de sumo lleno de polvorones: cree que mi hermano Júpiter la engaña. Y no se refiere a que afirme haber tirado la basura en su contenedor correspondiente cuando todos sabemos que no o que mienta con la cantidad de cervezas que se ha tomado con sus amigos o que diga que no le apetece salir porque realmente lo que quiere es ver el fútbol, no; Sol se refiere a que cree que la engaña con otra. Y después de lo que me ha contado yo también lo creo. Y ahora ella me está mirando con carita de pena, esperando a que yo le diga que se relaje, que es probable que sea todo un malentendido, pero no me sale.

¿Qué me ha contado para que no pueda rebajar su ansiedad?

Entre otras cosas, que el idiota de mi hermano trajo el otro día una mancha de carmín en su calzoncillo... Ahora vas y te inventas algo que decir. Pero no solo eso, ¡qué va! Después de la mancha le miró el móvil y tenía un chat con una tal Lorena, entre los más recientes, vacío. ¿Qué hacía ahí si no había conversación? ¿Lo habría borrado? Además de que últimamente lo sentía muy esquivo en temas sexuales.

Me acerco a ella, que permanece sentada, dándole vueltas a la cucharilla del café, con los ojos perdidos y llorosos.

—¿Has hablado con él? —comienzo.

—No, no sé qué decirle.

—¿La verdad?

—Lo va a negar, Luna...

—Quizá no.

—Entonces hará real algo que destrozará mi vida, y no estoy preparada.

—Te entiendo.

Sol levanta la cabeza del café para mirarme de frente. Puedo constatar lo afectada que está.

—¿Sabes? Yo pensaba que esto jamás me sucedería a mí, que esto es

cosa de otras parejas y que si algún día me pasaba lo mandaría al quinto pepino sin dudar. Y ahora voy y soy una cobarde. Sé la verdad, Luna, no hay otra explicación, pero si se lo pregunto, diga lo que me diga, todo va a cambiar y no estoy lista, me gustaba mi vida.

—Ya...

—¡Maldita sea! —Pega un fuerte golpe en la mesa—. ¿Por qué ha tenido que joderlo todo, Luna? ¿Por qué?

—Tranquilízate...

Sol se echa a llorar desconsolada y yo me agacho para abrazarla. Prefiero callar y dejar que se desahogue, puesto que es claramente lo que necesita. Lleva muchos días conteniéndose. A veces nos empeñamos en que las personas que sufren no lloren creyendo que las ayudamos, cuando justo es eso lo que necesitan. La vida es dura, amigos, y las lágrimas se inventaron para algo. Quien llora, cura; quien calla, retrasa. Me lo decía mi abuela, que era un ser sabio.

—Es que si me lo hubiera dicho me estaría ahorrando este mal trago de encima tener que ser yo la que dé el paso que destrozará mi vida.

—No vas a destroz nada y menos tu vida, Sol. Es una relación, punto pelota. Las relaciones empiezan y se acaban.

—Es el padre de mis hijos, somos una familia...

—Habla con él. Igual no...

Sol me mira y no puedo terminar la frase que iba a decir porque yo también creo que la engaña.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Se habrá aburrido? ¿Será muy guapa?

—Pasa de meterte ahí, Sol. Si quieres saberlo habla con él, pero huye de las conjeturas; si no, continúa con tu vida e intenta olvidar... No puedo decirte otra cosa.

—No puedo olvidar...

—Pues entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

—Todavía no puedo...

—Pues cuando lo estimes oportuno.

—Eres la primera persona a la que se lo digo, Luna.

—Ya, me lo imagino.

Sol se levanta de la silla para llevar las tazas al fregadero. Las deja con

una desgana inusual en ella, que suele ser una polvorilla, se da la vuelta y se apoya en la encimera.

—Y aunque es verdad que me venía bien desahogarme, ahora se ha transformado en real y no hay vuelta atrás. Se acabó la cobardía. Yo no he hecho nada malo...

—Eso es, tú no has hecho nada malo. No eres tú quien tiene que esconderse.

—Si me ha engañado tendrá que irse —dicta sentencia con un rictus tan serio que ni parece ella. Me acerco.

—¿Estás segura?

Afirma con una dolorosa mezcla de hielo y fuego en la mirada y una secundaria tensión en la mandíbula.

—Venga, tienes que irte o llegarás tarde a tu cita con el hermanísimo. — Me empuja a la puerta.

—¡Ni hablar! Ahora mismo lo llamo para cancelar planes. Me quedo contigo.

—¡Ni se te ocurra! ¡Con lo entretenida que me tienes con tu vida loca! Estoy deseando escuchar el nuevo capítulo —bromea.

—No voy a estar de humor...

—Por lo que me has contado, ese chico sabrá hacerte reír y nos viene bien a las dos. ¡Venga, vete, ponte guapa y déjalo sin habla!

—¿Ya has cambiado de opción? Siempre has apostado por Eneko...

—Pues ahora, después de esto, te digo que compartas tu vida con quien te lo ponga fácil, y este chico parece que lo hace. Sigue gustándome Eneko, pero reconozco que su hermano se lo está currando.

Sonrío. Sol lo cuenta como si mi vida fuera una novela. La beso en la mejilla y me marchó, no sin antes prometerle que le contaré cómo me ha ido la cita.

Son casi las seis. He de darme prisa. Salgo a la calle y un viento frío y seco me sorprende. Miro al cielo, apunta lluvia. Lo que faltaba para un plan que ahora mismo no me apetece en demasía.



Edu se sitúa en mi espalda para quitarme el abrigo. Lo miro extrañada.

—Tengo que aprovechar para tocarte, estás un poco distante. —Me guiña un ojo, seductor, e inevitablemente le sonrío—. Así me gustas más.

—Ya te he contado... —Edu me silencia con los labios en los míos, suaves, cálidos y juguetones a la vez—. Dejemos los problemas fuera, hemos venido a divertirnos.

—Si supiera qué es esto, ayudaría. —No veo más que una sala de espera de lo que parece ser un teatro y unas cortinas opacas negras que esconden lo que hay detrás.

—Tranquila, todo a su tiempo... Te gustará. Eres una mente inquieta.

La cortina se abre y una mujer de unos treinta y pocos años se aparece ante nosotros sonriente.

—¡Buenas! ¿Habéis venido al *show*?

Yo no contesto y miro con gesto enfadado a Edu. Él le dice que sí y le aclara que yo no sé de qué va la gaita. Ella se ríe.

—Te gustará... habéis tenido suerte, solo viene una pareja más.

—¿Sí? ¡Qué bien! —responde Edu—. Así seguro que nos toca.

—¡Sí! Segurísimo. Ya podéis pasar, la sala está oscura, él lo prefiere así; esperad un poco cuando entréis y vuestros ojos se acostumbrarán. Tomad asiento donde queráis.

La obedecemos. Atravesamos la pesada cortina y accedemos al local. Efectivamente, es un pequeño teatro, porque distingo un escenario frente a nosotros. Debe de ser de microteatro, porque como máximo deben de entrar diez personas. Mientras que mis ojos se acostumbran a la oscuridad, sonrío. Me gusta que Edu me haya incluido en su plan y con tanto misterio ha logrado que me olvide de los problemas.

Edu agarra mi mano y nos introducimos de lleno. Pronto alcanzo a ver unas sillas frente al escenario y nos sentamos.

—¿Me vas a decir ya qué es esto?

—No me tientes... estoy deseando. Tú no te asustes, es un poco raro,

pero me apetecía mucho hacer algo así y creo que eres la pareja perfecta. —
Descifro una sonrisa pícaro entre tanta oscuridad.

—Te odio.

Al poco entran dos personas más que estimo que son algo mayores que nosotros, por la voz. Instantes después, los focos del escenario se encienden y como decorado solo cuelga un cuadro de estos con círculos concéntricos muy seguidos y dos sillas. Miro a Edu, que vibra de emoción.

—¿De qué va esto?

—Ahora lo verás...

Decido ignorarlo y esperar a que el espectáculo comience. No tarda. En un minuto se aparece un hombre con traje negro, corbata gris, barba y pelo canosos, y ojos de niño en una mirada quincuagenaria.

—Bienvenidos a nuestro espectáculo. Me presento, soy Ginés Adaro y hoy voy a jugar con vuestras mentes. El paso de la vida deja más huella de lo que pensamos —es argentino y habla despacio y susurrante—, pero lo olvidamos. Vivimos al día sin echar la vista atrás y acabamos olvidando aquello que no repetimos, ¿eso significa que no fue importante? No, quiere decir que nuestra mente selecciona qué recordar y qué no. Ella manda, pero hoy no, hoy seré yo quien dirija y veremos qué tenéis que ofrecerme. ¿Estáis dispuestos? —Yo no respondo, pero ya Edu lo hace por mí.

—¡Perfecto! ¡Pues empecemos! —El hombre se da la vuelta, comienza a sonar una música desconocida y yo me giro ante Edu.

—¿Es hipnosis?

—Efectivamente, muñeca.

Lo flipo...

—Estás loco. Recuérdame que no vuelva a salir contigo.

Edu se ríe y yo..., yo no sé ni dónde meterme.

Capítulo 10

Buenas noches, don David

No puedo levantarme de la cama, como ayer. He debido de coger un virus. De esta Gloria me despide. Debería haber ido ayer a trabajar, pero tuve que llamar porque me fue imposible. El cuerpo no me respondía y, aunque no se lo he dicho a nadie, me mareé en el baño. Después vomité todo lo habido y por haber y me escondí de mis males en la cama. Pensaba que hoy me encontraría mejor, pero no.

Sol vino a acompañarme y mi hermana se ha quedado esta noche conmigo, pero acaba de marcharse a la universidad.

Ya empecé a encontrarme algo revuelta el sábado por la mañana, hasta pensé que podía ser consecuencia de la hipnosis de la que no recuerdo nada más que salir al escenario, oír la voz del mago y regresar a la silla. Encima, Edu no quiso contarme qué hice, lo mismo que yo a él... Fue divertido. Y por raro que suene, no nos acostamos. Fuimos a cenar y después cada uno a su casa. Me dijo que aunque lo deseaba quería verme segura e intuía que no lo estaba. El fin de semana fue tranquilo, reorganicé mi casa hasta que el mal cuerpo me invadió.

Suena mi móvil y veo que es una centralita; entiendo que será el laboratorio.

—¿Sí?

—¿Luna?

Hasta por teléfono consigue electrizarme.

—Hola, Eneko.

—¿Qué tal estás? Me ha dicho Gloria que no te encuentras bien.

—Sí, he debido de coger algún virus y te prometo que quiero ir a trabajar, pero el cuerpo no me responde.

—¿Has ido al médico?

—Luego iré, sí.

—Perfecto. ¿Vas con alguien?

—¿Eh? Sí, sí, mi cuñada me acompañará. —Mentira, iré sola.

—Mantenme informado, ¿vale?

—Sí, sí, luego llamo a Gloria.

—¿O a mí?

—Ah, como quieras...

—Sí, lo prefiero. Deseo saber cómo te encuentras.

—Vale.

—¿Necesitas algo?

—No, tranquilo, solo curarme.

Ríe.

—Y yo que te cures. Esto no es lo mismo sin ti.

Me quedo callada. No me lo esperaba. La conversación parecía de carácter formal.

—Seguro que me está esperando mucho curro... —continúo.

—No lo dudes, pero no te lo digo por eso. He respetado que quisieras irte de vacaciones unos días y me sonaba a que necesitabas distancia para aclararte. —Tose como para tomarse un tiempo—. He tenido que hacer un esfuerzo titánico por no escribirte, pero quería darte espacio.

—Gracias. —Admito que he tenido que contenerme para no dar saltitos de emoción.

—Estaba deseando verte ayer e invitarte a comer para que charlásemos y cuando no te vi... Perdona si te estoy agobiando, no es mi estilo, pero necesito saber qué pasa, me estoy estresando un poco. —Tose de nuevo y sé que no es la garganta precisamente lo que le pica, sino su pudor causando estragos.

Me recoloco en la cama, voy a aprovechar este momento de sinceridad:

—Yo también. Todo esto es raro —le confieso.

—Sí, mucho... ¿por qué te fuiste?

—Porque, como has dicho, necesitaba aclararme.

—¿Sobre mí?

—En parte, sí.

—¿Y sobre Edu?

—También. Voy a serte sincera, Eneko. He seguido viendo a Edu.

Echo toda la leña al fuego y con ello puede que me queme las uñas, mínimo.

—Lo imagino.

—¿Sabes por qué? Porque me lo pone fácil. Porque me habla de quedar y quedamos, porque aparece en casa, porque centra toda su atención en mí cuando estamos juntos y tú no.

—¿Eh?

—Sí, tú me dices una cosa, pero luego haces otra y me ignoras ante Gloria.

—¿Gloria? —Descifro sorpresa.

—Sí.

—Eso es trabajo, Luna.

—Pues ella no opina lo mismo.

—Pues que piense lo que quiera —espetá.

—Igual lo hace porque tú le das señales —me enfado.

Oigo silencio al otro lado.

—No estoy con ella, Luna. Y creo que soy bastante correcto con ella, porque es la directora y, no te mentaré, nos une una cierta amistad, pero sin más.

—Te repito que ella no opina lo mismo. Me lo dejó muy claro en la fiesta.

—Estaba un poco bebida. Ella sabe que entre nosotros no hay nada. Te lo aseguro. ¿Por eso te fuiste?

—En parte, sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Preferí irme.

—Luna, pensé que te había quedado claro... Quiero estar contigo.

—Ya, eso es lo que dices, pero luego no me lo demuestras. —Los reproches que llevo días encerrando parece que quieren protagonizar mi discurso.

—Y mi hermano sí.

—Sí, él sí —admito sin miedo.

—¿Quieres que me aparte?

—No.

—¿En serio?

—Sí, Eneko, siempre has sido tú...

—Hasta que se cruzó él.

Se hace el silencio. ¿Qué estoy haciendo? ¿Esta es la persona que quiero ser?

—Eneko, me siento fatal por esto que os estoy liando. Deberíais odiarme, os voy a separar.

—No, no, no —titubea—, no quería decírtelo, Luna, pero no es la primera vez.

—¿Cómo?

—Sí, a Edu no se le da nada mal robarme.

—¿Estás queriendo decirme que ha estado con alguna chica tuya?

—Más o menos. Su última relación también fue la mía. Quedé tan colgado que por eso he dejado pasar los años. Nos separamos y no he sabido nada de él en meses, hasta que ha roto con ella y ha regresado buscando mi perdón.

—No me lo puedo creer. Y voy yo y aparezco.

—Siendo sinceros, no es lo mismo. Él no sabía quién eras hasta aquella mañana. No se lo puedo echar en cara, y esta vez no pienso rendirme.

—No sé qué decir, Eneko...

—Que me quieras a mí me valdría... Pero sé que me lleva ventaja.

Esta confesión me hace dudar de sus sentimientos porque igual solo me quiere a mí para devolvérsela.

—¿Y no querrás estar conmigo por venganza? —Prefiero soltar lastre que verme enredada en un trío agotador y culebresco.

—No, por eso no quería contártelo. Quiero estar contigo desde que te conozco, pero estaba muy tocado y cuando mejoré no sabía cómo decírtelo.

—Pues no veo que tengas ningún problema de expresión.

—Ya, pero tenía miedo. Somos compañeros, no sé... Hasta que te vi aquella mañana en mi casa y me dije que era un error, que tú no eras para él. Esto no deberíamos hablarlo por teléfono, ¿no crees?, y menos si estás enferma.

—Sí, pero no quiero que calles, me gustas sincero, no en plan jefe.

Eneko se ríe.

—¿Sabes? Estoy hablando desde mi despacho mirando hacia tu silla vacía. Te echo de menos.

—Pronto me pongo buena y me tienes allí.

—Eso espero. Me encanta mirarte sin que te des cuenta.

—Ya somos dos.

—Tengo que dejarte, ¿luego me cuentas qué te ha dicho el médico?

—Sí.

—¿A qué hora vas?

—A las dos.

—Vale, estaré pendiente. Descansa, preciosa.

—Lo haré. Gracias por llamarme, Eneko.

—Estaba deseando oír tu voz.

—Y yo la tuya.

Cuelgo y suspiro. ¡Es tan dulce! ¡Me encanta, por favor! Pataleo como una niña en la cama de pura emoción. Aunque me duele todo ahora mismo, no puedo ser más feliz. Esto provoca Eneko en mí, amor. Me convierto en una princesa feliz que quiere volar sin necesidad de alas es amor puro; Edu, sin embargo, pasión desenfrenada. Con uno soy un oso de peluche y con el otro un oso en celo.



Observo al doctor mientras examina mis pruebas. Al final tenía la tensión tan baja que me han hecho un análisis para ver si padezco una infección compatible con la vida. Es un médico más joven que yo, con cara de empollón absoluto y dicción impersonal. Mientras rebusca en mi hemograma, yo me pregunto cómo este sieso ha podido decantarse por la medicina siendo tan polar. Yo creo que bien podría ser la mismísima Charlize Theron que a este par de ojos gélidos no le importarían lo más mínimo. No me ha mirado a la cara ni un segundito de nada. Apuesto a que le atrae más mi interior, pero no mi alma; me refiero a mis plaquetas, mis leucos, mi velocidad de sedimentación...

—Necesitamos una prueba más.

—¿Sí? —pregunto un tanto preocupada por el gesto que ha utilizado, así como de «lo siento mucho pero esto te va a doler»—, ¿el qué?

—Nada, no te asustes —pues no pongas esa cara, rey moro—, te voy a hacer una ecografía rápida porque quiero asegurarme de que todo esté bien.

—Ah, vale —apruebo.

—Acompáñame.

Recojo mis cosas y lo sigo dos puertas más allá, a un cuarto un poco más oscuro. Hay varias enfermeras o personal sanitario. No sé por qué llamo enfermero a todo lo que no sea médico; digo yo que habrá otras cosas. Me indica que me tumbe en la camilla, sin nada de cariño, y yo lo obedezco como una niña buena, mientras las dudas me corroen. ¿Tendré una piedra en el riñón o algo en las vías biliares?

El cactus facultativo me aplica un gel frío en el abdomen, enciende la maquineta, posa la sonda sobre mi ombligo y vuelve a callarse para extender por toda mi tripa la pringosa crema. Observo que toquetea la máquina y rebusca entre mis vísceras algo que le interese más que mi conversación. Tras un rato, en el que solo se han oído nuestras respiraciones, dice:

—¿Te ha dolido la tripa estos días?

—No en especial. Como te dije, algún que otro pinchazo, ¿por qué? — Ya no puedo esperar a preguntar más.

—Te confieso que no es que sea experto en ecografía, pero todo parece normal.

—Pues bien.

—En tu analítica tienes datos de infección y quería valorar tus trompas, pero aquí no tenemos sondas transvaginales. —Dibuja una mueca de hartazgo—. De cualquier forma, todo parece en su sitio, aunque la imagen ecográfica no sea muy buena.

Me alegro de esta carencia de material en la sanidad pública; que este bicho-libro metiera algo en mi cubículo del placer no me habría agradado en nada.

—¿Mis trompas? —le pregunto desde el más absoluto desconcierto.

—Límpiate el gel y espérame un momento en la sala anterior —le responde a la pared.

Eso hago y mientras espero busco en internet posibles causas de infecciones de trompas de Falopio, porque no entiendo por qué me las ha querido ver. Yo pensaba que era un virus. El doctor regresa con varios papeles en la mano y se sienta frente a mí con un amago de sonrisa.

—He ido a consultar la imagen con mi adjunto y no hay duda, estás embarazada.

No respondo. Acabo de caerme sentada en la silla. Mis articulaciones han perdido todo el tono.

—Además, estarás pasando algún virus, y eso unido a los primeros síntomas de embarazo te ha dejado sin energía. Te he hecho la ecografía para descartar embarazo ectópico, pero no, el embrión está bien.

—¿Estoy em-ba-ra-za-da? —pregunto por si no he oído bien.

—Sí —asiente y creo que debido a mi consternación es la primera vez que me mira a la cara. Pues no, no voy a regalarle un numerito a este mentecato, ni en broma. Me recompongo:

—¡Aysss, qué bien! —¿Quién ha dicho eso? ¿yo?—. ¿De cuánto estoy? —intento preguntar algo normal para fingir que no me pilla tan de sorpresa y sonrío, aunque prometo que parece que cuelgan pesas de las comisuras de mis labios.

—Por la fecha de última regla y la ecografía, diría que de cinco semanas y media.

—¿Y «eso» está bien, dices? —Sé que ha sonado feo, pero no sé cómo llamarlo.

—Sí, perfectamente.

—¿Ahora qué hago? —Soy un manojo de conmoción.

—Tendrás que acudir a tu matrona de atención primaria y te darán las citas pertinentes. —«Latigazos, tendrían que darte latigazos», oigo a mi conciencia fustigarme.

—Genial, pues muchas gracias. —Me levanto porque necesito salir de aquí cuanto antes y acallar este concierto de gritos que se ha desatado en mi interior. Voy a matar a Edu. Lo juro.

—Enhorabuena, cuídate. —Lo oigo de lejos, puesto que mi mente está ocupada en refrescar las tórridas escenas vividas con Edu para recordar en cuál de ellas se nos olvidó el uso de protección. No tardan en venirme varias.

Salgo a la calle sin siquiera ponerme el abrigo. Necesito que el viento me azote en la cara, que me pegue el sopapo que me merezco y a ver si así espabilo, porque no soy capaz de asimilar nada. En cuanto se abren las puertas de urgencias y el viento se hace cargo, me apoyo en una columna y las lágrimas acuden en festival. Ahora sí me da igual que me vean, y me ven, porque me miran con cara de curiosidad y de pena, todos. Me da igual, son desconocidos.

—¿Estás bien, bonita?

—Sí, sí, gracias —le digo a una señora de unos sesenta años que se ha acercado al ver mi berrinche.

—Hija, sea lo que sea, todo tiene solución.

—Ya, gracias.

—¿Te han dicho algo malo? —¡Será cotilla!

—No, no es eso, me han dicho algo que no me esperaba.

—¡Ah! bueno, pues entonces tranquila, seguro que en un rato esa noticia te hace sonreír.

—Gracias.

—¡Venga, ánimo! —Se va con más curiosidad que un *paparazzi* invitado a una boda *vip*.

Parece que el sofoco decelera. Busco en mi bolso un pañuelo.

—¿Qué te han dicho? —oigo una voz harto familiar.

—¿Qué haces aquí? —le digo a Eneko, y sin poder frenarlas las lágrimas vuelven en estampida.

Eneko me abraza fuerte y me acaricia la cabeza a la vez que me dice los típicos «schhhh, tranquila» que no sirven más que para que lllore más. No sé quién los inventó, ¿el fundador de Cleenex?

—Alejémonos de aquí, anda —expresa mientras me sostiene, y yo me dejo conducir porque no veo nada con tanto llanto.

Tras caminar varios pasos, al cobijo de una esquina nos detenemos.

—Me estás preocupando, Luna, ¿qué te pasa? Dime que no es nada malo.

—No puedo.

—¿No puedes, qué? —Siento que se acerca dulce y protector para secarme las lágrimas—. Sea lo que sea, lo superaremos juntos. No pienso

dejarte sola.

Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza. No puede salir ni una lágrima más. Eneko se está pensando que me ocurre algo malo en plan enfermedad.

—¿Qué haces aquí?

—Me imaginé que vendrías sola...

—¿Y cómo sabes cuál es mi médico?

—Por la zona... eso qué más da, Luna. Me alegro infinito de haber venido. Cuando te he visto salir llorando casi me da un infarto. Sea lo que sea lo que te ocurre, lo superarás, y me tienes a mí, quiero que lo sepas.

Quizá sea porque esto no es un secreto o quizá porque me ha venido tan grande que no puedo cargarlo yo sola y no quiero ser la única que se resquebraja hoy, o quizá porque quiero ver cómo reacciona, el caso es que digo sin más preámbulos:

—Estoy embarazada. Me han dicho que estoy embarazada y que eso añadido a un virus me ha hecho sentirme tan mal estos días. —Levanto la cabeza para observar su comportamiento.

Eneko echa un paso para atrás, yo diría que asustado, negándome sus brazos, los que hace unos instantes me arropaban. Siempre dicen que la primera reacción es la verdadera, la que siente el alma; las posteriores son meros entrenamientos de la conducta, formalismos. No me extraña que este sea su sentir, pero me duele. ¿Pero qué te creías, so boba, que te iba a abrazar en plan anuncio del IVI?

Pasan unos segundos en los que yo me sereno y él muda también de estado. Fluye del estupor al gélido invierno antártico.

—¿Estás bien? —le pregunto práctica a la vez que me pongo el abrigo.

Eneko hace un gesto rápido con la cabeza como si quisiese resetearse y responde:

—Sorprendido, solo eso.

—Y decepcionado, no lo ocultes. —Ya está la mesa puesta y mis nervios han caído por debajo de ella. Es una característica mía, cuando me siento rechazada mis inseguridades se evaporan y me convierto en una Luna capaz de vencer al mismísimo Satán con tal de salvar mi integridad.

—No diría yo eso, pero llámalo como quieras. Esto lo cambia todo,

Luna. —Se acerca con paso sincero.

—Ya... por eso lloraba.

—Me imagino. Estarás en *shock*, pero no debes cargar tú sola con el susto, díselo al otro afectado.

—Se lo diré, claro, cuando lo asuma. Acabo de enterarme.

—Tómame hoy y mañana libres.

—Sí, gracias. El jueves cuenta conmigo. Ya sé que no estoy enferma.

Eneko sonrío, pero es un gesto tan amargo que me hunde un poco más por dentro, si cabe.

—Es de tu hermano, quiero que lo sepas. —Puestos a ser sinceros, que se vaya con el *kit* completo.

—No necesitaba saberlo, eso es cosa tuya. —Eso enuncia, pero en sus ojos he distinguido tanta rabia que sé que no nos perdonará nunca.

—Yo quería decírtelo. Era mejor ahora, igual mañana no me atrevía. He creído que debías saberlo para que no haya más secretos entre nosotros.

Eneko niega con la cabeza antes de decir:

—Gracias, pero a estas alturas comprenderás que no hay ningún nosotros posible, ¿verdad?

Su rechazo real, dicho por él, no por mi estudio sobre su actitud, me duele más que el susto de la noticia, pero hago de tripas corazón por no hacer lo que el cuerpo me pide, llorar a moco tendido, y responderle.

—Lo entiendo. No soy la mujer que pensabas.

—No, sí lo eres, pero traes el hijo de otro, que casualmente es mi hermano. Me gustas mucho y siempre lo harás, creo que hay una energía entre tú y yo que nunca podrá apagarse, pero hoy por hoy voy a esforzarme para hacerle caso omiso.

Una independiente lágrima salta de mi párpado y cae explicándole todo el dolor que me asola dentro. No hacen falta palabras entre él y yo. Eneko se adelanta un poco más para abrazarme.

—No llores, pequeña; en la vida no siempre se consigue lo que se quiere.

—Yo te quería a ti por encima de todo. —Una vez perdido ya no tiene sentido ocultarlo—. No sé cómo me he metido en este lío.

—Tampoco yo... pero es lo que hay, no le demos más vueltas. Habla

con mi hermano. —Lleva un dedo a la punta de mi nariz y le da un suave toque que me sume en un escalofrío.

—No, todavía no puedo; déjame que lo asimile y ya se lo diré.

—Como quieras. ¿Te llevo a casa? He traído el coche.

—Vale —acepto como una niña pequeña que acaba de perder su oso de peluche del alma.

Conduce en silencio y concentrado, no sé si en el tráfico o en la noticia que ha degollado cualquier posibilidad entre nosotros. No quiero llegar a casa y alejarme de él para siempre. Condenadamente, hoy no hay atasco y aparecemos en mi edificio en cinco minutos.

—Descansa.

—Gracias por tu comprensión.

—De nada, Luna —dice mirando a la carretera sin soltar las manos del volante. Entiendo que no quiere hablar más y abro mi puerta.

—Adiós, Eneko.

—Adiós, Luna.

Los dos sabemos que este adiós significa mucho más que una simple despedida; es un prohibido, un imposible, un jamás.

Camino a mi casa sin apenas sostenerme en pie y cuando entro en mi hogar me deshago en lágrimas nada más cerrar la puerta. Tengo tanta pena que lloro desconsolada, gimoteando, aullando como un lobo herido y abandonado. Como si alguien me hubiese clavado un cuchillo y me hubiese desgarrado por dentro, como si tuviera todos los órganos sangrando y el alma vagando buscando un hueco a salvo. Es crudo, pero no sé explicarme de otra manera. He perdido a Eneko, el amor de mi vida.

Un calambre fuerte en el abdomen me sorprende. Me llevo las manos hacia allá y las poso.

—Lo siento —le digo a esa imagen que vi en la ecografía.

Retomo el llanto por sentirme tan mala persona. Me han dicho que en mi vientre estoy creando una vida y no he hecho más que lamentarme por ello. ¡Joder, Luna! ¿Cómo puedes ser tan egoísta? Mi conciencia me reprende. Aquí cada uno va hoy por su lado, el alma, la conciencia y las lágrimas han tomado cada uno su sitio en mi cuerpo y se han declarado en guerra... Pero

en el centro hay un ser vivo que no se merece tal mar de lágrimas. Esa es la verdad más tangible de todas.

—Luna, toca reponerse, digerir y tomar decisiones —me digo levantándome del suelo—. Si eso, mejor mañana —me respondo volviendo a caer al suelo.

Capítulo 11

Historia de un aborto

Lo he pillado en varios renuncios y él a mí. Ha transcurrido más de una semana de aquel desconcierto y, aunque más tranquila, en ocasiones creo que sigo en estado de *shock*. Ya estoy en el laboratorio y cuando ocupo mi mesa, esa que da directa a su despacho, no puedo evitar mirarlo y a veces nuestras pupilas se encuentran y saltan avergonzadas y con disimulo a otra cosa.

Todas las mañanas, cuando entra, se acerca para preguntarme qué tal estoy, y yo le respondo que bien. Me imagino que lo hace porque piensa que cuando hable con su hermano se lo haré saber. Por lo demás, relación estrictamente profesional, como antes, lo único que sin esperanza. En el pasado, mi imaginación me enviaba a paraísos con él, donde Eneko y yo nos besábamos bebiéndonos enteros y brindando por nuestra felicidad. Hoy me prohíbo esos viajes mentales. Eneko y yo... nada de nada.

Por lo demás, nada ha cambiado en mi vida, ni en la de Sol, que sigue atormentada por el posible engaño de mi hermano pero que no se atreve a echárselo en cara.

—Quiero reunir más pruebas —me dijo ayer—, para que no pueda mentirme.

Lo que yo creo es que necesita reunir fuerzas, no pruebas, pero quién soy yo para juzgar a nadie.

De la noche a la mañana, Sol y yo nos hemos convertido en dos infelices incapaces de coger al toro por los cuernos; hay que ver qué caprichosa es la vida.

A mi hermana Estrella todavía no se lo he dicho. ¿Por qué? Porque ella me aconsejaría que abortara, más que seguro, y yo no quiero abrir esa posibilidad. Ya soy mayorcita, puedo criar un hijo sola y, aunque respeto a quien toma esa opción, yo no podría cargar con la culpa. Eso no quiere decir que cada vez que voy al baño no me mire para ver si he sangrado. Un aborto

espontáneo no me haría sentir culpable y erradicaría el problema. No me hace sentir bien este pensamiento, pero es el que es y otra cosa no, pero sincera soy un rato.

Suena mi teléfono del trabajo.

—Luna... —es él. Mi trasero pega un respingo en la silla y me recoloco —. Ha pasado algo, Gloria quiere vernos. —Detecto voz de preocupación.



El despacho de Gloria está hecho un Cristo, como suele decirse. Alguien ha entrado y lo ha desbaratado sin reparos ladronesco del tipo «no vaya a ser que me pillen». Quienquiera que fuese quería dejar claro que la discreción no era el cometido principal. Me encuentro sentada frente a mi jefa, que tiene hoy cara de malas pulgas (muchas y revueltas) y de Eneko, que me odia en secreto. Se respira tan mal ambiente en estas cuatro paredes que o lo depuran con lejía o no va a salir este mal rollo jamás.

Asegura que le han robado alguna cosa de valor, entre otras unas joyas, lo que hace que me pregunte qué hace guardando joyas en su despacho, ¿tendrá tantas que no le entran en casa?, dinero y unos informes.

Yo ignoro para qué me han invitado a esta fiesta si no es asunto mío ni soy policía ni mandamás; no encontrarán en mí más que a una mera currante a la que su jefa se ha empeñado en vestir de espía y que se niega a serlo. Y, añadido, porque me gusta ser explícita en lo referente a cómo me siento, que cuando me colocan en filas que no son la mía me aturullo a cargo de la disconformidad.

—Os he llamado a vosotros porque los informes que me han robado son justo los de vuestra investigación.

—¡Vaya por Dios! —bufo, para intentar mostrarme empática.

—¿Qué informes? —pregunta Eneko.

—No, nada grave, pedidos y poco más, pero quería que lo supieseis. Vuestro trabajo está generando mucha curiosidad, sospecho con una probabilidad del noventa y cinco por ciento que este robo se debe a ello.

—¿En serio? —añade Eneko.

Gloria me mira de reojo y yo entiendo que está queriendo implicarme en su juegucito de ver quién es quién, pero no tengo yo el cuerpo para Cluedos. Y, además, dicho quede, no me lo pagan.

—¿No lo sospechabas?

—Pues no —responde él muy seguro, y yo no puedo evitar recordarlo discutiendo con los de DMS, nuestro laboratorio rival. Lo miro y él a mí. Parece preocupado y ajeno a la trama. Elevo las cejas para indicar intriga y como no puedo mantenerle la mirada, cambio mi dirección al desorden que hay en el suelo, donde veo, casi a mis pies, algo que llama mi atención. Un boli igual que el mío... o el mío, porque llevo todo el día sin dar con él y he estado sintiéndome rara toda la mañana, puesto que lo uso para enredar mitad de mi melena en él, un truco peluquero que me enseñó mi hermana Estrella. Como no estaba hoy, no he podido quitarme el pelo de la cara. Me agacho y lo cojo. Eneko y Gloria me miran, pero como no tengo nada que ocultar, digo:

—Es mi boli. —Y se lo muestro.

—¿Cómo que tu boli? ¿Y qué hace aquí tu boli? —dice levantándose de la silla con las manos en jarras y con tono acusatorio en plan fiscal.

—Y yo que sé, pero es mío.

Gloria mueve la cabeza de un lado para otro insinuando que tiene ante ella a una tonta perdida, y como no me hace nada de gracia que pretenda tirarme al barracón de la humillación frente a Eneko, le respondo:

—Mira, Gloria, este es el boli que uso todos los días, lo sé porque llevo añorándolo desde que he venido hoy. Igual quien haya hecho este estropicio entró primero en el laboratorio o quizá se me cayó ayer cuando vine. Es lo único que puedo decirte.

—¿Habéis echado en falta algo más en el laboratorio?

Eneko responde primero:

—Hasta el momento, no, por lo menos yo. ¿Tú, Luna? —pregunta dirigiéndose a mí y llevando una mano a la mía para acariciarla, dejando a las dos féminas que respiran en este habitáculo en apnea.

—No, yo no —logro responder—, excepto el boli, claro —corrijo con risa tonta.

Gloria permanece en píe, con gesto más tenso aún; yo diría que podría competir con cualquier jugador al que le sacan tarjeta roja en el partido de su vida. Me lanza una mirada tan cargada de rabia que podría convertirme en moléculas al instante. Verbaliza muy despacio.

—Muy bien, solo quería que estuvierais al tanto de cómo están las cosas y que andéis más atentos de lo normal y extreméis las medidas de seguridad.

Oigo a duras penas, porque una arcada con contenido alimenticio ardiente está pidiendo pista para aterrizar en el suelo del despacho de mi jefa. Intento tomar aire por la boca y noto que un sudor frío me cubre el cuerpo. Eneko me mira porque ha debido de notarlo en mi mano.

—Ok. Estaremos atentos. ¡Vamos, Luna! Que con razón decías que necesitabas un café; te está dando una hipoglucemia, todavía no te has repuesto de tu virus...

Eneko tira de mi mano con suavidad y me sostiene con mucha más fuerza de la que quiere aparentar ante Gloria. Yo me dejo conducir, porque estoy a nada del colapso.

—Me la llevo a la cafetería, Gloria. Luego hablamos —creo que dice, porque mi mal cuerpo ocupa todo mi entendimiento.

Noto que la puerta del despacho se cierra. Eneko me apoya en la pared y me pregunta preocupado con los ojos atendiendo mi cara:

—¿Qué te pasa?

—Necesito vomitar, pero no creo que llegue, Eneko, no me quedan fuerzas.

Ni corto, ni perezoso, me sube a sus brazos y marcha raudo al baño, que dista unos veinte metros de aquí. Abre la puerta, pidiendo perdón al entrar por si hay alguna mujer dentro, me conduce a un retrete y me posa en el suelo.

No me da tiempo a esperar a que se vaya, mi desayuno sale en estampida contra el WC, con ruidos, arcadas, aromas...; es decir, con todo el equipo. ¿Por qué no sale un brazo del váter y me traga entera? Sería mucho mejor.

Mis piernas se doblan y acabo de rodillas abrazando la taza. Me siento tan mal que creo que no voy a volver a comer en la vida. La acidez se ha adueñado de mí y, entre ella y la debilidad, una lágrima se me escurre por un

lateral del ojo derecho.

Siento las manos de Eneko acariciarme la frente.

—Schhh, tranquila, ya pasó... ¿estás mejor?

Me giro para apoyar la espalda en la pared del cubículo y poder mirarlo y no morir del bochorno. ¡Ohhhh! Es tan bonito todo él que me invade la pena, y la lágrima provocada por el esfuerzo nauseoso de antes se ve acompañada de un montón de hermanas tuyas, pero esta vez nacen por pena.

—¿Qué te pasa? ¿No estás mejor? —Se me acerca preocupado doblando las rodillas en el suelo y tomando mi mano para cogerme el pulso—. ¿Llamo a un médico?

—No, Eneko, no es eso... Es solo que me da tanta rabia.

—¿El qué, pequeña? Es normal que vomites en tu estado.

—Ya, eso ya lo sé, pero en mi cabeza si alguna vez vomitaba por estar preñada iba a ser de ti. Y ahora vas tú, me asistes y me ayudas a pesar de haberte hecho la marranada mayor del reino. Deberías odiarme y sin embargo te tengo aquí, arrodillado a mi lado, y no puedo parar de pensar que eres la mejor persona que conozco y que no me había equivocado al escogerte como el padre de mis hijos.

¿Han hablado las hormonas por mí en un ataque de sinceridad? Puede. Pero a lo hecho, pecho; no pienso retraerme.

—Yo no puedo odiarte, Luna, jamás. ¿Me oyes?

—Sí, pero tampoco podrás darme lo que quiero. —Saltan mis lágrimas a sus manos, que ha llevado a mis mejillas para secármelas.

—No, eso no, de momento no, pero nunca se sabe, ¿me oyes? La vida es muy larga. Primero habla con mi hermano, a ver qué te dice... Siempre me tendrás ahí, Luna, nunca lo dudes.

—No te merezco —me explayo empujando mi cuerpo al suyo y abrazándolo como si no tuviera ni un ápice de contención y él fuera un solomillo de ternera y yo una piraña hambrienta.

Eneko me deja *desllorarme* en su hombro sin decir nada más hasta que nota que me calmo y poco a poco nos incorpora.

—Fui un tonto, Luna... Por mi culpa, por mi pasividad ha sucedido todo esto. No te dije lo que sentía por ti y tú conociste a alguien más. No puedo reprocharte nada.

—No estamos en la regencia, yo también podría habértelo dicho... —le sonrío lo que puedo.

Nuestros ojos se miran y creo que enlazan directamente con nuestras almas, porque me sobreviene un calor tan grande por dentro que debe de ser la electricidad de la conexión. Advierto que sus pupilas aumentan de tamaño al acercarse a mí con cara de deseo, pero no cruza la barrera.

—Date por besada, Luna. Siempre que me mires así, imagina que te beso fuerte, suave, sediento y te saboreo entera, porque eso es lo que me provocas cada vez que me miras, pero...

—No podemos —lo interrumpo a sabiendas de que ese era el final de la frase.

—Eso es, no podemos.

—Y no es porque debo de tener el peor aliento del mundo en este momento, ¿no? —pregunto con voz aniñada en tono broma.

Eneko resopla divertido y se acerca para besarme la frente.

—Te besaría hasta empachada de ajos, pero en otra situación, pequeña. No podemos.

Repite y se marcha no sin antes llevar su frente a la mía con fuerza, manteniéndola ahí durante tres segundos, como queriendo luchar contra su sentido común. Cuando desaparece, siento que mi estómago vuelve a rugir, pero esta vez la tormenta no la ha provocado el «bebé» sino lo que Eneko me hace sentir cada vez que su piel entra en contacto conmigo.

Me parece que voy a pasarme toda la mañana en el baño.

Capítulo 12

La nena

Mi abuela tenía mucho dinero y nos dejó en herencia un piso a cada uno de los nietos. Estoy entrando en el de mi hermana, otro apartamento pequeño cerca del mío, sin balcón, aunque con dos habitaciones, minúsculas, pero que te hacen el servicio.

Sol me ha llamado al trabajo preocupada porque ha intentado hablar con Estrella y no ha conseguido más que escucharla llorar y le ha colgado el teléfono. Eso es raro en ella. Mi hermana no llora por nada, posee una caja torácica de cemento armado y nada la atraviesa para hacerle sentir pena. Desde pequeña ha sido dura como un diamante. Por eso he abandonado mi puesto de trabajo antes de tiempo y he venido rápido hasta aquí. Bueno, me han traído. Eneko, al que he ido a explicarle que tenía que marcharme por un asunto familiar de extrema urgencia, se ha levantado de su silla, ha tomado sus llaves del coche y muy pagado de sí mismo me ha dicho:

—Yo te llevo. Te veo muy compungida y así no vas a llegar a ningún sitio.

—Eneko, puedo ir sola.

—Lo sé, pero prefiero acompañarte. Llegarás antes y así te calmarás. No te conviene ponerte nerviosa, Luna.

—Gracias...

Y me acaba de dejar en la puerta del portal de casa de Estrella, aunque antes he pasado por mi casa para coger las llaves de su domicilio. De camino le he contado que es muy extraño que mi hermana se comporte así, y él, con total naturalidad, me ha escuchado con la intención de desanudar el estrés que me estaba asfixiando. Al despedirme, le he dado un beso casto en la mejilla.

—Eres un amor.

Eneko ha sonreído sincero y me ha besado, sin tocarme, como me dijo aquel día: cada vez que te mire así, estaré besándote. Así funcionamos él y yo

ahora. Hablamos más que nunca, me desahogo con él cada vez que la culpa me aísla del resto de mi vida y él me ayuda en todo lo que puede. Por no hablar de lo bien que se porta con relación a mi estado. A media mañana me trae, sin que nadie se entere, unas galletitas saladas para sentar mi estómago; me envía artículos de embarazo, fotos de ecografías. Todo muy sano, pero eso no quita que sea especial. Que sepa que piensa en mí.

Menos mal que Ranjit no está; si no, se habría dado cuenta de la que nos traemos el jefe y yo. Pero se cogió las vacaciones de invierno y se está perdiendo las nuevas tendencias en el laboratorio. Eneko y yo comemos juntos, cuando Gloria le deja, claro está, y nos vamos a la vez para que me lleve a casa. Sí. Está portándose de diez, y yo, de cero patatero, porque no debería comportarme como si lo necesitara, pero es que me hace tan feliz estar a su lado y ganar cada día más confianza con él que no puedo evitar permitirle que me mime, con lo que quedan dos preguntas en el aire, y yo solo tengo respuesta a una:

¿Qué gano yo con todo esto? Permanecer a su lado.

¿Y él? Ni idea.

¡Ah! Estas dos cuestiones cohabitan con otra hasta más importante:

¿Y Edu? Pues no sé, porque llevo todos estos días dándole largas. Solo lo he visto una noche y no se lo dije. ¿Por qué? Porque tenía la boca bastante ocupada besando todo su cuerpo. Sí, mi bipolaridad sigue su curso y si él viene con ganas de marcha yo no soy capaz de resistirme. Edu me pone tanto que me convierte en una Luna que solo piensa en sexo y lujuria; se me olvida todo lo demás, hasta que espero un hijo suyo y no se lo he comentado, pero mi cuerpo manda y se niega a perder la ración de placer que este tío le provoca. Me he hecho adicta a su tacto, a su saliva, a sus gemidos en mi oído, a sus «nenas» cachondos y dictatoriales, a su miembro empujando dentro mi cuerpo como si quisiera partirme en dos, a sus mordiscos, arañazos, cachetes, a sus besos dulces, a cómo me obliga a que le diga cosas sucias, a su risa, a sus temblores cuando culmina, a los pedazo de orgasmos que me regala, al olor a sexo en mi cuerpo; soy su amante. Solo eso. Sé que con nadie me desdoblaré tanto y perderé a tal nivel mi conciencia. Es difícil de explicar o de entender. Luna se niebla ante su presencia y solo busca gozar haciendo lo que sea necesario para lograrlo, sin recatos, sin normas, sin pudores. Si él

quiere algo, yo se lo doy sin plantearme si es correcto o no, porque con él no hay ninguna línea que separe lo que hace una niña buena de lo que hace la mala. Con él se practica todo: lo tomas o lo dejas. Y yo lo tomo y punto. Porque es cosa de dos, él y yo. Alguna vez me lo ha dicho, cuando me ve algo dudosa por sus peticiones o por lo que el maratón de sexo nos ha llevado a ejecutar:

—Solo somos tú y yo, Luna; a nadie le importa cómo alcanzamos el placer. Vivamos esto de todas las maneras posibles.

Total, que sigo en mi encrucijada con los dos hermanitos y encima encinta de uno de ellos, pero lo sabe el otro. Del que estoy enamorada, pero con el que nunca me he acostado y sí con el padre de la criatura, que no me puede tocar porque si lo hace me excito entera y pierdo el raciocinio.

Y no, no estoy enamorada de Edu; lo estoy de Eneko, no quiero dar lugar a engaño con lo que he narrado antes. Si algo quiero de Edu es sexo, solo y todo eso, que no es poco y que además es irrenunciable por el momento. Me puede hacer reír, además; sí, no es incompatible, pero las mariposas solo me sobrevuelan cuando Eneko está cerca. Esto no es una novela de Jane Austen, no soy Enma, yo sí sé a quién quiero, lo tengo más que claro.

Me encuentro a Sol en su descansillo con gesto angustioso. Me acerco para darle dos besos.

—Algo le sucede, Luna. Ella no es de portarse así, no quiere abrimme — me dice compungida. Sol es mi amiga, además de mi cuñada, pero con Estrella siempre se ha comportado como una segunda madre y sé que está pasándolo mal. Se la ve muy preocupada.

—He traído las llaves. Espera que abro, tranquila.

Accedemos a su hogar, por decir algo, porque con la oscuridad que se respira aquí podríamos vernos atacadas por cualquier murciélago pidiéndonos explicaciones por asaltar su cueva.

Enciendo la luz del salón y allí, hecha una bolita, bajo una manta, con el pelo mojado y hecha un mar de lágrimas, nos encontramos a Estrella.

—¡Joder! ¡Dejadme en paz! ¡Quiero estar sola!

No sé cómo explicar lo que me ha recorrido por el cuerpo, tanta compasión y ternura que he corrido a su lado y ahora estoy arrodillada en el

suelo acariciándole el pelo.

—Tranquila, Estrella, no estás sola, cariño... —le digo, y ella tira por tierra su armazón de firmeza y me coge de las axilas para elevarme del suelo y abrazarme con mucha fuerza mientras llora a raudales.

Siento a Sol a mi lado y las abrazo a las dos susurrando palabras tranquilizadoras. Mi hermana se deshace y solo alcanzo a entenderla:

—Lo sé, lo sé...

—Estamos aquí contigo, pequeña —llora Sol—. Sea lo que sea lo superaremos juntas; tú no llores, mi niña, no llores.

Y es así como sé que en esta habitación habrá mucha pena, pero también mucho amor, cantidades ingentes de amor. Amor incondicional.



Me siento entumecida. El colapso se ha visto desbancado en ocasiones por la rabia, pero luego vuelve a ganar la batalla y me paraliza en la silla. No sé qué decir, menos mal que Sol parece estar más presta en estos temas, porque yo bastante tengo con no marearme de la impresión.

Cuando por fin hemos conseguido que se calmara y ha soltado sin avisar lo que estaba provocándole tal estado, he entrado en *shock* y no sé si he salido. Esto no pasa en la vida real; es decir, sí, sí que pasa, pero no a mí o a mi hermana, a nosotras no. Prometo que este es mi sentir y por eso ignoro qué es lo que hay que decir o hacer.

Miro cómo Estrella mueve la cucharilla de la tila triple que le ha preparado Sol. Sigue siendo ella, pero hay algo diferente que salta a la vista cuando habla. Creo que es amargura. Se le ha borrado la alegría.

—Me lo merezco —susurra.

—No digas eso —la reprende mi cuñada—. Nadie se lo merece.

—Eso es lo que dijo...

—¿Quién? ¿Él? —pregunto consternada. Ella asiente.

—No le creas, eso lo hizo para humillarte más aún —salta como un resorte Sol—. Para que no lo denuncies y salir de rositas.

—No estoy para denuncias, Sol... —Se tapa la cara—. Solo quiero dormir, despertar y seguir con mi vida.

Yo no puedo hablar, soy una mera espectadora.

—No vas a poder, Estrella, ya lo verás. Te conozco desde pequeña y a ti nadie te pisa. Hoy estás dolida, débil y confundida, pero escúchame, por lo que más quieras: mañana, pasado o el mes que viene te encontrarás mejor y entonces querrás venganza y ya no podrás obtenerla.

—Yo opino lo mismo, cariño —me atrevo a pronunciar—. Tienes que denunciarlo.

Estrella me mira con agotamiento, pero con interés.

—¿Vosotras lo haríais? —nos pregunta.

—Sí —decimos a la vez.

—Es mi profesor...

—Como si es el presidente del Gobierno —añade Sol—. Mira, mi niña, vamos a informarnos, igual hasta pueden venir aquí y no tienes que salir.

—¿Tendrán que explorarme?

Yo subo los hombros en señal de duda y Sol dice que cree que sí.

—No me van a creer. Nadie me va a creer —dice mirando al infinito.

—¿Y qué más da? —le pregunto—. Quienes te queremos sí que te creemos y vamos a estar contigo hasta el final.

—Es el profesor más guay de la universidad.

—Es un violador —añade Sol—. No es nada guay.

—Igual se lo ha hecho a más chicas —conjeturo—. Tienes que denunciarlo.

—Me hizo tanto daño... —Una lágrima se le derrama—. Creía que iba a desmayarme del dolor y a la vez intentaba moverme, pero llegó un momento en que desistí, como si le dejase hacer conmigo aquello, como si le diese permiso.

—¿Le dijiste que no? —le pregunto.

Estrella me mira, suspira fuerte varias veces antes de responderme.

—Había quedado con él para ayudarlo en unas cosas para su clase. Sabía que a mí se me dan bien las tecnologías y yo quería ganar puntos. Entré, me ofreció una copa de vino y la acepté, brindamos... —Otra lágrima se le cae—. Pensé que era un tío muy guapo y hasta cómo sería acostarse con él.

—No hace falta que nos lo cuentes —le digo.

—Sí, quiero que seáis las primeras en oírlo —me interrumpe con firmeza.

Capítulo 13

Me enseñaste

«Me empujó contra la mesa».

«Me golpeó la cara contra el tablero y me clavé algo».

«Pasó de besarme con suavidad a ser un monstruo».

Las frases se me aparecen una y otra vez. Igual las repito yo para hacer real algo que me parece del todo surrealista. Esto no ha podido sucederle a mi hermana Estrella. Ella es todo naturalidad, pureza, libertad. Es mi hermana y la han hecho polvo para siempre. Tiene que pagar, sí, pero el daño ya está hecho. No sé cómo va a salir de esta y, lo que es peor, yo no sé cómo ayudarla.

Ya ha denunciado. Sol llamó al padre de una niña del cole que es policía y le aconsejó que fuésemos a urgencias y que él directamente enviaría a unos compañeros para abrir la denuncia. Mi hermano Júpiter también ha venido. Sol lo ha avisado. Todos queríamos estar con ella para que se sintiese acompañada y arropada. De momento, por expresa petición, no hemos llamado a nuestros padres, pero tendremos que hacerlo; esto es muy grande y a nosotros se nos escapa. Yo no sé muy bien qué demonios decir y mi hermano Júpiter menos, él usa el silencio como respuesta para todo. Y Sol, ella sí, ella es nuestro teclado; gracias a ella, en muchas ocasiones, nos comunicamos, pero ha sido ver a su marido y cambiar totalmente de actitud, endurecerse como un bloque de hormigón y enmudecer mientras aguardábamos.

La han explorado y según nos han dicho los signos de la violación eran más que evidentes, varios desgarros vaginales e incluso tenía una pequeña fisura anal cuya descripción, todo hay que decirlo, podían haber omitido, porque Júpiter ha pegado un puñetazo a la pared, Sol se ha medio mareado y yo me he valido de las lágrimas para aliviar el dolor que se me ha propagado desde los oídos al pecho y a mis partes. Eso por no hablar de las numerosas

contusiones en el resto del cuerpo y en la cara. No debería haberse duchado, pero alega que es lo que le vino a la cabeza; había visto casos así en la tele y pensó que le haría olvidar. Una chorrada. No se sentía sucia, se sentía violada.

Poco a poco he ido constatando que mi hermana volvía en sí y dejaba de ser un despojo de lágrimas para convertirse en una mujer llena de coraje dispuesta a castigar a su agresor. Ella es así, tenía razón Sol; si no hubiera denunciado se habría arrepentido toda la vida. Ahora, todo saldrá a la luz y le dolerá, pero Estrella no va a permitir que esa desgracia humana se lo haga a nadie más. Hoy había mucho rencor y ganas de venganza, sé que en unos días esa adrenalina se convertirá en tristeza, pero no va a estar sola; es lo único que puedo pensar hoy para ayudarla, que no va a estar sola y que la quiero más que a mi vida.

Sol me ha obligado a venirme a casa. Ya solo quedaba que firmase unos papeles y Júpiter y ella iban a llevársela para que pasase unos días con ellos. Muy triste. Estoy muy triste. Yo sí que necesito una ducha para borrar toda esta mierda. Sí, mierda. No hay otra palabra para definir que un ser humano fuerce a otro y se introduzca en su cuerpo sin permiso. Es que es tan obvio que mi mente no puede entender cómo a estas alturas hay tan malas personas, porque, oye, igual son enfermos, pero ¡joder! para eso están los tratamientos. Si te ves con la necesidad de violar a una persona es que algo no va bien, ¿no?, ¿por qué no te tratas? ¿Será que les da igual, que son auténticos demonios? No lo sé y hoy prometo que no me importa, solo quiero que ese cabrón pase su vida en la cárcel por lo que le ha hecho.

Me desnudo y siento que las lágrimas mojan mi cuerpo. Últimamente no hago otra cosa más que llorar. Me introduzco con pesadez en la bañera y abro la ducha. Sale al agua fría, pero me es igual; necesito desentumecerme y llorar el daño irreparable que le han obligado a sufrir a mi hermana pequeña, un daño que irá tatuado en su piel lo que le quede de vida.



Eneko me ha escrito para saber si todo iba bien y le he respondido que no, pero que ya le contaría. Suena el timbre de mi casa. Miro el reloj. Son las diez y media pasadas. Me levanto muy cansada, como si me colgaran pesas de los tobillos. Por la mirilla distingo al que faltaba para finiquitar el día. Abro.

—¡Hey! ¡Estás viva! Pensaba que te habían abducido —bromea.

—Hola, Edu —saludo con poco entusiasmo y me doy la vuelta para ir directa al sofá.

—¡Cuánta alegría! Yo también te echaba de menos, cariño —dice al sentarse a mi lado y jugar con mi nariz—. Tienes mala cara, ¿estás bien?

—No. Abrázame —le pido.

Edu me obedece al instante y yo me pierdo en sus hombros para llorar lo que quedaba y pensaba hacer en la soledad de mi casa.

Ahora que lo tengo tan cerca he de admitir que lo echaba de menos. Su cercanía, su aroma, su cuerpo, a él, pero...

No hace falta que me pregunte, poco a poco le cuento, sin ahondar en detalles, lo de Estrella. Edu me escucha en silencio, pero no pasa inadvertido para mí que aprieta los puños de impotencia. No quiere echar más leña al fuego, eso está claro, pero sé que siente vergüenza por algunos especímenes de su género. Se comporta de la manera más dulce que puedes imaginar, me seca las lágrimas de las mejillas, me acaricia el pelo y me mira con tanta ternura que hasta en un momento pienso que alguien que se comporta así podría ser un gran padre.

Me convence para que coma algo y como no tengo mucho en la nevera pide comida china para dos, y al poco me veo sentada en el sofá, con él a mi lado, mirándome mientras ingiero una sopita que me está sentado fantástica.

Para desviar el tema me cuenta que está participando en un ensayo médico, que le han pagado mogollón de dinero y que con eso va a poder salir de la casa de su hermano. Yo lo regaño; por mucho que diga que son seguros, jamás participaría en algo que puede poner en riesgo mi salud. Él me reprocha en broma que vaya investigadora de pacotilla que soy, y yo le advierto que por eso jamás lo haría, porque trabajo con ensayos y surgen efectos secundarios que no te esperas. Me hace reír. Edu se toma la vida tan a broma que ahora me alegro de que haya venido. Él me hace olvidar.

—Hoy nada de sexo, ¿verdad? —pregunta con cara de pillo.

—¿Tú qué crees?

Edu sonrío.

—Pero me quedo a dormir, eso no me lo puedes quitar. Es viernes, mañana no madrugamos y tienes que vigilarme, no vaya a ser que me dé un perrenque con las pastillas esas que me han hecho tomar. Si me pasa algo tienes que llamar a este teléfono. —Me tiende un papelito.

Finjo una mirada de castigo, pero después sonrío porque es imposible no hacerlo con él delante y su cara de algo parecido a la preocupación.

Sé que no es el mejor día, pero digo:

—Tenemos que hablar, Edu.

Vuelve a sonreír.

—¿No es lo que estamos haciendo?

—Pero de algo serio... Tengo que contarte algo.

—No creo que esté siendo nuestra noche más divertida.

—Ya, por eso prefiero decírtelo hoy.

Edu me mira con gesto interrogante, pero sin perder esa medio sonrisa que tan loca me vuelve normalmente.

—¿Antes puedo besarte?

Me pilla tan desprevenida que hasta echo la cabeza hacia atrás para distanciarme de él.

—¿Qué?

—Que si puedo rozar tus labios, introducir mi lengua en tu boca para jugar con la tuya y absorber tus gemidos. ¿Más claro?

—Edu... —le reprocho.

—¡Joder, Luna! Es que estás guapa hasta hoy, hecha un mar de lágrimas. Soy un enfermo, lo sé, pero es verte y mi cuerpo reacciona sin pedir permiso. —Con su mirada me señala su excitación más que evidente. Me quedo atónita y él aprovecha para arrastrarse hasta mí y pegar sus labios a los míos.

—Calma mi sed, nena —me dice mientras acaricia mis labios con los suyos—. Solo un beso. Dame un poco de tu medicina, preciosa.

Y como soy más tonta que la famosa del bote, pues llevo las manos a su nuca y lo obedezco.

Pero no, no nos dejamos llevar hasta el final, solo es un momento íntimo, quizá el más íntimo desde que nos conocemos, en el que él me acaricia entera pero con suavidad y mientras me besa me susurra frases impactantes (por ser el emisor y yo la receptora):

«Te has convertido en mi universo, Luna».

«Te necesito más de lo que puedes imaginar».

«Pase lo que pase, todo lo hago por ti, para que seas feliz».

Y es entonces, cuando nos damos una tregua para respirar y mirarnos como dos quinceañeros que acaban de descubrir lo que puede hacerte sentir un buen beso, cuando decido que sí, que es el momento de contárselo. Aquí, con las piernas sobre las suyas, acurrucada a su cuerpo, con la cabeza apoyada en su firme pectoral y sus dedos enredados en mi pelo, repito:

—Tengo que decirte algo.

Oigo que suspira resignado.

—Es que creo que no quiero oírlo.

—No sabes lo que es —digo con fuerza.

—¿Tiene que ver con Eneko?

—No.

Edu gime aliviado.

—Pues entonces di lo que sea, no te preocupes, estoy listo.

—No lo estás.

—Te digo yo a ti que sí, nena. Nada puede salir de tu boca para lo que no esté preparado, a no ser que sea que me dejas por mi hermano. —Edu me toma con sus fuertes brazos y me sienta a horcajadas para poder poner las manos a ambos lados de mi cara y mirarme con atención.

—Para esto tampoco lo estás, Edu, te lo aseguro.

—Venga, di y lo vemos.

No sé cómo se da esta información, cómo se le dice a alguien que va a tener un hijo. ¿Le agarro las manos? ¿Me acerco un poco? ¿Sonrío?

—Edu, yo... —Es él el que toma mis manos por mí y me acaricia. Veo su sonrisa, su mirada protectora y dulce. Tomo aire de nuevo y al exhalarlo pronuncio—: estoy embarazada. Por supuesto te lo digo porque es tuyo.

¿Sonrisa? Parecía, pero se ha congelado. Sus ojos ni pestañean, su cuerpo permanece tan inmóvil que me doy cuenta de que ni respira. Lo bueno

es que no me suelta las manos; es más, las agarra con una fuerza un poco pasada de tuerca, pero sigue sin tragar ni gotita de aire. Tanto que me parece verlo azul, más y más azul... oscuro casi negro.

—¡Respira, joder! —lo empujo para zarandearlo.

Edu hace un movimiento como de atragantamiento para inhalar fuerte que casi me tira al suelo y después se lleva una mano al pecho con gesto de dolor inaguantable y susurra:

—Algo no va bien. El tratamiento, llama...

—¡Edu! —grito—. ¿Qué te pasa? ¿Te duele el pecho?

—Llama —emite antes de desplomarse y caer muerto en mis brazos.

Parte dos: 5 meses después.

Capítulo 14

Para que me quieras como quiero

Eneko

Me sentí más que obligado por mi amigo Michel. Tanto insistirme por vía oral y por vía tecnológica, llenando mi móvil de mensajes con el discurso típico de un colega preocupado, «debes salir de tu cueva», «ya está bien de separarte de la vida, de apartarte del mundo», «se acabó la autocompasión», que al final cedí y ahora no sé si arrepentirme o no. Esta sensación no me resulta del todo extraña; últimamente soy un manojito de dudas, no tengo claro nada, soy un hombre que no se atreve a tomar ni una decisión al cien por cien y esto vengo acusándolo en todas las parcelas de mi vida. Soy como un cuco que se asoma, mira a los lados y vuelve a esconderse en su protegida y oculta guarida, en mi caso, la soledad.

Me espera una larga caminata a casa, pero andar me ordena mentalmente, al igual que conducir. Es sábado y no encuentro nada mejor que hacer que agotar a mi cuerpo para que llegue a su lugar de descanso rendido y no le deje más opción que dormir, en vez de dar vueltas sobre el colchón, como suele ser mi tónica habitual.

Me detengo ante un escaparate infantil, de esos de cunas, carros de coche, sillas de autos, e inmediatamente pienso en ella. Un remordimiento me nace desde algún desgraciado lugar recóndito que no consigo encontrar para pisotearlo y acallararlo de una vez. Porque sí, estoy harto, qué digo harto, estoy saturado de evocar a Luna tanto en la realidad como en los sueños. No me deshago de ella, hasta hoy acostándome con otra mujer la he visto a ella. Lamentable.

Y respecto a eso... ha sido sexo, tampoco habría que darle más vueltas si no fuera por lo que he reconocido antes, que en momentos se me aparecía Luna para enloquecerme del todo y hacerme sentir una mala persona. ¿Qué

tipo de tío pretendo ser? Yo no me aprovecho de las personas, yo intento dar lo mejor de mí, y si estoy acostándome contigo, qué menos que estar pensando en ti, ¿no?

Tampoco ayuda que bebí más de la cuenta y aunque últimamente ese es mi mejor plan, lo hago en soledad y en la intimidad de mi apartamento. Cuando nadie me ve. Allí donde se aparecen mis fantasmas para mutilar mis esperanzas a golpes de prohibidos y de cristales rotos. Porque esa es mi vida, ahora mismo es un vaso hecho mil cachitos, imposible de recomponer y que corta a cualquiera que pueda acercarse.

Apenas son las ocho de la mañana. Hace fresco y da gusto pasear, sobre todo porque hay poca gente por las calles de Madrid. Me cruzo con un tipo más o menos de mi edad que portea un bebé lloricoso en una de esas mochilas que a mí me recuerdan a las estampas de mujeres africanas. Su cara es de esas que llevan peleadas con el sueño desde hace semanas... y lo que le queda.

Nos miramos. Él me lanza un SOS o un «ni se te ocurra» desde sus ojeras, y yo sonrío.

—Todo pasa —me atrevo a decirle justo cuando estamos a la misma altura.

—Eso espero... —resopla.

Sigo caminando. Él está cansado, pero tiene algo por lo que luchar; mi agotamiento, por el contrario, titila en un precipicio cada vez que quiere rendirse.



Mis pies han vuelto a llevarme a su portal. Para mi bien, he de decir que su casa no está muy lejos de la mía y que era el camino más recto, pero no tendría por qué detenerme y sí lo he hecho, como siempre. Lo dicho, un cuco.

Hace dos meses me mudé. No podía seguir viviendo allí, en la casa que había compartido con mi hermano. Lo veía por todos sitios y eso estaba matándome, y en esta triste historia ya hay un muerto. Edu. Todavía me

ahogo cuando lo verbalizo con la voz de mi cabeza. Ya hace cerca de cinco meses.

Desde aquel día todo se ha desbaratado. Nada funciona. Como si él fuese la pieza de Lego que encajaba en mis rompecabezas y al haber desaparecido no hubiera forma de vencer a la derrota. No éramos más que hermanos, eso también es verdad; Edu nunca fue mi gran amigo. Sí que tuvimos grandes momentos, incluso en los últimos años casi aspiró a ser mi peor pesadilla, pero mis padres y su grabado en forma de cultura familiar me marcaron más de lo evidente. Y aunque Edu se comportase como un verdadero capullo, yo lo quería por ser eso, mi hermano. Estropease lo que estropease, más tarde o más temprano iba a perdonarlo. Hasta hoy en día que lo culpo por haberse dejado intoxicar en un ensayo, lo disculpo.

Murió en brazos de la mujer a la que ambos queríamos. Él sentía algo por ella. Estoy seguro y así se lo hice saber a Luna cuando esperábamos en el hospital a que nos dijese algo. Lo recuerdo como si fuese ayer mismo. Una doctora salió. Luna y yo nos levantamos y le cogí la mano. Nos dijo:

—No se ha podido hacer nada. Lo siento.

Ella soltó mi mano y se marchó en silencio, y yo me quedé quieto a pesar del tremendo balonazo que me atravesó las tripas. Fueron, sin lugar a dudas, los peores días de mi vida. Mi familia... Otra vez se repetía un drama en mi vida. Mi padre murió por un cáncer de pulmón hace diez años y mi madre sufrió una embolia cerebral hace seis, y aunque luchó, sin saberlo, más de diez meses por sobrevivir, perdió. Cuando ellos se fueron fue cuando empezó la decadencia entre Edu y yo, y aunque en su momento lo pasé fatal, ahora pienso que me he ahorrado otro drama, porque estoy convencido de que mi madre no hubiese podido soportar ver morir a su hijo.

Edu usaba un baño y yo otro. No pude entrar allí en semanas. Un día se me olvidó, probablemente gracias a ese aturdimiento estúpido que te proporcionan el alcohol y el insomnio prolongado, y pasé. Vi sus cosas, su cepillo de dientes, su perfume, la pasta de dientes sin tapón, sus cuchillas de afeitar sobre la cerámica. Vomité. Lloré. Volví a vomitar. Aquello fue un antes y un después. Esa misma semana puse en venta mi casa y compré la nueva. No volví a ese baño ni a su habitación, la empresa de mudanzas se encargó de deshacerse de sus cosas. Fui un cobarde, pero a estas alturas de mi

vida sé en qué debo emplear las escasas energías que me quedan, y ver las huellas de su día a día me mataba. Mi hogar se había convertido en un cementerio de asfixiantes recuerdos. Lo mejor era vender.

En fin, me he quedado solo y aquí estoy frente a la puerta de Luna, divagando, saltando de un tema a otro sin mucho compromiso para no asimilar del todo la bola de desgracias que me está empujando a caer al pozo.

Hace meses que no la veo. Sí que hablamos, los primeros días, pero ya no; todo se interrumpió cuando le dije... ¡Ufff! Se cogió la baja. El lunes vuelve. No sé qué sentir con respecto a eso.

Se abre la puerta de su portal, me escondo detrás de un árbol, pero no es ella. Es un vecino que saca a pasear a su perro.

No hicimos funeral. Fue tan rápido... Todo lo organizó la empresa a la que se había alistado Edu para hacer el ensayo. No fueron tontos. Ellos sabían que la habían cagado a base de bien y se comportaron como verdaderos ángeles caídos de cielo. Es cierto que yo estaba en *shock*, pero aun así me dio para avisar a nuestro amigo Michel, que es abogado, para que revisara el caso. Estaba todo más que atado y ninguna posibilidad de denunciar nada. Es más, con el tiempo, me ha dicho que le sorprendió para bien el comportamiento que tuvieron. Sin necesidad de pedirlo, ellos se ofrecieron a hacerse cargo de las costas y me informaron de que en unos meses se me entregaría una cantidad de dinero ingente por la liquidación del seguro del ensayo. Como digo, Michel lo revisó todo y alucinó por su buen hacer. Edu también era su amigo y, aunque estaba muy triste, supo sobrellevarlo; yo no.

Por supuesto, no voy a tocar ni un duro; no es para mí. Vuelve a abrirse la puerta.

¡Ohhhh! ¡Dios mío! ¡Es ella!

Luna. Mi Luna. La echaba de menos. Observo que mira a ambos lados, después al cielo y se ajusta bien la chaqueta. Creo que está más bonita que nunca. ¡Joder! Qué ganas tenía de verla, soy un enfermo. ¿Nunca voy a curarme de ella? ¿Da igual que se líe con mi hermano? ¿Da igual que se quede embarazada? ¿Da igual que Edu se muera en sus brazos? ¿Da igual todo? ¿Dónde está el límite?

Luna comienza a caminar por su acera y yo la sigo con sumo cuidado de que no me vea. Para en una pastelería y sale con una bolsa y una palmerita en

la mano. Me encanta espiar su cotidianidad. Seré un maniaco, pero por instantes creo que voy a su lado, que desayunamos juntos, que la acompaño a dondequiera que vaya.

Continúa su paseo y yo mi acecho. Vamos en dirección a mi nueva casa, con lo que tengo justificación. Sé que lo ha pasado muy mal, aunque hoy la encuentro más relajada y más ella. Sonríe a quien se cruza y va acariciándose la barriguita cada dos por tres. Sus andares ya empiezan a resentirse. Debe de estar de seis meses. Nunca la he visto tan hermosa, lo prometo.

Me pidió que no la llamara. Tras la muerte de Edu, fui yo el que rechazó cualquier contacto con ella. La culpabilizaba. Me contó que él se infartó nada más recibir la noticia y yo no pude más que dejarme llevar por lo fácil y echarles la culpa a ella y a su embarazo. Dije cosas lamentables, lo admito. Al cabo de los meses recapacité, pero era tarde. Lo intenté, la llamé, me presenté en su casa, pero sin abrirme me pidió que me fuera. Hemos mantenido algún que otro mensaje por WhatsApp, sobre todo cuando se hace alguna eco y me envía fotos, pero evito cualquier pregunta íntima; tengo que pagar mi culpa. Por eso me sorprendí tanto cuando Gloria me dijo que Luna se incorporaba el lunes.

Puestos a ser sinceros, todas las noches le escribo que descanse, que se cuiden ella y su bebé, pero todas las mañanas lo borro porque nunca me atrevo a enviarlo. Ella ya no quiere saber de mí.

Un hombre con muy malas pintas interrumpe su paseo y parece preguntarle algo. Me asusto. Cuando estoy decidido a cruzar, ella abre su bolsa, le da una palmera al susodicho y continúa su camino, no sin antes mirar a mi acera, clavar sus preciosos ojos en mí, sonreírme y volver a lo suyo. Diez metros después se mete en un portal, pero antes eleva una mano mientras me da la espalda y sé que me dice adiós.

Me siento abochornado y a la vez sonrío.

«Solo tú puedes sacarme de aquí, de la soledad más oscura que he sentido jamás. Te necesito, Luna. Ayúdame».

Capítulo 15

Cómo duele

Luna

Suena el teléfono de mi mesa. Descuelgo.

—¿Puedes venir a mi despacho antes de irte?

—¿Necesitas algo?

Se toma un tiempo en el que me parece oírlo carraspear.

—Luna, ven a mi despacho antes de irte, por favor.

—Vale.

Mi primer día de trabajo después de todo y aunque hasta el médico me recomendó que no lo hiciera yo me alegro infinito de haber tomado esta decisión. La razón que me ha mantenido lejos de mi profesión durante estos meses no ha sido mi embarazo, excepto al principio, cuando murió..., que sangré por un hematoma. El motivo que me llevó a parar fue mi salud mental. Casi enloquezco. Creo que hay momentos en la vida en que hay que asumir que uno no puede con todo, tumbarse en una cama y dejarse cuidar. Llorar de rabia, de pena, dormir las culpas y las desgracias y escuchar a tus seres queridos. Eso hice, y menos mal.

Se me habían acumulado muchas cosas, pero la muerte de Edu lo remató. Todavía ignoro cómo conseguí llamar a ese teléfono y a Eneko y no me infarté yo también. Dicen que en momentos así sale el arrojo que todos llevamos dentro para solventar la situación e iluminarnos el camino, pero una vez que se soluciona y te percatas de lo vivido, las luces se apagan y depende de ti cómo afrontar el cambio de escena. Yo no podía ni pensar. Gracias a que mi familia estuvo al quite y me arropó he salido de esta; corrijo, estoy comenzando a posar la mano en el pomo de la puerta que me conduce a la curación del dolor más quemante que imaginé jamás. Me queda una gran pena, sí, algo que llevaré para siempre, pero ahora todo ha cambiado; él se

movió dentro de mí una mañana de enero y la torre que había construido con mis desgracias se desmoronó entera. Ahora siento que mi bebé es un regalo que ofrezco al mundo. Va a ser un ser especial, lo presiento, aunque solo sea porque es el legado que Edu le dejó al mundo.

No, no olvido que él se infartó nada más saber de la existencia de su hijo; de hecho, fue algo que me carcomió los primeros meses, cuando la rabia era la arquitecta de mi torre. Cuando conseguí despedirla a golpe de lágrimas y charlas con mi familia, me di cuenta de que Edu seguro que hubiese querido a ese bebé, pero la noticia, que fue un impacto añadido a ese maldito ensayo, cocinó el peor cóctel molotov imaginable. También me he lamentado por elegir ese día para soltar la bomba, también... Fue tan traumático que es inevitable echarse la culpa por cualquier detalle para encontrarle una explicación, pero ya no; me he hartado, bastante tengo yo.

En referencia a mi bebé, todavía no ha nacido y ya lo amo con locura. Ahora me siento agradecida, porque aunque la trama de esta película que me ha tocado vivir es de lo más macabra, yo tomo con fuerzas esta oportunidad de convertirme en mamá para siempre.

Y con respecto a Edu... lo quería más de lo que calculaba, solo puedo afirmar eso hoy por hoy y que lo echo de menos porque era un tío divertido, alguien positivo y siempre se agradece compartir instantes con gente así. Hasta en aquel odioso momento en el que perdió la vida en sus ojos lo vi sonreírme, como si se lo tomase a broma. No se me va esa imagen de la memoria. Al menos yo me hago a la idea de que murió acompañado y feliz.

No me he visto muy perdida en el trabajo, todo hay que decirlo. Pensaba yo que no iba a acordarme ni de las claves de ordenador, pero no ha sido así. Ranjit, Francis y Dylan me han recibido con tanto cariño que casi me echo a llorar ahí mismo, pero mis hormonas ya han vuelto a la normalidad y he logrado contenerme. Gloria, por muy idiota que parezca, no se ha portado mal en estos meses ni me ha instado a que me incorporase; es más, entre las dos hemos tomado la decisión de mi vuelta aunque esté de seis meses. Me ha prometido que voy a poder trabajar desde casa y que va a ayudarme en todo lo posible. Al final se supo... Tampoco era difícil. Edu murió en mis brazos, yo estaba embarazada. Aquí ya todos saben que espero un hijo del hermano

muerto del jefe, y Gloria también lo sabe.

Es cierto que no me he desconectado del todo, he estado elaborando informes, almacenando datos, resumiendo pruebas y concretando líneas de investigación. Nos hacía falta y Gloria ha sabido agradecerme estos meses. Me encanta mi trabajo, para mí es una de mis tablas de salvación. Como siempre digo, es mirar por el microscopio y olvidarme de la magnitud de mis problemas, y aunque ahora no pueda entrar en el laboratorio de experimentos, porque está prohibido para las embarazadas, sé que voy a distraerme mucho más que en casa. ¿Cómo me ha agradecido Gloria mi trabajo domiciliario? Enviándome cheques de vales en tiendas infantiles, cestas con productos, libros de cómo ser mamá... Tengo la casa llena de infancia y aún no hay niño o niña. Es un poco loco, pero lo agradezco. Prometo que sí.

Ranjit también nos ha visitado muchas veces. A las tres. A Sol, a Estrella y a mí. Las tres mujeres más deshechas de Madrid, que parece que levantan cabeza. Imagino que no sería su mejor plan, pero nos alegraba las tardes contándonos historias de las suyas con esa lengua viperina que lo caracteriza. Gracias a él supimos cuándo se incorporó Eneko y de la manera en que lo hizo. Triste, muy triste.

Lo miro. Parece ofuscado en su ordenador. Lo veo más delgado y ojeroso, y aun así sigue siendo el hombre más guapo de la Tierra. Pero ya no para mí. Yo voy a entregarme en cuerpo y alma a mi pequeñín.

Termino de apuntar unos datos y cierro el ordenador. Son las seis de la tarde. Mira que dije que no pensaba pasarme el día aquí metida, pero me abstraigo tanto que se me olvida. He quedado con Sol y no pienso faltar a la cita. Es importante.

Me levanto. Solo queda Francis, que alza la cabeza al oír el ruido de mi silla. Se me queda mirando.

—Estás muy guapa, Luna —suena sincera.

—Gracias.

—Va a salir todo muy bien, ya lo verás. —Baja la cabeza rápido, creo que arrastrada por la emoción. Lo asumo, mi vida parece una tragicomedia y hasta una alemana fría como el nitrógeno líquido se acongoja.

—Por supuesto que sí —intento sonar pagada de mí misma para apartar cualquier ápice de lástima—. Voy al despacho del jefe, no sé qué quiere.

Francis se muerde el labio. Sé por qué lo hace. Ranjit nos lo ha contado. Eneko no es el mismo. Se ha convertido en un gruñón tipo ejército al que no le vale nada de nada. Los trae por el camino de la amargura a todos y aunque ellos entienden que la muerte de su hermano es la que ha provocado este cambio en su actitud están empezando a perder la paciencia, y eso que se incorporó hace unas semanas.

—Suerte —me dice.

Llamo a la puerta con tres toques.

—Adelante.

Respiro hondo antes de acceder. «Tú puedes, Luna», me digo.

Nada más entrar, me enfrento a su mirada y obligo a mis pies a seguir caminando, aunque han querido boicotearme deteniéndose unos instantes. Siento sus ojos en mí, pero yo miro a la silla, solo a la silla. He de lograr mi objetivo, sentarme y respirar sin que se me caiga la baba.

Propósito cumplido. Cojo aire y levanto la cabeza.

¡Por favor! ¿Por qué me mira así? No puedo. Bajo el cuello.

—Luna, mírame —me ordena serio.

—No, Eneko.

—Luna, levanta la cabeza —me reprende con tono amable y yo diría que con aromas jocosos.

No lo obedezco.

—Haz el favor de mirarme; ya sé que estoy horrible y que a la persona que menos desees ver es a mí, pero necesito hablar contigo y no puedo hacerlo así —me ruega y ahora diría que lo que me pareció jocosos antes ahora lo renombraría como amargo.

Me comporto como una adulta y hago caso.

—No estás horrible. Estás cansado —le comunico.

—Tú, sin embargo, estás preciosa... Te sienta fenomenal ese embarazo.

—Carraspea y se toma un tiempo para contemplarme de arriba abajo y de abajo arriba.

—Gracias. La verdad es que me veo bien. —No le miento.

—Me gusta que lo hagas porque es verdad.

—Igual dentro de unos días me hincho y todo cambia, pero hoy por hoy me encanta mi barriguita. —Le sonrío y él a mí. El clima en el despacho

cambia. Regresa nuestro pasado común como un vendaval al que yo no he llamado y no estoy preparada para afrontar.

—¿Cómo estás, Luna? —susurra íntimo.

—Bien, Eneko, bien. ¿Y tú?

—Yo no —responde al instante.

—Lo siento —alcanzo a decir.

—No, lo siento yo —me interrumpe—. Lo que te dije... perdona.

«¿Qué le dijiste? ¡Tú lo mataste!». Esa fue la joya que expulsó su dolor frente a mí y que me hizo no querer verlo en meses y hasta odiarlo de mentira. Lo aparté de mí a bocajarro, como cuando dejas de fumar de golpe y sin pensarlo muy bien. Pero necesitaba una excusa para desentenderme de este embrollo y él me la ofreció en bandeja de plata. Ni él mismo se creía esas palabras; ahora lo sé, pero en su momento me agarré a ellas para afanarme en olvidarlo.

—Lo sé, Eneko...

—Me he sentido un gusano, quiero que lo sepas y que no te reprocho nada. Tú no tuviste la culpa, Luna.

—No te preocupes, sé que fue un calentón.

Nos miramos. ¡Joder! Hay tantas cosas entre él y yo que tengo que apretarme los puños para no estallar de rabia, la rabia de volver a entender que sigo enamorada de él, ¡maldita sea mi estampa!

Eneko me castiga sin sus ojos miel, para cerrarlos durante unos segundos.

—Estoy hecho mierda, Luna.

Doy un respingo en mi asiento. Él no suele hablar así.

—Tiempo al tiempo...

—¿Me odias? —me pregunta y al instante se cubre la frente con una mano mientras espera mi respuesta.

—No, no te odio.

—Pues yo a mí mismo sí...

—No deberías.

—Hice muchas cosas mal.

No sé qué decir.

Eneko se levanta enérgico y se agacha a la altura de mi silla para tomar

mi mano. Siento una ola de calor cuando su piel contacta con la mía.

—Te pido perdón por todo, Luna; si algo de lo que he hecho te ha provocado malestar perdóname. Últimamente no controlo nada.

—Gracias, pero ya te he dicho que estás perdonado.

Eneko suelta mi mano. Lo miro. Ahora que está más cerca aprecio todo el cansancio que siente, que ha hecho mella en su rostro y su actitud corporal. Las ojeras parecen las de un niño con fiebre.

Un nudo de emoción cae a mis cuerdas vocales, aunque me esfuerzo en que no se me note y la mejor manera que encuentro es hablar de algo neutro.

—He estado revisando nuestro trabajo en este tiempo.

Eneko se recoloca en el canto de la mesa y apoya las manos en el borde.

—Lo sé, me lo dijo Gloria.

—He encontrado errores, Eneko. Puede que sean la clave...

—¿Sí? Yo también he estado revisando, pero reconozco que no he estado muy concentrado. A ver si ahora, contigo de vuelta, avanzamos.

—Hoy he estado elaborando un resumen. Te lo envío luego por correo y si quieres le echas un vistazo.

—Perfecto.

—Me gustaría pasar a ensayos pronto, porque me quedan pocos meses...

Eneko mira mi tripa y se le tuerce el gesto. Muy a mi pesar, no hace ningún comentario para arreglarlo.

—Vale, lo miro y te digo. Mañana hablamos.

Me levanto de la silla con esfuerzo. Eneko, en el último momento, se percata e intenta ayudarme, pero le digo:

—Gracias, puedo sola.

Camino hacia la puerta un poco cabreada y deseosa de que mi bebé y yo abandonemos este lugar. Ahora lo explico, pero quiero salir de aquí cuanto antes.

—Luna.

—¿Qué? —Me giro ya en la puerta con tono de «déjame en paz, mamá».

—Bienvenida —me dice desde la mesa con una sonrisa que no se cree ni él.

—Gracias.

«Anda y que te den, capullo», dice mi voz interior.



—Estás sacando las cosas de quicio, permíteme que te diga, Luna —me reprocha mi cuñada Sol mientras caminamos por la acera lo más rápido que podemos ir con el viento en contra y mis andares de pato.

—Tú no estabas ahí, así que no hables sin saber.

—Ya, hija, ya, pero te conozco como si te hubiera parido y sé que en estos asuntos tiendes a exagerar. No creo que Eneko haya despreciado a tu bebé.

—Sí lo ha hecho. ¿Sabes cuando rechinas un tenedor en un plato cerámico? Pues igual. Ha puesto cara de asco total. Y a las pruebas me remito, no me ha preguntado nada de nada sobre la criatura, de la que casualmente va a ser tío, y de la que le he mandado ecografías y nunca ha respondido nada más que un «ok» de mierda. ¿Qué significa eso?

—Bueno, mujer, quizá sea por no intimidar demasiado... Los hombres funcionan así, Luna. No se sienten bien con nuestros temas. Les hablas de la regla y echan a correr, les dices algo sobre la línea alba o el ombligo hacia fuera y cambian de color. No les gusta, Luna; lo de los síntomas les da cosilla, que te lo digo yo.

—¿Y si les hablas del tapón mucoso qué hacen? ¿Convulsionan? —bromeo.

—Se les da la vuelta la cabeza como a la niña de *El exorcista*, seguro que sí. Tu hermano se portó muy bien en mis embarazos, pero desde la distancia.

La miro porque no la entiendo bien.

—A ver, me ayudaba a cargar peso, sí, a subirse a todo y cuando se me caían las cosas al suelo cada cinco minutos las cogía, todo eso sí, pero cuando oyó a la matrona decir que había que lubricarme el canal del parto, escurrió el bulto sin disimular. Eso es un ejemplo, podría darte mil.

—Vale, pero yo no le he mencionado nada de mi vagina a Eneko; solo le

he dicho que en unos meses tendré que darme de baja, mirándome la barriga, y le ha faltado hacerme la señal de la cruz como si estuviera endemoniada.

Sol se ríe.

—Eres una exagerada.

—Te diré yo...

Nos detenemos ante un portal. Sol extrae un papelito del bolsillo para comprobar la dirección.

—¿Es aquí? —le pregunto.

Ella afirma con gesto más serio y llama al telefonillo. La puerta se abre a los tres segundos. Empuja, pero antes de acceder cojo su mano.

—¿No hay marcha atrás?

—No hay marcha atrás.

—Pues nada, a ver qué te dicen.



Mientras Sol le enseña a la abogada sus cuentas bancarias, nóminas de Júpiter y más papeleo, yo me abstraigo.

Es una pena. Sol y Júpiter eran como mi guía, a lo que yo quería llegar con una pareja de mayor, y ahora estamos en un despacho de abogados para que gestionen su divorcio, que nada tiene de amistoso y de envidiable.

¿Y qué hago yo aquí además de constatar que he de elegir mejor mis referencias vitales? Apoyar a mi cuñada. Sí, a ella, porque él se ha comportado como un verdadero capullo, primero negando la evidencia y después echándosela en la cara.

Cuando por fin Sol se armó de valor y le pidió explicaciones a mi hermano, él la tildó de celosa loca y se lo negó en rotundo durante semanas, hasta que ella, desesperada y ayudada por mi hermana Estrella, le descargó una aplicación en el móvil para tenerlo localizado en todo momento. Y así fue como lo pilló en el hotel Oasis con ella. Su amante.

Ahí fue cuando Júpiter se volvió loco y se comportó como un verdadero capullo. Porque que lo niegue hasta puedo entenderlo, pero que se lo eche en

cara, no. Le reprochó que tuvieran menos sexo y que el poco que tenían fuera muy aburrido. Le dijo que ella ya no lo quería y que por eso se había buscado fuera lo que no tenía en casa. Le detalló todo lo que la otra le hacía en sus encuentros, sin escrúpulos y a voz en grito. Ese día Sol vino a mi casa deshecha y pasó la noche conmigo. Estrella se hizo cargo de Iris, fue a buscarla al cole y se quedó en su casa hasta que Júpiter fue a recogerla. Mi sobrina pequeña ya tiene seis años y no le ha costado atar cabos, pero todos nos negamos a que vea la suciedad que esto puede levantar, que está siendo mucha. Elián se fue de Erasmus a Florencia y está librándose de una buena: ver como su familia se va al carajo dejando cadáveres por el camino si es necesario.

La abogada no lleva anillo. Lo primero que he mirado. Igual está felizmente casada, pero está feo restregárselo a tus clientes, como si vas a un dietista y está gordo como un pez globo. Es algo mayor que Sol, rondará los cuarenta y cinco, pero se la ve fantástica. Ya habían hablado por teléfono, pero no se habían visto en persona. Sé que a Sol le ha gustado, ella es muy de dejarse llevar por primeras impresiones y Beatriz Rangil la ha convencido. A mí lo que me gusta es su despacho, de tamaño medio, pero con un ventanal con vistas a la Gran Vía que quita el hipo.

Yo he venido en calidad de amiga y apoyo moral, porque poco puedo aportar aquí. Y quiero aclarar una cosa: me hablo con mi hermano, esto no significa que le haya dado de lado o que no lo quiera, pero ella me ha pedido ayuda y yo se la presto. Él no. Cuando hablo con Júpiter conversa como si no pasara nada por su vida y estuviese a las mil maravillas. Por mucho que intente que se abra, solo consigo un «déjame en paz» o un «no seas cotilla». Estrella siempre se ha entendido mejor con él y tampoco es que profundice mucho, y si le sumas que ella está para el arrastre, pues tenemos a mi hermano solito en su isla del divorcio.

—Es la típica crisis de los cuarenta, Sol —escucho a Beatriz y hago un esfuerzo por incorporarme a su conversación—. En esa edad los hombres se ahogan. Ven que ya les queda poco que prosperar en sus trabajos, sus hijos ya no son novedad y vuelan libres, con sus parejas todo es monotonía y reproches, y entonces buscan algo que les haga sentirse poderosos y necesarios. Si se les aparece alguien, caen como gotas. Y hazme caso a lo que

te voy a decir: suelen arrepentirse. Por lo que me estás contando, Júpiter es uno más; de ti dependerá que lo perdones o no.

Mi cuñada mueve la cabeza con energía, enviando su señal negativa hasta a Saturno, Urano, Neptuno, Plutón y a la perrita Laika.

—No hay perdón posible; bueno, puede que sí, pero lo que no habrá es olvido. Ha pisoteado la confianza que había depositado en él. Me conozco y sé que no puedo olvidar —afirma con sinceridad.

—Muy bien. Eso es lo que quiero que pienses en esta semana, Sol. Porque antes de iniciar todos los trámites yo prefiero ponerlos en situación. Llevo ya muchos casos como este a mis espaldas y no me gusta que tiréis el dinero a la basura. Ahora estás muy dolida, pero quizá en unos meses él quiera reconquistarte y tú lo aceptes.

—No, eso no va a pasar. Quiero el divorcio, Beatriz —afirma con tanta seguridad que la envidio. Sol puede parecer alguien frágil, incluso influenciado, pero nada más lejos de la verdad. Cuando ella toma una decisión no hay quien la convenza de lo contrario. Es más firme que un rizo de estatua.

—Entendido. La semana que viene nos vemos, me traes los documentos que faltan y si lo tienes tan claro como hoy comenzamos. ¿De acuerdo?

—Sí, conforme.

Salimos del despacho y nos enfrentamos con el frío de una tarde de febrero. No dudamos en coger un taxi. Abrazo a mi cuñada cuando llegamos a mi domicilio. Ahora ella regresará al que hace unos meses era su cálido hogar y ahora se ha convertido en el frente de una guerra con triste final. Ninguno de los dos quiere abandonar la casa y por eso Sol no ha podido hacer más que contratar una abogada. Debe de ser muy difícil vivir así, a la gresca desde que te levantas.

—Piensa en lo que te ha dicho la abogada, Sol.

—Ya está más que pensado, Luna...

Sé que el taxista nos mira por el espejo retrovisor y cae en la cuenta de la casualidad astronómica de los nombres.

—Lo sé, pero me da lástima.

—Es lo mejor. La situación actual es insostenible, te lo prometo. No puedo compartir mi casa con él, ya no... Necesito pasar página —me dice

con pena.

—Te entiendo.

—Y no va a arrepentirse... —intercepto más pena aun—, él está a lo suyo, le importaba menos de lo que creía. —Detecto esa amargura que estoy convencida de que ha distinguido también la abogada.

—Eso no lo sabes. Júpiter no está bien, Sol. —Juraría que el taxista ha dado un respingo al escuchar el nombre del aludido—. Mi hermano está en *shock*.

—Tu hermano es un cabrón con todas las letras que no se arrepiente de haberme engañado, y yo, pase lo que pase, me niego a compartir mi vida con él. Y no solo por mí, sino por mis hijos. ¿Qué clase de madre sería?

—Señoritas, el taxímetro corre... —nos interrumpe el conductor.

—Sí, sí... Mañana te llamo.

Me bajo del coche y voy rápido, como un pato, pero acelerada, hasta mi portal.

Todavía miro a los lados y luego al cielo, por si él está por aquí, como aquella mañana que me sorprendió... Pero Edu ya no puede venir. Eneko tampoco se ha acercado hoy a espiarme; si él está, yo lo noto.

Capítulo 16

Vientre de cuna

Eneko

Desde el lunes no hemos vuelto a hablar de nada personal, pero aun así me vale. Comienzo a ser útil de nuevo en el laboratorio, vengo con ganas a trabajar y no vivo cabreado con todos desde por la mañana. Reconozco que mi mal humor estaba empezando a afectar a mi equipo, pero no sabía cómo controlarlo. Ahora, desde que ella ha vuelto, se ha prendido algo de luz dentro de mí, la suficiente para intentar ser amable y respetuoso.

Quizá también sea por el problema que descubrió Luna en los ensayos. Por varios errores de cálculo, que nadie revisó, estábamos administrando más base a nuestra fórmula y por eso no funcionaba. A veces te vas a lo más complicado y la solución está en el origen, y eso me ha hecho retomar con ganas nuestro proyecto más prometedor. El DIE2616 es, sin ninguna duda, la principal apuesta. Nuestra intención es activar los linfocitos T o Treg para que las células madre puedan regenerar a los folículos pilosos y, con ayuda de un agonista de la prostaglandina PGF2, favorecer la conversión del folículo en fase telogen (muerte) a anagen (crecimiento). La línea no es nueva, ya descubrieron los Tregs en la Universidad de California, pero lo que sí es novedoso es la terapia combinada. Aquí es donde reside nuestro principal hallazgo, en asociar estas dos líneas en un mismo fármaco. Nada es imposible si lo intentas con ahínco.

Hoy terminaremos la fórmula recompuesta y se la administraremos a cuatro ratones. Ranjit, Francis y Luna se han puesto el turbo y tienen el laboratorio patas arriba para lograrlo. No podemos perder más tiempo, sabemos que DMS trabaja en una asociación similar y mucho me temo que puede ser la nuestra... Sé de primera mano que hubo una filtración, aunque no se lo he contado a nadie. Es algo que, si puedo, me llevaré a la tumba.

Me encanta verlos trabajar concentrados. Se llevan muy bien y observar a Luna tan relajada y sonriente me anima el día. Está preciosa, con su cara algo más redondita y sus ojos cubiertos por sus gafas de pasta que solo usa aquí. Suele hacerse un recogido con un bolígrafo y se le va soltando el cabello por delante, lo que le da un aire despistado que me resulta de lo más sexi.

«¿En qué estás pensando, Eneko? ¡Vale ya!».

Es verdad. Ella, aunque es mi salvación, no es para mí.

Suena el teléfono móvil. Es mi mentor, Takashi Tsuji; hace semanas que no hablo con él.

—¡Hola, doctor Tsuji! —lo saludo en inglés. Es el idioma en el que nos entendemos, porque el japonés no me dio tiempo a aprenderlo y aunque algo sí que puedo entender, prefiero conversar con fluidez.

—Buenos días, Eneko, ¿cómo estás?

—Mejor, algo mejor; gracias por preocuparte. —Ha estado llamándome desde que se enteró de la muerte de mi hermano.

—Me alegro, de verdad que sí. ¿Ya te has incorporado al trabajo?

—Sí, hace tres semanas.

—¿Mejor?

—Sí, me ha venido bien.

—Es lo lógico. No podías sumirte en la pena, Eneko; la vida sigue y solo hay una.

—Gracias, doctor.

—Te llamo también por otro tema. DMS.

—¿Qué pasa con ellos?

—Me ha llamado Harper, quiere que trabaje con ellos.

—¿Harper? —El dueño de DMS.

—Sí, por supuesto, he declinado su oferta; tú sabes que yo estoy a dos días de la jubilación y no quiero más cambios, a pesar de que la oferta era de lo más cautivadora.

—Me lo imagino.

—Te lo cuento porque nunca me han gustado sus métodos, viven del espionaje y recordé que tú me habías dicho que andaban detrás de vuestra investigación.

—Sí, eso parece.

—Eneko, te lo confirmo. Muy por encima me ha hablado del mismo compuesto que vosotros y creo que necesitan de un nombre para dar solidez a su estudio.

—¿Querían utilizarte?

—Sí, evidentemente. Trabajan así. Me ha parecido entender que todavía les queda algo por investigar, que no han pasado a ensayo; por eso te llamo, para que te des prisa y tengas cuidado. Van a por vosotros.

—Gracias, doctor.

—Tengo que dejarte, que me llaman por la otra línea. Un abrazo, Eneko.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono. ¿Por qué es todo tan complicado? Yo ya sabía esto, pero no he querido desvelárselo a Tsuji para no poner en tela de juicio mi profesionalidad. Por supuesto que había un topo, salía de mi casa todas las mañanas... ¿me explico?

Edu era un tonto ambicioso. DMS contactó con él, lo engatusó con varios miles de euros y mi hermanito se dedicó a robarme información de la que llevaba a casa. Lo pillé porque siempre ha sido un desastre y desordenó los documentos de una forma escandalosa, por lo menos para mí, que soy muy pulcro en lo que a temas de orden se refiere. Como lo sospeché, le tendí una trampa con unos documentos falsos, lo seguí cuando los cogió y vi que se los entregaba a dos hombres. Tomé fotos y cuando regresó a casa no me hizo falta insistirle porque se vio atrapado. Los de DMS le estaban llenando el bolsillo y si algo necesitaba Edu en esos momentos era dinero. Su ex lo había dejado sin nada y su código ético siempre fue muy lábil. Discutimos, claro que sí, pero no lo eché de casa porque era mi hermano pequeño y me pidió perdón por activa y por pasiva. A la semana siguiente apareció con Luna en su dormitorio y todo aquello se me olvidó.

En la fiesta de celebración de nuestra publicación, tuve un altercado con los chantajeadores de DMS y nunca más supimos de ellos. Edu me prometió que lo había dejado, y lo creí. Como necesitaba dinero, se metió en lo del estudio y eso lo llevó a la muerte. Ahora me siento culpable. Si lo hubiera ayudado con sus problemas económicos no estaría muerto, pero me sentía tan cabreado por lo de DMS y lo de Luna que ni le pregunté. Hay días que escucho la voz de mi madre culpándome por haber sido tan mal hermano, y

eso es lo que me quita el sueño por las noches y me encoge los hombros por el día.

He estado dándole vueltas a este asunto y hay un pequeño matiz que no puedo obviar y voy a enunciar en alto para darle la importancia que merece: si DMS ya no obtiene la información por mi parte, ¿de quién la recibe ahora? ¿Hay un nuevo topo? ¿Quién es? He de tener los ojos bien abiertos y reconozco que con todo lo que ha sucedido mi atención vaga por el espacio astral. Y no, no es Luna... Gloria me llamó hace meses a su despacho para contarme esto y me dejó en un mensaje plagado de indirectas que sospechaban de ella. Me dijo que vigilara a mi equipo, ella no sabía que el topo, indirectamente, era yo, ¿pero ahora?

Llaman a mi puerta. Es Luna. Hoy la veo muy guapa; bueno, siempre la veo muy guapa, pero esta mañana ha venido con un vestido claro con una estrella grande en su barriguita que te deja sin habla. Me encantan sus piernas; no sé si lo había dicho, pero son firmes, largas, delgadas y a la vez musculosas. Piernas de bailarina. Cada vez que la veo con falda se me seca la boca. Mataría por poder posar las manos en ellas... Se me va, voy a centrarme.

—Eneko, tengo que irme. Dejo a Ranjit a cargo —me dice desde la puerta.

—¿Cómo lo llevan en el laboratorio? ¿Estará listo para mañana? He hablado con Gloria, el comité ha aprobado el ensayo con los ratones —la informo para continuar alargando la conversación y que no se esfume.

—Sí, ya sabes que yo los veo desde la distancia, pero no dudes de que tendrán el compuesto para mañana. Y respecto a la licencia, genial, se me había olvidado ese tema.

—No te preocupes, para eso estoy yo. Los temas burocráticos son mi cometido. De todas formas, no ha sido tan farragoso como otras veces y no han exigido aclaraciones porque como solo hemos cambiado químicamente la fórmula pero es el mismo proyecto han dado el ok pronto.

—Mejor, sí. Pues ahora se lo digo a Francis, que elija qué ratones mete al grupo control y cuáles al de tratamiento, y que los prepare. Dijimos que cuatro ratones en cada grupo, ¿verdad?

—Sí, eso le he escrito al comité.

—Pues perfecto, Eneko. Se lo comento a Francis y me marchó, y si puedes echarle un vistazo a Ranjit, por si se le complica algo...

—Si necesita que lo ayude, dímelo. Tú vete si lo precisas.

Observo cómo le suben los colores a las mejillas.

—No, es solo una ecografía.

—Ahh —digo—, ¿todo bien?

—Sí, es de control, pero con el lío de la incorporación al trabajo se me había olvidado y acabo de darme cuenta. Espero llegar.

—¿Te llevo?

—No, no, mejor tú quédate con Ranjit.

Luna sale rápido y cierra la puerta. No me ha dado tiempo a pensar. Miro a Ranjit, que parece bastante capaz, y barajo las opciones... Cojo mi chaqueta del perchero y salgo corriendo del despacho.

—¡Luna! —grito al ver su estela en el pasillo.

Ella se da la vuelta y me mira sorprendida. Voy rápido.

—Te llevo.

—No hace falta.

—Ya, pero te llevo. —Le sonrío y le acaricio la punta de la nariz sin poder frenar a mis dedos antes de que lo hagan.



Siempre me ha sucedido algo curioso con Luna que no me había pasado con nadie y es que creo saber qué es lo que siente en cada momento. Jamás ha sido un enigma para mí. No solo hablo de necesidades básicas, frío, calor, dolor... sino también de emociones. Ahora, en la sala de espera de la consulta del médico, sé que está abrumada y que no se encuentra a gusto conmigo aquí, y yo no sé qué decir ni qué hacer para ayudarla. No hemos hablado más de tres frases en los diez minutos que llevamos y eso consigue que las agujas del reloj vayan para atrás y el tiempo se estire como una masa de *pizza*. Ella ojea una revista y yo miro a otras parejas embarazadas que conversan con total naturalidad. Eso me hace preguntarme qué pensarán de nosotros,

¿creerán que estamos enfadados? Luna se remueve nerviosa en el sofá.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

—Sí, es un poco incómodo... el sillón, digo. —Carraspea.

—¿Quieres que entre? Me refiero a la consulta.

Luna me mira titubeante.

—No sé, como quieras. —Sube los hombros.

—No, lo que tú prefieras —apelo.

—A mí me da igual, lo que quieras tú. —La escucho molesta.

—Pues entro.

—Pues entra. —Baja la cabeza para esconderla en la revista y sé que algo la ha ofendido.

¿Cómo hemos llegado a esto? A conversaciones más frías que las de enemigos íntimos y a que casi todas acaben en un tira y afloja tenso y asfixiante.

—¿No te han dicho el sexo, verdad? —Vamos a intentar mejorar en un segundo *round*.

Luna se toma unos segundos en responder.

—No, no se ha dejado ver —dice sin mirarme—. A ver qué tal hoy.

—¿Estás nerviosa?

Vuelvo a obtener su atención.

—Más que nerviosa, preocupada; siempre me rayo cuando estoy aquí. —ahora sí la escucho más ella, por fin.

—Va a estar todo bien, no hay más que verte.

Luna me sonrío y yo intento retener su gesto para que se me aparezca en los momentos oscuros.

—Si dependiera de eso... Pero tienes que cuidarte tanto que siempre dudas de si has hecho algo mal que haya podido dañar al bebé.

—¿Cuidarse?

—Sí, las comidas sobre todo. Son un problema que no podía ni imaginar.

—¿Luna Luz?

Nos levantamos enérgicos para pasar a otra escena y salir de este *ring* improvisado. Ojalá la emoción de ver un nuevo corazón que tiene parte de los dos nos encarrile.



Me he situado al lado de su cabeza y estoy mirando la pantalla con atención. Ahí flota mi sobrino o sobrina. Acabo de escuchar su corazón y prometo que no hay una melodía más bonita en el mundo. Es un tópico, sí, y quizá por eso me ha emocionado. No suelo sucumbir a los clásicos y oír el latido de un bebé y llorar es uno de ellos. Pues he caído como un bendito. No ha habido lágrimas, pero sí contención. Tampoco es que la situación ayude mucho a mi rechazo; no deja de ser la mitad de mi hermano muerto la que está pidiendo paso a la vida, y la mujer de la que estoy enamorado como un crío la que lo está creando.

Contemplo como Luna mira también a su hijo y de vez en cuando a la doctora, que nos va dictando lo que ve. De momento todo está bien. Parece ser que en anteriores ecografías se le vieron unos quistes en la cabeza, pero ya han desaparecido. Luna ha resoplado aliviada en alto y yo he inhalado su aire por pura frustración. No sabía nada... En fin, me lo merezco.

—Pues nada, mamá, tu bebe crece sano y fuerte.

Luna me mira sonriente y preciosa, y después dice:

—¡Qué bien!

—No sabíamos el sexo, ¿verdad?

Ella niega tímida.

—¿Quieres saberlo?

Luna me mira de nuevo y yo no puedo más que sonreír y tomarle la mano con fuerza.

—¿Qué hago? —me pregunta tan feliz que me lo contagia y me sale una risa tonta.

—Lo que quieras...

—Es que no sé. Por una parte tengo ganas, pero por otra... —divaga—. ¡Dímelo, sí!, no voy a poder soportar la intriga.

—¿Seguro? —pregunta la ginecóloga.

—Sí, sí.

—Pues mirad aquí —señala en la pantalla—, estos son los labios

mayores; enhorabuena, es una niña.

Luna se lleva una mano a la boca, compungida, y yo vuelvo a reír como un tonto enamorado.

—Es una niña —me dice con tanta ilusión que me deshago por ella y al instante me veo dándole un beso en la frente.

—Ya puedes vestirme, Luna —la avisa la doctora.

La ayudo a levantarse y ella me coge las manos con fuerza.

¿Qué decir? Que me alegro tanto de haber venido que estoy por dar saltos a lo Billy Elliot.

Capítulo 17

Fuiste tú

Luna

—No te confundas, Luna; me encanta que sea una niña. Es más, lo intuía, pero la compadezco: nosotras sufrimos más la vida.

—Eso está ya muy manido, Estrella. Los hombres también padecen lo suyo. Nosotras vamos a quererla tanto que no va a penar ni una gota.

Estrella se ríe.

—La chorrada de la semana...

—Sí, puede, pero es lo que siento, te lo prometo. Tú me conoces, sabes que no suelo ser muy intensa, pero el embarazo me está cambiando. Quiero tanto a la pequeña Clara...

—¿Clara?

—Sí, probablemente. Siempre me ha encantado.

—Me gusta. Se acabó el monopolio astral. —Me guiña un ojo.

—Ni se te ocurra Clarita, que tú eres muy de diminutivos.

Estrella levanta la mano al frente para afirmar.

—Lo prometo, y que voy a enseñarle lucha libre.

—Más te vale, las dos cosas.

Salimos de su abogado. Últimamente los frecuento con más asiduidad que los supermercados. Estrella va a ir a juicio. A pesar de todo el *bullying* que le está haciendo el profesor en la universidad, a pesar de que se ha dedicado a verter toda clase de mentiras sobre ella, a mi hermana no la amilana cualquier mentecato. Ella estudió ciencias políticas y ahora está terminado el máster de derechos humanos que sumaba proyección a su grado. Es la más lista y comprometida de los tres hermanos, sin lugar a dudas. Ha salido a mis padres en lo espiritual, pero con toneladas más de sensatez ligada a inteligencia en la sesera. Esto llega a sucederme a mí y me habría escondido

como una tortuga bajo su caparazón. Habría abandonado la carrera para facilitarme la vida y así dejar de ver al tipo que me violó. Pero Estrella no. Ella asiste a sus clases, soporta que los compañeros se den codazos cuando la ven, ignora las pintadas en los baños, las ofensas por las redes y las malas contestaciones que le da el susodicho delante de todos. Es tan fuerte que me acongojo.

La abogada la ha informado de que el juicio se retrasará y le ha insistido en que vaya haciendo acopio de todas las pruebas que pueda. No hacía falta; ella ya estaba haciéndolo.

—¿Cómo estás, Estrella? —le pregunto.

—Tirando... Un poco mejor.

—Yo creo que sí.

El primer mes fue tan horrible que me obligo a no recordarlo. Se puede resumir en hermetismo y lágrimas. Cuando mis padres se fueron, porque vinieron y casi nos vuelven más locos a todos, Estrella comenzó a abrirse y a contarnos detalles. Ella nunca se ha guardado nada, es pura naturalidad, y verla tan absorta y sin frases en la boca nos estaba matando. No es que se haya dedicado a detallarnos su violación, pero sí cómo se sentía. A los dos meses se plantó un día ante todos y nos informó de que iba a volver a la universidad y que había contratado una abogada para ir a por todas. Algún destello de la antigua Estrella resurgió ese día. No es la misma, ni yo; nadie lo es cuando se enfrenta a tan desastrosas situaciones, pero está mejor y eso me vale, de momento. Sé que lo que la empuja todas las mañanas a levantarse de la cama es la venganza y dicen que no es buena consejera, pero yo prefiero eso a que se quede postrada y sumida en su dolor. No está sola, siempre se lo repito; nos tiene a nosotros y a su amigo Brais. Se conocen desde la infancia, y aunque yo siempre he pensado que están destinados a estar juntos, Estrella siempre prefirió al resto de los hombres.

Caminamos hacia la cafetería donde hemos quedado con Júpiter. Sí, con mi hermano. Nos hemos propuesto convencerlo de que abandone esa actitud tan nefasta que está tomando con Sol que en nada ayuda a su divorcio.

Entramos y lo encontramos en la barra, tomándose una cerveza, a todas vistas más delgado y consumido, algo que contradice la versión de Sol, que cuenta que él está tan pancho. Nos sonrío.

—¿Qué tal, chicas? ¿Qué te ha dicho la abogada?

Les imploro, mientras Estrella le cuenta, que nos sentemos en unas sillas si no quieren matarme de la ciática. Me miran con sorna, pero me obedecen. ¡Hay que jorobarse, lo que tiene que aguantar una embarazada! La gente se cree que nos aprovechamos de los tópicos gestantes para hacernos con la nuestra, y no, la espalda duele, las piernas también, y te sientes más torpe que patinando por primera vez, y quien diga lo contrario no ha estado preñado, ¡hombre ya!

—¿Y tú, Luna? ¿Cómo va esa pequeña?

—¿Quién te lo ha soplado? —Pensaba contárselo hoy.

—Mi hija, Sol se lo diría... Iris está entusiasmada, dice que va a preparar la maleta para irse a vivir contigo cuando nazca la pequeña y así ayudarte y ejercer de prima mayor.

Nos reímos. Iris es pura bondad, no he visto niña más buena y dócil en la vida.

—¿Y tú? Te veo más delgado.

—Sí, me he puesto a plan —bromea.

—Estás más guapo —le dice Estrella y le da un beso en la mejilla. Entre ellos dos siempre ha fluido un buen rollo que yo no he sido capaz de seguir. Quizá es porque soy la más seria de los tres...

—Bueno, va, ¿qué es lo que queréis? No hay quien se crea que me habéis citado aquí porque sí.

Hemos quedado en que empezará Estrella la charla por lo obvio de su cercanía. Lo observo. Mi hermano es muy guapo. No me extraña que las mujeres o los hombres se le echen encima, es de un atractivo tan natural y casual, sin artificios, que te atrapa. En cierta manera nos parecemos, ambos somos castaños con ojos pardos, pero él me saca bastantes centímetros de altura y de espalda. Es un hombre «abrazable».

Estrella le da la charla sobre su comportamiento egoísta y dañino para con Sol y él le escucha en silencio hasta que ella termina, se toma lo que le quedaba de cerveza de un sorbo, le pide otra al camarero tatuado que nos ha tocado y nos mira a las dos:

—A ver... Os doy la razón en que mi actitud no es que haya sido ejemplar, pero solo conocéis una versión.

—Porque tú no has querido explicarte —lo interrumpo.

—Porque dolía, Luna, porque dolía... No todos arreglamos las cosas hablando. Hay algo que quiero que sepáis, Lorena no es una más, no es una amante que me eché, como estoy seguro de que os ha llegado. Lorena es mi pareja.

—¿Cómo? —resuella Estrella.

—Pues como oyes. Quiero que la conozcáis, aunque sé que es pronto.

Yo niego con la cabeza y mi hermana le pide al camarero un chupito de lo que sea.

—Ella no es la culpable, aquí solo hay un culpable y soy yo.

Estrella le quita el chupito al camarero antes de que lo pose en la mesa y le pide otro. El chico la mira entre alucinado por su frescura e impactado. Estrella es guapa a rabiar y somete a los hombres a sus pies sin pretenderlo.

—Continúa —le ruego.

—Me agoté; bueno, más bien me fui desenamorando y no supe frenarlo ni tomé cartas en el asunto. Me culpo por no haber hablado con Sol, por no haber intentado solucionarlo.

—¿Y preferiste engañarla?

—Aunque nunca me creas, una cosa no tuvo que ver con la otra. Lorena se me apareció, nos hicimos amigos mucho antes que amantes; ella hacía un año que había enviudado y le estaba resultando muy traumático y doloroso. ¿Queréis saber cómo la conocí? Pues porque me dio un golpe por detrás en una glorieta y cuando nos estábamos dando los datos para el seguro se echó a llorar; justo era el aniversario de la muerte de su marido.

—¿De qué murió? —le pregunta Estrella.

—De ELA. Estuvo cuatro años enfermo. La convencí para tomar un café y que se relajara, y desde ese día nos ayudamos mutuamente. Los días fueron pasando y vi que cada vez necesitaba saber más de ella. Lorena es alguien a quien que necesito, es muy especial.

Aplaudo.

—Precioso, Júpiter, precioso si no fuese porque a la que engañaste es a Sol, que casualmente es muy especial también y es la madre de tus hijos —lo reprendo.

—Eso estuvo mal, lo sé, pero... El matrimonio ya estaba muerto.

—Pues haberlo roto antes, hermanito —lo interrumpe Estrella— y te hubieses ahorrado la humillación del engaño.

—Lo sé, no creáis que no sé que tenéis razón. Pero a veces te dejas llevar por algo que hace tanto tiempo que no sentías, que te da miedo pararlo por si se esfuma.

Me quedo atónita. Nunca antes había escuchado a Júpiter hablar de sentimientos.

—¿Y por qué no fuiste sincero? —le pregunto.

—Por cobardía, pura cobardía. Al fin y al cabo, era toda mi vida la que estaba echando a la basura y quiero mucho a Sol, eso no lo dudéis, y sabía que la iba a hacer polvo. Al final ha resultado mucho peor, pero todas las mañanas me decía «de hoy no pasa» y todas las noches me acostaba como un pusilánime y un traidor. Me he dado asco a mí mismo y no me siento orgulloso, pero luego veía a Lorena y se me pasaban todas las culpas, porque es muy bonito lo que hay entre nosotros dos.

De todo lo que esperaba oír hoy esto es lo menos pronosticable. Mi hermano se ha enamorado.

—Vale, Júpiter, muy bien, pero no hace falta echarle en cara tus mierdas a Sol —añade Estrella.

—Ignoro qué os ha contado ella, pero aquí hemos soltado vergüenzas los dos y sois muy tontas si creéis que solo soy yo al que se le va la lengua en momentos tan tensos. Sol me ha dicho verdaderas barbaridades.

—Ya, pero el que debería tener algo más de sentido común eres tú, puesto que eres el que ha tomado la decisión de mandarlo todo al carajo y de la peor forma, ¿no crees? —digo.

—Sí, estoy de acuerdo, pero no es fácil llevarlo a la práctica cuando el ataque es constante. Yo no sé qué os ha contado Sol y no seré yo el que entre en detalles sobre nuestras broncas, pero sabed que vuestra cuñada va a pico y pala contra mí desde que se levanta hasta que se acuesta, y es agotador. Hay días en que me pilla con las defensas bajas, exploto y digo cosas muy feas, lo reconozco. Por momentos me parece que es lo que ella busca, desesperarme para que pierda el control y quedarse con la maldad que sale de mi boca como justificante para la causa que ha abierto contra mí.

—¿Y por qué no te vas? —le pregunta Estrella.

—Porque es muy caro, hermana. A partir de ahora tendré que pagar la manutención de la niña y pagar una casa.

—Pero si en la que vivís es tuya. —La heredó de mi abuela, como nosotras dos.

—Ya, y yo no voy a echar a mi hija de su hogar. Al menos no hay hipoteca que pagar, que eso ya es bastante. Estoy ahorrando para marcharme en uno o dos meses y ser yo el que busque otro domicilio. Mi intención es pedir la custodia compartida, pero no quiero dejar a Sol sin casa, bastante mal lo he hecho ya.

—Eso te honra, Júpiter —afirmo.

—Vente conmigo —le dice Estrella—. Mi casa tiene dos dormitorios.

—No hace falta, preciosa...

—Sí. Me niego a que sigáis destrozando algo que fue tan bonito —le responde—. Tú te vienes conmigo y chimpún.

Júpiter la mira y después a mí.

—Yo creo que tiene razón, hermano. Ya os habéis hecho demasiado daño. Ella dice que la convivencia la está matando y es obvio que a ti también. Aléjate y toma las riendas de tu vida.

—Eso sí, a Lorena de momento no la subes a casa. Déjame que lo asimile —imperera Estrella.

Júpiter sonrío, se levanta de su silla y la abraza fuerte. Estrella tira de mi brazo para que me acerque y nos estrujemos los tres.

Me emociono.

Desde hace unos meses me doy cuenta de lo importante que es la familia y de lo cierto que es que siempre está cuando se la necesita, por lo menos la mía.



Entro en el laboratorio descansada y feliz. Este fin de semana ha sido bastante familiar y reparador. Ayudamos a Júpiter con la mudanza a casa de Estrella y Sol nos lo agradeció. El domingo, ella, Iris y yo nos fuimos a ver

cositas de bebés y se despejó de todo su drama personal. Yo quiero mucho a mi cuñada, es mi amiga antes de nada y haya pasado lo que haya pasado con Júpiter la necesito en mi vida, tanto como a él. Total, no he hecho grandes cosas y las noches las he pasado solita en casa y tan a gusto.

Para mi sorpresa, Eneko me escribió el sábado por la noche algo que me dejó sin poder dar a las teclas de respuesta de la conmoción:

Ver a esa pequeña crecer dentro de ti me ha cargado las pilas. Llevo sonriendo desde el jueves y te lo quería agradecer.

No le respondí hasta la mañana siguiente. Pensé en hacerlo, pero Morfeo hubo de secuestrarme a lo grande, porque cuando quise darme cuenta era domingo por la mañana y estaba tirada en mi sillón de mala manera, vestida y dolorida de cintura para arriba. Tengo que acostumbrarme a irme a la cama antes o este sofá va a adelantarme el parto.

Y yo a ti.

Le respondí sin querer profundizar y le añadí para darle a nuestro chat el carácter profesional que me había propuesto mantener:

¿Cómo estarán nuestros ratones?

Eneko me respondió minutos después.

Seguro que peludos. Lo vamos a lograr. Juntos.

Y aunque no debería admitirlo, voy a hacerlo para ser sincera. Esto me ha alegrado el fin de semana. Estar con él en la consulta al principio me resultó incómodo, pero lo vi mirando a mi pequeño en la pantalla y emocionarse. Que me lo haya reconocido por vía mensaje ya es mucho. Eneko está dando pasos para acercarse a mí y ahora soy yo la que debe decidir si quiero dejarlo entrar y olvidarme de su ausencia estos meses o darle carpetazo... Con seguridad no voy a poder resistirme a él, pero con la misma seguridad digo que nuestro tren del «tú y yo» ya pasó de estación y se ha

detenido en una que lleva como nombre «imposible».

—Buenos días —le digo a Francis al abrirse la puerta que da acceso a mi laboratorio y encontrarme con la más madrugadora del equipo por hoy. Normalmente es Dylan, pero hoy Francis ha debido de caerse de la cama—. ¡Qué pronto vienes!

—No podía esperar a ver qué tal estaban los ratones —alega sin mucho entusiasmo. El viernes les aplicó nuestro fármaco; ella es la que tiene el título para poder administrar tratamientos a los animales y los cuida con mucho mimo.

—¿Y qué ha pasado? —Aunque no espero su respuesta. Voy directa al animalario.

—¡No, Luna, para!

Me detengo.

—¿Por qué?

—Están todos muertos. Igual hay algo tóxico. No te acerques en tu estado.

Busco urgente una silla en la que sentarme del colapso. Solo escucho una voz que se me repite en la cabeza «no puede ser», «no puede ser».

—¿Lo sabe Eneko?

—Iba a llamarlo...

Me tapo los ojos con las manos. Esto no me lo esperaba para nada. Es un desastre descomunal. El peor tropiezo con el que hemos dado, por no hablar de los pobres ratones...

—No sé qué ha podido pasar para que estén todos muertos —me dice Francis, que me ha traído un vaso de agua y se ha sentado a mi lado.

Hay algo que ha dicho...

—Espera, cuando hablas de todos te refieres a los que han recibido el tratamiento, ¿no?

—No, eso es lo raro: han muerto todos, también los del grupo control, a los que no se les administró.

—¿Ehhhhhh?

Capítulo 18

El problema

Eneko

Veo muchos documentales y se sabe que cuando te hallas atrapado en el fango es mejor no patear, porque eso te hunde más. Hay que respirar, hinchar los pulmones de oxígeno, tomárselo con calma y no realizar movimientos bruscos. ¿Qué he hecho yo? Eso. ¿Me ha servido? No, sigo hundido.

Solo he dado una pequeña zancada, recalco que solo una, y no en el terreno personal, únicamente en el laboral. Fracaso rotundo. Y aquí me ves, ante Gloria, cabreada como una directora de hotel que pierde toallas a toneladas por mes.

—No lo entiendo, Eneko.

—Yo tampoco, si te sirve de consuelo.

—No, no me sirve. —Me lanza una mirada furiosa, cuando Gloria se enfada da más miedo que un bebé con las manos en la puerta—. Ni te imaginas la que tuve que liar para que os diera el permiso el consejo.

—Sí que lo hago, Gloria.

—¿Y ahora? ¿Cómo quieres que les explique que han muerto todos los animales? Van a lanzarme a la hoguera. Van a pedir un nombre.

—Estamos analizando a los ratones. No tiene sentido.

—¿Qué quieres decir? —Tose, aclarándose la garganta.

—Pues que es provocado y no tiene nada que ver con el proyecto — respondo con mi primera, pero no confirmada, hipótesis.

—¿Y eso puedes demostrarlo?

—En cuanto sepamos la causa.

—Tenemos cámaras, Eneko, y hacéis uso del sistema de seguridad más actual del mercado.

—He hablado con Quique, el vigilante. Habría que renovar las cámaras, porque curiosamente no funcionaron esa noche y llevan tiempo sin hacerlo; dice que te lo ha dicho.

—Ya, me piden un presupuesto descomunal para actualizarlas. Aun así, quien quiere asaltar se cubre, por lo que las cámaras sirven de poco, y para eso gozáis del sistema de claves que se reinicia cada veinticuatro horas.

—Pues si alguien entró, no funcionó.

—¿O se sabía la clave? —me interrumpe preguntando al aire.

—O se sabía la clave.

—Eso podemos averiguarlo. Si alguien accedió durante el fin de semana saldrá en la memoria. Te lo vengo diciendo, hay un topo en tu equipo...

Decido obviar lo último y le digo que es buena idea lo de estudiar en la memoria de la seguridad. Nos miramos. Parece que su enfado monumental ha descendido al de figurilla de estar por casa.

—Eneko, voy a serte sincera: o se demuestra esto o va a haber un despido.

Trago saliva con esfuerzo.

—¿Un despido?

—Sí, mucho me temo que sí. Esto comienza a ser un despilfarro de recursos sin más resultados que frutos para DMS.

—No voy a trabajar bajo amenazas, Gloria. Si quieres despedirme, hazlo de primeras. —Me ha enfadado. No llevo estudiando toda la vida para que venga esta a lanzarme órdagos ridículos.

—No te estoy amenazando, te estoy informando.

Me levanto de la silla.

—Me estás ofendiendo.

—Pues lo siento, pero es lo que hay. Alguien está filtrando información a DMS delante de tus narices y tú ni te enteras.

—¿Acaso soy detective?

—¡Eres el director de la investigación, maldita sea! Sois cinco en el proyecto, no es tan difícil.

—¿Vuelves a insinuar que uno de nosotros se está yendo de la lengua y que no puede ser nadie de fuera?

—No lo insinúo, lo afirmo.

Ahora sí, me marchó, pero antes de salir por la puerta, le digo:
—Si piensas eso, quiero mi despido por escrito.
—¡Eneko! —grita, en vano, para que no me vaya.



Entro en mi despacho tan ofuscado que no saludo a nadie y pego un portazo de los que retumban en el inframundo.

A los diez minutos, en los que no he conseguido calmar ni un átomo mi enfado, oigo unos nudillos golpear mi puerta y abrirse esta después sin mi permiso.

—¿Qué ha pasado? —escucho la voz de Luna acercarse—. Vienes de hablar con la jefa, ¿no?

Asiento.

—Esa mujer consigue cabrearte hasta a ti. —Se sienta frente a mí—. ¿Qué vamos a hacer, Eneko?

Levanto la cabeza y la miro. Tiene mala cara, al instante se me van todos mis males y recuerdo qué es lo verdaderamente importante, ella.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto, ella afirma—. No sé... Hay que averiguar qué es lo que les ha pasado. Evidentemente, algún factor externo perjudicial ha intervenido y hasta que no averigüemos qué es, todos nos encontramos en el punto de mira.

Luna mira hacia la puerta para comprobar que está cerrada y después habla bajo:

—Llevamos tiempo bajo sospecha, Eneko.

—¿Qué?

—Gloria me encargó que os vigilara. Saben desde hace meses que hay un topo. No puedo cargar más tiempo con esto y no debería contarle y menos a ti, pero se me acaba de abrir la boca y ya no hay marcha atrás.

—¿Por qué dices que «menos a mí»? No ha sonado bien.

Luna se remueve en su silla. La conozco tanto... Sé que duda si revelarme algo, pero también sé que va a contármelo, porque ella es así,

normalmente cautelosa, pero cuando la Luna espontánea y sin filtros se apodera de ella, no hay nada que la haga callar.

—Venga, dime. Sea lo que sea, tendrá explicación. —Ni remota idea de qué la confunde, pero intuyo que nada que ver con nuestra tortuosa relación fuera de este laboratorio; no, es algo más.

Luna me clava sus contundentes ojos sin filtros. Me está analizando y yo no puedo evitar evadirme por unos instantes en lo bonita que es y las ganas que me entran de ir hacia ella, abrazarla y besarla con todas las ganas contenidas de un siglo sin ella. Después habla:

—Te vi discutiendo en la fiesta con los de DMS.

¡Joder! ¡Maldita sea! ¡Me vio! Mi cabeza se vuelve loca mientras intento disimular mi conmoción. ¿Cómo le explico eso?

—Les decías que te dejaran en paz. No quise contárselo a Gloria porque me fio de ti, Eneko, pero ahora necesito que me lo aclares.

—No puedo, Luna... Solo puedo prometerte que yo nunca he filtrado información. Me estoy dejando la vida en este proyecto, lo he antepuesto a todo, y tú lo sabes.

—No me vale, lo siento —me dice con pena.

—¿Crees que yo les vendo información?

—No —responde clara.

—Es que es así, Luna. No tendría sentido. Me paso las horas aquí, no tengo vida personal, ¿para qué iba a regalarle mi trabajo a esa gente?

—No lo sé, pero explícame esa conversación y no me quedarán dudas. Puedes confiar en mí.

Lo sé, pero no quiero que piense tan mal de mi hermano. No puedo hacerle eso a Edu, aunque se lo merezca. Es el padre de su hijo, él ya no puede defenderse. No, me niego.

Me levanto para arrodillarme a su altura y tomarle las manos. Un escalofrío me recorre al sentir su contacto.

—Luna, me conoces, sabes que yo no haría algo así.

Volvemos a congelar el tiempo y a decirnos tantas cosas con nuestras exentas pupilas que poco a poco mi cuerpo crea un avance y me acerco a ella tal y como me pide mi interior.

Luna posa una mano en mi pecho para detener mi cruzada y explicarse.

—Por hoy me vale, Eneko, pero me vas a tener que aclarármelo más tarde o más temprano y, por favor, la próxima vez que te pida explicaciones no te me acerques tanto o entonces sí que voy a sospechar de ti.

Se levanta y sale antes de que mis rodillas decidan estirarse y levantarme del firme suelo, donde me gustaría enterrarme ahora mismo y desaparecer.

Capítulo 19

El amor

Luna

Normalmente las paredes de mi casa me recargan de buenas ondas, prepararme un té, salir a mi balcón, mirar a la gente... Hoy no, ayer tampoco, ni anteayer, y la culpa es solo suya, de Eneko. Porque solo él se me cuele tan dentro, para bien o para mal, que no hay desatascador que lo elimine.

Pero el atasco ahora es distinto al de hace meses, porque antes era de puro morbo, ganas, anticipación, imágenes oníricas de cómo sería mi vida con él; hoy el taponamiento es desconfianza, enfado y rabia, rabia por seguir deseándolo como una fan enfervorizada ante el más gañán de los ídolos.

Ha intentado seducirme cuando se ha visto descubierto. Creo que no es la primera vez que lo hace, pero hoy me ha resultado más que evidente, y eso me hace dudar de él y, por ende, de mí. De haberme dejado engatusar por un manipulador y un ladrón. Me creo suficientemente sensata como para ver más allá de la primera apariencia de las personas, y Eneko siempre me pareció fiable y buena persona; si no, jamás me habría encaprichado de él de tal forma. ¿Y si no soy tan lista como pensaba y me las ha dado con queso azul de los que amargan tanto que ni con litros de agua?

¿Cuál es el problema? Que no las tengo todas conmigo, que igual fue verdad lo que sucedió, que no fue fingido, porque a mí me pasó y quiero pensar que a él también. Cuando se me acercó, tomó mi mano y clavó los ojos en los míos, me fundió y no pude pensar en nada más que estampar su boca en la mía, pero se me encendió la lucecita de la desconfianza y le frené la incursión. ¿Verdad o mentira? He ahí la cuestión.

¿Pero si no tiene nada que esconder porque no me explica la discusión con los de DMS?

Aquí hay algo turbio y va a aclarármelo sí o sí.

Me preparo un baño con sales para intentar relajar los músculos agarrotados y que mi espalda no decida contraerse del todo.

Siempre me ha gustado bañarme, pero desde que estoy embarazada, más. Aquí, en la intimidad de mi desnudez, veo mi vientre sobresalir del agua y puedo acariciarlo y hablarle, ahora de mujer a mujer. Hoy, mi pequeña hija va a tener que escuchar todas las dudas de su confundida madre.



Dejo el teléfono para recoger un poco la cocina. He estado whatsappeando con mi amiga Conchi; ya han descubierto su problema. Su calidad ovárica es muy baja y le han asegurado que si quiere tener hijos debe abrir la vía de la donación de óvulos. La pobre está tan disgustada que no ha querido que hablásemos porque decía que se echaría a llorar y prefería comunicarse con mensajes. Lo siento tanto...

A veces la tecnología podría irse a donde amargan los pepinos, así te lo digo. Antes no se podía tener hijos y punto, pensabas en la adopción o en dedicarte en cuerpo y alma a tus sobrinos; ahora te dicen eso y tú cargas con la disyuntiva de dejarle a tu pareja sin su sueño por no poder asimilar que tus hijos no lleven tu ADN y el suyo sí. Porque es lo que me decía, que no sabía si iba a poder olvidarse de eso cuando mirase a la cara a su bebé. Encima, yo embarazada sin quererlo. La vida es tan caprichosa...

Suena mi móvil. Es un mensaje de Ranjit.

Se les inyectó cloruro potásico a todos los ratones y murieron por parada cardíaca. Muy fuerte.

No me pilla por sorpresa, me imaginaba algo así. Yo habría hecho lo mismo si hubiese querido asesinarlos, y estaba claro que había sucedido algo fuera de lo común.

Le pregunto si se lo ha hecho saber al jefe y me dice que se lo diga yo mejor. Como no me apetece explicarle mucho, le digo que perfecto y me

decido a enviarle un mensaje a Eneko sin mucho detenimiento.

Me ha escrito Ranjit, que a los ratones se les inyectó cloruro potásico. Parada cardiaca. Si quieres díselo a Gloria.

Al instante obtengo su respuesta.

Era de imaginar... Ahora la llamo. Perdona por lo de antes.

Me sumo a la opción de mi amiga Conchi de comunicarme por mensajitos.

Exactamente, ¿por qué te disculpas?

Miro el móvil atenta y veo que enseguida lo lee y está escribiendo.

Por haberme dejado llevar.

¡¡El colmo del «confundismo»!! Va a ver este quién es la más fiel seguidora de esta práctica.

¿Dejado llevar?

No te entiendo.

Ni yo a ti.

Voy a llamar a Gloria. Espera.

Y me deja así, colgada y con un enfado que porque es de noche, pero me daría para limpiar vajilla, cubertería, batería y mantelería de toda la casa y seguir ofuscada como un piojo en una rasta.

Me pongo el pijama, le escribo a Ranjit que ya se lo he comunicado a Eneko, me meto en la cama, abro el cajón de la mesilla para ver la foto de la ecografía mi pequeña sirena y veo que se enciende la luz de nuevo en mi

teléfono.

Asunto resuelto. Gloria parece más calmada. Pedirá de nuevo la aprobación al comité para ensayar con otros ratones y aumentará la vigilancia.

Muy bien.

Otra cosa...

¿Qué?

Si tienes planes para este fin de semana vas a tener que cancelarlos. Gloria quiere que acudamos al congreso de Cádiz.

¿Perdona?

Ya, es un poco tarde, pero se ha empeñado. Quiere que nos dejemos ver y que así parezca que todo va bien.

¿Quiénes vamos?

Solo tú y yo.

Capítulo 20

Ella y él

Luna

Sol se ha empeñado en llevarme al aeropuerto. Esta semana apenas hemos podido vernos y la verdad es que me alegro de su obstinación por no dejarme cargar con la maleta yo sola. No sé cómo lo hago, pero siempre la relleno como a un pavo americano en Acción de Gracias y luego no puedo con ella y parezco más torpe que una quinceañera ebria el primer día que usa tacones.

La he encontrado mucho más descansada que las últimas veces y me ha confirmado que la marcha de Júpiter, aunque triste, era necesaria. Que odiaba verlo salir y pensar que iba a irse con ella, que ahora empieza su nueva vida y que sabe que no va a serle fácil porque sigue queriéndolo, pero ya no sufre por saberlo tan lejos cuando estaba tan cerca. Es del todo comprensible, no he tenido que esforzarme para ponerme en su lugar.

La entiendo y yo voy a estar allí. Ella es como otra hermana para mí. Hasta mis padres la han llamado para avisarla de que sigue formando parte de la familia, de que no van a olvidarse de ella para ningún evento y de que siempre que vengán a España piensan invitarla a las quedadas. Esto es lo que me está contando justo cuando llegamos al aeropuerto. Aparca en doble fila porque no tiene tiempo para acompañarme.

—Pásalo bien, en la medida de lo posible. Voy a echarte de menos, muñequita.

—Y yo a ti. —La abrazo.

—¡Qué envidia me das! ¡Cádiz!

—Sí, vamos, si entro en el avión me doy con un canto. —Esta última semana me ha crecido la tripa en una proporción escandalosa.

—Estás más bonita que nunca, y no te quejes, tus tobillos siguen

viéndose; a mí me salieron dos flotadores que para qué contarte, bonita.

—No les des ideas... —bromeo al abrir la puerta e intentar salir sin que parezca que me han metido un palo por cierta zona. Los coches bajos no se inventaron para embarazadas.

Nos despedimos y camino con calma por el vestíbulo de la T4. Me gusta venir con tiempo y más ahora que no quiero estresarme, bastante tengo ya.

Esta semana ha sido durilla en el laboratorio. Todos andábamos un poco tristes y perdidos por el suceso. Sobre todo Francis, ella es la que cuida de los animales y se la veía más opaca y gris de lo habitual. Ni Ranjit conseguía animarla. Dylan, que es su mejor amigo, nos confesó que el miércoles se negó a acompañarlo a su habitual torneo de Carcassone al que acuden desde que se conocen y al que ella ha asistido hasta con treinta y nueve de fiebre.

Si me preguntas por Eneko, pues no lo sé. Ha pasado poco por el despacho porque estaba preparando el congreso con Gloria y el tema de la nueva petición al comité, y mira, mejor. Veo en una pantalla hacia qué mostrador tengo que dirigirme y camino hacia allá, reconozco que un poco nerviosa por si habrá llegado ya el susodicho de mi vida.

Tardó poco en verlo y menos en que mis jugos gástricos impregnen mi paladar. ¿Alguna vez se me pasará esto? ¿Seré tonta del culo? Él todavía no me ha visto; está sentado, tecleando en el ordenador. Aunque no va de traje, viste elegante. Con un pantalón estilo Docker claro y una camisa blanca remangada que deja ver sus fibrosos antebrazos se proclama el más guapo del aeropuerto de sobra. Su pelo, como siempre, algo despeinado por las ondas, y su barba de dos o tres días. Desprende cierto parecido a su hermano; en alguna ocasión se me asemeja a él y me da un calambre el alma de plena lástima; le quedaba tanto por vivir... Me doy cuenta de que llevo un rato quieta observándolo y justo cuando voy a empezar a andar él levanta la cabeza y me pilla aquí plantada, babeando como un trol ante un gnomo dormido. Se levanta como alma que lleva el diablo hacia mí y en dos segundos lo tengo a mi lado cogiéndome la maleta.

—¡Perdona! No te había visto llegar. Deja que te lleve la *trolley*.

—¡Hola, Eneko! —respondo fácil.

Él levanta la cabeza y se hace uno de esos silencios incómodos en los que no sabes si saludarte con dos besos porque te ves todos los días pero aquí

no, o pasar y quedar como un desprendido. ¡Uyyy! El momento se está alargando, nuestras pupilas se han enganchado... ¡Qué bueno está, por favor! ¡Que alguien llame a los bomberos, porque salimos ardiendo de lo intenso que nos está quedando este saludo! Al final él rompe la quietud llevando una mano a mi mejilla para acariciarla en plan padre y yo siento, al contrario, unas mariposas hambrientas de apetito de él.

—¿Estás bien? Lamento que Gloria te haya obligado a venir, no es el mejor momento para volar. —Se le atropellan las palabras.

—No te preocupes, no es para tanto.

Obvio decirle que me negué en un principio y que a ella le ha faltado arrodillarse para convencerme de que fuera y vigilara a Eneko, puesto que ahora todas las sospechas recaen en él. No, no le dije lo de su bronca con los de DMS, no soy tan mala pécora.

—Si te encuentras mal, cansada, o lo que sea, no tienes más que decírmelo, Luna.

—No estoy enferma.

—Lo sé —suspira—. No me lo pongas difícil, sé que me entiendes. —Lleva una mano a mi barbilla y me sujeta la cara para que lo mire—. Siempre hemos hablado el mismo idioma, Luna; volvamos a él.

—Han pasado muchas cosas...

—¿Van a embarcar? —nos pregunta una azafata. Ambos nos giramos y caminamos hacia ella. Esto no va a ser fácil, te lo digo yo.

Eneko

Al final no hay nada mejor que conversar sobre el trabajo para calmar la marea. Sé que Luna no se siente cómoda conmigo como antes, yo me lo he ganado, también es cierto, y eso me mataba, pero lo que ya no sé ni cómo digerir es que desconfíe de mi credibilidad profesional. Tengo que arreglar eso de la forma que sea.

Cuando la he visto en el aeropuerto... Es que no puedo dejar de sentir lo que siento. Será oscuro, enrevesado, complicado e imposible, pero me gusta tanto que se me para el entendimiento y solo escucho al deseo que quiere apoderarse de mi contención para romper ese muro de ladrillos que hemos

construido y que separa nuestra mutua atracción.

Llegamos al hotel a las dos de la tarde. Desde Jerez hemos cogido un taxi que nos ha traído al centro. Me alegro al ver que está justo enfrente de la famosa playa de La Caleta. Luna se baja del taxi y cruza la carretera directa hacia allá.

Yo pago al taxista y me quedo cuidando de las maletas y observándola sin reparos, vestida con un vaquero corto, regalándome la panorámica de sus preciosas piernas y una camiseta de algodón cómoda que le marca mucho más el embarazo. A los minutos se da la vuelta y camina hacia mí con el gesto relajado y con su larga melena meciéndose por el viento. Le sonrío.

—¡Cuánto echaba de menos el mar! —me dice al alcanzarme—. Mataría por pasear todo el fin de semana descalza por la orilla. ¿No crees que es curativo?

—Luna —le digo obligándola a detenerse, sujetándola por los codos—, haz lo que necesites. Si quieres eso, por mí perfecto.

—No, hombre, era un decir... Hemos venido a trabajar —me interrumpe para intentar caminar, pero no le dejo.

—Lo digo en serio, Luna. Si crees que te va a venir bien pasear por aquí, yo me las apaño; yo solo quiero que tú estés bien.

—Estoy bien, Eneko... Gracias por ser tan amable, pero hemos venido a un congreso, aunque igual te pido permiso para escaparme algún rato —gesticula pícaro, guiñándome un ojo.

Le sonrío.

—Permiso concedido desde ya, y si necesitas compañía... aquí estaré.

—¡Uy, uy, uy! ¿Eneko Arana quiere hacer pellas? Esto es lo último que me esperaba —dice deshaciéndose de mi amarre y caminando hacia la recepción del hotel.



Luna

La habitación es fantástica y está al lado de la de Eneko. Ahí lo dejo. Hemos quedado dentro de cinco minutos para ir hacia el congreso para coger la acreditación y colocar nuestro *stand*. No vamos a exponer, pero sí que tendremos un puesto donde poder explicar nuestra investigación.

Me visto algo más sofisticada que para el viaje, con un vestido premamá ajustado color berenjena con una cremallera que recorre toda la espalda. Me pongo unos zapatos con tacón en plataforma para ir más cómoda. Estoy lista. Y sí, me he esforzado más de lo habitual, ¿quiero impresionarlo? ¡Y qué sé yo!

¿Y lo de antes? Lo de invitarme a que no vaya al congreso, ¿será por amabilidad o por dejarle carta libre para moverse como le venga en gana?

Tocan a mi puerta. Es él. Abro y lo veo. Eneko solo se ha cambiado la camisa por una más oscura y está igual de atractivo que antes o más. Yo creo que ha firmado un pacto con el diablo para dejarme impresionada siempre que lo encuentro.

—Estás preciosa.

—Preciosamente gorda —lo corrijo.

—Preciosa a secas. —Se acerca y me da un beso en la frente que me para el corazón, y yo creo que es el de mi pequeña el que nos reparte flujo a las dos durante unos segundos. Son estas espontáneas y naturales muescas de complicidad las que me dejan confundida perdida, porque prometo, desde lo más profundo de mi intuición femenina, que no parece ensayado.

Bajamos charlando a la planta donde se localiza el congreso y buscamos el puesto de nuestro *stand*. Pronto lo encontramos y no puedo creerme la maldita casualidad al ver que justo los de enfrente son los de DMS e identifico a uno de los que lo están montando como al que peleó con Eneko en la feria. El mundo es un pañuelo.

Mi jefe se queda paralizado cuando se percata del imprevisto. Busca mis ojos y yo le hago un gesto de qué le vamos a hacer. Ellos están a lo suyo y parecen no advertirnos.

—¡Qué desagradable! —me dice al oído.

—El del suéter rojo es con el que te vi...

—Lo sé —me interrumpe—. Luna, cree en mí, por favor —me ruega con mirada un tanto desesperada.

—No me lo pones fácil, Eneko. Quizá si me lo explicarás...

Eneko me agarra de la mano y me esconde tras la columna de nuestro mostrador.

—Sé que en tu interior confías en mí, yo nunca haría algo así. Las razones por las que te omito más datos son personales, pero solo puedo decirte que en esa discusión yo estaba justamente protegiendo nuestro proyecto.

Me molesta, más bien diría que me duele, verlo así de afectado ante mi desconfianza. Nos miramos fijamente y muy cerca. Al día te cruzas con muchos ojos, pero no es igual, nada se parece a cuando su mirada y la mía se encuentran, absolutamente nada. Eneko se cuele en mi interior. La proximidad es tal que puedo oírlo respirar y oler su perfume a océano. Ahora recuerdo aquello que me dijo: «cuando te mire así piensa que te estoy besando». Se me seca la boca de deseo. Un deseo de lo más primitivo, porque cómo puedo querer que este tío me bese de pies a cabeza si recelo de él. ¿Me lo explica alguien? Por no añadir lo del parentesco con mi bebé...

Sus manos viajan a ambos lados de mi cara y me toca con suavidad las mejillas hasta bajar a mis hombros y acariciarlos.

—¿Crees en mí, Luna?

Después de unos segundos mi cuello responde por mí diciéndole que sí y tengo que contenerme las ganas de llorar, porque esa es la verdad que estoy intentando ensuciar yo misma para no verla. Si creo en alguien es en él, me digan lo que me digan.

—No sé si algún día me atreveré a contarte qué ocurrió... depende de ti y de mí —me susurra al oído, y un calambre de placer me asola al sentir su húmedo aliento.

—¿De qué depende? —Busco yo ahora su oído.

—De cuánto me quieras... —responde sin dudar y muy, muy cerca de mi boca.

Lo separo con una mano y solo consigo distanciarlo unos centímetros de mí.

—Yo no te puedo querer, Eneko, voy a ser la madre del hijo de Edu.

—Y yo su tío, ¿y? —me dice de frente y toca mi vientre por primera vez, dejando una mano ahí. Y mira que no me gusta que me toquen la barriga

como si fuese algo que no pertenece a mi cuerpo, pero en este caso, me desmayaría del gusto. ¿Qué está queriendo decirme con ese último «y»? ¿Quiere «algo» conmigo? Por si acaso, le recuerdo:

—Es muy complicado, nuestro barco zarpó hace meses...

—¿No ves que no? Entre tú y yo cada día zarpa uno nuevo.

—No puede ser.

—Luna, aunque suene presuntuoso, sé que...

Un encargado del congreso se cuele en el *stand* y nos pilla de esta guisa, hablando a escasos centímetros, justo los que mi barriga nos separa. Eneko pega un bote para atrás y yo no puedo más que taparme los ojos con las manos y repetirme que este fin de semana va a ser hartoo largo.



Eneko

Por fin ha regresado Luna. Estas dos últimas horas en la que hemos colocado nuestro *stand* y hablado con otros investigadores la he reconocido. Hemos bromeado, hablado sin interrupciones y sin vetas. Y yo, a mí mismo, también me he visto. Ella dice que el mar es curativo, yo hoy comprendo que mi sanación es mi Luna, que ella dirige las olas que arrastran mi dolor al fondo del océano; también sé que tengo que luchar para que se olvide de todo lo que nos separa... y quizá yo también.

Decidimos pasar del tentempié que oferta el congreso y perdernos por el centro de Cádiz para tomar algo y cenar. Ella sí lo había visitado antes, para mí es la primera vez.

Intento no dejar de conversar y así no pararme a pensar y percatarme de que estamos los dos solos. Nos conocemos desde hace años, pero son contadas estas ocasiones y ya solo el verla sin bata se me hace diferente.

El centro es como un pequeño laberinto de calles empedradas y pequeñas plazas. Vamos contemplando los balcones de la calle ancha y disfrutando del ambiente y del buen clima que hace. La gente se queda

mirando la barriguita de Luna y a veces me sonrían, se piensan que yo soy el culpable.

Nos reímos con anécdotas del laboratorio y de Ranjit, tanto que hasta Luna tiene que pararse en un banco de la plaza de las flores porque se ahoga.

Encontramos una mesa en La Tapería, por azar, y decidimos aprovecharla. Aunque yo no había estado en Cádiz, mi hermano sí y me había hablado muchas veces de sus bares favoritos. Recordaba perfectamente este y el Balandro, y busqué las direcciones el otro día para poder visitarlos. Mi deseo era venir con ella, tal cual ha sucedido. No puedo sentirme más feliz; sin embargo, Luna se ha cabreado porque no puede comer tartar, que es una de las especialidades, y yo, como buen acompañante, tampoco me lo pido, a pesar de que es uno de mis platos favoritos.

—¿De qué conocías este sitio?

—Edu era un asiduo. Me habló de él. Cuando supe que iba a venir, lo busqué.

Luna dedica unos instantes a contemplarlo.

—Es muy barato, pero es injusto que no inventen un tartar para embarazadas. —Hace una mueca de disgusto con sus labios que solo me provoca ganas de tirar la mesa al suelo y alegrarle la tarde a golpe de besos —. Me emociona saber que aquí estuvo él... —dice llevándose una mano al pecho.

—Reconozco que a mí también. A mi hermano le encantaba Cádiz.

—¿Cómo estás? —me pregunta con intimidad.

—Algo mejor... ahora he pasado al enfado. Soy más consciente de que se ha ido y no puedo evitar pensar que fue un idiota dejándose liar en ese estudio.

—Ya... era tan joven y estaba tan lleno de ganas... Tu hermano era energía pura, no he conocido a nadie con tanta amplitud, lo abarcaba todo.

—Puede ser, el problema era que no sabía cómo gestionarla bien.

Luna me mira atenta.

—¿Por qué dices eso? ¿Por lo de tu o vuestra exnovia?

—Si solo fuera eso —resoplo—. Conociste la mejor versión de Edu, Luna, y no quiero teñírtela, y menos estando embarazada de él.

—¿Lo querías?

—Sí, después de todo, sí.

—¿Y tú? —me atrevo.

Luna se echa para atrás en la silla y se muerde el labio inferior. Quizá la pregunta no haya sido la más acertada, pero es algo que me gustaría saber y espero sinceridad.

—Es difícil responderte a esto...

—Yo creo que no, se sabe si quieres a alguien o no —le espeto. Mis brazos se cruzan al nivel de mi pecho, quizá para protegerlo de un posible sí.

Luna piensa mirando al suelo.

—No sé, no era el amor de mi vida, pero jamás me... —se interrumpe.

—¿Qué?

—Es que se me hace raro decírtelo.

—Somos adultos, Luna, puedes sincerarte.

—Ok, pues que nunca me había sentido tan atraída por nadie, pero solo en el ámbito sexual.

—Ya... —Le pego un trago a mi vino. Ella observa mi comportamiento.

—¡Ves! ¡No te lo tenía que haber contado! ¡Te has puesto más rojo que un grano!

—¿Se te ha olvidado que os oí?

Ahora son sus mejillas las que se tornan coloradas.

—*Touché* —sonríe.

—¿Entonces crees que lo único que te unía a él era el sexo?

—Éramos amigos que se acostaban, sí, pero no quiero mentirte...

—No lo hagas —la interrumpo para animarla a continuar.

—Fue el mejor sexo de mi vida y eso puede que lo enmascarara todo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que era verlo y el deseo era tan fuerte que no había espacio para sentimientos, pero si hubiese pasado más tiempo con él quizá me hubiese enamorado.

Pestañea fuerte para después mirarme.

—Me gusta que me lo hayas dicho.

—Y a mí haberlo hecho. Tu hermano era muy especial.

—Sí, lo era.

Nos sonreímos.

Justo en ese momento aparece el camarero y nos trae las raciones. Luna apenas le deja posar los platos en la mesa, porque se lanza a catarlos como un jurado de MasterChef.



Luna

Llegamos a nuestro hotel paseando. Ha sido una noche... preciosa.

Después de cenar fuimos a la playa y nos sentamos descalzos en la arena. Ya lo había hecho más veces, pero nunca a su lado, y cuando Eneko habita en mi espacio todo lo siento mil veces más. Esta noche la hemos pasado prácticamente hablando de Edu; es como si se la hubiésemos dedicado. Nos hacía falta a los dos. Al principio fue incómodo, cuando decidí ser sincera y contarle la atracción tan brutal que sentía por él tuve que amarrarme a los bordes de la silla para no desmayarme de la vergüenza, pero Eneko no se sorprendió ni me juzgó, y eso abrió la veda de la comunicación natural.

Me contó cosas de su infancia, anécdotas. Nos reímos. Y no puedo explicar lo que siento cuando rio junto a él. Hasta las últimas células de mis pies se divierten.

Se me ocurrió hacerle un pequeño homenaje y Eneko quiso participar. Cada uno escribimos en una hoja de mi agenda lo que nunca le dijimos, envolvimos una piedra con la nota y lo echamos al mar. Después, en silencio, caminamos dados de la mano hasta el hotel y aquí nos encontramos, subiendo en el ascensor hacia nuestra planta.

Hay una frase martilleante en mi cabeza que me grita «No puede ser, no puede ser» cada vez que lo miro y quiero lanzarme a su boca. El resto de mi cuerpo, al contrario, está pidiéndolo a gritos. Eneko es mi pecado.

Estoy apoyada en la pared del ascensor. Él se ha adelantado, ha soltado mi mano y ahora me acaricia los brazos hasta el codo y vuelve a bajar, clavando sus oscuras pupilas en mí. No puedo hablar. Todo en mí palpita.

Todo.

El ascensor se detiene. Mi estómago se resiente porque llega el momento de la despedida, ¿o no? Si me pide que lo acompañe no voy a tener suficientes fuerzas para negarme. ¡Joder! En el laboratorio es más sencillo, todo es más frío, más cuadriculado, pero aquí solo estamos el hombre de mi vida con el que no debería tener nada y yo.

Eneko toma de nuevo mi mano y me conduce a la puerta de mi habitación. Me dejo dirigir porque ni andar puedo. Cuando llegamos apoya mi espalda en la pared del pasillo y se sitúa frente a mí, todo lo cerca que mi embarazo le permite. Ha llegado el momento de la verdad y no estoy preparada.

—Lo he pasado genial, Luna. No te imaginas lo que ha significado esta noche para mí.

—¿Un antes y un después? —me atrevo a preguntar. Porque justo eso es lo que ha sucedido dentro de mí.

Eneko me sonrío y, tan rápido que no me doy ni cuenta, acerca sus labios a los míos, muy, muy suave. Un segundo después, besa mi frente.

—Lees en mí. Nadie me conoce como tú.

—Apenas nos hemos visto tres veces fuera del laboratorio —le recalco, en susurros. No encuentro mi voz.

—Eso no importa, Luna —dice dejando un surco de deseo con la punta de su nariz acariciando mi perfil hasta llegar a mi boca y hablarme a escasos centímetros—. Tú y yo hemos nacido para estar así, lo quieras o no.

Me quedo, literalmente, sin habla. ¿Dónde está el Eneko comedido, el formal? Vuelve a recordarme a aquel chico de hace meses del probador, el que me curvó la espalda para acariciarme y dejarme tiritando. Hoy, una de sus manos viaja a mi cuello y alarga los dedos para acariciarme la nuca mientras su aliento planea rodeando mi boca, casi rozándola.

—Me vuelves loco, Luna. —Por fin sus labios descansan sobre los míos y me besa. Cierro los ojos. Me dejo llevar por su suavidad, por todo lo que nace dentro de mi cuerpo al sentir su lengua rozar mi boca, pidiendo permiso para acceder a mí. Gimo cuando su cuerpo se pega más al mío porque empuja con su mano a mi cabeza—. ¿Quieres esto tanto como yo? ¡Oh, dime que sí, mi pequeña! —Su voz suena tan morbosa que creo que voy a tener un

orgasmo solo por oírlo—. Mírame —me pide, y yo obedezco y me deleito en sus ojos. Prometo que intento contestar, pero no me sale nada, así que lo único que se me ocurre es ser ahora la comandante de este viaje y besarlo con todas las ganas que siento, y él me lo agradece, vamos que sí lo hace.

—Eres preciosa —oigo al abrir los ojos, emocionada perdida porque acabo de recibir el beso más bonito de la historia.

Le sonrío. Mis cuerdas vocales siguen bloqueadas.

—Y ahora, señorita, usted va a entrar en su habitación, antes de que este depravado intente aprovecharse de usted.

—Tiene razón, es lo que debería hacer, pero no quiero —consigo articular.

Eneko me sonrío con tanta ilusión que prometo que me entran ganas de llorar de verlo así de feliz. Lo quiero tanto...

—Luna, necesito ir despacio. No por mí, yo sé lo que quiero y es una vida contigo, pero por ti, para que tú desees lo mismo con cada átomo de tu cuerpo.

—¿Quién te dice que no lo haga? —le reprocha mi indiscreción.

—Tú. Varias veces me has dicho que no puede ser. Hoy mismo...

—Pero eso era antes.

—Eso fue hace unas horas, Luna. Ahora estamos aquí, la lujuria lo invade todo y estoy seguro de que sería una noche memorable, pero cuando suceda quiero que también lo sea la mañana. No quiero remordimientos y es posible que te aparecieran.

Suspiro. Tiene razón.

—Conóceme más, confía en mí y cuando sepa que lo haces te aseguro que nadie podrá despegarme de ti.

—Pero acabas de decir que leo en tu cabeza.

—Porque es la verdad, y yo leo en ti. Siempre he sentido que te conozco, que sé lo que te pasa, lo que necesitas, lo que sientes, ¿O no lo has notado? —afirmo con la cabeza—. Estamos unidos por algo que no puedo explicar, pero la vida se nos ha complicado tanto que has llegado a dudar de mí.

Los remordimientos me hacen bajar la cabeza. Es verdad. Me avergüenzo. Eneko me alza el cuello con un dedo en la barbilla.

—Schsss, no te reprocho nada, pequeña, te lo prometo. Es normal. — Distingo kilos de sinceridad en sus ojos—. Y aunque me ha dolido, sé que a mí me habría pasado lo mismo. Parece que alguien quiere separarnos. Ya sabes, divide y vencerás.

—Lo siento, Eneko.

—Lo sé... Pero no quiero que pienses que es solo por eso por lo que no quiero cruzar esta puerta y hacerte mía.

¿Hacerme suya? Nunca me habían dicho algo así. Se me seca la boca del colapso.

—Es por esta barriga inmensa, lo sé —bromeo. Típico de mí, en momentos tensos voy y suelto una chorrada.

Eneko sonríe.

—Mataría por besarte desde los dedos de los pies a la cabeza y te prometo que me detendría en esa preciosa tripa que tienes, pero quiero que confíes en mí y que cuando estemos juntos no haya nada de lo que arrepentirse.

—Vale, lo pillo... Muy a mi pesar, lo pillo, pero lo que estás haciendo no tiene nombre, dejar así a una embarazada, con lo caliente que ando ya por mí misma.

Ambos reímos. He vuelto a hacerlo, soy la payasa del barrio cuando no he de serlo. De vez en cuando mis genes salen a relucir y afloran frases que bien podrían ser de mi hermana Estrella, la loca de la familia.

Eneko da un paso para atrás con los pies, pero con los ojos hasta se acerca más. Sus iris del color de la miel me atraviesan.

—Ni te imaginas lo que siento por ti y lo que estoy luchando por no ser un irresponsable.

—Sí lo hago, sí...

—Anda, métete en la habitación ya y prométeme que mañana será aún mejor que hoy.

—Te lo prometo, calienta-embarazadas. —Me doy la vuelta e intento introducir la tarjeta en la ranura de la puerta, pero la veo en el suelo. Viene con el embarazo, si se te cae todo de las manos en estado natural imagínate excitada perdida.

Eneko se agacha, la coge, y muy, pero que muy pegado a mi espalda

introduce la tarjeta en su ranura, la puerta se abre, pero yo prohíbo a mis pies deslizarse. Esta nueva postura me ofrece saber lo que nuestro breve encuentro ha provocado en él. Gimo al notar como tira suavemente de un mechón de mi pelo y pega sus labios a mi cuello para besármelo a la vez que da profundas inhalaciones para olerlo. No lo puedo evitar, mi trasero le busca.

¡Dios! ¡Está que explota!

De repente se separa y me empuja hacia la oscuridad de mi habitación.

—Entra antes de que no podamos parar, por favor, Luna. Mañana será un día largo. Descansa, pequeña —dice con la voz más ronca que le he escuchado jamás.

Obedezco bastante cabreada porque estoy encelada total y cierro la puerta de un portazo para después apoyarme en ella y buscar el suelo poco a poco.

Me concentro en respirar cada vez más calmada; no creo recordar haber tenido jamás tantas ganas de acostarme con nadie y tal sensación de frustración. Oigo la ducha en la habitación de al lado. En la suya. Sonrío. Debe de estar pegándose una ducha bien fría.

¿Qué ha sido todo esto? Sin quererlo, me vienen imágenes del magnífico sexo que tenía con Edu, pero después de lo de hoy creo que Eneko puede partirme en verdaderos pedazos de placer con solo rozarme, porque como muy bien ha dicho, entre él y yo hay algo más, algo diferente. Y todo apunta a que no es ningún pardillo en temas de cama. Estos dos hermanos saben cómo ponerme a cien como nadie jamás lo ha logrado.

Me levanto poco a poco, rebusco en mi maleta para encontrar mi pijama y ropa interior nueva. Sonrío. He traído la más sexi. ¿A quién quería engañar? Miro en mi móvil, tengo varios mensajes sin leer.

No me imaginaba una noche tan bonita como la de hoy, eso no; qué pena que haya acabado así... Espera, se me ocurre un plan.

Eneko

Ni con la ducha se me va este calentón, maldita sea. Intento no darle más importancia, pero es que en la mitad de mi cuerpo hay tantas ganas que creo que van a dolerme los testículos toda la noche.

Da igual. Estoy feliz. Lo vivido hoy con ella... La relajada cena, pasear por la orilla de la mano, el homenaje a mi hermano, el ascensor, en su puerta... Cuando estoy con ella me transformo en el carnívoro más letal de la selva. Por supuesto que me he acostado con mujeres, pero nunca he dicho lo que le digo a ella ni he actuado queriendo sobrepasar todos los límites del decoro. Me crezco a su lado y ni me reconozco. Por eso, quizá, quiero esperar antes de dar ese paso. Me da pavor asustarla, porque lo que se me pasa por la cabeza cada vez que se me acerca no es el típico misionero. Hay tanta pasión animal entre nosotros dos que quiero disfrutarla al máximo sin miedo a prejuicios, y eso solo puede lograrse desde la confianza absoluta. Necesito saber a ciencia cierta que ella se sabe segura en mis brazos, que soy la persona que la quiere cuidar hasta la eternidad, aunque en la cama quiera oírle gritar como una loca del más sucio y puro placer.

Enciendo mi tablet para elegir a qué charlas me gustaría asistir mañana en el congreso. Me sobresalto al escuchar unos golpes en la puerta. Vuelvo a oírlos. Salto de la cama para abrir.

Es Luna. Lleva el pelo suelto, un pijama de tirantes con pantalón largo, una almohada en la mano y una sonrisa tímida en los labios.

—Déjame dormir contigo. Esta noche no puede acabar así —levanta una mano en señal de promesa—. No te pido nada más que dormir. Te he entendido perfectamente y estoy conforme, pero solo te ruego que me regales el amanecer contigo, Eneko. Hoy has conseguido derrumbar todas las barreras que había construido, has logrado que vuelva a desear una vida contigo y que me olvide de todo lo que lo dificulta, y te prometo que voy a aplastar cualquier duda que venga a poner en duda esta decisión...

—Y que me las vas a contar para que juntos las destruyamos, ¿verdad? —la interrumpo—. Es mejor que luchen dos que uno, es más probable la victoria.

Sonríe y afirma con su preciosa cabecita.

—Pues eso, yo te prometo todo eso, pero tú tienes que darme más y hoy quiero dormir junto a ti y que me abracés, si es que puedes, claro.

Mira hacia su barriga.

La tomo de la mano en silencio para acercarla a mí y besarla todo lo suave que puedo. Después la conduzco a mi cama. Ella deshace la otra mitad

y se recuesta poniendo la almohada que ha traído en el medio.

—Un murete —dice.

Yo camino hacia el otro lado, me cuesto, cojo el murete y lo lanzo por los aires. Consigo que Luna se ría a carcajadas y se tape entera con el edredón. Desconecto la tablet y la dejo en la mesilla; después, apago la luz, me introduzco del todo en la cama y me pego a su cuerpo, que me espera de perfil. La abrazo acariciando su vientre.

Luna suspira.

—Estoy nerviosa.

—Y yo —le admito.

Luna se toma un tiempo para sentir mis manos en su abdomen.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas. He nacido para estar aquí y vivir este momento.

—Los científicos no son tan románticos. Eres un bicho raro —me dice en tono de broma. Estar así con ella, abrazados, susurrantes, me convierte en el hombre más dichoso de la tierra.

—Lo sé, solo lo soy contigo.

—No va a ser fácil, Eneko.

—Ni difícil, depende de nosotros... —Siento una vibración en la palma de la mano.

—¿La has notado? —me pregunta divertida.

—Sí —afirmo—. ¿Eso ha sido una patada?

—Afirmativo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Te das cuenta? La tengo a mi favor. Esto va a ser facilísimo, un camino de rosas...

Luna se ríe como una niña traviesa, desde dentro.

—Durmamos, venga...

—Vale. Buenas noches, Eneko.

—Buenas noches, Luna y compañía.

Luna emite una pequeña risita pícaro y yo me hundo en el colchón de pleno amor por ella.

Capítulo 21

Te quiero

Luna

Llevo un rato despierta contemplándolo. Eneko duerme como una marmota al otro lado de la cama. Solo nos une su brazo, que está posado en mi vientre. Estamos frente a frente y así puedo observarlo... ¿qué decir? Pues primero que es raro hallarme aquí, como cuando te metes con vaqueros en la cama, algo así; segundo, que me asusta y mucho, y tercero, que hace meses que no me hallaba tan plena. Mi vida toma mucho más sentido así con él tumbado a mi lado.

—¿Estás mirándome? —oigo su voz aterciopelada de sueño. Sus ojos continúan cerrados.

—Sí —admito divertida. De todos los comienzos del día que imaginé esto no se me había ocurrido.

—Debo de estar horrible. Mi pelo siempre va por libre.

Me resulta gracioso que se preocupe por su peinado.

—Tú nunca estás horrible. No debería decirte esto, pero eres el tío más guapo que conozco.

Observo que poco a poco abre los ojos y nuestras pupilas se funden al encontrarse sin mentiras. Algo en mi estómago pega un brinco. No es fácil guardar la compostura ante ese par de ojos frente a mí. Nos tomamos un tiempo.

—Tú sí que eres guapa. —Lleva una mano a mi mejilla y me acaricia. Un millón de cosquillas nacen desde mi cara y se extienden por mi cuerpo—. ¿Estás bien? —Leo preocupación en su rostro.

—¿Tú qué crees? ¿Y tú? —le respondo.

—Yo sí. Alargaría este despertar todo el día, siempre y cuando tú estés segura de que te gusta estar aquí conmigo.

No quiero hablar más... Me acerco y le doy un suave beso en los labios. Me quedo quieta escuchando su respiración sobre mí y disfrutando de todo lo que provoca su cercanía. Eneko apoya su brazo en mi baja espalda y acerca mi cuerpo al suyo. Nuestras piernas se enredan.

—Creo que no quiero salir de la cama hoy —susurra en mi oído con esa voz de deseo que ayer le escuché y que me provoca un sudor frío escandaloso.

—¿Estás malito? —vuelvo a bromear... En serio, ¿qué me pasa? ¿Desde cuándo soy graciosa?—. ¿Voy a tener que llamar a un médico?

Eneko sonrío e instantes después me dice muy serio.

—Te juro que ahora me dices que te vas y me hundo en la miseria.

—¿Por qué piensas eso? —Llevo ambas manos a sus mejillas para tranquilizarlo—. ¿No ves que estoy aquí?

Eneko se acerca y pega su frente a la mía.

—Déjame demostrarte cuánto te quiero...

Se me para el corazón al oírlo. Me hallo frente al Eneko más desnudo y real que he visto nunca. Me quiere. Me ha dicho que me quiere. Y sé que lo que le está pasando es que cree que me voy a ir; he de convencerlo de que no.

—Ayer decidí dar el paso, Eneko. Nunca he tenido dudas de lo que siento por ti, pero sí de si podía suceder algo entre tú y yo con todo este lío. Pero hoy he dormido contigo y, al despertarme y verte, he sabido que quiero amanecer siempre así, porque formas parte de mí y nadie puede hacerme más feliz. Tú me completas. Sé que hablarán, que tendremos que darle algunas explicaciones a mi hija, pero me da igual, he tomado la decisión; apuesto por esto y no creas que soy alguien tan voluble que por la noche dice una cosa y por la mañana hace otra.

Eneko se había distanciado para atenderme y ahora me mira y me parece vislumbrar varias emociones en él. No dice nada. Solo se acerca para besarme como anoche, con tanta intensidad que me escucho gemir a los tres segundos.

Todo se vuelve él.

Su boca bajando por mi cuello. Placer exquisito.

Su lengua dibujando el trayecto de mi clavícula mientras una mano se cuela por debajo de la camiseta y sube por mi abdomen. Mucha sed de más.

Sus dientes arrastrando el tirante de mi camiseta y dejando desnudo uno

de mis pechos, que enseguida se ve cubierto por una de sus manos y por su boca. Arqueo la espalda al sentir cómo muerde mi pezón. Placer ardiente.

Suena un móvil. Debe de ser el suyo. Ambos nos detenemos asustados. La realidad ha vuelto a esta habitación. Acabábamos de perdernos en la selva del deseo.

—Cógelo —le digo.

Eneko me mira divertido, todavía con la respiración agitada. Se incorpora para coger el teléfono en su mesilla.

—¿Sí?

—¿Se puede saber dónde estáis? —desde mi posición escucho la voz de Gloria.

Eneko toma aire y me hace un gesto que entiendo como «qué pesada es esta mujer», cosa que me hace mucha gracia, y tengo que cubrirme con el edredón para que no se oigan mis risas. Mi compañero de pellas me cubre la boca con la mano para que no me oiga la jefa.

—Me he dormido.

Miro el reloj, son las diez y media. El congreso comenzaba a las nueve.

—¿Y Luna?

—No sé, le dije que pasaría a buscarla. Se habrá dormido también —miente como un bellaco.

—¡Pues ya te estás levantando!

—Sí, ya voy, perdona... No tardaré.

—Más te vale.

—Suaviza, Gloria, suaviza —le espeta Eneko, y en ese momento creo que le pondría un altar en plena Sagrada Familia. Aunque ha sonado relajado, se ha puesto en su lugar.

—Vale, perdona —oigo que recapacita—. Pero, por favor, date prisa. Tenemos que dejarnos ver.

—Lo sé, Gloria... Ahora mismo bajo. No te preocupes, saldrá todo bien —modifica el tono a más amistoso.

—Gracias, Eneko, y... perdona por haberte hablado así.

—Disculpas aceptadas. —Sonríe mientras me mira y yo le hago pucheros porque vamos a tener que irnos de aquí justo cuando se ponía interesante.

—¡Ah! Le envié la información al consejo, el lunes sabremos algo de la aprobación.

—Perfecto, seguro que no hay problema. Te voy contando. Chao.

Se queda unos segundos mirando el teléfono con cara de hartazgo.

—¿Nos habrá puesto cámaras? —me pregunta con burla mientras se recuesta de lado para mirarme.

—Espero que no, pero no me extrañaría —bromeo—. Tenemos que irnos, ¿verdad?

El hombre más guapo del universo hasta recién despertado clava los ojos en los míos.

—Sí, es una lástima. Me estaba sentando tan bien este desayuno... —En un movimiento rápido sus dedos viajan al pecho que estuvo lamiendo segundos antes de la llamada y lo acaricia.

Me hace cosquillas y me río. No sé cómo, acaba encima de mí asaltándome con un centenar de cosquillas y yo intentando apartarlo entre carcajadas y almohadazos varios.

Terminamos exhaustos en la cama, cada uno mirando al techo y cogiendo aire.

—No te he contado una cosa que quería omitir para no enfadarte, pero creo que debes saber algo...—enuncia.

—¿El qué?

—Me dijiste hace unos días que Gloria te había pedido que estuvieras atenta porque había un posible traidor en nuestro equipo.

—Sí —afirmo—. Te lo dije en tu despacho.

—A mí también me lo pidió, hace meses.

—¡Será zorra! —se me escapa.

Eneko me silencia con un suave pero riquísimo beso en los labios.

—Ya hablaremos de eso en otro momento. Otra cosa, ¿sabes que eres sonámbula?

—¿Qué? —le pregunto mientras voy levantándome para salir.

—Pues eso, que eres sonámbula. Esta noche te vi merodeando por la habitación. Te llamé y no me contestaste. Me levanté para verte, tenías los ojos como idos, te metí en la cama y te volviste a dormir.

—¿En serio? —digo frente a él, que sigue en la cama con los brazos en

jarras detrás de su cabeza, atendiéndome —. Nunca me lo habían dicho.

—Te lo prometo. Dabas un poco de miedito —me dice saltando de la cama para situarse a mi espalda y darme un beso en el cuello mientras me abraza—. ¡Uhhmm! Me encanta tu olor...

—Pues cuando me duche verás como mejoro.

—Hueles a rico.

Me río y apoyo la cabeza en su hombro para otorgarle más territorio en mi piel.

Eneko posa las manos en mi abdomen.

—Va a parecer una tontería, pero ¿estás menos embarazada que anoche?

Me río a carcajadas, tanto que me tengo que doblar y apoyarme en las rodillas.

—Sigo igual de embarazada, Eneko, pero por la noche todo se hincha un poco más.

Se sitúa frente a mí, rascándose la barbilla, y con un tono divertido dice:

—Eso sospechaba...

Vuelvo a reírme a carcajadas.

—Tengo que irme, que no llegamos ni a las dos.

—Vale...

Me encamino a la puerta con tal sensación de pena por abandonar esa habitación que se me encoge el estómago, lo prometo.

—¡Luna!

—¿Qué? —Me giro ya en la puerta.

—No tardes. Te echaré de menos, pequeña —me dice con una intensidad que tengo que sujetarme al pomo de la puerta para no correr hacia él y olvidarme del mundo.

—Ahora te veo, guapo.

Salgo del maravilloso paraíso que acabamos de construir, ¡al fin!

Capítulo 22

Suavecito

Eneko

La mañana va transcurriendo con una inusual rapidez. Últimamente las horas se alargaban en mi reloj y no veía el momento de concluir el día, pero hoy las manillas van a toda mecha.

Hemos decidido, visto lo visto, que nadie sepa el gran paso que ha dado nuestra relación. Gloria nos ha enredado para que dudemos el uno del otro y hemos creído que es mejor baza mantenerlo en secreto para observarla con más detenimiento. ¿Y si es ella? El divide y vencerás que le dije ayer a Luna en una conversación cada vez toma más peso en mi cabeza.

De todos modos, estoy seguro de que si alguien se parara a contemplarnos más de diez minutos seguidos sabría que algo se cuece en nuestro *stand*. Los roces, sonrisas y miradas cargadas de seducción flotan en nuestra atmósfera. Y que conste que yo estoy feliz por mí, pero lo que verdaderamente me da la vuelta al corazón es verla a ella así, radiante, y saber que es por mi culpa por lo que ella brilla hoy más que un espejo me eleva a un pódium al que nunca creí subir, al de los dioses.

Hemos respondido varias entrevistas con revistas de ciencia, comerciales y distribuidores, por lo que no ha habido espacio para observar a Jack, Jorge y el otro contratado de DMS al que no conozco, pero me ha parecido ver que ellos también han estado muy liados. Me pregunto qué es lo que lleva a un laboratorio a vivir de la investigación de otros. DMS es conocido desde hace tiempo, cuando le copiaron la fórmula magistral de un cosmético antiarrugas a Naturel, y estos últimos, aunque los llevaron a juicio, no se recuperaron del perjuicio sufrido. Son muchos años de trabajo, equipo, materiales para que lleguen unos ladrones, porque eso es lo que son, y se ahorren todo ese camino a golpe de estafa. De sobra sé que Jack y Jorge son

las últimas abejas de este enjambre de vergüenza, lo que no quita que ellos sepan lo que hacen y no exista justificación alguna.

Regreso de la cafetería de comprar algo de bebida y pedir prestado un taburete para Luna. Cuando llego y ella lo ve, me sonrío y le salen unos pequeños hoyuelos cerca de la boca que me distraen de todo lo que hay alrededor.

—No hacía falta —me dice.

—Solo por ver esos hoyuelos ha valido la pena.

Ella me golpea en un hombro y resopla.

—¡Estás fatal!

Simulando coger algo del pequeño estante que hay bajo nuestro *stand*, le digo al oído.

—Me tienes loco perdido.

Ella tose ocultando una risa.

—¿En qué podemos ayudaros? —le pregunta a alguien con un tono serio.

Levanto la cabeza. Son los de DMS. Los tres.

—No nos hemos saludado —responde Jack, el que chantajeaba a Edu— y llevamos aquí toda la mañana.

—¡Ah! Pues hola —emite con cierto retintín Luna.

—Tú debes de ser Luna, ¿verdad? —se adelanta Jorge, el otro chantajista. Ambos son hombres altos y parecen fuertes. Son técnicos, lo sé a ciencia cierta porque los investigué; ni siquiera son licenciados, pero llevan en DMS toda la vida.

—Sí, es la doctora Luna Luz —los presento.

Ella les tiende la mano y ellos a su vez se presentan y así descubro que el tercero en discordia es el doctor Buenavista, un mexicano del que creo recordar haber leído algún artículo. Debe de ser su último fichaje.

—Lamentamos la pérdida de tu hermano Eduardo, Eneko —me dice Jack.

—Gracias.

—Era un buen tío —continúa Jorge.

Luna me mira sorprendida.

—Gracias —respondo de nuevo.

Morgan, el doctor Buenavista, que seguro que vive ajeno a lo que su nuevo laboratorio hace, nos pregunta qué nos está pareciendo el congreso y entablamos una conversación profesional.

Así, poco a poco llega la una del mediodía y cerramos nuestro puesto para asistir a una ponencia interesante. Por lo menos a mí me lo parece, pero a Luna se ve que no, porque se ha quedado traspuesta en mi hombro.



La observo regresar del baño en su enésima visita. Es sabido por todos, pero hoy, que llevo todo el día a su lado, me doy cuenta de que si sumas las horas, Luna pasa más tiempo en el aseo que durmiendo; normal que esté tan cansada.

Nos hemos venido a cenar después de un día largo en el congreso, al otro restaurante preferido de mi hermano, el Balandro. Luna, al principio, se ha resistido por el cansancio, pero con un poco de esfuerzo he logrado convencerla de que merecería la pena, y tenía razón. Los platos son exquisitos, muy elaborados y a un precio irrisorio si lo comparas con la capital, y hay muy buen ambiente. Nosotros nos hemos sentado, pero en la barra con forma de U se apilan un montón de comensales. La verdad es que está abarrotado, pero en mesa se está tranquilo.

Luna me sonrío al tomar asiento.

—Me he atrevido a pedir el postre por los dos.

—Dime, por favor, que vamos a repetir la torrija esa con jamón y *foie*.

—Ganas me han entrado, pero he optado por otra cosa...

—Bah, seguro que me gusta. Tu hermano te aleccionó bien.

—Edu era un hacha para estas cosas, le encantaba viajar y siempre conocía a un montón de gente. Seguro que estos sitios se los recomendaron.

—Tenía don de palabra, sí...

—Somos, bueno, éramos muy distintos —me corrijo a mí mismo.

—¿Por qué lo dices? Tú también te relacionas muy bien, Eneko.

—Ya, pero no así. No tengo su... desparpajo.

—Ni falta que te hace. Tu hermano llevaba colgado con luces de neón el cartel de canalla y tú llevas escrito en la frente «responsable, fíate de mí».

Sonrío.

—Me gusta hablar contigo de él... Creo que ya no hay tabúes —enuncio.

—No. Yo ya te he contado lo que tu hermano significó para mí... Por cierto, ¿los de DMS conocían a Edu? Hoy cuando han dicho que era un buen tío me ha extrañado.

Momento incómodo total. Toso y Luna se echa para atrás porque se ha dado cuenta de mi torpeza.

—No sé.

—Sí, sí que sabes y mientes fatal, Eneko.

—Lo que no sé es qué decirte. ¿Puedo pasar palabra?

Luna se queda callada mirándome atenta. Yo le pego un trago largo a mi copa de vino manteniéndole la mirada.

—¡Aysssss, Dios! ¡No me digas que fue él! —Se lleva la mano a la boca —. ¡Claro! ¡Ahora lo entiendo todo!

—No sé qué estás pesando, pero prefiero cambiar de tema, Luna, por favor.

El camarero trae el postre y se queda mirándola.

—¿De cuánto estáis?

—Treinta y una semanas —le responde ella.

—¡Ya no te queda nada, *chocho*!

—Gracias.

—¿Sabéis? Mi parienta está de casi cuarenta ya...

—¡Anda! Enhorabuena a ti también —le responde ella. Yo confieso que estoy un poco aturdido porque el camarero se piensa que el hijo es mío y por la conversación que, gracias a Dios, ha interrumpido.

—La verdad es que ahora que se le ven las orejas al lobo da como susto, pero de todo se sale, ¿no? —Él busca mi mirada.

Sonrío a la vez que afirmo. Llevo un día en Cádiz, lo suficiente para saber que aquí la gente no responde con un no o con su sí básico. Son más charlatanes que los argentinos.

—Pues nada *pichas*, que tengáis mucha suerte.

—Igualmente —respondemos a la vez.

Cuando se va le doy una cucharilla a Luna y me lanzo a probar este hojaldre de nata con helado de frutos rojos. No me defrauda, como nada de esta maravillosa cena. Cuando quiero darme cuenta llevo tres cucharadas y Luna ninguna. Levanto la cabeza.

—¿No te apetece? Parezco yo la embarazada.

—Te has quedado callado cuando el camarero se ha creído que... —me dice con voz lenta y amable.

—Creo que no es necesario explicarle a todo el mundo el parentesco.

—Eneko...

En su rostro aparece una sombra, yo diría de preocupación, y suelo acertar con ella. Hay tantas cosas que explicar...

—¿Qué? —Suelto la cuchara para tomarla de la mano.

—Cuando nazca Clara, ¿qué va a pasar?

—¿Te refieres a nosotros, o a mí y a ella?

—A ti y a ella y, por tanto, a nosotros.

Y aunque me pilla desprevenido, no es algo que no haya pensado más de mil veces; ahora a ver cómo me sale decirlo en alto, porque la conclusión es más que firme.

—Luna, creo que ya sabes que te quiero, mucho... —Sigue resultándome un poco extraño decírselo, pero también altamente liberador—. Esa hija que esperas es fruto de ti y la querré tanto como a su madre, me dejes o no. Sé que ella y yo tendremos un vínculo especial.

—¿La tratarás como a una hija?

—No lo sé, Luna. No soy papá. Solo puedo afirmarte que quiero que sepa que genéticamente Edu es su padre, pero que yo la amaré tanto como la hubiese querido él.

—¿Y por qué cuando te enviaba fotos de las ecografías no me respondías nada?

—No sabía qué decirte, Luna. Estaba muy confuso, mi hermano había muerto de repente, pero había sellado vuestra relación con el embarazo. Yo siempre he querido estar contigo y esto lo tomé como otro obstáculo, pero no quiero decir que no me alegrara porque todo fuese bien, no es eso, solo que tardé en asumirlo.

Los ojos de Luna me atienden emocionados.

—No puedo explicarlo, tampoco sabía qué opinabas tú. Me siento tan tonto... —Me llevo una mano al pelo porque es uno de esos momentos en los que no sabes qué hacer con las manos, todo te sobra, excepto las ganas que el que tienes enfrente te crea.

—¿Por qué?

—Porque la solución estaba en nosotros. Juntos daremos con la manera de resolverlo.

—¿De verdad esto está pasando? ¿De verdad me quieres, Eneko?

—Espero no abrumarte cuando te diga que más que a mi vida. Lo que hay entre tú y yo es tan especial y fuerte que roza lo mágico. He nacido para estar contigo, desde que te vi lo supe.

—Yo también... Tenía novio en aquel momento.

—Lo sé, lo recuerdo.

—Pero fue conocerte y saber que no iba a ningún sitio con él, me quedé impactada.

—Y yo. Te me colaste aquí. —Me señalo la cabeza—. Y no sabía cómo exponerlo sin parecerte un loco. Por eso esperé tanto. Verte con Edu me hundió, como una aguadilla que nunca se acaba, y entonces decidí que no iba a permitirlo.

—¿Estabas celoso?

—Mucho peor, solo de pensar que él te había tocado... Dejémoslo. — Prefiero no profundizar, porque esa herida sigue abierta. Desinfectada, sí, pero si hurgo, sangra.

—Durante mi baja te vi en mi portal varias veces. Era raro, bajaba y te sentía cerca.

—Necesitaba saber cómo estabas. Para mi favor, te diré, porque creo que no lo sabes, que me he mudado a una casa cerca de la tuya.

—¡Ah!

—Pero los pies me llevaban solos a tu puerta, daba igual adónde tuviese que ir. Verte me alegraba el día, lo prometo. ¿Cuánto vas a tardar?

—¿En qué? —me pregunta confusa.

—En llamar a un psiquiatra.

Luna se ríe a carcajadas y se toca la tripa al hacerlo. Podría quedarme así

para siempre. Me apoyo en el respaldo de la silla para contemplarla. Los dos lo hacemos. Nuestras pupilas conversan durante un precioso tiempo, hasta que Luna se separa del respaldo para estirar una mano e indicarme que quiere tomar la mía. Me acerco y nuestros dedos se enlazan.

—Nada de lo que dices me asusta, Eneko; yo estoy igual.

—¿Nos vamos al hotel? —le pregunto dejando clara mi intención.

—Sí. —Me ataca con su mirada ardiente.

—Como vuelvas a mirarme así, no llegamos.

Capítulo 23

Tu reputación

Luna

Lo miro dormir. Lo sé. Es el hombre de mi vida y voy a luchar por él. Puede parecer pronto, no hace ni un día que hemos empezado a besarnos y ya nos hemos prometido el uno al otro tantas cosas... Pero es que estábamos sedientos. Son casi cuatro años de roces, de miradas disimuladas, de quizá y de timidez, pero cuando hemos dado el paso ha merecido la pena todo este divagar.

Eneko es dulce, amable, caballero, atento, sabe cómo me siento en cualquier momento, y en la cama... toda una sorpresa. Reconozco que me sentía muy nerviosa y que cuando llegamos a su habitación temblaba como un pajarillo mojado. Por supuesto, él lo notó.

—¡Hey...! ¡Tranquila, Luna! No vamos a hacer nada que tú no quieras.

Lo abracé fuerte.

—No es eso —le respondí—, quiero hacerlo, Eneko, por supuesto que sí, pero quiero que sea especial y con esta tripa no creo que...

—Schssss. —Me silenció con un beso que empezó suave y se tornó volcánico en segundos—. ¿Ves lo que provocas en mí solo con tus labios? Me encanta tu tripa, hay una personita dentro; ya encontraremos la manera, Luna. Te lo dije esta mañana, juntos. Juntos podemos con todo.

No hablé más. Le desabroché la camisa y se la quité, todavía en pie. Verlo de cintura para arriba desnudo, expuesto solo para mí, me nubló el pensamiento y una yo mucho más atrevida que la que había entrado por la puerta se bajó los tirantes del vestido, lo dejó caer al suelo y se quedó en ropa interior. Eneko se acercó, llevó una de mis manos a su pecho y noté cómo le latía de rápido el corazón.

—Vas a matarme de lo hermosa que eres.

Le dije que no con la cabeza, entre aturdida y excitada.

—Suéltate el pelo —me ordenó y obedecí. Le había cambiado la voz, ahora era más ronca y profunda, llena de deseo. Eneko se deja al chico amable y respetuoso cuando se desnuda; ahora lo sé, y nadie imagina cómo lo celebro.

Moví la cabeza hacia los lados para deshacer mi coleta y que el pelo se repartiera bien y vi que él, sin dejar de contemplarme, se bajaba los pantalones y se quedaba en bóxer. ¡Guau! ¡Increíble!, pensé que esto era un sueño y me iba a despertar ahora, en el mejor momento, justo cuando Eneko me sentaba en el borde la cama, me echaba de espaldas, se arrodillaba en el suelo, tomaba una de mis piernas y la subía en el aire para lamerla desde los pies al interior de mis muslos.

—Siempre he querido hacer esto, empezar a besarte desde el suelo.

Gemí de placer. Su voz sonaba tan sensual que me volvía aún más loca que sus labios. Después, cuando llegó a la unión de mis piernas y yo creía morir de anticipación, jugó con la goma de mi braguita con los dientes y, a propósito, la apartó ayudándose con los dedos, para soltar su caliente exhalación en el interior.

Mi cadera convulsionó las cuatro veces que hizo esto y a la quinta intenté incorporarme para agarrarlo de los pelos y que subiera a darme un beso, pero él me detuvo con las manos y volvió a tumbarme:

—Todavía no he terminado por aquí; paciencia, Luna.

—No puedo, no puedo... —Cogí una almohada y me cubrí la cara para ahogar un grito justo cuando introdujo dos dedos en mi interior a la vez que subía con la boca hacia mi tripa y después a mis pechos, mi cuello, retiraba mi escudo y unía mi boca a la suya sin dejar de jugar con los dedos dentro de mí. Sin esperármelo y muy precoz, vino tan rápido como rotundo mi primer orgasmo con Eneko. Le grité mientras me besaba, ya ni recuerdo qué... Él me dijo, con una voz tan dulce que me llenó el corazón, que acababa de hacerle feliz.

Tengo sueño, pero no quiero rendirme todavía, quiero seguir mirándolo mientras duerme. Eneko es una caja de sorpresas. Como cuando estás de viaje en un nuevo país que te está encantando y cada día estás más contento porque te quedan muchas cosas que descubrir, pues eso es lo que siento yo

con él, que aquí me planto. No me esperaba que fuera tan, no sé, fiero, atrevido en el sexo. Creí que eso le correspondía a su hermano y que él sería más *normal*. Fallé. Es el tío más morboso con el que me he acostado jamás y a la vez más romántico. No puedo explicarlo, suena contradictorio, pero él lo hace posible.

¿Por qué?

Nos conocemos desde hace cuatro años y nos gustamos desde entonces. Podrías pensar que la primera vez que entrase en mí sería en un misionero fácil y ya tocaría el momento de experimentar, pero no. Tampoco hay que olvidar que mi barriga lo impide, pero presiento que le habría dado igual. No lo hace común. Juega con todo su cuerpo, sabe cómo moverme para hacerme sentir más placer. ¡Venga, va! Lo cuento, muérete de envidia:

Después de mi orgasmo se desnudó al completo y me quitó las braguitas. Mientras yo seguía con pequeñas y deliciosas convulsiones, él se deshizo de mi sujetador con una maestría que ni un sastre de Victoria's Secret y se acurrucó a mi espalda con sus brazos rodeándome entera.

—Deja llenarme de tu desnudez, para vestirme por dentro... Ahora le encuentro sentido a la canción, ahora sí —me dijo y pasó a la acción besándome el cuello, la espalda, diciendo con ese piquito de oro frases eróticas perdidas y otras románticas, consiguiendo que mi interior bailase entre dos mares totalmente distintos y que así dejara de pensar. En algún momento conseguí hacerme con el control y bajé sin preámbulos a su sexo; necesitaba, como nunca, hacerlo. Me lo introduje en la boca de una vez y oí como gritó mi nombre. Me reí por dentro; iba a devolverle la de antes, pero no me dejó. Cuando creía que estaba a punto de perderse en mi boca, me separó, se levantó ágil, me llevó a la mesa de despacho, me dobló para apoyar mi pecho en ella y así me penetró con una facilidad descomunal. Perdí el sentido y dejé de respirar unos segundos, estaba sucediendo lo que tanto había deseado. Él en mi interior, llenándome entera. Jamás me había sentido tan completa. Permaneció en pausa bastantes segundos; él tampoco respiraba, creo que sentía exactamente lo mismo que yo. Y luego comenzó con un ritmo suave hasta que poco a poco aumentó la velocidad y profundidad tal y como le pedía mi cuerpo. Cuando nos fuimos el uno en el otro casi a la vez se me doblaron las rodillas e ignoro cómo pudo llevarme a la cama.

Tremendo.

Después, cuando nos recuperamos tras una sesión algo empalagosa de declaraciones, hicimos el amor mirándonos a los ojos, esta vez sí, y fue menos caliente pero más profundo... Me quedo con las dos. Quiero esta mezcla en mi vida, desde luego que sí.

—¿No te duermes? —abre los ojos.

—No puedo, estoy rememorándolo todo.

Eneko sonrío y se recoloca.

—¿Y? ¿Apruebo?

—¿Tú qué crees? —pregunto con una sonrisa que creo que se me ha quedado tatuada en la cara.

—No lo sé, dímelo tú... —Ahora parece inseguro, no me lo puedo creer.

—Solo puedo decir que has superado con creces las expectativas.

Suspira aliviado.

—Me daba miedo... pero ha sido verte desnuda y olvidarme de chorradas. Estás hecha para mí —susurra esto último en mi boca mientras acaricia mi vientre.

—¿Por qué te daba miedo?

—Te he imaginado tantas veces y en tantas posturas que no quería asustarte. Me encanta el sexo, pero nunca lo había practicado con alguien que me importara tanto.

—Nunca me asustará algo que me provoque placer y menos si proviene de ti. Quizá no esté tan experimentada como tú, porque es obvio que esto no lo has sacado tú de las enciclopedias, pero no soy ninguna reprimida, quiero probarlo todo de tu mano.

—Lo sé, te repito que estás hecha para mí. Vamos a pasarlo muy bien —dice con voz ronca—, pero hoy ya no, que no quiero adelantos.

Río. En alguna ocasión yo también he pensado que tanto meneo no puede ser bueno para mi pequeña.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Eneko?

—Claro, pequeña. —Se acerca a mi cuerpo y me besa la punta de la nariz.

—No te hacía acostándote con muchas, pero...

—Estuve años en Japón. Nos dan mil vueltas —me responde rápido.

—¿Tuviste novia?

—No, pero sí varias relaciones que me abrieron la mente en este ámbito.
Venía un poco verde...

Sonrío. Me hace recordar una canción...

—Si el pasado te enseñó a besar así, benditos los que estuvieron antes de mí. Yo también conozco a Arjona —le digo.

Reímos. Antes él citó una frase de otra canción suya, *Desnuda*.

—¿Y yo puedo preguntarte otra cosa? —arruga el entrecejo.

Le digo que sí.

Se toma un tiempo:

—No, mejor no, da igual.

¡Oh, oh! Sé por dónde van los tiros...

—Infinitamente mejor, Eneko. No hay comparación, además de por lo que me acabas de contar porque a ti te quiero.

Me besa fuerte y con ganas.

—Yo también te quiero —susurra en mi oído—. Solo tú lees en mí.

Poco después, de su mano, me rindo a un merecido y placentero sueño.



Otro despertar de esos maravillosos, de los que escribiría en mi diario, si lo tuviera, y al que añadiría una foto de él mirándome. Todo ha cambiado, sí, pero lo que más me impresiona, lo que me hace perder el sentido es su forma de mirarme. Sin duda.

Siempre me han encantado sus ojos, son grandes y oscuros, pero con algunas pizquitas color miel y unas profundas pestañas, pero no es de ese rasgo físico de lo que estoy hablando, es de la manera en que los posa sobre mí, como si cruzara mi piel, mis músculos y mis huesos y tocara mi alma. Es deseo, es comprensión, es cariño, es respeto. No nos hace falta hablar; sí que existe la telepatía, entre él y yo sí.

Abro la puerta de mi habitación. Veo la cama perfectamente hecha y sonrío al pensar que los trabajadores del hotel estarán encantados de la poca

guerra que les estoy dando. Apenas he pasado por aquí. Ayer me arreglé rápido para ir a cenar y hasta ahora no había vuelto.

Voy a la ducha directamente, necesito desentumecerme. Me miro en el espejo. Mi sonrisa aparece. No soy la misma, algo brilla en mí. Estoy enamorada y me siento correspondida por primera vez en mi vida, y comprendo que no es común esto que sentimos. No creo que todas las parejas sean así. ¿Presuntuosa? Sí, lo seré, pero es que yo misma me he visto sumida en relaciones blancas, vacías de los colores que me envía Eneko cada vez que me mira, que me toca o que pronuncia mi nombre. Él me ofrece el arcoíris y yo acepto que entre en mi vida para teñirlo todo de amor. Doy un poco de asco, lo sé.

He quedado con Eneko en cinco minutos. Me estoy vistiendo rápido en la medida de lo posible; seamos sinceras, no soy un mago de esos que se cambian de ropa al chasquido de dedos. Mis ojos se detienen sobre un pequeño folio que descansa en mi escritorio. Me acerco. Es una hoja de una agenda que pertenece al martes de la semana que viene.

MARTES. 5 ABRIL

Reunión Gloria.

Reunión RRHH.

Entrevista science.

Reunión consejo. Preparar ratones.

Debe de ser de él...

¿Qué hace aquí? No lo entiendo. Eneko no ha entrado en mi habitación. ¿Por qué demonios tengo yo una hoja de su agenda? Antes de darle una explicación, advierto que los latidos de mi corazón se aceleran mostrándome que algo extraño ha sucedido, quiera o no verlo.

¿Qué hago? De momento sentarme en la cama, porque me va a dar un sofoco. ¿Se lo cuento a Eneko? En décimas de segundo concreto que sí, pero no puedo obviar, y esto me lo guardo para mí, que ha habido alguna neurona que ha intentado convencerme de que no para que volviera a desconfiar de él, pero ya está bien. Estoy más que segura de que él nunca haría nada así.

Toca a mi puerta. Me levanto de la cama despacio, inspiro aire hondo, me atuso un poco el pelo y, decidida, camino a abrirle para que vea lo que acabo de encontrarme en la habitación.



Ahora estamos los dos los colapsados. Eneko permanece a mi lado, sentado en la cama, mirando a la mesa del escritorio como si allí mismo se posase la piedra de Rosetta y estuviese descifrando los jeroglíficos, y yo lo miro a él esperando a que diga algo que haga calmar mis males. Un panorama. Por desgracia, ha confirmado mis sospechas de que esa hoja es suya.

—¿Te das cuenta de lo que significa, Luna? Han entrado en nuestras habitaciones. —Su característico bronceado ha tornado a amarillo ictericia.

—Eso parece...

—No vas a dormir sola nunca más.

—Eso me gusta —bromeo empujando su hombro para intentar quitar hierro al ambiente más que cargado de tensión de la mala; la sexual se ha esfumado por el hueco de la puerta.

—No, en serio, Luna, no es broma. Se han atrevido a invadir nuestra intimidad. —Cuando Eneko se pone serio se le ve e inspira más respeto que un rector de universidad—. Si algo te pasara no me lo perdonaría jamás. —Se lleva las manos a los ojos y después se tapa la boca. Es la viva imagen de la saturación mental.

—¡Hey, hey, no exageremos!

—¿Que no exagere? ¡Han entrado, Luna! ¡Puede que estando incluso nosotros dentro! —Se levanta de la cama para enfrentarse a mí con los ojos grandes como platos de restaurante pijo.

—Vale, ¿y qué? ¿Nos ha pasado algo? No, ¿verdad? Pues no dispaes tanto tu imaginación. Solo quieren datos, no a nosotros; por favor, relaja.

Eneko me levanta tirándome de los codos y me pone a su altura.

—No sabes de qué es capaz esa gente, no cometas el error de confiarte.

—¿Y tú sí lo sabes? —le espeto un tanto molesta porque sé que me esconde algo.

Eneko me suelta y se da la vuelta para volver a mirar la hoja en mi escritorio, tal y como la encontré.

—Hay cosas que no puedo contarte y son esas las que no me hacen bromear con este asunto.

—Yo no me lo tomo a pitorreo —me ofendo.

—Haces bien, porque no tiene ni pizca de gracia —me responde serio—. Bajemos, tú vete a desayunar y yo voy a hablar con recepción; quiero saber quién entró ayer en esta habitación. Igual el servicio de habitaciones sabe algo. —Suenan a orden. No me gusta que decidan por mí y se lo hago saber.

—O vete tú y pregunto yo, ¿no?; al fin y al cabo, es mi habitación.

—Tú tienes que comer algo... —masculla.

—Y tú —lo increpo mirándolo altiva.

Eneko se para frente a mí. Nos sostenemos la mirada cargada de rabia. No sabía que podía encenderme tan rápido; creo que estoy tan desbordada de emociones que todo lo siento a mil. De hecho, ahora diría que tengo ganas de llorar. Eneko mira mis ojos y creo que de nuevo conecta conmigo. Da un suspiro fuerte y cuando quiero darme cuenta estoy entre sus brazos.

—Perdona, pequeña... —me susurra—. Te quiero con toda mi alma, Luna. No puedo ni pensar que te pasara algo. Me vuelvo loco.

—No va a sucederme nada, cariño. —Se me pasa el cabreo igual que me vino, en un pispás.

—Déjame cuidarte.

—Yo sé cuidarme sola, Eneko.

—Eso lo sé, pero me ayudaría poder hacer algo. No solo estoy aquí para hacerte el amor, también para acompañarte y preocuparme por ti. Si están vigilándonos y vas tú a recepción te pondrás en su punto de mira.

—Y si vas tú, te pondrás tú.

—Yo soy solo yo, tú no. —Mira a mi tripa.

¿Sinceramente? No me gusta que use esta baza, la de mi embarazo, pero también es verdad que adónde voy yo a enfrentarme con nadie tal y como estoy.

—Por esta vez, te lo paso, Eneko, pero no soy una dama victoriana, esté embarazada o no, y si quieres que nuestra relación vaya a buen puerto, más te vale no hacer los planes por mí.

Eneko me mira como antes contemplaba la hoja, con cara de estar descifrándome y media sonrisa.

—Eres fabulosa y yo un necio. No entiendo cómo has podido fijarte en mí.

—Me encanta tu pelo, debe de ser eso —bromeo sin mucha gana.

Eneko me besa en la frente a la vez que me susurra:

—Perdóname.

Y lo perdono, pero necesito tomar distancia; soy de salir a tomar aire cuando las cosas se ponen feas y ahora es lo único que preciso para pensar con claridad. Me separo.

—Bueno, me bajo a desayunar. Tú haz las investigaciones pertinentes y nos vemos en el congreso. —Me aúpo para darle un beso en la mejilla y me voy de mi habitación.

Capítulo 24

Cita en el bar

Eneko

Terminando de vestirme con el traje para la gala de clausura, advierto que no estoy tan mal y espero gustarle y alegrarle el ánimo a Luna. Desde esta mañana no ha sido la misma y en parte tengo yo la culpa. Lo admito. Me dejé llevar por el nerviosismo y ella entendió que la menospreciaba. Y por mucha rabia que me dé haberla molestado, esto solo consigue enamorarme más de ella. Me gusta que tenga carácter, y lo digo de verdad, no por decir. Quiero alguien a mi lado que opine, que me contradiga si es necesario y que me ponga de vuelta y media cuando me equivoco, y esa es ella, por no decir lo que me excita ver en sus ojos el fulgor de la batalla. Cada segundo lo tengo más claro, es Luna.

Pero vamos a tener que tomárnoslo con calma, más que nada porque estoy decidido a que nadie más sepa de nuestra relación, y más ahora. Al final logré hablar con el servicio de habitaciones que preparó la habitación de Luna y me confirmaron que encontraron esa hoja en el suelo la mañana del sábado y que la subieron a la mesa del escritorio. Llevaba ahí desde el día anterior. Luna no reparó en ella hasta esta mañana. Estoy tan enfadado que he tenido que contenerme en varios momentos para no ir al *stand* de DMS y denunciarlos por ladrones, pero Luna me ha detenido. No ceso de darle vueltas a qué hacía una hoja de mi agenda en la habitación de Luna: ¿entrarían primero en la mía y luego se les caería en la de ella? ¿Se puede ser más torpe? No sé... Voy a echarme perfume y a esperar a Luna en el vestíbulo, como hemos quedado.

Estoy ansioso por verla, ella esta tarde se la tomó libre y se fue a pasear por la playa y se compró un vestido para esta noche. Estuvo enviándome mensajes para darme envidia por ser tan concienzudo, según ella, y no hacer

pellas. La he echado de menos, la verdad que sí.

Me tomo un champán en la barra del bar del vestíbulo. Luna me ha escrito hace un rato que ya bajaba y sigo sin ver su brillante rastro. Aunque suene infantil, las ganas de tenerla delante de mí lo cubren todo, sobre todo mi estómago, que revolotea de pura impaciencia. Oigo unos tacones acercarse mientras le digo mi habitación al barman.

—¿Has empezado la fiesta sin mí? —Siento una mano en la espalda.

—No se me ocurriría. —Me doy la vuelta y le tiendo una copa.

—Como no sea champán no puedo probarlo —sonríe.

—Mójate los labios —le susurro tan cerca del oído que advierto que su piel se eriza y provocho lo que quería, que me desee tanto como yo a ella. Está preciosa, con su melena suelta, el flequillo hacia los lados y más maquillada de lo habitual. Viste un vestido muy corto, azul oscuro, con un estampado tipo azteca y de brillantes colores, negros y amarillos. Sus piernas... el camino hacia la gloria.

—¡Hey, frena, vaquero, que pueden vernos!

Es cierto, me alejo un poco y le sonrío.

—Estás increíble, Luna. Voy a tener que esforzarme para no asaltarte como un depredador hambriento.

Luna ríe.

—Tú también estás muy guapo, y, tranquilo, soy toda para ti, no vas a pasar hambre, aunque sea en secreto...

Ahora sí, brindamos mirándonos a los ojos. Me pierdo en su mirada color avellana y su piel morena. Tengo que beberme la copa de un trago para humedecer mi boca seca.



Desde luego que la noche ha sido especial. Hemos coincidido en una mesa con un grupo divertido y hemos acabado bailando todos en la pista. Ver cómo se ha sorprendido Luna al verme no ha tenido precio. Me ha reconocido que me creía un cero en estas artes, pero mi madre bailaba a todas

horas y me enseñó desde pequeño.

Nos propusimos olvidarnos de todo el tema de DMS y no nos ha costado lograrlo. Creo que hacía tiempo que no me reía tanto. Como he dicho, en el grupo congeniamos y había dos de ellos que eran especialmente graciosos. Luna se desternillaba y a mí se me caía la baba al verla tan feliz. Esta noche me ha servido para darme cuenta de una realidad, la de que ahora mismo lo más importante en mi vida es ella; antes lo fue mi profesión, pero hace tiempo que Luna empezó a desempeñar un papel en ascenso y ahora es la protagonista absoluta. Quiero y necesito que esto funcione y voy a dedicar todo mi empeño en lograrlo.

Luna se ha metido en el baño y estoy esperándola para poder hacerle todo lo que por el día he fantaseado. Quiero comérmela entera y saborear hasta su sombra, así, sin más. Hemos abierto la bolsa del deseo entre ella y yo, y creo que jamás he probado nada más delicioso y adictivo que lo que su cuerpo y el mío se ofrecen cuando encajan. Me olvido de pensar. El Eneko que suele reflexionar antes de actuar desaparece entre sus piernas, sus fabulosas y largas piernas.

Cuando volvamos a Madrid tendremos que andar con más cuidado. Insisto en que es importante que nadie se entere para jugar con una baza más y, además, protegerla. Ellos ya se introdujeron en mi vida, chantajearon a mi hermano para conseguir información y por nada del mundo quiero que se acerquen a Luna. Vigilaremos a Ranjit, Francis y Dylan por separado; aunque nos cuesta creer que cualquiera de ellos pudiese hacer algo así, por dinero hasta el más honrado se vende.

La puerta del baño se abre y mi boca, aún más. Luna acaba de salir, directamente en ropa interior, con un conjunto de lencería tan provocador que se me doblan las piernas y caigo en la cama. Me sonrío ladina y se acerca poco a poco a mí. Clavo las uñas en su trasero cuando me alcanza... ¡Dios, cómo me pone esta mujer!

Capítulo 25

Remiendo al corazón

Luna

—¿Cómo has podido hacerme esto? —Clava sus claros ojos en mí.

No sé qué contestarle, en parte tiene razón. Ahora que lo tengo delante toda mi confianza cae al subsuelo. No lo entiendo, hace unas horas me sentía tan bien...

—¿Vas a contestarme? —me reprocha chulesco.

—No sé muy bien qué decirte. Tú y yo no teníamos nada oficial.

—¿En serio? —chasquea la lengua.

Me estoy poniendo muy nerviosa. Noto que me resbala el sudor por la espalda. Esto no puede venirle bien al bebé de ninguna manera. Tiene que parar ya.

—Sí, necesito irme. No me encuentro bien —alego para escapar de esta situación tan abochornante.

—Tú te irás cuando yo te diga —me susurra con voz hipnótica—. Me perteneces y vas a hacer lo que yo te ordene, cuando y donde yo quiera.

Trago saliva. Su tono ha cambiado a robótico e impersonal. Siento miedo y a la vez me resulta familiar.

—Ese es mi hijo. Deja de hacer el tonto con Eneko y de faltarme al respeto. —Regresa la voz dictatorial, pero más humana.

—No te debo ninguna explicación. Tú estás muerto —le respondo.

Edu comienza a carcajearse en mi cara y a mí, por una extraña razón, se me cae un mar de lágrimas sin consuelo. Me angustio. Mucho. Edu está muerto, él se murió cuando le dije lo del bebé, ¿cómo puede estar aquí?

—¡Ahhhhhhhh! —grito incorporándome de golpe.

—¡Luna, tranquila! Es una pesadilla. —Oigo esa forma de hablar que me serena de golpe—. Schhhh, ya está, ya está.

Me dejo envolver en sus brazos. En los de mi hombre. En los de Eneko, y lloro. No hay fuerza interior alguna que me impida deshacer esta angustia que siento en forma de llanto. Un nudo en la boca del estómago tiene que deshacerse y los latidos de mi corazón, desacelerarse.

—Lo he visto. —Hablo una vez que estoy más serena gracias a su calidez. Doy gracias a Dios porque hoy sí que haya podido quedarse a dormir en mi casa. No sé qué habría sido de mí.

—¿A quién? —me pregunta besando mi coronilla. Ha dado la luz de la mesilla, pero permanezco encogida, hecha bolita en sus brazos.

—A Edu.

—¿A mi hermano?

Afirmo con la cabeza.

—Eran tan real, Eneko... —Se me escurre una resacosa lágrima.

—A veces los sueños lo son —responde dulce—, pero no era más que eso, Luna, un sueño. Edu ya no está.

—Lo sé... Pero sonaba tan él, tan de verdad.

—¿Qué ha pasado?

Me planteo el mentirle para no desestabilizarlo a él también, pero no quiero; soy fan absoluta de la verdad.

—Estábamos aquí, me decía que cómo podía estar contigo, que yo le pertenecía y que debía hacer lo que me ordenase.

Eneko me incorpora para mirarme y busco en su gesto algún signo de consternación por lo que ha escuchado. Pero no, parece sosegado.

—No le des más vueltas. Era una pesadilla.

—Sí, sí, menos mal que estabas aquí —me sincero. Es viernes, han pasado ya dos semanas desde el congreso donde empezó todo y apenas hemos dormido juntos tres días. Sol se viene a casa cuando Iris duerme con su padre en el apartamento de Estrella y las paredes se le caen encima de silencio, y otros días es Estrella la que prefiere quedarse conmigo y darse espacio con Júpiter. Mis hermanos siempre han conectado, pero con las mismas se desconectan y se pelean que da gusto, y me temo que la convivencia está haciendo hervir sus diferencias. Lo resolverán.

—Venga, durmamos. Son las cuatro de la mañana.

Me tumbo y apoyo la cabeza en su pecho, pero minutos después bajo a

mi almohada, porque mi lumbago no me permite esta postura tan televisivamente romántica.

—Luna...

—¿Qué? —le digo casi vencida por el sueño.

—Edu jamás te reprocharía estar conmigo porque nunca me habría visto tan feliz, y él, a su modo, me quería. Solo ha sido un sueño.

—Lo sé...

—Te quiero, mi Luna.

Y así, con estas últimas palabras, me duermo.



Estamos que nos mordemos las uñas. Eneko ha bajado hace más de una hora a hablar con Gloria. El consejo se reunió, de nuevo, esta mañana y ella les expuso nuestro caso. Ya han mejorado la seguridad, tal y como pidieron, para retirarnos la negativa a proseguir la investigación con los ratones hace dos semanas. En este tiempo hemos mejorado nuestra fórmula y nunca he estado tan convencida de ella. Va a funcionar y esta vez no permitiremos que nadie estropee nuestro resultado.

Ranjit se acerca a mi silla, nervioso.

—Van a decir que sí, ¿verdad? —me pregunta.

—Eso espero, porque no sabemos qué más hacer.

—Con la tontería, queda poco para que acabe mi doctorado...

Es cierto. Ranjit leerá su tesis en dos meses y es probable que el laboratorio prescindiera de él; siempre es más fácil contratar a otro becario que pagar un sueldo de doctor. Él lo sabe y lo lleva bastante bien, sigue totalmente involucrado en este proyecto; después de todo, su nombre también tendrá reconocimiento si lo logramos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Lo tienes claro ya? —le digo. Ha sido todo dudas.

—Creo que voy a aceptar el puesto en Tallahassee y Anaí vendrá conmigo. Nos lo han ofrecido a los dos, no te lo he contado... Es la mejor opción.

—Sí, pero voy a echarle tanto de menos... —le pongo morritos.

—Bueno, ya encontrarás reemplazo. Puede que Eneko. —Me guiña un ojo. No le contesto. Es probable que se haya dado cuenta, pero es sabio y entiende que si no se lo he desvelado es porque no puedo.

—Tú eres irremplazable, que lo sepas.

—¿No tarda mucho? —pregunta Francis en alto.

—Tranquila, pronto sabremos algo —le responde Dylan.

Llevamos varios años con esto y del permiso de hoy depende que prosigamos o tengamos que dejarlo por el momento. Nos queda mucho recorrido aún, como quien dice, estamos en pañales, pero si funciona con los animales podemos avanzar y probar con humanos; depende todo de lo que haya conseguido Gloria en el consejo.

Siento una patada en el vientre, cada vez las identifico más. Clara se mueve como una nadadora de sincronizada. El día que está más quieta me preocupa y me lo callo, ¿a quién voy a decirle que me iría corriendo a hacerme una ecografía porque llevo horas sin notarla? Deberían inventar ecógrafos caseros para quitarnos el runrún a las madres hipocondriacas.

Suena mi teléfono. Mis compañeros de nervios miran asustados.

—Es mi hermana —les digo para tranquilizarlos. Me levanto de mi mesa y me voy al despacho de Eneko para hablar con tranquilidad.

—¡Hola, Estrella!

—¿Qué haces? —me pregunta.

—Trabajar, qué voy a hacer si no.

—Claro. —La oigo algo despistada—. ¿Y a qué hora sales?

—No sé, en un rato. —Miro el reloj, son más de las seis, pero yo no me voy de aquí hasta que no sepa algo—. ¿Por?

—Me gustaría hablar contigo... —Si pudiera verla sabría que está cabizbaja; conozco los estados y tonos de mi hermana.

—¿Estás bien, Estrella?

—Sí, sí —me responde enérgica—, es solo que me gustaría decirte una cosa a ver qué opinas.

Me extraño, pero no se lo hago saber. Mi hermana no es de pedir opiniones, normalmente ella actúa sin miramientos.

—¿Es muy urgente? ¿Quieres que salga ya?

—No, no, tranquila... Si quieres voy a buscarte.

—¡Ahhh, vale!

—Y así me presentas a Eneko.

Río. Todavía no se conocen. Concreto con ella y cuelgo. Me ha parecido oír la puerta de la entrada abrirse. Efectivamente, ahí está plantado Eneko delante de tres manojos de nervios y va la cuarta para allá ahora mismo. En cuanto me ve y nuestros ojos se encuentran, sé lo que va a decir:

—Pongámonos a trabajar. Permiso concedido —enuncia con una sonrisa que derretirían la planta de los pies de un pingüino.



Los miro mientras conversan. Eneko y Estrella se beben una copa y yo remuevo mi poleo con una cucharilla mientras me llena de satisfacción ver qué bien se han entendido. Estrella lo ha aprobado, tanto que prefirió que él se quedara y se ha sincerado delante de los dos.

—¿Tú qué harías? —le pregunta, y yo me quedo alucinada de ver cómo, de nuevo, Estrella pide opinión.

—Yo intentaría acabar el máster a la vez que me preparo la oposición. Tienes hábito de estudio, no te resultará difícil.

Estrella me mira y yo afirmo sonriente.

—Gracias, chicos.

Es el momento de hablar:

—No sabes cuánto me alegra que me hayas preguntado. Y sí, Estrella, haz todo lo que quieras, no te quedes con la duda. Si ahora ves claro que quieres ser policía nacional, pues adelante con ello, y si luego no te gusta, pues a otra cosa.

Estrella se recompone la coleta. Es de esas personas que hasta despeluchada parece que está peinada, claro que su inmensa melena rubia con rizos es la envidia de cualquier mortal, sobre todo para dos que investigamos la caída del cabello.

—Jamás pensé que sería policía, pero después de lo que me ha pasado

mis prioridades han cambiado... Hay un antes y un después de aquello.

—Normal —le digo.

—Quiero detener a todos aquellos que jodan la vida de los demás. Ya no puedo quedarme quieta y seguir a lo mío cuando veo que hay gente que puede destrozarte entero y seguir como si nada.

Eneko busca mi mano por debajo de la mesa y me aprieta fuerte.

Nos quedamos en silencio los tres.

—Eres muy valiente —hablo.

—No, Luna, soy una superviviente. Esto es lo que me ha tocado en el sorteo. Todavía hay días que no me lo creo, pero te aseguro que cada mañana cuando despierto lo primero que veo es a ese hijo de puta abusando de mi cuerpo. Sé que algún día eso se borrará, o eso quiero pensar. Me conoces, sabes que soy impulsiva, que es raro que no haya ido a matarlo por mi cuenta, pero como te digo, algo ha cambiado en mí... No serviría de nada, porque hay muchos más. Necesito hacer algo para calmar esta ansiedad y lo único que se me ocurre es ir a por ellos de manera legal.

—Y yo te aplaudo y creo que es muy buena idea —le respondo.

—Y yo le añado que aunque acabo de conocerte, sé que vas a lograrlo, eres una gran mujer —le dice Eneko.

Estrella sonríe y exhala profundo.

—¡Qué alivio! Pensaba que estaba volviéndome loca, últimamente no confío mucho en mi cabeza. Habérselo contado ha sido lo mejor. —Sonríe y eleva su copa para que brindemos—. Por vosotros, porque por fin habéis dado el paso... —dice.

—¡Y por esta futura policía! —añado.

—¡Y por Clara, que va a tener una tita madero y una mamá que habrá descubierto el tratamiento anticaída más eficaz del momento! —añade Eneko, y consigue que nosotras dos nos riamos mientras brindamos. Poco después se incorpora Brais, el íntimo amigo de mi hermana desde que eran enanos, y, aunque estoy muerta de cansancio decido alargar la velada un poco más. Ver a Eneko en mi mundo es una fotografía para el recuerdo de mis momentos felices, y a Estrella relajada y sonriente, otra.

Decidimos ir a un karaoke que hay por aquí cerca y por mucho que pueda extrañar el primero que sale a cantar es Eneko, que elige una canción

pronto y con una sonrisa va a la cabina a pedirla. Tres solistas después, lo llaman. Más que decidido sale y a mí se me revuelve el cuerpo, parte por nervios y otra por vergüenza ajena; no sé por qué me da que Eneko no canta bien, aunque también pensaba que no bailaba y vaya si me sorprendió.

—Si alguien de mi mesa se anima, puede acompañarme —nos dice antes de que empiece la canción. Yo, que estoy en apnea, ni me muevo, pero escucho como Brais y Estrella lo vitorean. Nada más sonar los primeros acordes, sé qué canción es y me llevo una mano al pecho emocionada perdida.

«Ella se ha cansao de tirar la toalla, se va quitando, poco a poco, telarañas...». *Ella*, de Bebe. Un himno. Y por mucho que me cueste, sigo a mi grupo y en el estribillo los cuatro cantamos delante de toda la sala:

—Hoy vas a descubrir que el mundo solo es para ti, que nadie puede hacerte daño, nadie puede hacerte daño...

Cuando acabamos y escuchamos el aplauso, volvemos a la mesa entre risas y alguna que otra lágrima. Lo beso con todas mis ganas porque se lo merece, porque es precioso por dentro y por fuera, serio y profesional en el laboratorio, pero amable, dulce y divertido fuera. Lo quiero tanto que da miedo, un dulce pero aterrador miedo.

Capítulo 26

Mujeres

Eneko

No entendía cómo tras tantas medidas de seguridad seguía filtrándose información y me mosqueé. Hace unos días Gloria me habló claro y me confió que ella tenía *amigos* en DMS y que sabía a ciencia cierta que habían conseguido nuestros avances casi al ritmo que nosotros los obteníamos. ¿Era sospechoso o no?

Comencé a pensar lo que no quería, que el topo estaba dentro, hablé con Luna y le expuse mis sospechas de que entre Francis, Ranjit o Dylan se escondía un traidor. Ella, como siempre, se negó en rotundo, pero con las pruebas en la mesa no le quedó otra opción que aceptar la triste realidad. Si ella y yo no éramos, uno de ellos tres estaba enriqueciéndose a nuestra costa.

Ideamos un plan. Les envié por correo corporativo un *mail* trampa que pareciese que les había mandado por error a ellos pero que era para Gloria, con otro detrás pidiendo disculpas y rogándoles que lo borrarán. En cada uno de ellos ponía una posible fecha distinta para plantearle al comité el ensayo con humanos y el tipo de estudio que queríamos hacer, puesto que con los ratones el primer intento había resultado ser un éxito, cosa que es verdad. Luna y yo entendimos que era un *mail* que a los de DMS les gustaría saber y dependiendo de la fecha que barajasen ellos, descubriríamos la verdad. A Gloria solo le dijimos que preguntase a su espía en DMS si se enteraba de algo o de alguna fecha, porque, aunque parece improbable, ella tampoco está totalmente libre de sospecha.

¿Resultados? Ninguno. De momento. No hay que perder la paciencia, pero Gloria, a la que hoy le he preguntado si sabía algo, me ha respondido que los de DMS no contaban con nada nuevo nuestro y no lo entiendo. El *mail* era más que jugoso. Y, si ellos no son, el asunto se reduce a Gloria, o a

Lina, la señora de la limpieza, pero que ya solo puede entrar con nosotros dentro; por tanto, tendría que ser muy hábil para robar información sin que nos enterásemos. ¿Será, pues, la jefa? Pero tampoco es fácil de entender, porque ella no tiene acceso al laboratorio y aunque yo estoy obligado a pasarle informes, no le especifico fórmulas porque no son su cometido y ella no las entiende. Gloria es gestora y lo que mueven en DMS, sobre todo, son nuestras fórmulas.

Así que estoy un poco perdido, desanimado y cabreado a la vez. Y, encima, lo que al principio me hacía hasta gracia, llevar mi relación en secreto, ahora me parece un fastidio. Ella es lo mejor de mi vida y quiero poder actuar con naturalidad. No digo que vaya a estar liándome con ella aquí, por muchas ganas que me den cada vez que cierra la puerta del despacho, pero sí que me gustaría poder actuar en concordancia a mis sentimientos. De todas formas, ahora no puedo pasar de cuatro besos; quizá también sea eso lo que me tiene de este mal humor. En la última ecografía le han diagnosticado algo llamado *placenta previa* y le han prohibido el sexo con penetración, pero Luna le ha cogido miedo y se niega a cualquier suceso, lo que me tiene frustrado como un locutor sin micrófono o un bebé sin su paseo diario.

Sí, ahora sé mucho de bebés, me estoy leyendo varios libros para poder acompañar a Luna en esta nueva aventura. Ya está casi de ocho meses, la fecha se acerca y los miedos despegan. En este tiempo que llevamos juntos, casi dos meses, ella ha cambiado mi vida y le ha dado mucho más sentido. Me hace tan feliz estar a su lado que no me recuerdo tan dichoso. Creo que formamos un gran equipo, ninguno de nosotros es la alegría de la huerta, pero juntos nos reímos mucho. Solemos estar de acuerdo en todo y cuando no, lo resolvemos hablando. También discutimos, no lo voy a negar, pero nada que con una caricia no se olvide. Es fácil, ella me quiere y yo a ella. Lo sé.

Hoy hace nueve meses de la muerte de Edu. Y sí, han pasado, a veces parecen más y a veces, menos. Depende. Si intento recordar nuestra última conversación diría que fue ayer, pero si pienso en ese momento en que la doctora salió para informarnos de que había fallecido de una parada cardiaca, lo recuerdo muy, muy lejos. Hace unos días mi amigo Michel me llamó para contarme que el seguro de la empresa de los ensayos clínicos de Edu iba a

ingresarle el dinero. He abierto una nueva cuenta con Luna; ella no lo sabe, le dije que por cuestión de comodidad y ella aceptó. No quiero que ese dinero sea ni para ella ni para mí, será para Clara, pero todavía no encuentro el momento de explicárselo a la madre.

Luna sigue teniendo pesadillas con Edu y las describe tan reales que le cuesta relajarse. De momento no me quedo todas las noches, sería como vivir juntos y todavía no hemos dado ese paso. De todas formas, su familia suele acompañarla muchas noches.

Ya los he conocido a todos. Al último, a su hermano Júpiter, que me miró con tanta desconfianza que me molestó. Luego entendí que era pura protección y, aunque no es un hombre muy hablador, mantuvimos alguna que otra charla amistosa. Su excuñada, Sol, es maravillosa. Cuida de Luna como una madre y a la vez son íntimas amigas. Además, es muy graciosa por su forma de ver la vida, un poco chapada a la antigua, por lo protectora, pero una mujer de bandera que está intentado recomponer su vida tras el engaño.

He quedado con Luna para cenar en un restaurante del que me ha hablado muy bien mi amigo Michel. Él suele moverse por los mejores locales de Madrid. Antes, mi hermano y él decían ser, en broma, agentes de la guía Michelin. Salían casi a diario, de ahí la escasez de liquidez de Edu. Me viene a la memoria la última vez que trasnoché con Michel. Me acosté con una mujer y proyecté en ella a Luna. ¡Menos mal que toda esa tortura acabó!

Llego al restaurante pronto, es un peruano que aunque no es muy grande está bien decorado. Me joroba que no haya querido que vaya a buscarla, ya no está para ir en Metro, pero mi novia es más terca que una mula y se niega a que la tratemos como si estuviese enferma.

Le pido al camarero una copa de vino blanco y a los veinte minutos otra. Cuando comienzo a ponerme nervioso, la puerta se abre y aparece ella, sonriente, con las mejillas sonrosadas por la prisa y los ojos brillantes pidiéndome disculpas por la espera. En definitiva, preciosa.



Nos hemos prometido no hablar del trabajo cuando compartamos cenas románticas y eso nos ha llevado a una conversación que llevaba días queriendo tener y a la vez me daba miedo: planes de futuro.

—Los primeros meses dicen que son los más duros, Eneko... quizá sería mejor que viviéramos juntos cuando todo se normalice.

—¿Y dejarte sola? ¿En quién me convertiría eso?

Luna me mira sonriente.

—Me da miedo... —Se sonroja y se calla.

—¿El qué?

—Que me odies. Que lo primero que veas de mí sea a una mujer estresada, que apenas duerme, que lleva todo el día la teta fuera...

—¿Que vea a una madre con un hijo recién nacido?

—No sé cómo voy a llevarlo y lo mismo me vuelvo un poco gruñona del cansancio y tú decides que se está mejor solo.

Me río.

—Nada de lo que puedas hacer me hará pensar que estoy mejor solo que contigo, Luna, ¿me oyes? Nada. Y yo también me estresaré; es más, es posible que los dos tengamos momentos de locura total y para eso estará el otro, para ayudar. Tarde o temprano tendremos que dar el paso; queremos vivir juntos y Clara va a estar allí. ¿No será mejor que yo comparta su cuidado desde el principio?

—¿De verdad quieres eso? Mira que va a ser muy cansado...

—Luna, por Dios, cuántas veces voy a tener que decirte que yo también quiero a ese bebé. No me dejes al margen, por favor. Cuando hablas así me haces ver que crees que no quiero formar parte de su vida y, ¡joder!, es tu hija, mi sobrina y todo apunta a que la querré como a una hija; no menosprecies mis sentimientos —me altero un poco.

Esta es una de nuestras discusiones más recurrentes. Advierto en Luna su turbación. Me coge la mano por encima de la mesa.

—Perdona, mi vida. —Hace un tiempo que me llama así y me apasiona que lo haga—. Tienes razón, Clara también es para ti. Si te atreves a que vivamos juntos, pues por mí, perfecto. Nada me apetece más que acurrucarme en tu pecho después de un día agotador. Ya está.

Le acaricio la mano. Ya me he sosegado.

—No, no está. Ahora hay que decidir la casa, porque sabes que la mía es más grande y está pensada para una familia.

Luna pone morritos, pero sonrío entendiendo que digo algo lógico.

—Piénsalo —le digo mientras me levanto para pedir la cuenta en la barra. Hace años que el camarero no pasa por aquí, se ve que quiere invitarnos. Luna tira de mi mano para acercarme a su boca y besarme suavemente.

—Luego vamos a tu casa y lo discutimos.

La miro impaciente. La desnudaría aquí mismo. El tono en que lo ha dicho... ¿querrá romper el celibato?

—¿Me estás queriendo decir lo que me estás queriendo decir?
—pregunto como un bobo.

Luna se ríe.

—Algo podremos inventar para eliminar tanta tensión sexual. Clara sabrá perdonarnos y estoy deseando conocer tu casa.

Le suena un mensaje en el móvil. Mientras ella lo mira aprovecho para pedir la cuenta en la barra y pasar por el baño.

Cuando regreso y me siento, la observo algo más seria.

—¿Ha pasado algo? —le digo.

—Llévame a casa. Estoy cansada.

Me pilla por sorpresa. Ha hablado con un tono algo intransigente.

—¿Te encuentras bien, Luna? Hace un instante me decías otra cosa.

—Ya, no, estoy perfecta. Es solo que me han dado algunas contracciones y prefiero descansar en mi casa. Perdona que te haya dicho eso antes y te hayas... Estoy cansada, mi vida, solo eso.

¿Por eso dirán que no hay quien entienda a las mujeres?



¡Ehhhh! ¿Está sonando mi teléfono? ¡Sí! ¡Despierta!

Me incorporo de la cama en un movimiento brusco y busco la luz de mi móvil en la oscuridad de la habitación. No lo veo. Debe de sonar en el salón,

anoche me costó dormirme y me puse una serie. Ahora que lo pienso, no recuerdo ni cómo he llegado aquí. Levanto mi tembloroso cuerpo lo más rápido que puedo y me dirijo al salón. Allí está. Corro. Antes de descolgar veo en el reloj que cuelga del salón que son las cinco y veinte de la mañana.

Es Luna. Un balonazo de angustia me pega en la boca del estómago.

—¿Sí? ¿Luna? ¿Qué pasa?

—Ven, por favor —dice entre sollozos.

—Luna, ¿qué pasa? Voy ya mismo.

—No estoy en casa —me parece entender.

—¿No estás en casa? —le repito. Todas las alarmas se han encendido en mi cuerpo.

—Nooo. —La oigo llorar. Está intentando explicarme, pero las lágrimas no se lo permiten. Me va a dar algo como no hable pronto.

—Luna, tranquila. Venga, ¿dónde estás? Dímelo y voy enseguida.

—En el laboratorio —llora.

De todas las opciones que me planteaba esta es la que nunca habría dicho. ¿Qué hace a las cinco de la mañana allí?

—¿En el laboratorio? —repito despacio dejándome llevar por la conmoción.

—Sí, ven, por favor —parece algo más sosegada.

—¿Qué, qué haces allí?

—Ven.

Dejo el móvil con el altavoz mientras me visto con más prisa que si estuviera desnudo delante de todos mis vecinos, e intento conversar con Luna, pero es difícil, está muy rara.



Llego al laboratorio veinte minutos después. Hace diez que se nos fue la cobertura al meterme en un túnel de la M-30 y no he podido volver a contactar con ella. Creo que no he corrido más en mi vida. De hoy me van a llegar varias multas, y que no me dé un infarto. Tecleo el código en la puerta

y accedo nuestro lugar de trabajo. Todo está a oscuras. No entiendo nada.

—¿Luna?

Nadie me responde. Me estoy poniendo muy, muy nervioso. Siento que la adrenalina me dispara el corazón.

—¿Luna, dónde estás?

—¡Eneko! —La oigo sollozar en mi despacho y corro hacia allá. Por fin la veo. Está tumbada en el suelo, en posición fetal, hecha un ovillo de lágrimas amargas. Acelero mis movimientos y me agacho en un santiamén para acurrucar su cuerpo al mío y acunarla. Le digo toda clase de vocablos tranquilizadores hasta que voy notando que su cuerpo recoge mis mensajes y se relaja. Cuando se siente preparada eleva su cabeza, me mira clavándome sus ojos con miedo y enuncia:

—No sé qué hago aquí, Eneko.

—¿Cómo?

—Me he despertado aquí, en el suelo, con un dolor enorme en el tobillo derecho. No podía moverme.

Hago un esfuerzo hercúleo por no mostrar la conmoción que corre por mi aparato circulatorio y le pregunto:

—¿Y el bebé? ¿Está bien?

—Sí, eso creo —afirma—. Es su mamá, que se está volviendo loca —solloza.

—Pero ¿qué recuerdas?

—Nada, llegar a casa muy cansada, echarme en la cama y despertarme aquí con el tobillo frito. Llevo dándole mil vueltas y no recuerdo nada más, Eneko. ¿Cómo he llegado aquí?

—No sé, cariño... Pero eso ahora no es importante. Necesitamos que alguien te explore ese pie. ¿Crees que puedes caminar?

—Sí, con tu ayuda, sí. Ya me duele menos.

—Eso es buena señal. —Me acerco y la beso en los labios. Advierto que los dos rebajamos nuestro nivel de ansiedad. Nada puede salir mal si ella y yo nos besamos, ahí se pare el mundo.

La levanto ayudándome con sus manos y hago que me rodee la cintura con un brazo para tomar apoyo. Le planteo que se siente en una silla de despacho y vayamos a mi coche así, pero dice que puede andar despacio.

Cojea, pero no parece nada grave.

—Estaba muy asustada, Eneko... imagínatelo.

—Ya, te entiendo. ¿Te has traído algo? —pregunto antes de salir.

—No lo sé. Mi móvil estaba en el bolsillo. Mira a ver si está mi bolso colgado de la silla de mi mesa, siempre lo dejo ahí.

Efectivamente, ahí lo encuentro. Echo un vistazo rápido al laboratorio por si hay algo más mientras Luna me espera apoyada en la puerta, y no advierto nada fuera de su lugar. Luego intentaremos darle algún nombre a esto, pero, de momento, lo importante es que la vea un médico.

Capítulo 27

Apnea

Luna

Lo que me faltaba ahora, preocupar más a mi familia. Aunque el médico ha dicho que las parasomnias son más frecuentes en el tercer trimestre del embarazo y que puede que yo ya fuese sonámbula antes pero nadie se hubiese dado cuenta, ha insistido en que no debo dormir sola, porque puedo caerme y provocarme algún daño. A la vejez, viruelas...

En el tobillo tengo un pequeño esguince que en unos días se me curará si estoy en reposo, porque debido a que peso diez kilos más no es conveniente que esté de pie.

Sol preparando el desayuno en mi cocina y yo sentada en mi sofá con las piernas apoyadas en la mesa, tomando un rooibos, como una marquesa, así me hallo. Pienso en Eneko, en la cara de susto que lo vi cuando vino a buscarme, y se me encoge el estómago. Hasta que no lo tuve delante no hay recuerdos claros, todo es confuso. Apenas rememoro cómo lo llamé y el tiempo que tardó en llegar es como una nebulosa, pero fue hablar con él, sentir sus manos en mi piel y salir del trance.

Me asusté tanto...

He tenido que repetirle hasta la saciedad a Eneko que no hizo nada en la cena que me molestara y que únicamente me sentí muy cansada, pero él insiste en que le hablé muy seria. No sé, puede ser; cuando tengo mucho sueño, puedo ser algo huraña. Y en el restaurante estaba que me caía de cansancio, seguro que no fui la mejor compañía. Como siga así, Eneko me deja en dos semanas. Va a darse cuenta de que estar conmigo es una tras otra y de que vivía mucho mejor solo. No logro quitarme de la cabeza cómo traté a mi antiguo novio, Aitor, y dudo si estaré haciéndole lo mismo a él; igual soy yo que soy defectuosa y no sirvo para vivir en pareja.

Sol aparece ante mí con una bandeja con tostadas y un chocolate. Me relamo.

—¿Te he dicho que me encanta Eneko? —me pregunta sonriente.

—Unas cien veces esta mañana.

—Es que, hija, te ha tocado la lotería. Es guapo como Antonio Banderas, listo, un profesional en lo suyo y te mira con una cara que se encenderían todas las farolas de la calle sin necesidad de electricidad.

—¿Eh? —Me río.

—Lo he pensado en la cocina. —Me guiña un ojo. Ella y sus comparaciones—. Pero, de verdad, ese hombre te adora y yo lo adoro a él por adorarte tanto a ti.

—¿Esto también lo has pensado en la cocina?

—No, esto me ha salido solo.

Nos reímos. Me alegro tanto de volver a ver a mi Sol, no a esa mujer triste de hace unos meses. Ya me ha contado que se encuentra infinitamente mejor, que vuelve a tener ganas de vivir y que aunque no se olvida de su vida con Júpiter ya hasta se fija en algún que otro hombre por la calle. Pero ahora su prioridad es encontrar empleo. Ella es higienista dental, trabajó poco tiempo porque se sacó el título casi embarazada de Iris y decidió que, como con Elián, ella se encargaría de su educación, pero ahora necesita ganar dinero. En estos meses se ha hecho varios cursos de actualización y ya ha empezado a repartir currículos.

—Nena, voy a abrir el balcón, que por fin ha dejado de llover y hace un sol de justicia.

—Vale —le digo—. ¿Vemos una serie que tiene pintaza de ñoña?

—¿Cuál? —me pregunta ya desde fuera.

—*Cuando habla el corazón.*

—¡Oh, Señor! ¡Búscala ahora mismo!

De pronto entra en el salón pálida como un copo de nieve.

—Llama a la policía pero ya —me dice en susurros.

—¿Qué pasa? —me asusto intentando incorporarme.

—Hay un tío en la azotea de tu piso y parece que quiere tirarse.

—¿Cómo?



Mi salón se ha llenado de cuerpos que pertenecen a las fuerzas de seguridad del Estado, y vaya cuerpos... Hasta la mujer policía tiene un tipazo que para qué contarte, pero lo de los bomberos, eso es de matrícula de honor. Sin embargo, es obvio que a Sol le atraen más los polis, porque no deja de mirar con ojos de dibujo japonés al policía que desde mi balcón intenta convencer al adolescente de que no se tire y no acabe con su vida.

Sí, un adolescente. Así están las cosas. Sabemos que se llama Eliseo y que tiene dieciocho años. Lo del nombre es para matar a los padres. Yo solo me he asomado una vez y creo haber visto en él al hijo de la vecina del segundo, una mujer soltera o viuda, bastante amable, pero desde hoy con el peor gusto del mundo. ¿Cómo pudo ponerle Eliseo a su bebé?

Se oye todo desde aquí porque justo está encima de mi casa, pero el chico no ha dicho mucho más que lo dejemos en paz.

Sol le lleva un refresco al policía y este se lo agradece con una sonrisa que yo apuntaría como seductora. Se queda plantada como un cactus y se lo come con los ojos sin pudores.

—Schh —chisto y logro mi objetivo, tener su atención—. Sol, no es una serie...

Ella da un pequeño respingo y viene hacia mí y mi sillón.

—Es que es tan guapo... y es de mi edad, ¿verdad? No lleva anillo — afirma dándome golpecitos en el hombro sin dejar de mirarlo.

—Sol, un adolescente está a punto de suicidarse desde el techo de esta casa, ¿puedes dejar de coquetear?

—¡Si no coqueteo!

—¿Perdona? ¿A quién más le has llevado un refresco?

—Es que es el único que trabaja, el resto está a la sopa boba.

Me río. No puedo evitarlo.

—A ver, Elis, nada va a acabar si tú te tiras —vuelve a la carga Joseba, el poli psicólogo. Los problemas seguirán y tú nunca podrás solucionarlos. Los obstáculos existen para resolverlos y solo tú puedes hacerlo. La vida

puede regalarte momentos maravillosos y otros no tanto, pero eso es lo bonito. ¿Te gustan los videojuegos?

—Sí —se le oye.

—Pues, amigo, esto es un juego, muy real, pero las pantallas pasan y hoy puede que sea difícil y la de mañana igual es hasta peor, pero ya verás como pronto aparece una que lo cambia todo y te enganchas.

—Yo ya no quiero jugar. Me he cansado. No tiene sentido —lo dice con tanta rabia que me llevo una mano al pecho de la pena.

—¿Por qué no quieres jugar? ¿Qué ha pasado?

El chico no contesta. Observo a los dos policías y al bombero que están en mi salón. Se masca la tensión. La chica dice que no con la cabeza. Puede que yo esté para que me encierren, pero no puedo dejar de ver esto como algo surrealista y no termino de sentir lo que se supone que debería, y algo me dice que a Sol le sucede lo que a mí. En diez minutos el salón se ha llenado de efectivos mientras mi cuñada le decía al chico lo que Joseba, que ahora está en el balcón, le indicaba por teléfono. Yo creo que veo tantas series que me está pasando como al Quijote, me es difícil discernir lo real de lo ficticio.

Uno de los policías recibe algo en su tablet, lo lee y le dice a Joseba, el del balcón, en voz baja:

—No tiene antecedentes. No intentos autolíticos. Es buen estudiante, su madre cuenta que lleva unos meses tristón, pero que se ha negado a ir al médico.

Joseba lo escucha disimulando ante el chaval.

—Elis, ¿por qué estás aquí? —le pregunta con ese tono tranquilo que lleva usando desde que empezó.

—No le encuentro sentido a esto —se le oye.

—¿No le encuentras sentido?

—No. Lo siento por mi madre, pero ella se dará cuenta de que soy una carga y vivirá mejor sin mí.

Se me abren los ojos como platos.

—¿Una carga?

—Sí, no sirvo para nada.

—¿Y para qué tienes que servir? ¿Eres buen estudiante?

—Se me da bien, sí... pero eso ya no es importante.

—¿Y qué es importante?

—Tú no lo entiendes. La he cagado...

—¿La has cagado?

—Nadie me habla.

El policía al que le van llegando datos en la tablet, entiendo que porque están hablando con su madre en otro sitio, se altera al recibir algo y lo lee:

—Hace un año una niña falleció en su entrenamiento. Antes era entrenador de fútbol. La chica sufrió un infarto cerebral y murió en el acto en sus brazos.

Sol y yo emitimos un ruido parecido de pura consternación. Hacía tiempo que no oía nada tan triste. Joseba, al contrario, no mueve ni una pestaña y sigue conversando con serenidad con el chico.

—¿Por qué nadie te habla?

—La maté.

—¿La mataste? ¿A quién?

—A Alicia, murió por mi culpa. Yo tendría que haberme dado cuenta...

—¿Hablas de la niña a la que entrenabas?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Soy policía, Elis... Sabemos cosas. No fue culpa tuya.

—Quizá la forcé demasiado —lo oigo llorar.

—Esas cosas pasan en todos los sitios. Era una niña, tendría una malformación que dio la cara en ese momento. Tú sabes que la culpa no es tuya.

—Ya, pero ya no le veo sentido a vivir.

Sol me da la mano. Creo que acabamos de conectar con el aquí y ahora y se nos han pasado las risas.

—¿Qué te gusta hacer?

—¿A mí? Correr, últimamente lo único que me calma es correr.

—A mí también me gusta. Cuando te pongas bien vamos a irnos a un sitio que me encanta.

—¿Sí? ¿Cuál? —lo oigo tímido.

—Ya te lo diré. Es un poco duro, pero la recompensa lo merece, ya lo verás. Voy casi todos los fines de semana. Me despeja. Elis, a mí se me ha muerto gente en los brazos, sé cómo te sientes, de verdad que sí.

—La gente me mira raro. Me culpa. No me hablan, soy el que se cargó a la niña.

—No creo que piensen eso. Ellos no sabrán qué decir, y sí, puede que alguno te culpe, pero vas a tener que sobrellevarlo. El destino quiso que tú estuvieses ahí en ese momento, no fue más que casualidad, Elis, lo sabes. Esto funciona así, la vida se va a liar a tomatazos contigo, estoy más que seguro, porque nos pasa a todos, pero de ti depende que recojas todos esos tomates y te prepares un rico salmorejo; solo tienes que aprender a cocinar y para eso está la gente que te quiere y te rodea.

—Gracias...

—Hasta que no te bajes de esa cornisa, no me des las gracias. Tú y yo tenemos que hablar mucho, pero cara a cara.

—No voy a tirarme.

—Pues bájate.

—Ahora me da vergüenza, voy a parecer un cobarde.

—¿Me permites un consejo? Deja de pensar en lo que lo demás piensen y céntrate en ti. Tú quieres vivir, tienes que afrontar lo que te sucedió y quizá necesites ayuda profesional, y no tiene que importarte lo que digan los demás. La gente acude a los psicólogos a diario.

—Yo pensaba que era fuerte.

—Nadie lo es y menos si te muere una niña en los brazos.

—Ya. ¿A ti se te han muerto muchos?

—Eso te lo cuento ahora, cuando te bajes, y mis visitas al psicólogo, también. Venga, baja el pie de ahí. Eso es, Elis, muy bien...

La chica policía respira hondo, el de la tablet avisa a los compañeros que están en la azotea de que pueden acercarse al chico y yo me limpio una lágrima. Miro a Sol, que está emocionada perdida.

—Elis, van mis compañeros contigo. Yo subo ahora mismo, te lo prometo.

—Sujeto seguro —oigo por el *walkie*, y Sol y yo rompemos a aplaudir como el público de *La ruleta de la fortuna*. Joseba nos mira sonriente.

—Eres el mejor —le dice su compañera abrazándolo.

Me parece intuirle los ojos llorosos.

—Le he prometido que subiría. Ahora vuelvo. Señoritas. —Nos hace una

reverencia con la cabeza. Sol gira el cuello cuarenta y cinco grados para clavar sus ojos en los míos.

—Acabo de enamorarme. A este tío le preparo yo un salmorejo que se olvida de las penas...

Río de risa, de tranquilidad y de alegría.



La anécdota nos duró días. Sol subió después a la azotea a saludar a Eliseo o Elis, porque ella había estado hablando con él, y de paso conversó con Joseba, el policía. Fue todo tan exagerado que pasada más de una semana cada vez que entro en casa lo recuerdo.

Sé por su madre, que vino a darnos las gracias, que el chico va a ir a terapia y que ese mismo fin de semana Joseba se lo llevó a correr a La Pedriza tal y como prometió.

Y yo, ¿cómo estoy? Pues gorda y de mudanza, porque me voy a casa de Eneko este fin de semana. Ya no tiene sentido postergarlo más y es cierto que, aunque me da pena, estoy deseando vivir con él y poder tenerlo todas las noches para mí solita, hasta que nazca Clara.

El tobillo me mejoró a los pocos días, pero estoy yendo menos al laboratorio. Trabajo desde aquí y así no tengo que desplazarme. Eneko se encarga de enviarme informes y estudios para que no me aburra ni lo más mínimo. La semana que viene van a someter de nuevo a los ratones al tratamiento para corroborar los buenos resultados obtenidos en el primer intento. Mientras, hay mucho que hacer y yo no paro aunque esté aquí.

No duermo sola ninguna noche. Se turnan, porque a veces Eneko está fuera. Él está aprovechando ahora para viajar y así cuando nazca Clara estar conmigo. Lo requiero tanto...

De todas formas, no he vuelto a tener ninguna pesadilla ni he amanecido en ningún lugar que no sea mi cama. Cada vez que me acuerdo se me corta el cuerpo, fue tan desagradable...

En referencia a nuestras pesquisas, nada. Según Gloria, los de DMS no

tienen nada nuevo y ya les han pasado todas las fechas que escribimos en el *mail* trampa a Francis, Dylan y Ranjit. Por tanto, o no es ninguno de ellos, por lo que nos queda Gloria, o fueron más listos y se dieron cuenta del engaño.

Eneko y yo le damos muchas vueltas al tema a diario. Él continúa observándolos en secreto. Dice que Dylan últimamente llega muy pronto y habla mucho por teléfono, que Ranjit está un poco pasota y que Francis se va la última siempre, y eso también le parece raro. Es que, puestos a sospechar, hasta que metan un clip en unas hojas puede ser digno de recelo.

La puerta de mi domicilio se abre y oigo su varonil voz. Es otra de las cosas que me vuelven loca de Eneko, su voz. Suena a locutor o a actor de teatro, un poco más suave, pero más o menos. Desde luego, se oye potente y después, cuando te paras a verlo, como hago yo ahora mismo, se te hace la boca agua y un vendaval de mariposas bailan en tu estómago a lo *Single Ladies* de Beyoncé.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás?

—Ahora mejor. —Me inclino para besarlo.

—No sabes cuánto me alegro.

—Ni yo.

Eneko baja con la boca por mi cuello y deja un reguero de besos por él. Si no fuera por mi placenta previa, iba a enterarse este...

—Estoy deseando no tener que preocuparme por mi placenta.

Eneko no se esperaba esta declaración tan sincera por mi parte y se ríe.

—Pues no te imaginas yo... Pero todo llegará. De momento me conformo con tenerte pegadita a mí en nuestra cama todas las noches.

Parecemos adolescentes que van a dormir juntos por primera vez, pero es que cada cosa que hago de nuevas con él toma otro sentido en mi pirámide de importancia vital. Es como si fuese daltónica y me hubiesen puesto las gafas esas que te permiten apreciar los colores de tu cotidianidad. Con él todo brilla más y coge más fuerza. Estoy tan enamorada y feliz que a veces me vienen pensamientos agoreros de que algo va a salir mal y se me va a derrumbar mi montaña de felicidad.

—¿Has visto lo que te vas a llevar?

—¿Mi armario entero y sin condiciones?

—Hecho —sonríe—. ¿Algo más?

—Mi tetera, varios libros, mi almohada y alguna que otra cosa a la que le tengo cariño.

—¿Y las cestas de bebé que te regaló Gloria?

Sonríe.

—También, esas también.

—Te mudas el sábado.

—¿Ah, sí?

Eneko afirma sin dejar que me suelte de sus brazos.

—No veo el momento de tenerte en mi casa.

—Y yo de conocerla. Voy a ciegas. Lo mismo es una cabaña a lo Unabomber.

—La espera valdrá la pena, ya lo verás.

Sí, todavía no he ido a su hogar. Sé que tiene cuatro dormitorios, trastero, garaje, dos baños, un montón de armarios y piscina. Nada más y nada menos. No me ha dejado ir, estará redecorando la casa para su nueva inquilina, pero no sé yo qué tal se le dan esas cosas.

Ha traído cena. Tras una sesión de dolorosos besos, porque no les damos la acción para lo que se inventaron, nos sentamos a cenar una degustación mexicana sin mucho picante; eso ya lo aportamos nosotros.

Nos esforzamos por no intentar hablar del trabajo. Yo le cuento que Sol anda como loca por el tal Joseba y que piensa estar aquí el domingo a primera hora por si vuelve a irse a correr con Elis, el chico que amenazó con tirarse por la azotea. También le digo que he estado hablando con mi amiga Conchi, de Arenas de San Pedro, y que está más o menos decidida a hacerse la fecundación *in vitro* con donación de óvulos.

—¡Ahhhh! ¡Se me olvidaba! Bueno, es una tontería, pero me ha dicho que ha visto a uno igual que Edu por allí.

—¿Ehhhh? —me mira extrañado Eneko.

—No, vamos a ver, que es obvio que no es tu hermano, pero que...

—¿Cómo sabe cómo era Edu? ¿Lo conocía?

—Le enseñé una foto —le digo un tanto avergonzada porque no sabía en qué jardín me estaba metiendo y ya estoy con las manos cubiertas de barro.

—Ahhh... ¿Cuándo?

—Pues cuando me fui allí una semana. Estaba hecha un lío. También le enseñé una tuya.

Una sombra de algo que no sé qué es tiñe el rostro de Eneko.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada.

—Eso es lo que responden las mujeres, se supone que tú debes decirme qué te pasa a la primera. Viene en el manual de las relaciones.

Eneko me mira algo más serio de lo que me gustaría y se recoloca en la silla.

—Cuando te fuiste a Arenas, ¿decidiste algo? Quiero decir, ¿a quién elegiste?

—No lo recuerdo...

—Haz memoria.

—Es que era todo un lío... Me decidí por ti, siempre eras tú, pero luego veía a tu hermano y sentía mucha atracción por él. ¡Qué más da eso ahora! Ahora estamos juntos.

—Creo que si Edu no hubiese... no estaríamos aquí.

—O sí, eso no lo sabes —respondo enérgica.

—Sé sincera, Luna. Edu te gustaba.

—Edu me atraía mucho, como te he dicho unas cien veces, pero lo que siento por ti es otra cosa.

—Él te habría conquistado.

—Yo ya estaba conquistada, Eneko. No me entiendes. Siempre has sido tú —le digo mirándolo a los ojos y posando mis manos en sus mejillas—. Solo nos faltaba dar el paso; una vez que me hubieses besado habría mandado a Edu a donde amargan los pepinos.

Él continúa a pocos centímetros de mi cara, parece que estudiándome para luego dibujarme.

—Perdóname, me pueden las dudas y el pensar qué sería de nosotros si él estuviera vivo.

—Eneko, yo te quiero, aquí, ahora. Por desgracia, Edu ya no está y nunca sabremos qué habría sucedido, por lo que es idiota recrearse en ello.

—Lo sé..., perdona.

—Tú tienes una brecha con tu hermano de la que algún día tendrás que

hablar con alguien, porque no solo es por lo mío —hablo en modo reprimenda.

—Ya, tienes razón. Era una relación amor-odio que acabó antes de tiempo y se me han quedado millones de cosas que decirle y reprocharle, y, sin embargo, lo echo de menos.

—Edu era un ser especial —le digo—, pero te quiero a ti, siempre te he querido a ti.

—Eres la mejor, pequeña.

Por fin sus labios separan los míos y nos entregamos a lo que nuestros cuerpos se dejan con una barriga más grande que la del lobo cuando se come a Caperucita y a la abuelita, y una placenta que se ve que es previa.

Capítulo 28

A la medida

Eneko

Como una coca-cola que zarandeas e instantes después algún inconsciente la abre, así me siento hoy, en ebullición o similar, esperando que el traidor dé la cara. Podría no ser ninguno, pero también cualquiera. Y aquí estoy, desde mi despacho, vigilando todos los movimientos del equipo, porque ayer sometimos a nuestros ratones al segundo tratamiento y me niego a que una mano negra vuelva a estropearlo todo.

Luna también está pendiente, estos días sí que se ha acercado al laboratorio, porque prefería presenciar el estudio, y además viene conmigo. Ya vivimos juntos, en mi casa. Un absoluto placer. Todavía todo es muy nuevo, llevamos menos de una semana, pero sé que funcionará. Verla caminar por mi casa le otorga sentido a mi vida, saber que ella estará conmigo por la noche, al despertar, compartiéndolo todo me quita las penas de un plumazo. Toparme con su cepillo de dientes, su peine y su champú en mi baño le da sentido a la palabra felicidad. Es que hemos creado una relación como la que siempre soñé: amistad, respeto y pasión.

La sorpresa le encantó. La habitación de Clara montada. Sabía qué estilo le gustaba porque la había visto ojeando las revistas de bebés que Gloria le envió y en qué cuartos se detenía y suspiraba. Colores claros, friso de madera blanca, y la cuna y el cambiador que habíamos elegido juntos. Ahora cada dos por tres entramos en la habitación y nos quedamos imaginando cómo será la vida con el bebé.

He de admitir que aunque todavía no ha nacido ya la siento algo mío, que lo es, pero más de lo que nuestro parentesco indicaría. Estoy deseando tocarla, ver que tiene sus veinte deditos, si tendrá pelo o no, o si se parecerá a ella o a mi hermano.

Veo entrar a Dylan en el cuarto de pruebas, donde están los ratones. Desde una esquina de mi despacho tengo bastante perspectiva de todo. Dylan mira las jaulas, apunta unos datos en una hoja y se va, no, espera, ha sacado el móvil y parece que les hace una foto a los animales. Después trastea un rato con su teléfono y ahora sí, sale. De todo el equipo es al que menos conozco, pero eso no lo señala como culpable. Conmigo siempre he notado distancia, quizá por respeto a mi figura, de jefe. Sé, porque no lo oculta, que es homosexual y que no tiene pareja estable. Su mejor amiga aquí es Francis, siempre comen juntos en el comedor y sé que fuera quedan para jugar a juegos de mesa. Mi sensación es que él se ha propuesto alegrarle la vida a la alemana, puesto que Francis es la persona más fría y seta que conozco. Y no, no suelo hablar así, seta, pero se lo he escuchado varias veces a Luna y es que la describe a la perfección.

Como trabajadora, Francis es la mejor. Tiene dedicación plena al laboratorio y a esos animales. Todo lo que le pido lo hace sin protestar y con una minuciosidad espléndida. Ella es la que más tiempo pasa con los ratones y he de decir que antes la vi hacer un movimiento extraño y algo rápido que llamó mi atención. No sé qué cogió, pero la forma en que lo hizo, como si no quisiera que nadie la viera, me alarmó.

Miro ahora a los chicos, todos están en sus mesas, incluida Luna, mirando su móvil. Al final van a prohibir el uso de los *smartphones* en los trabajos, la de tiempo que pierde la gente es abrumador. Luna se levanta y sale del laboratorio, entiendo que irá al baño. Su caminar más acelerado de lo normal la delata.

Ahora entra Ranjit en el cuarto de pruebas. Echa un vistazo a las jaulas, sin detenerse mucho; coge unas muestras de la centrifugadora y se sienta en el microscopio a analizarlas. Todo normal.

Poco después, es Luna la que accede, aunque no debería por su estado, y se para a hablar con Ranjit. Ellos dos siempre han tenido mucha química. Él es todo desparpajo y broma, y a Luna le encanta la gente así. Ella se ve a sí misma como alguien serio, sin chispa y se arrima a sus contrarios. No estoy conforme con ese análisis, porque a mí me parece divertida, pero yo estoy enamorado perdido de ella y no cuenta. Quizá tenga razón en que la alegría de la huerta no es.

La observo mirar a los ratones con ensoñación y luego buscar algo por los armarios. Aclaro que a ella no la espío desde la desconfianza, más bien desde la admiración, porque aunque esté a punto de dar a luz tiene un caminar tan elegante que siempre me ha dejado absorto. Es preciosa y es toda para mí. Luna coge varias muestras de la centrifugadora, una se la da a su amigo y se sienta en otro microscopio a estudiar. ¡Ahhhh! Mira que le he dicho que no debe, que está prohibido, pero es la terquedad personificada. De cualquier forma, esto es lo peor y lo más soporífero que he hecho en mi vida.

Francis acude diez minutos después, toma unas muestras de los ratones, que le da a Dylan para que las prepare, y así tengo a todo el equipo trabajando en el cuarto, como es habitual, y no sería extraño si mi jefa no me hubiese convencido de que hay un traidor.

Suena el teléfono de mi despacho. Dejo el espionaje por un rato, confiando en que Luna mantendrá los ojos bien abiertos.



El equipo se ha marchado a comer. Luna y yo iremos más tarde, no queremos dejar el laboratorio solo ni un momento. Quizá deberíamos habernos separado para estar siempre uno de los dos aquí, pero nos han podido las ganas de pasar un rato juntos a solas y se nos han adelantado los otros, que decían tener mucha hambre. Como Luna hace un tentempié a media mañana, a estas horas todavía aguanta. Entra en mi despacho la mujer de mis sueños.

—¡Hola, mi vida! Vas a tener que perdonarme, pero te dije que podía esperar para comer y ya no puedo; me está entrando así como un mareíllito... ¿Puedo marcharme?

Recojo mis cosas de la mesa y las guardo en el cajón.

—Nos vamos los dos. No pensarás que voy a dejarte ir sola por ahí mareada.

Los increíbles labios de Luna se fruncen y pone unos morritos tan seductores que cuando quiero darme cuenta la estoy besando con todas mis

fuerzas.

—Te quiero, jefe.

—Y yo a ti, vayamos a comer algo.

Salimos hacia el comedor. Antes nos aseguramos de que todo está en su sitio y los ratones, también.

Por el camino, le detallo a Luna mis irrisorias y aburridas pesquisas, pero justo cuando estamos en la fila del comedor le suena el móvil. Se echa unos pasos para atrás para oír lo que parece que es un audio de WhatsApp que con el bullicio de la cafetería le sería difícil.

—¿Quién es? —le digo cuando regresa a mi lado.

—Nada importante, pero acabo de acordarme de que se me ha olvidado la pastilla del hierro. Subo a por ella.

—No, dime dónde está y voy yo.

—No hace falta, así paso por el baño.

—Pero estabas mareada, Luna.

—Ya no... —Y le da un mordisco al pan que ha estado comiéndose en la fila sin poder esperar —. Cógeme el menú uno. No tardo.

Y se va. La veo salir y saludar a varios compañeros de otros departamentos que le preguntan por su estado. Todavía no lo hemos hecho oficial, pero no creo que tardemos; cuando resolvamos lo del topo, podremos desvelar la relación que tan felizmente nos une.

Cuando estoy pagando la comida, llega de nuevo Luna y vamos hacia la mesa juntos. Nos sentamos con el resto del equipo, que ya está casi terminando. Ranjit nos entretiene a todos con sus dudas sobre su tesis doctoral y los nervios que va a pasar cuando la lea, y consigue que todos nos riamos. No siempre como con ellos, pero las veces que lo hago lo disfruto. Es una lástima que ahora todo se haya enturbiado y dude de alguno. Me encantaría descubrir que es falso y que aquí nadie se ha vendido, pero todo apunta a que no.

Ranjit, Dylan y Francis se ausentan un poco antes, y Luna y yo subimos una media hora después. Nada más meter el código en la puerta y acceder al laboratorio, sé que algo va mal. Los tres parecen dormidos. Luna me mira mosqueada.

—¡Sal, Luna!

—¿Qué pasa aquí? —me pregunta con los ojos muy abiertos.

—¡Sal! ¡Hay algún escape de gas! —Cierto es que no huele a nada, pero es evidente.

En vez de hacerme caso, va corriendo a la mesa de Ranjit para zarandearlo.

—¡Ranjit! ¡Despierta, despierta! —Este no la obedece y ella le coge el pulso—. ¡Abre las ventanas, Eneko! ¡Están intoxicados!

Ya lo estaba haciendo. Después, recorro el camino rápido hacia donde descansan y cogemos a Ranjit entre los dos para sacarlo fuera.

—¡Quédate aquí, Luna, por favor! —le ruego.

—Hay que sacar a los demás... —dice con los ojos llorosos.

—Yo voy. Ve a pedir ayuda.

Entro de nuevo intentando respirar lo mínimo posible dentro. El gas es demasiado tóxico, me pican los ojos y me cuesta respirar. Me dirijo a Francis, que está más cerca, y la subo a mis brazos sin mucho problema. Recorro unos diez metros con ella cargada y cuando salgo fuera la poso tumbada en el suelo al lado de Ranjit y de Luna, que está con el móvil en la mano intentando llamar.

—Voy contigo a por Dylan, pesa mucho. No vas a poder.

—Ni en broma. Ya me las apañaré. Tú quédate con ellos.

Cojo aire fuerte antes de volver a acceder y corro de nuevo adentro sin darle más opciones a Luna. Efectivamente, Dylan pesa mucho y opto por arrastrarlo tirando de sus axilas. Eso me obliga a respirar más veces y siento que el gas me nubla el pensamiento y me deja sin fuerzas. Los músculos no quieren responderme. Me estoy intoxicando. Miro a la puerta. Me quedan unos veinte metros. Escucho a Luna gritar mi nombre y distingo a Lucas, un compañero del departamento de al lado, que se dirige a la entrada. Le da al interruptor. Instantes después, una explosión me taponan los oídos y todo se apaga.

Capítulo 29

Sin ti, sin mí

Luna

No te das cuenta de lo que tienes hasta que lo pierdes. No lo he perdido, pero sentí que sí y mi mundo se vino abajo. Me recuerdo gritando y llorando, y a la vez intentando entrar para sacarlos de allí, y brazos que me sujetaban y me lo impedían como cadenas. Lo que no consigo recordar es exactamente lo que salía de mi garganta. Estaba fuera de mí. El susto que traspasó mi piel e invadió cada molécula de mi anatomía nunca lo olvidaré. No estoy preparada para tanta tragedia; desconozco si alguien lo estará, pero yo no. Cuando vi aquella bocanada de fuego surgir tras esa explosión, el miedo más ferviente se apoderó de mí. Habría entrado, desde luego que sí. Amo a Eneko más que a nadie en el mundo. Llevo años suspirando por él y ahora que lo tengo junto a mí comprendo que era lógico que lo anhelara de tal forma sin haber estado con él; estamos hechos el uno para el otro y prometo que antes nunca habría dicho algo así, que puede sonar infantil, romántico y ñoño, pero lo que existe entre ese hombre y yo es de otro mundo.

Primero sacaron a Eneko y después a Dylan. Dos compañeros del departamento de al lado entraron instantes después de la explosión. Me tumbé a su lado. Respiraba, pero estaba inconsciente y lleno de humo, lo toqué y abrió los ojos atravesándome, con las pupilas fijas en mí.

—Perdóname —me dijo antes de volver a dormirse con una sonrisa tranquilizadora en los labios. Lo besé, sí, delante de todos, hasta de Gloria, que acababa de llegar corriendo junto al equipo médico de la empresa. Lo vieron, pero hasta hoy, cinco días después, nadie ha dicho nada.

Tuvieron suerte, la explosión fue dentro del cuarto de pruebas y los pilló lejos. Tanto Dylan como Eneko, excepto por contusiones y varias heridas provocadas por la onda expansiva, están bastante bien.

Los llevaron al hospital y cuando me dejaron entrar en el box de urgencias me encontré con sus preciosos ojos abiertos. Le pregunté si se acordaba de algo y de haberme pedido perdón, me dijo que sí y la razón: porque pensaba que iba a morir y se disculpaba por hacerme sufrir.

Hoy nos ha llamado Gloria para explicarnos que el parte de los investigadores dicta que el fuego fue provocado por hidrógeno y que al encender la luz estalló. Esta vez no todos los ratones murieron, algunos han sobrevivido, pero ya no sirven para el estudio. Toda una calamidad. De nada ha servido tanta medida de seguridad, han vuelto a acceder al laboratorio cuando han querido.

Si para algo ha servido este accidente es para que nos quede claro que ninguno del equipo es el traidor, porque no habría puesto en juego su vida, y realmente dudamos de que sea Gloria; por tanto, estamos más perdidos que una torrija de leche en agosto. Aunque también te digo que en estos momentos me da bastante igual. Yo solo quiero vivir tranquila, tener a mi hijita sana y salva y a Eneko junto a nosotras, y que le den al espionaje.

Clara me pega una patada. Hace media hora que me he comido un bizcocho que me ha traído Sol y se ve que el azúcar la ha despertado.

Eneko descansa en la habitación. Le han pautado varios calmantes y duerme dieciocho horas al día; dice que está haciendo la mayor cura de sueño de la historia. No sé qué va a ser de él mañana. Se va de viaje a Escocia una semana por un congreso. No ha querido cancelarlo porque es importante, pero no lo veo yo con muchas fuerzas. Él sabrá. No quiero convertirme en una novia pesada que por la preocupación lo atosigue y le corte las alas, aunque de buena gana le rogaba de rodillas que no se fuese, pero en fin, es lo que toca: respetar el espacio vital y apoyarlo en el terreno laboral es lo mínimo que se puede hacer para hacerles la vida más fácil a la persona que quieres. Su carrera profesional siempre ha sido muy importante para él, y si alguien puede entenderlo soy yo, que siento lo mismo.

Sol ha estado contándome sus aventuras en su nuevo trabajo. Parece que ha entrado con el pie derecho y aunque está un poco verde sus compañeros la ayudan en todas sus dudas.

La veo muy bien, incluso más joven. Sol es una mujer muy guapa, tiene un pelo ondulado precioso, con un rubio a lo californiano natural, y sus ojos

brillan desde lejos. Aunque su color sea oscuro, tienen más vida y chispa que muchos claros, y en su rostro se lee toda la amabilidad que hay por dentro. No conozco a nadie tan servicial y dulce.

—No te he contado que me crucé con Joseba.

—¿Te cruzaste? —Uso el sarcasmo, seguro que se pasó la mañana pegada a la ventana.

—¡No! En serio... Me encontré con él en la puerta del colegio. Su hijo va a la clase de Iris y yo ni cuenta le había hecho. De todas formas, es el primer año. ¿Te acuerdas de que Iris nos contó que tenía un compañero nuevo que no tenía madre porque había fallecido en un accidente?

—Sí.

—Pues ese. La atropellaron. Me lo contó tomando un refresco en el parque.

—¿Cuándo te lo dijo? ¿Ya habéis quedado?

—No, este lunes fue cuando lo vi.

—¡Cuéntamelo todo!

—No, si no pasó nada. Él me vio primero y se acercó. Estuvimos hablando hasta que salieron los niños y luego nos fuimos al parque a que desfogaran. Es un tío supermajo.

—¿Y? ¿Nada más?

—¿Nada más? ¿Qué quieres?

—Una cita.

—¡Ufffff! Es mal momento para los dos, yo todavía no me he rehecho del palo de mi divorcio y él perdió a su mujer hace menos de un año. No creo que esté para líos.

—La vida sigue, aunque duela. Te entiendo, pero no lo pierdas de vista.

—No lo haré. Me gusta... Cambiando de tema, ¿qué tal tú con tu Eneko? ¿Qué tal la convivencia?



Le he preparado una cena riquísima a Eneko que consiste en llamada de

teléfono a una cadena de *pizzas* y he elaborado una ensalada sabrosísima. Nos reímos de mis artes culinarias.

Ya está mejor. Le quedan algunas marcas en la cara y en el cuello, pero con todo lo dormido en estos días se ha recuperado de escándalo. Hoy toca noche de despedida porque mañana se va a Edimburgo. ¿Cómo es posible que antes pudiera vivir sin él y ahora una semana me parezca una eternidad?

—¿Quieres que veamos una serie o nos vamos a la cama? —me pregunta en plan meloso besándome un hombro.

—¿Aún tienes ganas de cama si has dormido más que una tortuga en invierno?

—No es a esa cama a la que me refiero, tontita.

Lo miro. Está despeinado y me encanta, porque solo yo puedo verlo en modo estar por casa. Dos semirrizos le caen sobre la frente y lo hacen parecer más joven y despreocupado. Lleva por pijama una camiseta blanca de pico y un pantalón cómodo gris de algodón que le marca su culito y me vuelve loca. Siempre he repetido que me gustan los hombres con traje hasta que he visto a Eneko en pijama y mis eslóganes se han venido abajo.

—Voy a echarte de menos —le digo en un arranque de sinceridad.

—Cuando quieras darte cuenta, estaré aquí y no volveré a irme en meses. Clara y tú os vais a cansar de mí.

—Pues por Clara no puedo hablar, pero por mí sí y ya te digo que no.

Me acerco y lo beso en los labios. Mi deporte facial favorito, seguro que tiene que rejuvenecer. Besar a este hombre te quita las arrugas, fijo. Suena mi móvil, un mensaje y no es de un chat. He aprendido a diferenciar el sonido y si no es de un chat, que suele ser una petardez, tengo que mirarlo. Eneko, que me conoce, me lo pasa; está a su lado del sillón. Puede que sea mi hermana Estrella para confirmarme que esta semana se viene a vivir conmigo. Lo desbloqueo. Es un teléfono desconocido... qué extraño.

—¿Quién te manda dibujitos a estas horas?

—Ni idea... —le respondo sincera. El WhatsApp trae varios emoticonos que no entiendo ni me esfuerzo en hacerlo. Me llega después un audio. Justo Eneko se levanta porque pita la nevera. Estos electrodomésticos nuevos son un verdadero tostón.

Cuando regresa, trae un bote en las manos.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—Un aceite corporal que está pidiendo a gritos una piel para ser vertido.
Me río.

—¿La mía?

Eneko balancea el bote en vertical, como diciendo que sí. Me levanto del sillón rauda y veloz, para una embarazada de ocho meses y medio, y dejo mi teléfono en el sillón.

—¿Quién era?

—Nadie importante —le respondo.



Estrella tiene la empatía de un terrorista. No entiende que cargo en mi cuerpo otro ser humano con el que comparto mi sangre y que después de cenar el sueño me puede, y se enfada porque no sigo la serie. Ya me ha despertado a codazos dos veces. A la tercera se lo come, verás tú. Con lo mal que duermo luego en la cama y lo bien que me sientan estas siestecitas.

Soy un rollo, sí, pero ¿qué esperaba? ¿Fiestas de pijamas todas las noches? ¿Ambientazo festivo en plan *El hormiguero*? De todas formas, Estrella siempre ha sido la más intensa y sentida de los tres hermanos. Si te viene con una canción, más te vale escucharla de principio a fin y sin abrir la boca para decir nada, porque como lo hagas, se enfada. Con las películas sucede igual, no puede uno levantarse a por algo porque la detiene y te espera para que no te pierdas nada. En el cine más te vale estar calladito o el bote de palomitas acaba en tu cabeza. Ella dice que sabe apreciar el arte y nosotros no, yo le respondo que no hace falta concentrarse como en selectividad para oír a Melendi, cuestión de genes.

Somos diferentes, pero adultas, y más me vale no volver a dormirme o salimos discutiendo como cuando éramos pequeñas y nuestros *hippies* padres dejaban que resolviésemos solas nuestras batallas.

Miro en mi teléfono para intentar espabilarme. Hoy no he tenido noticias de Eneko y ya hasta mi cuñada Sol me da la razón. Algo le pasa. Está frío no,

congelado como un guardia real inglés. Desde que se fue, hace ya cinco días, apenas hemos hablado. Me envía algún mensajito que otro y, como decía de pequeña, voy que chuto. El primer día lo llamé yo; el segundo, también; el tercero, insistí y solo obtuve monosílabos, así que hice regresar a mi dignidad y no he vuelto a marcar su número. No entiendo qué es lo que ha podido pasar para convertir nuestra relación en un «buenos días, buenas tardes, buenas noches», pero espero que se le pase cuando regrese y podamos hablar. No siempre me veo así de serena, hay ratos en que parece que me pican las manos si no cojo el móvil y lo llamo. Para detenerme está mi hermana Estrella, el amor propio hecho carne, que no me permite sucumbir ante la depresión que padecen mis mariposas por la ausencia de Eneko.

¡Uohhh! ¡Esta ha dolido! Mi vientre se ha contraído una barbaridad. El otro día fui a monitores y me dijeron que tenía bastantes contracciones y que el parto podía ser inminente. Llámame loca, pero ahora que se acerca me da miedo. Al principio solo piensas en que el embarazo vaya bien y para el parto queda mucho, pero ahora que no, las imágenes de mujeres gritando y las historias de niños con vueltas de cordón y con anomalías neurológicas me persiguen. Yo tengo claro que quiero la epidural y más me vale que puedan ponérmela, porque como duela un poco más de la contracción que acabo de tener, de la que todavía me quedan resquicios, me parto en dos o incluso en diez.

Suena un pitido. Miro rauda mi móvil, pero no hay nada nuevo, era el de mi hermana. La observo con detenimiento porque ha puesto cara de póker.

—¿Quién es? —intento sonsacarle algo.

—Es Brais.

—¡Ahh! ¿Y por qué esa cara?

—La cosa se está complicando entre nosotros.

Y en mi tripa también. Me acaba de atizar otra contracción que casi me caigo del sillón y encima he disimulado para no perder la atención de Estrella, para una vez que se abre...

—¿Hay algo entre vosotros que no me hayas contado? Hasta donde yo sé, sois amigos, ¿no? —le pregunto cuando el dolor me deja hablar.

—Eso es lo que pensaba yo —resopla—, pero parece que ahora él no lo tiene tan claro.

—¿Y eso?

—Pues después de lo que me pasó —se muerde los labios—, él ha sido un gran apoyo, es mi mejor amigo y siempre lo ha sido, pero creo que ha confundido mi necesidad de rodearme de personas en las que confío plenamente con algo más.

—¿Pero eso es que le gustabas de antes?

—No, mi violación no solo me ha supuesto un antes y un después a mí, a los que me queréis también y Brais es uno de ellos. Dice que se ha dado cuenta de que estamos hechos el uno para el otro y que ha nacido para cuidarme.

—¿Y tú qué sientes por él?

Mi hermana estira uno de sus rizos y después lo envuelve en su pelo mientras piensa qué responderme.

—Yo no sé lo que siento ni tampoco voy a esforzarme en hacerlo. Lo que menos deseo ahora es una relación. No tengo nada que ofrecer.

—Pero eso debe decidirlo la otra persona, ¿no crees?

—No me importa, Luna. Yo no puedo, no me siento bien conmigo misma. Como cuando te despiertas con la garganta sucia y toses y toses pero no terminas de aclararla, así me encuentro yo. Estoy mejor, pero en el terreno sentimental el telón está más que echado de momento y no pienso abrirlo por un tiempo. Voy a centrarme en la oposición y en ser policía.

—¿Se lo has explicado a él?

—Tal cual, pero dice que no está de acuerdo y que no piensa rendirse, y, sinceramente, está comenzando a agobiarme. Además, que odio que me traten como a una maldita muñeca de trapo rota; lo que necesito a mi alrededor no es pena, es coraje.

Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla.

—No lo pierdas, Estrella. Habla con él, no te canses de explicárselo hasta que lo entienda, pero no te deshagas de Brais, es alguien importante para ti.

—Te prometo que estoy intentándolo, Luna... —se le toma la voz—, es que es muy pronto.

Ahora la abrazo con fuerza. Ver a mi hermana tan alicaída me parte el alma.

—Vas a lograrlo, vas a salir de esta, tú eres mucho más fuerte de lo que crees y cuando estés preparada tendrás pareja. Ese desgraciado no va a quitarte la maravillosa opción que es amar a alguien.

—Pareces Corín Tellado.

—Y eso que me pillas en horas bajas, si hablamos hace tres días... En serio, estar con Eneko me ha hecho darme cuenta de lo bonita que es la vida. Todo se ve más brillante.

—¿Como cuando le echas al bocadillo de cinta de lomo el aceite de la sartén? —bromea y me hace reír, pero otra contracción acalla mi guasa.

—¿Qué ocurre? —se preocupa mi hermana.

—Que Clara está a tope... Todavía me pongo de parto.

La cara de Estrella palidece.

—No, creo que estoy cansada. Con tu permiso, me voy a dormir.

—Permiso concedido.

Quizá haya sido la conversación, porque cuando me meto en la cama escribo en el móvil a mi novio:

¿Qué tal el día? ¿Va todo bien?

Veo que está escribiendo. Al minuto obtengo respuesta.

Sí, muy bien.

No me corto, estoy cansada de esta situación.

¿Qué te pasa conmigo? Es evidente que algo te sucede.

Tarda en responderme.

Ya hablaremos.

No me dejes así, por favor. ¿He hecho algo que te haya molestado?

Estoy cansado, Luna. Cuando regrese hablamos.

Un nudo de preocupación me asola.

¿Me quieres, Eneko?

Claro que te quiero, Luna...

Ya hablaremos. Voy a descansar.

Hasta mañana.

¡No! ¡No te vayas! Me estás preocupando y no me ayudan en nada tus respuestas.

Luna prefiero hablarlo contigo cara a cara.

¿El qué?

No. Ya hablaremos.

¡Eneko! Necesito descansar, estoy agotada y tus respuestas no me están ayudando nada.

¿Te encuentras bien?

¡¡Te estoy diciendo que no!!

No me preocupes... ¿tienes contracciones?

Borro acelerada mi respuesta, que decía que no, y opto por otra que he sacado de su propio botiquín:

Ya hablaremos.

Y apago el teléfono como una señora.

Capítulo 30

A la Luna en bicicleta

Hoy no logro concentrarme en la exposición que está haciendo Jimmy Hodges, un investigador increíble y una de las razones por las que decidí elegir este congreso. Llevo dos días sin saber nada de Luna, y pensar que pueda estar de parto y no me haya avisado me tiene la cabeza fundida.

Reconozco que he estado distraído esta semana, mis razones tengo, pero que no me responda a ningún mensaje desde hace dos noches, cuando únicamente le pregunto por su estado, es mezquino. Me odiaría a mí mismo si no la acompaño en el nacimiento de Clara; sé que a ella le generaba mucha angustia el momento del parto y yo quiero poder tranquilizarla o al menos intentarlo, aunque pensándolo bien, según están las cosas entre nosotros igual la saco de quicio.

La gente de mi alrededor aplaude y yo la imito sintiéndome fatal por haber estado tan distraído. Conozco a Jimmy desde hace tiempo y sus ponencias suelen ser brillantes; me imagino que la de hoy lo ha sido, pero yo estaba en otro mundo, mi tónica general de esta semana, desde que vi a Luna hacer aquello.

Luego he quedado con él y otros amigos investigadores para comer e intentaré sortear el temporal si me pregunta algo de su ponencia, aunque no creo; sería muy petulante por su parte y Jimmy es la honestidad hecha persona. En este tipo de ambientes hay mucho de todo y gente con ínfulas de Nobel te encuentras en cada esquina, algo que aunque lo tolero mejor que otros no me complace. Prefiero rodearme de investigadores que me aporten algo más a la conversación que sus éxitos.

Salgo acompañado de dos amigos y charlamos mientras esperamos a que Jimmy se nos una. Ya han acabado las ponencias, esta tarde habrá una merienda-cena y mañana regresaré a casa...

Miro de nuevo a mi alrededor porque algo ha hecho sonar mis alarmas,

como cuando sabes que algo no cuadra en el problema que estás resolviendo. ¡Ahí está! Es Morgan Buenavista, el nuevo fichaje de DMS. Está mirándome y lo saludo con la cabeza. Viene hacia mí y cuando llega me tiende la mano.

—Buenos días, Eneko.

—¡Qué sorpresa! No lo había visto por aquí antes.

—No, vine ayer, quería escuchar a Jimmy, es amigo mío desde hace años.

—¡Ahhh! —Me sorprende, pero intento disimularlo—. Yo también.

—Lo sé... otra de las razones por las que me he decidido a venir —sonríe.

Justo en ese momento sale Jimmy del salón de actos y todos nos acercamos a darle la enhorabuena.

Miento como un bellaco y lo felicito por su exposición. Morgan le da la enhorabuena detrás y Jimmy intenta presentármelo, pero le explicamos que ya nos conocemos. Juntos partimos a comer.



Cuando llegas tarde a una cena del trabajo y te toca sentarte con el compañero más estúpido, pues igual, no me lo quito de encima. He hecho todo lo posible para alejarme y al final he acabado situado al lado de Morgan. Es bastante amable, todo hay que decirlo, y parece inteligente, pero trabaja donde trabaja y eso le resta muchas opciones de ganarse mi simpatía.

—¿Qué tal la doctora Luz? Ya debe de quedarle poco para tener a su bebé, ¿no?—me pregunta el susodicho.

—Cuestión de semanas...

—¿Sigue trabajando?

—Sí, desde casa. Es una investigadora fantástica.

—Y comprometida, por lo que veo.

—¿Cómo? —No sé a qué se refiere...

—Pues que está muy implicada con su trabajo; a estas alturas muchas mujeres ya no pueden trabajar.

—¡Ahh!

—No sé si sabes que ya no estoy en DMS.

Esto me sorprende tanto que dejo el tenedor a un lado del plato para mirarlo atentamente.

—No, lo desconocía por completo. ¿Y eso? Si no es indiscreción.

—No; de hecho, quería hablar contigo y avisarte...

—¿Avisarme de qué?

—De su mala praxis. Me habían informado ya de ellos, aunque decidí darles un voto de confianza. Pero tenían razón, llevan el espionaje entre marcas a un grado vergonzoso del que no estaba dispuesto a formar parte.

—Ya, a nosotros nos tienen fritos...

—Vosotros sois su foco de atención, hoy por hoy, y se valen de cualquier método para obtener información. Es deleznable.

—Lo sé... Usaron incluso a mi hermano para robarme información. — Nunca creí que diría esto en alto, pero quiero que Morgan me cuente más y para eso he de mostrarme confiado.

—Algo he oído. No tengo pruebas, pero sé que están detrás de la explosión. Cuando oí aquello, dimití.

—Entonces te has ido hace poco.

—Sí, la semana pasada.

Voy al grano.

—Nosotros sospechamos que hay un topo entre nosotros. ¿Tú has oído algún nombre?

Morgan me mira y después corta un pedazo de solomillo y se lo mete en la boca. Yo hago lo mismo. Sé que sabe algo y está pensando si decírmelo o no.

—No puedo asegurarte nada, Eneko... Pero oí el nombre de Luna.

—¿Luna?! ¡No, no puede ser!

—Creo que la utilizan a través de un intermediario. Los oí hablando de que tenían que avisar al contacto de Luna para que ella les inyectara potasio a los ratones.

—¿Cómo?! —El latido cardiaco se me ha acelerado de por vida.

—Yo solo te digo que si vuestros ratones fallecieron por potasio fue Luna, porque eso lo oí perfectamente. Pero no sé, sonaba raro... como si ella

no lo hiciese voluntariamente. Quizá estén chantajeándola, es lo único que puedo decirte.

—Gracias. Ahora tengo que digerirlo...

—Eneko, no te precipites, saca tus propias conclusiones. Te veo afectado y yo solo te hablo de partes de conversaciones que oí. Es posible que esté equivocándome. Ellos tenían mucho cuidado al conversar, pero como yo andaba con la mosca detrás de la oreja, algo pillé.

 Mi móvil suena. Es un teléfono desconocido. Lo descuelgo y así desconecto de este impacto:

—¿Sí?

—¿Eneko?

—Sí, soy yo.

—Hola, Eneko, soy Sol, la excuñada de Luna... He pensado que deberías saber que Luna está de parto desde ayer.

—¡¿Cómo?!



Llego al hospital siete horas después. Indescriptible lo largo que se me ha hecho cada minuto. Ha sido el calvario más grande que he vivido nunca. Hasta he perdido las formas varias veces con los operarios del aeropuerto, y encima he volado con Ryanair, que no callan durante todo el vuelo, que más bien parece un mercadillo, y estaba que echaba chispas.

Nada más bajar del avión he hablado con Sol, que me ha informado de que se han llevado a Luna a practicarle una cesárea porque no dilataba y parecía que Clara venía con vueltas de cordón.

Subo a donde me ha explicado, tirando de mi maleta, porque no he pasado por casa, muy, muy nervioso. Mi corazón late a mil por hora y un miedo desconocido invade todo mi organismo haciéndome tiritar por dentro, como si mis órganos vitales estuviesen bailando un chotis. Veo la sala de espera que me ha descrito Sol y no tardo en entrar. Allí me encuentro varias

caras conocidas: su cuñada, Estrella y Júpiter.

—¡Hola, Eneko! —me saluda Sol nada más verme y se adelanta a darme un abrazo.

Los otros dos se dan cuenta más tarde y me saludan, pero se les nota muy nerviosos.

—¿Sabéis algo?

Se miran entre ellos, pero ninguno habla. Algo pasa.

—¿Qué sucede?

—La niña está bien, ya ha nacido y dicen que está perfecta —habla Sol.

—¿Y Luna?

—Sigue en quirófano porque nos han dicho que está sangrando mucho. Hace diez minutos salieron a informarnos de que corre peligro su vida y que es posible que se vean obligados a quitarle el útero —me informa Júpiter con mucha tensión.

Busco una silla porque mi sangre ha dejado de circular. Llego a duras penas y apoyo la cabeza en la pared. Me concentro en respirar, siento que estoy al borde del colapso. Oigo como su familia intenta serenarme, pero ni el mismísimo Buda podría ahora mismo calmar mis nervios. Puede que la pierda, que pierda al amor de mi vida, y eso no es viable. Me niego. No, no puede ser. Una lágrima seguida de otra y otra se escapan de mis ojos. Estoy llorando de miedo. Algo me dice que jamás voy a volver a besarla, que nunca más la tendré entre mis brazos para poder decirle cuánto la quiero, que su risa se perderá para siempre y que su piel dejará de sentirme. Me ahogo.

—Schhsss, tranquilo, Eneko; mi hermana es fuerte, ya lo verás —oigo a Estrella—. Ella estaba loca por ser la mamá de Clarita y nada ni nadie se lo va a impedir. Confía en ella.

Eso último me hace temblar por dentro y sentirme culpable. Ahora me percató de que he antepuesto mi trabajo a ella, de que me he distanciado cuando más me necesitaba por las sospechas, ignorando que todo lo que tengo en la vida ahora mismo son ella y la pequeña. Me da igual si es el topo, me da igual si les pasa información, sé que si lo hace es por presión, por chantaje o por miedo, pero prometo que todo eso ahora mismo me da igual.

Se abren las puertas del quirófano y sale una mujer con rostro amable.

Los tres caminan rápido hacia ella y yo hago lo que puedo.

—¿Qué tal está, doctora? —pregunta Júpiter.

—No, yo soy la matrona. A Luna siguen operándola, salgo a decirles que ya pueden ver a la pequeña Clara, si quieren.

Los cuatro nos miramos... Una voz interna me pide que vaya, que tengo que ser fuerte y arropar a esa pequeña que es hija de Luna y de mi hermano, y que Luna querría que acompañásemos a la pequeña en los primeros momentos de su vida.

—Voy yo —digo en alto.

—Y yo —oigo a Sol.

—Muy bien, pues síganme —sonríe la matrona—. Es una niña preciosa, ya lo verán.

Sol les pide que nos avisen con lo que sea. Me da la mano para infundirme energía y salimos caminando detrás de la matrona. Un minuto después, llegamos a una sala con varias cunitas transparentes y algunas incubadoras. La joven matrona se dirige a una de ellas y nada más llegar, sonrío y enuncia:

—Esta es Clara. Está preciosa. Pueden cogerla, nosotros recomendamos practicar el piel con piel, que alguno de los dos se quite la camiseta y pegue al bebé a su pecho; eso los reconforta y los relaja. Sol me señala que me la quite yo y la obedezco.

Me desnudo de cintura para arriba y la matrona me indica que me siente en una butaca. Sol coge a Clara, y la veo llorar emocionada, y después me la posa en los brazos. Cuando la tengo y la miro por primera vez, mi mundo se para. Clara hace una muequita con la boca y estira un brazo para posar su pequeña manita en mi pecho, y la matrona nos cubre con una manta.

Nunca he sido muy bueno para los parecidos, pero esta niña es clavada a Edu, tiene sus ojos y su boca. Vuelvo a llorar. Tendría que ser él el que estuviese con ella ahora, y no lo digo de malas, lo hago con pena, mucha pena de que mi hermano se haya perdido este momento, de que nunca vaya a conocer a su hija.

—Es preciosa —susurra Sol con la voz tomada.

—Es una copia de Edu, Sol, te lo prometo —continúo llorando.

—¿Por eso estás así? ¿Te recuerda a él?

—En parte sí, me da rabia que ella nunca vaya a conocer a su papá.

—Tú eres su papá, Eneko, y Luna, su mamá. Vais a formar una familia preciosa.

No le respondo. Me concentro en mirar a esta preciosidad que no deja de hacer gestos y que parece que ha encontrado en mi pecho su rincón favorito, y en rezar a todos los dioses para que su madre no nos abandone.

Capítulo 31

El cielo a mi favor

¿Luna?

Me siento débil y a la vez enérgica, creo que se debe a toda la luz del sol que hay por aquí, tanta que como no llevo gafas me cuesta ver con claridad. He debido de golpearme la cabeza o algo, porque no recuerdo nada ni me esfuerzo en hacerlo, es tanta la paz que siento ahora mismo que todo me la trae floja, solo quiero disfrutar de este maravilloso día de sol.

Es curiosa la vida, vamos tan acelerados que obviamos lo verdaderamente importante. Nos colgamos de una liana cargada de responsabilidades y no bajamos nunca al suelo para ver que aquí, en la tierra, se ve todo desde la perspectiva correcta. No somos más que seres vivos rodeados de un inmenso planeta que gira y gira hagamos lo que hagamos nosotros. Nuestra existencia es tan ocasional como una tormenta que llega, se hace ver y se va. Las tormentas se olvidan, a nosotros también.

Me llamo Luna, eso lo sé. Lo recuerdo. Y que amo a un hombre llamado Eneko con todo mi corazón. ¿Dónde está él ahora? No lo sé, pero no me preocupa; me siento tan bien que nada malo puede estar pasando. Amo también a mi hermana Estrella y a Júpiter, y a mis sobrinos, Iris y Elián, y a mis padres; son muy *hippies* y a veces me han sacado de quicio, pero hoy sé que los quiero tanto que duele, aunque hoy no me duele nada. Estoy más viva que nunca.

Tarareo una canción de mi adolescencia, *El sitio de mi recreo*, de Antonio Vega, y me dejo llevar por las sensaciones que el césped en el que me encuentro tumbada me ofrece. Está fresco, pero a la vez suave. Miro al cielo, creo distinguir alguna nube, pero la luz es tan intensa que puede con ellas y las atraviesa sin esfuerzo. Me repito que es un día precioso y la suerte que tengo de estar viviéndolo.

«Un, dos, tres, duerme», escucho una voz desconocida...

¿Qué ha sido eso? Me ha parecido un recuerdo que tenía oculto en algún lugar de mi memoria. Algo me dice que he de volver a él. Me esfuerzo en conseguir rescatarlo.

«Obedecerás sus mensajes».

¿Qué? No entiendo qué es, pero la voz es irreconocible, aunque me provoca cierto escalofrío y ensucia en parte lo bien que me sentía hoy. No puedo quedarme así, he de llegar a la clave de esto. Me esfuerzo aún más en evocar ese momento. ¡Vamos, Luna!

¡Yaaa! ¿Qué?

Acabo de ver a Edu a mi lado y al propietario de esa voz. Todo se aclara. Una cascada de recuerdos ocultos en mi conciencia me asalta y se ordena en mi cabeza. Me asusto. Mucho. No puede ser.

¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?

Un rayo atraviesa mi pecho y me hace vibrar todo el cuerpo. Me voy.

Capítulo 32

¿Por qué es tan cruel el amor?

Eneko

La he perdido.

Me seco la cara tras empaparla de agua en el baño del hospital para intentar volver a la realidad. Luna se ha ido. Durante segundos, según nos han indicado los médicos, ha perdido la vida y han tenido que aplicarle el desfibrilador. Menos mal que ha respondido y ha decidido regresar, pero hemos estado a punto de perderla para siempre. Vuelvo a llorar desconsolado. Me apoyo en la pared y me escurro poco a poco para caer de culo y esconder mis lágrimas entre las manos. Siento tantas cosas que no puedo traducirlas, pero es un cóctel molotov de alivio, miedo, felicidad y angustia que me rompe en dos.

Ahora está en la UCI y han pasado sus hermanos a verla. Sol se ha quedado con Clara y yo me he venido al baño que hay al lado de la sala de espera de la UCI para desahogarme.

Nos han dicho que creen que no habrá secuelas, pero depende del tiempo de hipoxia al que haya estado sometido su cerebro. Me da igual, yo solo quiero que ella me mire de nuevo aunque solo sea una vez, pueda o no hablar, pueda o no moverse; solo quiero encontrarme con sus ojos y traspasarle todo lo que la necesito y la amo.

Hago un esfuerzo por levantarme y salir del baño para ver si sus hermanos han regresado y pueden decirme algo. Justo cuando llego, sale Estrella de la UCI; parece que tiene buena cara. Camino hacia ella.

Me abraza y al instante siento que se ha echado a llorar desconsolada. La abrazo fuerte. Estrella parecía la más entera de todos, pero ya le ha llegado el turno y se ha derrumbado.

—He pasado tanto miedo...

—Ya pasó, tranquila.

—Creí que nunca volvería a verla —llora—. Está bien, Eneko, nos recuerda a todos, nada más vernos nos ha preguntado por Clara.

Inspiro hondo e intento que la tranquilidad llegue a mi organismo.

—Menos mal.

—Después ha preguntado por ti.

Algo llamado felicidad me invade.

—Quiere verte. Por eso he salido tan pronto. Quiere hablar contigo.

Me despego de ella.

—¿Puedo pasar ya?

—Pues claro, ¿a qué estás esperando? Está en la cama ocho.

—¿Estarás bien?

—Sí, sí —me dice secándose las lágrimas—. Ya se me ha pasado. Voy a buscar a Sol para que venga a verla y así conozco a mi sobrina.

Me despido de ella dándole un beso en la frente y accedo por el pasillo para entrar a la UCI. Por el camino refresco lo mal que me he portado estos días con Luna. Podría haberle pedido explicaciones y seguro que nos habríamos ahorrado la distancia que yo mismo dirigí y que ella, al final, entendió y asumió. No me avisó de que estaba de parto y sé que es porque estaba enfadada conmigo, pero yo no podía decirle por teléfono que la última noche que pasamos juntos la pillé rebuscando en mi maletín y haciendo fotos a varios documentos y a mi agenda. No, necesitaba decírselo cara a cara para valorar su expresión. ¿Y ahora? Hoy todo ha cambiado, me importan un bledo el laboratorio, la investigación y mi carrera, solo quiero a Luna y su pequeña criatura a mi lado. Solo ellas pueden hacerme feliz.

Entro en la unidad y miro alrededor. Hay unas doce camas en los extremos y en el centro un mostrador alargado con muchos ordenadores y personal sanitario escribiendo en ellos. Busco el box ocho y no me es difícil, porque veo a Júpiter, que me saluda con la mano con una sonrisa relajada. Otro que ha mantenido la tensión a golpe de suspiros y chasquidos de mandíbula y que de esta va a tener que ir al dentista. Camino hacia allá un poco asustado porque no sé qué voy a encontrarme.

La veo. Pálida, demacrada, cansada y a la vez tan bonita que acelero los pasos para poder tocarla de una vez. Luna me mira con un amago de sonrisa

y mueve las manos indicándome que me acerque a ella todo lo que pueda.

—Luna, mi amor... —le digo al llegar al borde de la cama y cruzar nuestras miradas.

—Os dejo solos. —Oigo a Júpiter alejarse con la voz tomada por la emoción.

Me agacho con cuidado de no lastimarla y, aunque pretendía darle un pequeño beso en la mejilla, en el último momento beso sus labios, que, aunque secos, sé que son donde quiero pasar el resto de mi vida.

—Te quiero, te quiero y te quiero. No vuelvas a hacerme esto —le susurro en la boca.

—Eneko. —Suspira y sube el brazo que tiene libre de sueros a mi espalda para abrazarme—. Yo también te quiero, tonto.

—Perdóname, por favor, he sido un payaso.

—No, perdóname tú a mí el susto que te he dado...

Me separo un poco para mirarla. Nuestras pupilas se enlazan y le doy gracias al cielo de que me la haya traído de vuelta para poder volver a sentir lo que ella consigue con solo posar sus ojos en los míos. Todo mi mundo se tambalea.

—Hoy sé lo que es el terror. Hoy lo he aprendido. No puedo perderte, Luna.

—Ni lo harás. Voy a darte mucha guerra —sonríe—. ¿Has visto a Clara? —me pregunta.

—Sí, he estado dos horas con ella, haciendo el piel con piel; es preciosa, perfecta y tuya.

Luna suspira emocionada.

—¿Tiene todos los deditos?

—Sí, tiene de todo y más, es la bebida más guapa que he visto en mi vida.

—¿Y lloraba?

—No, estaba muy tranquila... creo que le gusto.

Sonríe. Después su rostro se ensombrece, creo que de dolor.

—Mis hermanos no me han dicho mucho... ¿Qué pasó?

—Tu útero, debido al esfuerzo del parto, no se contrajo bien y perdiste mucha sangre —le resumo los tristes acontecimientos.

—¿Me lo han quitado? —balbuce con miedo en los ojos.

—Estuvieron a punto, pero no, al final lograron parar la hemorragia.

—¿Podré tener...?

—Schsss... tiempo al tiempo, cariño. Ahora tenemos que disfrutar de Clara.

Parece que mi excusa le sirve, de momento.

—Eneko, tengo que contarte una cosa... espero que me creas.

—¿El qué, mi amor?

—Fui yo.

—¿Cómo?

—Fui yo quien mató a los ratones, fui yo quien abrió la puerta para que inyectaran el gas, era yo quien les daba las fechas, las fórmulas, cuando aparecí esa noche fue para filtrar datos, y ¿te acuerdas de cuando robaron en el despacho de Gloria? Pues fui yo también. En Cádiz, la agenda... —Gesticula una mueca de dolor y me busco un hueco en la cama para sentarme. Luna toma mi mano y yo se la agarro con fuerza.

—Tranquila, ya me lo contarás...

—No, quiero hacerlo ahora, por favor; déjame, no sé si lo olvidaré.

—Vale, vale...

—Yo soy el topo, yo; cuando he estado vete a saber dónde, lo he recordado. Yo les pasaba información, pero sin saberlo, Eneko, te lo juro.

El monitor al que está conectada comienza a pitar. Creo que su tensión y su pulso se han acelerado. Una enfermera se acerca, mira la pantalla y apaga la alarma.

—Estate tranquila, preciosa, no hagas muchos esfuerzos que te sube la tensión. Tómate las cosas con calma hoy, ¿vale? —le dice. Luna asiente y espera a que se marche.

—Ya hablaremos, Luna... Yo te vi rebuscando en mi maletín la última noche que pasamos juntos, por eso he estado tan frío, pero te juro que ahora mismo me da igual.

—Me hipnotizaron, Eneko. Tu hermano me hipnotizó.

—¿Qué? —Ahora soy yo el que si estuviese conectado a un monitor habría hecho saltar todas las alarmas.

—Poco antes de fallecer, el día que regresé de Arenas de San Pedro, Edu

me llevó a un espectáculo de hipnosis. Allí me hipnotizaron y han estado jugando conmigo todo este tiempo. Yo robé las joyas de Gloria y se las di a él, ahora lo veo claro.

—Pero ¿cómo?

—Por el móvil... Ellos me envían unos emoticonos que me hacen entrar en trance y después un audio con las órdenes de lo que tengo que ejecutar. Lo recuerdo todo, todo lo que me han hecho hacer. Por eso aparecí esa madrugada en el laboratorio sin saber qué hacía allí; no era sonambulismo, era hipnosis.

—¿Pero eso puede ser?

—Pues debe serlo, porque es lo que me ha estado pasando.

—¡Dios mío! —exclamo.

—Y hay algo más a lo que no le encuentro explicación.

—¿Tienes los mensajes? —le pregunto. Si no te has deshecho de ellos, podemos denunciarlos.

—No, me pedían que los borrara. Eneko, hay algo más...

—Dime. —Llevo la mano a su mejilla para acariciarla y demostrarle que creo todo lo que me está contando, aunque suene a película de Woody Allen.

—Los audios que me ordenaban qué hacer, la voz —adviento su estado de alarma— ... es la de Edu.

—¿Los primeros? ¿Antes de que falleciese? —le pregunto.

—No, los siguientes también.

—¿Estás segura?

—Del todo —afirma de tal forma que la creo al instante.

Solo puedo responder ante su mirada atenta y asustada.

—¿Cómo es posible?

Parte tres

Capítulo 33

Iluso

Luna

Jamás pensé que podría hacer esto pero...

—¡Aaaaaahhhhhhhhh! —grito en la terraza, porque dentro de casa no puedo y era esto o tirarme. Lo prometo. Estoy al límite.

Veo como Eneko me observa desde el salón con Clara cogida en brazos, para variar, y me sonrío. Yo no puedo, de verdad que no. Me va a dar un perrenque. Mi querida hija va a poder con mis nervios a golpe de berrinche. No sé si es que sigo cansada del posparto, aunque ya han pasado dos meses; no sé si es la falta de sueño o el carácter de la pequeña, pero está siendo la etapa más difícil de mi vida, de largo.

Y eso que tengo que dar gracias a mi familia y a Eneko, porque casi nunca estoy sola, pero da igual, Clara puede con todos. Me ha salido tan llorona que yo creo que se le van a quedar surcos en la cara a modo de cicatrices. Clara, si puede, llora, ese es su lema. Si la tumbo, llora; si la siento, llora; si le cambio el pañal, llora; si la meto en la bañera, llora. Así todo. ¿Y yo? Pues también lloro, de desesperación, de angustia y de aburrimiento. Hemos aumentado la humedad del ambiente en mi casa en un treinta por ciento de tanta lágrima. Te introduces en un microclima tropical según cruzas la puerta, y no, no exagero. Vengo observando que a todos nuestros invitados se les caen los mocos, que no la baba, cuando llevan un rato en nuestro hogar y que salen más contentos que los niños al recreo; se dan cuenta de lo bonito de sus vidas sin una criatura aullando a todas horas en tu oído. A veces, cuando se despiden, los envidio, yo también cogía la puerta y salía zumbando... Me estoy viniendo arriba en la queja, pero es que Clara se ha hecho caca antes de que le pusiese el pañal y ha manchado toda la pared, y, encima, la que ha llorado es ella.

Y todavía va la gente y me dice que la disfrute, y yo me planteo si debo de ser el peor ser de la Tierra, porque no le veo lo gozoso a esto. ¿La quiero? A ver, sí, eso sí, pero a veces la regalaba con un lazo y esperaba a que me la devolviesen pasado el año. Porque, además, la gente te miente, yo creo que para animarte, pero a mí me está resultando muy frustrante.

«Tranquila, el primer mes es el más duro», y tu hija cumple treinta días y todo sigue igual o peor, porque acumulas el cansancio.

«Tranquila, son los dos primeros meses, luego se relajan», y ya tiene once semanas y no se ha relajado ni una hora seguida, excepto en brazos, ahí puedes tenerla todo el día y ni mu, pero déjala en el capazo y parece que la electrocuten.

Hoy vamos a ir a un osteópata que nos han recomendado en Villaviciosa y espero que le toque la tecla correcta y se calle. Eneko abre la puerta de la terraza.

—Cariño, vamos a llegar tarde. —Me sonríe y tiende una mano hacia mí.

Voy hacia ellos.

—Siento el numerito —me disculpo.

—Es normal, Luna... A mí no tienes que explicármelo.

Eso es verdad. Eneko está siendo un gran apoyo. Es infinitamente más tranquilo que yo, pero sí admite que la niña es estresante al máximo, por lo que remamos en el mismo barco. Si intentase hacerme ver lo contrario, como sé que hacen otros padres, ya me habría ido a por tabaco y no habría vuelto.

Mis padres... Ellos sí que me alteraron con sus frasecitas.

«Pero si es preciosa, cómo puedes decir que es mala».

«Esta niña llora de hambre, esa teta tuya no la alimenta».

«Pero si no llora, pobrecita».

Menos mal que se fueron hace dos semanas y Eneko y yo recuperamos nuestra recién adquirida independencia. Se me ha olvidado decir que cada día tengo más claro que he encontrado al hombre de mi vida, al tío más comprensivo, inteligente, cariñoso, positivo y tranquilo del universo, y que, a veces, cuando Clara se queda dormida en su regazo, me muero de amor por los dos.



Regresamos a casa y Clara sigue dormida. Kiko, el osteópata, la ha dejado tan relajada que si no lo veo no lo creo. Ha estado tocándole la cabecita y decía que tenía no sé qué bloqueo, y después de llorar media hora seguida, se ha dormido y se ha dejado tratar. Espero que funcione, por Dios.

—¿Quieres que pidamos algo rico de cenar? —me pregunta Eneko accediendo a mí por la espalda y besándome la nuca.

—¡Uhhmm!

—Te noto muy estresada... Yo pediría comida y mientras intentaría quitarte todo ese cansancio que guardas.

—¿Sí? ¿Cómo y dónde? —me río.

Me doy la vuelta para mirarlo a sus preciosos ojos y cuando quiero darme cuenta mis labios se han pegado a los suyos y mis manos juegan con su pelo. No perdemos el tiempo, ignoramos cuánto puede durarnos esta tregua, así que nos desnudamos el uno al otro y en menos de un minuto jugamos en el sillón a darnos todo el placer que nos merecemos. Nadie me besa como él, es otra historia. Sentirme el objeto de su atención, de su deseo y de su única motivación me eleva al cielo de la felicidad plena. No es solo sexo, es unidad, es saber que tienes entre tus manos a la persona que te completa y te proporciona lo máximo que puedes llegar a sentir física y emocionalmente. ¿El futuro? Impredecible, pero indiscutiblemente él es mi mitad.

Mientras recuperamos fuerzas abrazados en el sillón, ya vestidos, porque esta casa parece el pepe de la tía Bernarda y recibe más visitas a diario que el Museo del Prado, me suena un mensaje y es de un número desconocido. Los dos saltamos del sillón para leerlo.

Efectivamente. No tengo registrado este móvil. Eneko me mira y distingo tanta angustia en su semblante que no tardo en desbloquear mi pantalla frente a él y abrir el mensaje.

Es él.

Un globo, una seta, un pez, un semáforo y un muslo de pollo forman la

cadena de emoticonos con los que yo caía en hipnosis antes. Ahora ya no, lo sabía. Su efecto sobre mí se perdió una vez que lo descubrí y acabo de corroborarlo, porque soy totalmente consciente de mis actos. En unos minutos me llegará un audio, eso también lo recuerdo. La orden era que cuando recibiese los emoticonos me alejase para escuchar yo sola el audio. No lo veo todo con claridad, me vienen escenas, retazos de mensajes, pero no en su totalidad; lo que sí sé es quién me los enviaba.

Voilà! Audio recibido. Atiendo a Eneko, que se tapa la cara con una mano, no sé si por nervios, enfado o una mezcla de todo. Yo no me retraso más y le doy al *play*.

«Hola, Luna. Nueva ejecución. En cuanto estimes que nadie puede verte, abrirás el maletín de Eneko y fotografiarás sus últimos informes y las nuevas notas de su agenda. Enviarás las imágenes a este teléfono y al 635667426, y después lo borrarás todo. Recuerda: si corres el mínimo peligro cancela el plan y envíame cualquier símbolo. Una vez ejecutado, lo olvidarás. Gracias y cuídate mucho, y... a la pequeña».

Permanecemos en silencio. Vuelvo a ponerlo y miro a Eneko, que me dice que sí con la cabeza. No hay duda, es Edu.

—Es actual, sabe lo de la niña... —le digo.

Eneko me quita el teléfono de las manos tan ofuscado que no sé qué está tramando, pero no hago nada por evitarlo y lo veo responder con otro audio:

«Ven aquí cagando leches, Edu. Más te vale que vengas».

Y cuando termina teclea algo más y vuelve a grabar en el móvil.

«Te envío ubicación. Eres el cabrón más grande que me echado a la cara».

Recibimos un nuevo mensaje.

«Ok».

Capítulo 34

Sin daños a terceros

Eneko

Este se va a enterar.

Aunque la verdad es que nada que yo pueda hacerle se podrá comparar al inestimable dolor que me provocó él con su falsa muerte.

Llevo tres horas andando de acá para allá sin poder sentarme, hecho un manojo de nervios y rabia a partes iguales. Todavía albergo algunas dudas o posibilidades de que no sea él, de que le hayan copiado la voz y la persona que entre en mi casa no sea más que un imitador, y, puestos a ser sinceros, lo preferiría. Suena feo, muy cruel, pero si he de elegir entre que mi hermano esté muerto o que sea un traidor, chantajista y la peor persona que conozco, escojo lo primero.

Le hemos pedido a la familia de Luna que hoy nos dejen tranquilos y no vengan a ver a la pequeña, porque hasta que no aclaremos de qué va esto no podemos hacer oficial que es probable que Edu no esté muerto.

Estos dos meses han sido largos. Desde que Luna me contó lo que le había sucedido, la creí. Todo cobró sentido. Parecía el guion de una película de James Bond, pero recabando información averigüé que ese tipo de hipnosis existía y, aunque no está muy apoyada por la ciencia, con Luna, desde luego, les ha funcionado.

Fuimos, aparentando normalidad, al lugar donde ella recordaba que la hipnotizaron por primera vez, pero como me temía es una sala de teatro que se alquila por semanas. Luna recordó el nombre del hipnotista: Ginés Adaro, pero no encontramos a nadie con esa identidad. De todas formas, buscamos y buscamos en internet rostros de hipnotizadores hasta que dimos con su foto. Germán Artúa, ese era el apodo real. Me presenté en su consulta. Yo también falsifiqué mi nombre y le pregunté sobre posibles terapias para dejar el juego.

Me creyó y me habló de la hipnosis a distancia, algo que jamás hubiese imaginado.

Hemos estado aguardando a que le llegase un nuevo mensaje, hasta hoy. Escuchar la voz de mi hermano me ha descompuesto el cuerpo. Tengo ganas de matarlo y de abrazarlo a la vez. Me estoy volviendo loco.

Suena el timbre del portero automático. Voy yo. Luna está dando de comer a Clara. Distingo por la videocámara una gorra y unas gafas que me dificultan la identificación. Abro.

Mi corazón late desbocado. Camino a la habitación para contarle a Luna que el muerto ya sube y que no salga hasta que le diga. Ella me pide que me acerque.

—Estate tranquilo, igual hay alguna explicación. Quizá no sea él...

—Algo me dice que sí, Luna. Mi hermano es...

—Dale la oportunidad de explicarse —me interrumpe para destilarme serenidad.

—No sé si podré. Tengo ganas de abofetearlo, nunca he tenido tantas.

Luna se ríe por lo bajini para no despertar a Clara, que desde que hemos regresado de la clínica parece otra.

—Eneko, no hay nada más importante que la posibilidad de que tu hermano esté vivo. No lo olvides, lo perdones o no.

Suena el timbre. Le doy un beso más largo de lo normal porque sé que sus labios son el único bálsamo que puede calmarme hoy. Cierro su puerta y después la del pasillo, y voy respirando conscientemente a abrir.

Cuento hasta tres y giro el pomo.

Me encuentro a un hombre cubierto con una gorra y unas gafas de sol, algo más delgado que mi hermano y con una barba que jamás llevó él. Por un instante pienso que no es, pero cuando se quita las gafas y me enseña su mirada azul, mis dudas se esfuman.

—¡Hola, Eneko! —me dice sonriendo a la vez que se hace a un lado para acceder a mi casa ante mi cataclismo corporal total—. Me gusta tu nuevo barrio.

Yo continúo sin poder moverme.

—Si no te importa, cierra. No es conveniente que nadie me vea.

Como no obedezco y me he quedado plantado en el sitio, es él el que

empuja la puerta y, dándome la espalda, camina para dentro.

—¡Guauuuuu! ¡Vaya choza!

Un huracán de rabia que nace desde lo más profundo de mi estómago me recorre y en dos zancadas me planto delante de él y le meto un puñetazo con todas mis fuerzas.

—¡Eres un hijo de puta! —le añado al regalo de bienvenida.

Edu recibe el golpe con toda la dignidad que puede y no hace ni el amago de responderme.

—Me imagino que me lo merezco.

—Imaginas bien.

Edu me mira a los ojos, se quita la gorra y se lleva una mano a la mejilla golpeada.

—No sabía que estuvieses tan fuerte.

—Ni yo que estuvieses vivo.

—Pues aquí me ves, vivito y coleando —bromea.

—¿Quieres que vuelva a partirte la cara?

—No es mi intención. Solo quería constatar un hecho. No estoy muerto y nunca lo estuve.

—Hasta ahí llego.

—Bueno, ¿me enseñas tu casa nueva o voy a darte las explicaciones pertinentes aquí, en el pasillo, como un vendedor de seguros?

Ignoro sus ganas de guasa y lo adelanto para que me siga al salón. Cuando entramos no estamos solos. Luna aguarda sentada en el sillón y se lleva una mano al pecho de la conmoción.

—Edu...

—¡Luna! —exhala caminando rápido hacia ella, y cuando llega se agacha para abrazarla mientras ella llora y le propina una cadena de pseudopuñetazos en el pecho para separarlo—. Perdona, perdóname —le repite una y otra vez.

—Apártate de ella —enuncio con la voz más grave que he usado jamás.

Edu me ignora y sigue abrazando a mi chica a golpe de peticiones de perdón mientras ella cae derrotada en sus brazos. Cuando quiero darme cuenta, lo he cogido de la pechera y estoy a punto de pegarle la paliza de su vida, pero Luna es más rápida y se sitúa entre los dos gritando que no siga.

Vuelvo en mí a los segundos. Reconozco que verlo abrazando a Luna como si nada me ha descompuesto.

Edu toma asiento en un sillón individual y yo me sitúo al lado de Luna, frente a él. Lo observo con curiosidad. Es paradójico cómo se puede experimentar tal gama de emociones extremas en un momento; no sabría darles nombre.

—Antes de nada, aunque no debería, quiero pedir os perdón... Las formas no han sido las adecuadas y sé que os he hecho sufrir.

—¿Que no deberías? —le reprocho.

—No, Eneko; aunque tú no lo entiendas, no he hecho nada malo.

—Tú eres gilipollas, eso es lo que eres —respondo sin más argumento que el insulto fácil, pero no me da la cabeza para más. Luna posa una mano en mi rodilla para que me relaje, asunto que no le pasa inadvertido a Edu.

—Estáis juntos, ¿no? Me alegro por vosotros.

—Gracias —respondo con sarcasmo.

—Lo digo en serio, siempre supe que Luna estaba enamorada de ti, y Eneko, cuando vi tu reacción la mañana en que nos pillaste a ella y a mí... también lo supuse. Lo creáis o no, esa fue una de las razones que me llevaron a tomar esta decisión.

—¿La de morirme? ¿No había nada menos perverso?

—Solo he muerto para vosotros —se recoloca en el sillón—, a efectos legales yo sigo vivo y solo participé en un experimento social.

—No es posible, tengo hasta tu herencia...

—Eso es lo que te ha hecho pensar Michel, mi buen amigo, al que aunque al principio dudó, lo convencí. Por eso estuvo tan pendiente de ti; se sentía culpable por mentirte. El dinero que te hice llegar fue el que DMS me abonó por los servicios prestados.

—¿Cómo puedes hablar con tanto desparpajo? ¿No sientes ni una pizca de culpa? ¿Qué clase de persona eres? Papá y mamá te repudiarían, no te educaron así —vomito sin más intención que removerle la conciencia.

—Eneko, tranquilo... —oigo a Luna.

—Hacéis muy buena pareja...

—Gracias —le responde.

Oímos el llanto de Clara. Luna se levanta. El rostro de Edu se contrae.

—¿Es ella, es mi pequeña? —pregunta—. ¿Puedo verla?

Luna se da la vuelta y con un gesto mucho más revuelto que en toda este encuentro le responde:

—No, no puedes verla. No es tu pequeña, no es tu hija. Tú, por las razones que sea, decidiste desaparecer el día en que supiste de su existencia, traumatizándome durante todo el embarazo. Ahora Clara tiene un padre, que aunque comparta tu apellido no lo lleva por ti. Clara se apellida Luz Arana por tu hermano, no por ti. Y no, no quiero que la veas. Perdiste la oportunidad. —Después de decir esto, se marcha y cierra la puerta a su paso.

—¡Vaya! —exclama—. Está dolida.

—No es para menos.

Edu se acaricia la barba mientras mira al suelo, y yo me hago cómodo en este silencio que se ha instaurado. No sé si quiero escuchar una tontería más o echarlo de mi casa de una vez para siempre.

—Eneko...

—¿Qué?

—Trabajo para el CNI. Estamos a punto de pillar a DMS, no puedes joderla ahora.

Capítulo 35

Duele verte

Luna

Aunque Eneko me lo ha explicado varias veces, no logro entenderlo del todo. Se ve que algunas neuronas se fueron cuando tuvieron que aplicarme el desfibrilador y no tienen pinta de querer volver a vivir conmigo, pero es que el escollo es tan enrevesado que ni habiendo dormido diez horas seguidas lo pillaría a la primera.

Según Edu, él trabaja para el CNI desde hace tiempo. Ellos lo captaron para espiar a los laboratorios DMS, puesto que tenían muchas denuncias de espionaje y mala praxis. Edu desconocía aquello y al saber que alguien podía robar el trabajo al que su hermano le entregaba su propia vida, se alistó sin dudar. Al saber el parentesco con Eneko apostaron que a los espías de DMS les interesaría, y así fue. Pusieron un anzuelo: correr la voz de que entre los dos hermanos no fluía el buen rollo, y picaron. Tardaron poco en ofrecerle un dineral a cambio de robarle información a su hermano.

Pero Eneko lo pilló porque descolocó unos documentos. En ese momento podía haberle reconocido su doble papel en esta historia, pero el CNI le prohibió que se descubriera, asunto que le resultó muy desagradable, porque quedó como una rata ante su hermano.

DMS entonces planteó mi opción, engatusarme a mí y que cantara hasta la Traviata, y Edu la tanteó, pero supo nada más conocerme que yo no le pasaría la información de manera voluntaria. El encuentro en el bar no fue casual, todo fue premeditado. Ahora intento no pensarlo mucho porque puedo morir de vergüenza y de la rabia que me sube al sentirme utilizada de tal forma. A ver, que Edu argumenta que todo lo que pasó esa noche fue real y nada tuvo que ver con su trabajo, que la atracción que sintió por mí fue tan descomunal que se vio saltándose las normas a las horas.

Como yo no le conté nada de la investigación, entonces barajaron la hipnosis, y Edu aceptó con una única condición, que yo solo entraría en trance al escuchar su voz. Así sabría lo que DMS buscaba en cada momento y además me protegía, porque todos y cada uno de los audios que me enviaba terminaban con el comando de que interrumpiera la acción si sentía que corría peligro. A esas alturas, DMS sabía que Edu sentía algo por mí y para asegurarse de que él no se rendía y que nadie sospechase de él, le ofrecieron una cantidad de dinero ingente por hacerse pasar por muerto para nosotros. Al principio le pareció una canallada, pero a los del CNI no. Ellos creían que estaban poniendo a prueba a Edu porque alguien podría haberles soplado que trabajaba para el CNI. Edu, de primeras, dice que se negó; le pareció un plan tan macabro imposible de aceptar, pero desde los dos sitios lo presionaron para que aceptase y poco a poco él se convenció de que sería la mejor opción para todos. Había una razón que ni DMS ni el CNI sabían: mi no relación con Eneko. Si él desaparecía, nos dejaba el terreno libre, y él sentía que entre Eneko y yo había algo más especial que con él.

Su muerte se vendió como algo temporal dentro de un estudio de investigación, y Michel lo creyó, por eso fue él el que agilizó todos los papeles y mintió a Eneko. Pero hubo algo que no estaba en el plan: mi embarazo. Dice que si lo hubiera sabido antes habría interrumpido el teatrillo que había preparado, pero lo pilló tan de sopetón que le subió la tensión y se aceleró el efecto del medicamento cataléptico que lo paralizó nada más darle la noticia. Su intención era quedarse a dormir y que yo me lo encontrase muerto a la mañana siguiente, por eso me dio el teléfono al que había que llamar. Todo fue falso, el hospital, la médica que salió a informarnos... Pensar todo lo que ha tenido que gastarse DMS para gestionarlo me hace asumir lo locos que están por nuestra investigación. Hasta en cierta parte siento orgullo.

Cuando ya se vio muerto y con los de DMS confiados, comenzó a enviarme los audios que ellos iban pidiéndole y además filtrándose todo al CNI.

Los tienen casi pillados, pero quieren reunir todas las pruebas posibles para que no tengan escapatoria. Les falta algo objetivo, una muestra de una copia. Por ello estaban esperando a que nosotros finiquitásemos nuestra

investigación y compararlo con el producto que sacasen ellos, que más que seguro sería un calco del nuestro. Con todas las pruebas reunidas y un material copiado palpable, los llevarían a la ruina.

Y hasta aquí puedo contar. Sé que les dieron las tantas de la noche conversando, pero yo me encerré en la habitación con Clara, y mi hija ha decidido darme una tregua y dejarme dormir seis horas seguidas. El osteópata este es increíble, voy a poner una foto suya en la entrada.

Respecto a mí, lo que yo siento, no sé describirlo, porque son muchas cosas. Al principio, cuando lo vi, el alivio por saberlo vivo me hizo derrumbarme en llanto, pero cuando habló de mi hija como si tal cosa la furia me pudo, y ahora que sé la historia que él nos ha contado creo que tengo que digerirla y valorar con qué me quedo, aunque creo que gana la alegría de que no se haya ido para siempre.

Me levanto como una ninja para no despertar a Clara y voy a prepararme un café. Eneko no ha dormido con nosotras, así que imagino que se quedaría frito en el sillón. Cuando abro la puerta allí los encuentro, a él y a su hermano. Cada uno en uno. Me detengo unos instantes para contemplarlos. Hay que ver cómo son las cosas, aquí están los dos hombres más importantes de mi vida durmiendo juntos y yo sin enterarme porque cuidaba a la hija de los dos. Porque sí, Clara será hija biológica de Edu, pero legalmente lo es de Eneko porque así quisimos que constase en el registro.

Saco unas mantas del mueble y los cubro a ambos. Cuando tapo a Edu, aprovecho para observarlo de cerca. Está más delgado y la barba lo hace parecer más mayor, pero sigue siendo guapo hasta hartarse, el jodío.

A la que me iba a dar la vuelta para partir a mi cometido en la cocina, siento que me cogen la mano.

—Luna —lo oigo susurrar adormilado.

—Schsss —digo con una presión desconocida en la boca del estómago.

Me desengancho y camino a prepararme el café, un poco temblorosa. Edu ejercía algo en mí... Espero que se me haya olvidado.

—¡Buenos días, preciosa!

Casi se me cae la taza del susto. Oír su voz de nuevo, cuando pensé que jamás lo haría, es paralizante. No se lo recomiendo a nadie. Me doy la vuelta, armada de valor, y me enfrento a sus preciosos y casi olvidados ojos color

mar de Formentera.

—Hola, Edu —contesto con el tono serio que me sale desde la naturalidad, porque he decidido no actuar nada. Si tengo que escupirle a la cara, pues que se prepare, porque después de lo que nos ha hecho se merece eso y varias patadas en la espinilla.

Cruzamos la mirada el instante que me permito y bajo la cabeza después al suelo. No estoy preparada para más, ya lo reflexionaré luego.

—Luna... —sueno tímido— ¿me preparas un café? No sé dónde están las cosas.

—Sí, por supuesto.

Mejor, prefiero ocuparme en algo, porque prometo que no sabía ni qué hacer con las manos. El silencio es el rey de la cocina. Yo no sé qué decir e intuyo que Edu tampoco.

—Luna... siento todo esto.

—Ya —respondo básica.

—Lo digo en serio.

—Vale. —Me apoyo en la encimera mientras le tiendo el café.

—¿No vas a decirme nada más? —Muestra una media sonrisa que revuelve a energía hasta ahora sosegada.

—Por tu bien no me pidas que sea muy explícita, porque vienen los bomberos.

Edu ríe y, de nuevo, mi energía pasa de marejadilla a marejada con bandera amarilla.

—Siempre me ha gustado lo auténtica que eres.

—Muy bien.

Edu se acerca unos pasos.

—¿Estás muy enfadada?

Intento erguirme y respirar tranquila para poder explicarme.

—Partiendo de la base de que ahora mismo estoy hablando con la persona que murió en mis brazos, no estoy tan cabreada como debería.

—Prácticamente me obligaron, Luna.

—Te moriste nada más decirte que estaba embarazada —lo interrumpo—, ¿tú sabes el dolor que me provocó aquello?

—Puedo imaginarlo. —Sigue avanzando hacia mí y no consigo echarme

hacia atrás, porque la maldita encimera de Silestone me lo impide; ya podía ser de plastilina.

—No, no puedes, ojalá pudieras. Lo he pasado tan mal, Edu, que ahora me siento avergonzada... Me has tomado el pelo.

—Escucha. —Llega hacia mí y me agarra por los codos—. Me obligaron, pero yo desconocía lo de tu embarazo. Si lo hubiera sabido, no lo habría hecho.

—¿Por? ¿Querías ser padre? —Uso el sarcasmo y la bandera roja empieza a izarse en mi estado de ánimo.

—No estaba en mis planes, pero lo habría intentado.

—Ya...

—Luna, ni te imaginas lo que te he echado de menos —me dice levantando mi cara para que lo mire... ¡Ay, Dios!

—Déjame en paz, Edu, por lo que más quieras —respondo con ganas de llorar.

—Cada día me sentía la peor persona del mundo por haberte hecho esto... Me vieron tan mal que me trajeron un psicólogo. ¿Sabes dónde he estado todo este tiempo?

Ahora lo sé. Se lo digo.

—En Arenas de San Pedro.

Edu retrocede sorprendido y yo vuelvo a respirar.

—¿Cómo...?

—Una amiga te vio, pensé que sería una casualidad.

Sonríe.

—Fui allí porque me recordaba a ti. Solo por eso.

Intento tragar saliva; esto se está yendo de madre. Los ojos de Edu se han oscurecido y me recuerdan a aquellos momentos de intimidad que un día vivimos, y no puede ser, no puede ser.

—¿Qué quieres, Edu?

—Que me perdones.

—Vale, te perdono. ¿Ya?

Su boca se tuerce en una mueca triste.

—No, quiero que entiendas las razones...

—Vale, pero respeta que yo no quiera hacerlo —lo interrumpo—. No

me resulta cómodo estar aquí contigo, Edu, creo que eres consciente de ello.

—Lo soy, pero no sé por qué.

—No te hagas el tonto... —Bandera roja, acaba de izarse la bandera roja.

—Luna, lo creas o no, me forzaron a hacerme pasar por muerto; creí que era lo mejor, sabía que entre mi hermano y tú había algo más fuerte que entre nosotros y quise quitarme de en medio.

—Fantástico. Muy bien. Estoy de acuerdo. Entre tu hermano y yo ha nacido una relación sana, bonita, llena de amistad, complicidad, sinceridad y respeto.

—¿Y de pasión? —me pregunta a bocajarro el muy chulo, a veinte centímetros de mi cara.

—Obvio que sí.

—¿Tanta como...? —Deja resbalar una mano por mi cuello.

—No me toques. —Lo aparto de un manotazo.

—Vale, vale... —Se aparta—. Perdona, no puedo evitarlo.

—Pues más te vale que lo hagas. —Oigo la voz seria de Eneko.

Edu se da la vuelta, asustado, y levanta las manos como si lo hubiera pillado la policía.

—Sé que tenéis que hablar y yo no me opongo; es más, creo que lo necesitáis, pero Edu, recuerda que Luna ahora está conmigo y espero que no tires a la basura la confianza que he depositado en ti... Me queda poca, ya lo sabes.

—Perdona, hermano... Tienes razón.

Me rasco la cabeza. Esta pelea de machos cabríos se me escapa y como bien he analizado antes, respondo tal cual me pide el cuerpo:

—Vamos a ver, Eneko, ya hablo por mí yo solita, y tú, Edu, haz el favor de dejar de actuar como si nada hubiese pasado, porque sí lo ha hecho. Se acabó el coqueteo y el tontear conmigo...

—Yo me voy —dice Eneko.

—No, tú te quedas y me escucháis los dos.

Edu se separa y se queda a la altura de Eneko, pero con una distancia de dos cuerpos entre ellos.

—Me parece fantástico que lo hayas perdonado y quieras colaborar con

él, Eneko, de verdad que sí; es más, te lo aplaudo, pero yo todavía no sé qué pensar, eso por un lado. Y por el otro: Edu, quiero que entiendas, porque te lo voy a decir muy despacio, que estoy enamorada de tu hermano hasta las trancas, que lo quiero, lo requiero y lo vuelvo a querer. Tú y yo tuvimos algo especial, sí, pero tú decidiste finiquitarlo; nos quedó una hija y ya veremos cómo tratamos este tema, pero ahora quiero que me prometas que jamás, jamás vas a volver a intentar seducirme y a hablarme como antes.

Edu dice que sí con la cabeza y Eneko sonrío satisfecho.

—Si queremos que esto funcione vamos a tener que poner todos de nuestra parte. Eneko, vas a tener que calmar tus celos; Edu, tu afán por volverme loca, y yo, dirigir mi atención a quien estimo que es mi compañero de vida. Si no, va a ser imposible.

—Me parece bien —responde primero Eneko.

—Y a mí —contesta Edu—, pero solo quiero añadir una cosa: mi afán por volverte loca, como tú lo llamas, era mi forma de quererte, Luna, porque te quise y te quiero, seamos sinceros de una puta vez.

Ahora creo que se me han doblado las rodillas. Miro de reojo a Eneko, que ha palidecido en varios tonos.

—Llegas tarde, Edu —contesto.

—Lo sé y me alegro, porque soy consciente de que nadie puede hacerte más feliz que mi hermano, por eso me aparté, pero lo cortés no quita lo valiente y eres la única mujer que ha hecho temblar mi mundo.

—Eso no es verdad, no habrías desaparecido si así fuera —le reprocho al borde del llanto.

—Él te quería, siempre te lo he dicho —habla ahora Eneko con voz segura.

Los dos hermanos se miran y resoplan.

—Tenemos la puta suerte de fijarnos siempre en la misma mujer —le dice Edu.

—Esto es algo más, Edu; ella es lo más importante que hay en mi vida —le responde Eneko sonando tan sincero que casi se me descuelgan los órganos de puro amor por él, pero cuando Edu le replica se me descuelgan del todo:

—Lo sé, hermano. Estamos jodidos, porque para mí también lo es.

Capítulo 36

Olvidarte

Luna

A veces no te hace falta sentirte morir para discernir que algo en tu cuerpo no funciona bien, que estás incubando algo. Así es como les estoy explicando a Sol y a Estrella cómo me encuentro. Y no, no estoy enferma, me refiero a la salud de mi relación... Estamos incubando un virus en mi casa y se llama Edu.

Ellas saben que él no está muerto, se lo conté hace más de un mes, prácticamente desde que yo me enteré; obvio que lo llevan en secreto y que a toda vista ellas lo desconocen por completo, pero era desvelárselo o volverme majara, porque desde el principio ya se vio que toda esa historia no iba a ser fácil de llevar.

—¿Pero tú estás bien con Eneko? —me pregunta Estrella y lleva una mano a su pelo. Se lo ha cortado mucho y no deja de tocarse la cabeza para sentirlo.

—Sí, pero no... Vivimos como en pose, no sé si me explico. Yo me esfuerzo cada día en hacerle ver que lo quiero y él en aparentar que no está asustado por lo que pueda pasar con su hermano.

—¿Está celoso? —me pregunta Sol.

—Yo creo que sí, pero os juro que no le doy razones. Cada vez que Edu viene a casa yo me alejo para no contribuir a la discordia. Incluso cuando ve a Clara yo lo dejo solo.

—Igual eso tampoco ayuda. Eneko puede pensar que temes acercarte a él para no revivir el pasado... —añade mi hermana.

—Sí, lo sé, pero prefiero tomar distancia, chicas. Él dijo que me quería delante de Eneko, creo que intentar aparentar que eso no pasó es inútil y lo mejor es alejarse para que se enfríen las cosas.

—Que estés apartándote del problema no significa que no exista. Creo que deberías coger el toro por los cuernos.

—Ya lo hice —le respondo a Estrella—. Yo dije muy clarito que con quien quiero estar es con Eneko, más no puedo hacer. Creo que ahora depende de ellos relajarse.

—¿No sientes nada por Edu, cariño? —me interroga Sol acariciándome el brazo.

—No, nada...

Estrella dice que no con la cabeza y consigue enfadarme.

—No, Estrella, de verdad que no. Claro que cuando lo veo me acuerdo de cosas, pero todo lo he mejorado con Eneko; es con él con quien quiero estar.

—Y yo no te digo que no, pero quizá si fueses más sincera contigo misma Eneko te creería.

—¿A qué te refieres?

—A que te sientes atraída por Edu y siempre lo harás, porque ese tío te ha puesto más que nadie y aunque sea solo físico no puedes evitarlo. Ahora bien, amas a su hermano y apuestas por él, por eso te alejas de Edu cada vez que lo ves, para no darte espacio a sentir lo que de verdad te provoca.

Me siento en la cama y cavilo en lo que acaba de explicar mi hermana. Puede que tenga razón, cada vez que tengo delante a Edu se me instala una cosquilla en la panza que intento acallar alejándome. Nada que ver con lo que siento por Eneko; él conseguiría que me subiese al Empire State y mirase por la azotea, con el vértigo que me da, pero por él lo daría todo, y no es una frase hecha. Nunca creí que amaría a alguien como lo amo a él, y también lo deseo, mucho. Edu no le llega a la altura de los talones, y sin embargo...

—Me pone, dicho mal y pronto, y no me hagáis repetirlo.

Sol se lleva una mano a la boca y Estrella se ríe y dice:

—Muy bien, Luna, ya lo has admitido; ahora toca trabajar en ello. Y si no quieres que Eneko se distancie, más te vale ser sincera con él.

—¿Perdona? ¿Me estás diciendo que le diga a mi novio que su hermano me pone?

—Más o menos sí, pero explícale que es algo físico y que tú eres adulta y podrás detenerlo.

—No sé yo si lo entenderá...

—¿Sinceramente? Yo tampoco —añade Sol.

—Chicas... Tengo algo que puede ayudarnos —canturrea Estrella.

—¿El qué? —preguntamos a la vez.

Estrella saca una bolsita de una caja de decoración que tiene en su casa.

—¡María!

—¿Qué? —exclama Sol—. ¿Desde cuándo te drogas?

Estrella se echa a reír.

—Eres una exagerada, tía. De vez en cuando me fumo un porrito y me destenso de tanto estudio; esta oposición va a matarme.

—No, lo que te va a matar es eso —la reprende.

—Mira, aguafiestas, las tres necesitamos evadirnos un poco...

—Pues nos vamos a un *spa* o de compras, pero no nos drogamos —continúa la perorata mi excuñada.

—Fumar un poco de hierba no es drogarse.

—¡Lo dirás tú!

—En eso le doy la razón, Estrella, fumar es drogarse, aquí y en Lima. Otra es que tampoco vamos a volvernos locas y drogadictas para siempre porque le demos unas caladitas.

Estrella aplaude mi moción hasta con las orejas.

—Mirad, yo necesito relajarme un poco; tú, por mucho que lo niegues, también, Sol. Desde el divorcio te has convertido en una abanderada de la vida sana y el deporte, pero se te ve tristonera, y a mi hermana le hace falta un porro diario, porque la que tiene encima no es ni medio normal.

Yo me río y miro a mi cuñada poniéndole ojitos.

—Estáis locas. Venga, no seré yo la rancia. Enciende ese bicho.

Estrella y yo aplaudimos emocionadas.

Dos horas después...

Camino para mi casa con agujetas en la tripa de tanto reírme. Sol se agarró un colocón de lo más gracioso y no dejó de gritar hasta por la ventana que quería pillar al policía y darle la vuelta a lametazos. A Estrella no le afectó tanto; está claro que fuma más de lo que admite, pero sí que la noté mucho más divertida y relajada que en los últimos meses, y yo, yo me he

olvidado por unas horas de todo lo que acontece en mi hogar, que me tiene en un ahogo constante.

Así que camino disfrutando del viento en la cara, distraída con las formas que veo en las nubes y gozando del sol acariciando mi piel. Estoy colocada. Chimpún.

Abro la puerta. Se oye un silencio sepulcral, pero enseguida sale Nancy, una mujer que hemos contratado para que venga unas horas a casa y nos ayude con Clara. El dinero mejor invertido de mi historia. Ni el aire acondicionado, fíjate lo que te digo. Yo pronto voy a incorporarme a trabajar y queríamos ir probando a ver si nos convencía.

—Clara se ha portado fantástico. Se ha tomado todo el biberón y ahora descansa como una bendita. Cada día, mejor, Luna, ya lo verás. —Me abraza. Es muy cariñosa y una mujer muy positiva; de gente así es de la que me quiero rodear, ¡fuera tóxicos!

Voy a nuestra habitación y observo a mi pequeña dormir con los bracitos hacia arriba. Este último mes se ha portado mejor, ya no llora constantemente y no pide que la cojan cada minuto. Ahora le encanta salir a pasear y sentarse en su hamaca y darles golpecitos a los animales que tiene colgados. A mí me alucina mirarla. Está preciosa y definitivamente es clavada a Edu.

Edu... Viene por aquí bastante. Nos cuenta si DMS hace algún movimiento, pero de momento creemos que están tranquilos elaborando nuestra fórmula y que nos llevan terreno por delante por todos nuestros retrasos, aunque Eneko lleva dos meses trabajando duro y ya hemos pasado las pruebas con los animales con un resultado más que sorprendente. El pelo vuelve a crecer en folículos muertos y nace fuerte y sano. Puede que sea el fin de la alopecia y lo hemos descubierto nosotros. Me siento tan orgullosa que sonrío a todas horas cuando lo pienso. Se me quita cuando caigo en todo lo demás: mi hermana Estrella, Sol recomponiéndose, Júpiter con otra, Edu vivo, Eneko celoso, nuestro trabajo plagiado...

El CNI está aguardando que DMS haga amago de anunciar su producto para frenarlos en seco y detenerlos, por eso Edu todavía no se ha descubierto y todo, aparentemente, sigue igual. Yo, en teoría, estoy hipnotizada, y Edu, muerto.

Suena la puerta de casa. Camino hacia allá. No creo que sea Eneko porque es muy pronto, por lo que deduzco que Edu ha venido a ver a la niña. Eneko le prestó unas llaves para que entrase desde el garaje y que así evite ser visto.

Menos mal que todavía me queda un poco del efecto del porro corriendo por la sangre, porque no podría afrontar estar sola con él sin tener taquicardias, y menos después de lo admitido hace unas horas.

—¡Hola! —lo saludo al acceder al salón y encontrarlo allí presente, de pie, con gesto pasivo. Algo va mal, lo presiento—. ¿Pasa algo, Edu?

—Siéntate —me ordena con voz robótica y dictatorial—. Es mejor que tomes asiento, Luna —corrige y, aunque esta segunda vez lo he oído algo más amable, no me gusta ni un pelo.

Obedezco más que nada porque las piernas se me han vencido al verlo sacar una pistola de la espalda y apuntarme con ella.

—¿Qué... qué haces? —me trabo.

—Tengo que ejecutarte. Es lo mejor.

¿Ha dicho ejecutarme como el que dice tengo que preparar unas palomitas? ¿Ejecutarme? Eso es matarme, ¿no? Pero... no, no, debe de tener otro sentido. A ver, tiene una pistola en la mano y me está apuntando, significa lo que significa. Las imágenes de Clara y Eneko se me agolpan en la mente.

—¿Qué tienes que hacer, Edu? ¿Matarme? ¿En serio?

—Tenemos que desaparecer, tú y yo. —Hay algo en su voz que sigue sin sonar a él y que me sume entera en un escalofrío, debe de estar drogado. Es lo único que el miedo me permite distinguir.

—¿A qué te refieres, Edu? ¿Los dos?

—Va a ser rápido, no vas a sufrir. Tranquila.

¡Tranquila los cojo...! Mi corazón late desbocado. No entiendo lo que está pasando, pero temo por mi vida más que nunca. Edu, o un robot clavado a él drogado hasta las cejas, va a dispararme. Tiene que volver en sí, he de esforzarme:

—Edu, soy la madre de tu hija, acuérdate de Clara; tú no quieres eso para ella.

—No debo escucharte. He de matarte. Es lo mejor.

—¿Para quién? ¿Lo mejor para quién? —Me levanto y camino hacia él porque tengo un ápice de esperanza de que si me tiene cerca no podrá dispararme.

—Para ellos.

—¿Quiénes? ¿Eneko? ¿Clara? ¿Mi familia?

—No sé. Ellos. Me lo han ordenado y yo he de obedecer. No me preguntes más. Lo siento.

Edu levanta la pistola, apunta hacia mí y yo grito y salto hacia él sin darme tiempo a pensarlo bien, pero con algo más que claro: no está actuando conscientemente.

—¡Mírame, Edu! ¡Soy yo, soy yo! ¡Luna! ¡Luna!

Con la cercanía logro dos cosas: una, que sus ojos se enfrenten a los míos, y otra y menos prometedora, que su pistola apunte a mi pecho.

—Mírame, Edu. Te han drogado o algo, yo soy tu familia, soy la madre de tu hija, tú dices que me quieres, nunca podrías matarme —lloro.

Él me observa y comienzo a avistar algo de esperanza de que vuelva en sí, porque me parece distinguir signos de reflexión en su rostro.

—Después yo también moriré. Nos veremos pronto.

Edu vuelve a elevar la pistola hacia mi cara y yo, sin pensármelo, le doy un manotazo para poder acercarme a él sin el arma entre nosotros.

Le cojo la cara con las manos y lo zarandeo.

—¡Edu, sal! ¡Vuelve aquí! ¡Mírame! ¡Edu! ¡Soy yo, Luna! ¡Luna! Piensa en Clara, en nuestra hija... —Las lágrimas nos mojan a ambos. Me fijo en sus ojos, que comienzan a cobrar algo de su chispa habitual; algo en él está cambiando.

—Mi Luna... Clara...

—Eso es, Edu, soy yo; tú me quieres, no puedes matarme —le repito.

—Yo te quiero, Luna, te quiero mucho —enuncia desde su interior.

Lo abrazo. Edu se separa para mirarme y conectar sus pupilas en las mías. De pronto, todo su cuerpo pega una sacudida, tira el arma al suelo y emite una exclamación de horror.

—¡Luna! ¡Joder! —grita y me pega a su cuerpo—. ¿Qué? ¿Qué estaba haciendo? ¡Jodeer! ¡Casi te mato!

Sus piernas se doblan y cae al suelo de rodillas. Lo acompaño. No puedo

parar mis lágrimas.

Unos minutos, horas o días después lo escucho:

—¿Qué ha pasado, Luna? No te he hecho daño, ¿verdad? Dime que no, por favor, dime que no —llora.

Niego con la cabeza.

Edu no se lo piensa más y me besa con todas sus ganas. Las lágrimas son las verdaderas partícipes de este beso, no hay más que susto, adrenalina y miedo vencido, pero algo me impide separarme de él. Es Edu el que lo hace segundos después.

—Perdóname.

—¿Por intentar matarme o por besarme? —sonrío.

—Por lo primero, nunca me disculparé por hacer lo que más desea mi cuerpo desde que te conocí.

Sus labios vuelven a pegarse a los míos y su mano se posa en mi nuca para acercarme a él. No puedo negarme, tengo tal estado de nervios que dudo de que esto esté sucediendo de verdad. Pero sí, su lengua ha accedido a mi boca y ahora danza con la mía, que quiere ser partícipe de este juego peligroso que se ha iniciado.

La adrenalina, el porro y los besos de Edu en mi nuca me hacen quitarme la camiseta para que pueda recorrerme con más facilidad. Esto ya lo hemos practicado más veces y se nota, las manos van solas acariciando una piel que conocen a la perfección. No hay pausas, solo prisa. Edu gime y me tiende en el suelo sin dejar de besarme con tanta sed que no ha debido de beber en siglos. Con la destreza que lo caracterizaba, desabrocha mi sujetador y muerde uno de mis pezones. Grito por la sorpresa.

—¡Oh, Luna! —me responde él.

Me detengo y lo miro. No. No... Acto seguido me levanto del suelo y tomo distancia para vestirme.

Se hace un silencio corrosivo y sangrante.

—Esto no debería haber pasado —le digo de espaldas.

—Lo sé, perdona.

—¿Has venido a matarme? ¿Lo recuerdas?

—Sí, estaba hipnotizado, Luna. Lo he recordado cuando te tenía frente a mí.

—¿Cómo? —Ahora sí me doy la vuelta y desde la distancia, mientras me visto, atiendo a su explicación.

—Me han ordenado que te matase y después me suicidase yo. Se han enterado de que ya sabíais que no estaba muerto, y era peligroso tener dos cabos sueltos.

—¿Cómo se han enterado? —le pregunto seria.

—Se lo he dicho yo.

Capítulo 37

18 motivos pa dejarte

Eneko

Miro a los dos hombres que hablan con Edu desde la distancia y me paro a reflexionar por primera vez desde que toda esta locura comenzó. ¿Cómo ha podido cambiarnos tanto la vida de repente? Muertes que no lo son, hipnosis, espionaje... Parece de locos.

Luna entra en el salón con Clara en los brazos y busca mis ojos. Está preocupada, se le nota. Ha vivido uno de los momentos más difíciles de su vida y no se despega de su hija. Hoy le he visto darle más besos que los acumulados en estos meses. En un momento en que nos hemos quedado a solas, me ha confesado que la vida le ha dado otra oportunidad y que Clara podría haberse quedado sin ella, que se acabaron las quejas porque llore o porque no duerma, que su hija es un milagro y que va a disfrutarla. Tenía un subidón de adrenalina connatural al suceso traumático padecido. Mi hermano casi la mata.

Él también estaba hipnotizado. Cada vez que los canallas de DMS le enviaban una nueva función, le hacían pasar un pequeño análisis con unas preguntas básicas. Entrando en su conciencia bajo hipnosis, él les respondía siempre que todo iba igual y acto seguido ellos lo sacaban del trance hipnótico momentáneo y enunciaban el plan a seguir, pero hoy se ve que les confirmó que nosotros lo habíamos pillado. Nunca les desveló que era agente del CNI, porque eso no era nuevo y su subconsciente así lo estimaba siempre que respondía a esa pregunta básica. Horas después de confesarles que Luna y yo lo sabíamos, le llegó un audio al móvil que decía que debía matar a Luna y luego suicidarse. Se me instala un nudo en la garganta cada vez que lo pienso que no sé si voy a poder tragar de nuevo. Fue, en trance, a una dirección donde le facilitaron el arma, y de allí a nuestra casa para operar tal

y como le habían indicado.

Sé que mañana me comerán la rabia, la furia y la sed de venganza, pero hoy no puedo sentir más que alivio porque todo se haya quedado en nada. Voy al lado de Luna y de Clara, y la abrazo por la espalda acercando mi nariz a su cuello para poder perderme en su aroma a algodón. Luna se da la vuelta y clava sus ojos en mí:

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —me dice muy bajito y con tanta verdad que me emociona pensar que podía haber muerto...

Afirmo.

—Eneko, te quiero y no puedo perderte.

—No vas a hacerlo —le susurro pegando mis labios a los suyos; me da igual lo que está sucediendo en el resto del salón.

—Tengo que contarte algo que no te va a gustar —me dice avergonzada.

—Luego hablamos... —le señalo a nuestros *invitados* con la cabeza—, pero sea lo que sea, lo superaremos.

Luna hace un gesto para que entienda que le duele la espalda de tener cogida a Clara y yo tomo a la niña en brazos.

—Le queda mamá para rato, no consumas toda tu energía hoy.

—Eneko, Luna, ¿qué os parece? —oigo a Edu.

—¿El qué?—preguntamos a la vez.

Christian, el que se ha presentado como el jefe de la operación, nos indica que nos sentemos y habla:

—Bien, el tiempo corre en nuestra contra. A estas horas vosotros ya deberíais estar muertos, pero podemos jugar con la baza de que nadie ha entrado en la casa y no se han descubierto los cadáveres.

—¿Hacernos pasar por muertos? —pregunta Luna.

—Sí, es una opción.

—¿Y la otra? —pregunto yo, estoy agotado de falsas muertes.

—Ir a por ellos ya, con lo que tenemos.

—¿Podemos demostrar lo de la hipnosis? —pregunta Luna.

—Está complicado, pero no es imposible.

—¿Y qué ganamos si están muertos?

—Tiempo. Tiempo para que ellos anuncien su producto y podamos detenerlos por todo.

—Pero en esta ecuación sigue sobrándoles gente —enuncia Luna—; saben que Eneko conoce la verdad, pueden intentar matarlo también.

—Eneko no puede demostrar nada —afirma el otro.

—¡Cómo que no! Que su hermano estaba vivo y no muerto, para empezar... —estalla Luna.

Se hace el silencio en el salón. Queremos ir tan rápido para solucionar esto que se nos escapan, a todos, los fallos en los planteamientos.

—Hay que ir a por ellos ya —dice con contundencia Luna—, es absurdo seguir con las mentiras. Yo estoy viva, Edu también y vamos a denunciarlos porque se han metido en nuestra mente y nos han obligado a hacer cosas que jamás habríamos ejecutado en nuestros cabales. Pero creo que ha llegado el momento de mostrar las cartas y plantarles cara.

—Si hacéis eso os convertiréis en testigos protegidos y tendréis que vivir aislados hasta que salga el juicio. Correríais mucho peligro de otra forma.

—¿Aislados unos de otros o juntos? —pregunto.

—Lo normal es separados, pero podemos intentar lo contrario. Edu está entrenado y podría prepararos a vosotros. Lo que sea, tenéis que decidirlo ya.

Miro a Luna, que afirma con contundencia que prefiere esto último. Mi hermano niega con la cabeza apoyada en los brazos y yo hablo por los tres:

—Creo que es la mejor opción, chicos...

—Siempre y cuando Clara venga conmigo; no podría dejarla con nadie sabiendo que esta gente es capaz de todo —impone Luna con mucha razón.

—Sí, es lógico —habla el otro policía o espía o lo que sean los del CNI.

—Edu, ¿qué opinas? —le pregunto.

Se toma un tiempo para contestarme.

—Estoy en *shock*, hermano, no puedo pensar, te lo prometo. Lo que sea que decidáis está bien. Me estalla la cabeza.

Christian descuelga el teléfono y le cuenta el plan, entiendo que a algún superior. A los minutos termina, dice «entendido» y cuelga.

—Están buscando una casa, viviréis los tres juntos con la niña.

—¿Puedo despedirme de mi familia? —pregunta Luna mientras llora.



Miro al mar.

Ahora me llamo de otra forma, por lo menos para los vecinos de este pequeño pueblo costero de Galicia. Soy Ernesto, el marido de Soledad, y Edu es Martín. La niña se llama igual, no tiene DNI y no importaba cambiarle el nombre.

Hace un bonito día soleado. Llevamos ya una semana y es la primera mañana que amanece despejado. También yo. Se besaron, Luna me lo contó durante el viaje, la angustia la mataba. En pleno nerviosismo por saberse vivos, los sentimientos se les aceleraron y no hubo compuerta que frenase su mar de atracción. No fue más que un beso y Luna lo paró. Edu corrobora la historia y yo lo creo. Hoy mis pasajeras nubes mentales se han marchado a otro lugar, estoy harto de darle vueltas y la claridad poco a poco está accediendo a mí.

¿Qué pienso?

Al principio me enfadé con ellos dos. Mucho. El ardor que arrasaba en mi interior salió como fuego por mi boca.

Después me sentí tan engañado que dejé de hablarles durante dos largos días.

Tras mi silencio y después de hartarme de observarlos en nuestro nuevo pequeño hogar tipo estudio en el que solo hay una habitación, un baño, una cocina-salón minúscula y, gracias a Dios, una terraza de veinte metros totalmente oculta de curiosos, que es lo que más vale de la casa, decidí perdonar.

Sí, perdono porque es lo que hay. Porque en esta historia nadie se ha equivocado, porque Edu se cruzó en mi no-romance con Luna y luego me impuse yo. Porque nos hemos enredado en un triángulo amoroso de novela del que no sé cómo vamos a salir bien parados y de verdad que quiero hacerlo, porque son las personas más importantes de mi vida.

He hablado con mi hermano en estos largos días y aunque parezca paradójico tras lo sucedido me siento más unido a él que nunca. Él se metió

en esto del CNI para ayudarme, porque dice que me admira y se negaba a que nadie me robase el trabajo. Cuando le pidieron que se acercase a Luna, nunca pensó que se sentiría tan atraído por ella, y además desconocía mis sentimientos por ella y todo fue complicándose. Le he preguntado cien veces si está enamorado y ahora dice que no lo sabe, pero que jamás ha experimentado tal atracción física por nadie. Intuyo que no es del todo sincero, porque él quiere que ella y yo estemos juntos, y en eso lo creo.

Yo sí sé que la amo. Es valiente, decidida, sincera y la mujer más sexi del planeta. No me extraña que cualquier hombre quiera acostarse con ella. De manera silenciosa, Luna es pura seducción, o así lo vemos mi hermano y yo. En cómo se coloca las gafas o cómo se atusa el pelo, su manera de andar, de reír y de moverse. Sí, lo he hablado con Edu. Se acabó el negar la evidencia. Y no es que me alucine y no me dé miedo que mi hermano piense eso de la que en teoría es mi chica, pero si vamos a convivir más nos vale ser francos.

Anoche, mientras Luna y Clara dormían, Edu y yo nos pasamos con las copas de vino y acabamos riéndonos de la situación, y fue entonces cuando hablamos de todo lo que nos gustaba ella. Me reí, sí; puede que me esté volviendo loco, pero escuchar a Edu, el ligón del pueblo, cómo había caído rendido ante ella y aceptar que coincidiésemos en casi todo lo que nos gusta de Luna era cuando menos peculiar.

¿Luna qué opina?

No le he preguntado... Igual que estos días me han acercado a mi hermano no puedo decir lo mismo de ella. Sé que se siente culpable y sabe que yo la he perdonado y me lo agradece todas las noches cuando me cree dormido y me susurra que me quiere, pero está triste, echa de menos su vida y a su familia, y no está para muchas bromas ni conversaciones profundas.

También creo que no sabe cómo actuar, de qué forma comportarse conmigo cuando está delante Edu y cómo hacerlo cuando soy yo el que aparece. Es normal, pero o hablamos o la perdemos los dos, porque cada día la veo más triste y preocupada.

Siento que alguien me abraza por la espalda.

—Menos mal que vemos el sol, iba a morirme de pena... —Es su voz y su boca la que deja besos en la espalda de mi camiseta. Me giro y poso los

labios en su frente, y la abrazo fuerte.

—¿Es eso lo que te tiene así?

—¿Así cómo?

—Cabizbaja, por ser suave...

Luna sonrío y me mira a los ojos, clavando su alma en mí.

—En parte sí, echo de menos mi vida, Eneko... Ha sido todo tan rápido...

—¿Puedo ayudarte en algo?

Luna se aúpa para besarme en los labios, suave y fresca.

—Ya lo has hecho perdonando aquello...

—¿Aquello? ¿Lo vamos a llamar así? —Le hago cosquillas en los flancos para que entienda que no quiero bronca y que solo deseo que lo hablemos con naturalidad.

Luna se separa entre risas para luego mirarme atenta.

—Me siento tan mal...

—¿Por qué? —Me acerco y la tomo de la mano para conducirla a la barandilla y hablar mirando al mar.

—Por haberme dejado llevar.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—Te lo pregunto porque quiero que seas del todo sincera, Luna. Somos adultos y sabré sobrellevarlo, pero si queremos que esto funcione necesito saber con qué cartas juego.

—Dime —responde colocando su melena teñida de rubio que el viento mueve sin condescendencia.

—¿Te sientes atraída por Edu?

Luna resopla cansada.

—No, Luna, párate a pensarlo, por favor. Yo sé que tú me quieres y ahora mismo no es eso lo que estoy poniendo en duda, solo te pregunto si sientes atracción física por mi hermano, y te agradecería que me dijese la verdad.

Luna, perdiendo la mirada en las olas, responde que sí.

—¿Mucho?

—Bastante... Cuando él y yo estamos solos, el aire se enrarece, pero te

prometo que sabré solucionarlo.

—Te agradezco que por fin me digas la verdad.

—Pues a mí me gustaría contarte otra cosa, pero es lo que hay —se lamenta—. Cuando todo esto pase, dejaré de verlo y muerto el perro se acabó la rabia.

—No quiero eso, Luna...

—¿Y qué quieres? —Se gira y me toca la cara para que la mire.

—Que tú seas feliz.

—Yo lo soy contigo.

—Cuando no está mi hermano de por medio...

—No, no es eso, yo soy feliz contigo esté Edu o no.

—Pero tienes que contenerte y eso no es sano.

—Bueno, creo que la vida está llena de elecciones y yo te elijo a ti por encima de él.

—¿Y si pudieras tenernos a los dos? —le pregunto para ver cómo reacciona.

Luna sonrío.

—Eso no puede ser —niega.

—¿Por qué?

—Porque yo te quiero a ti, Eneko. La atracción que siento por Edu es muy fuerte, pero es solo eso. Tú no quieres que nadie sufra, pero en esta historia alguien va a perder.

—No, Luna, yo lo que quiero es que todos seamos felices y que hagamos lo que el cuerpo nos pida. Nadie es propiedad de nadie, eso es algo que tengo claro. No puedo negarme a la evidencia de que entre mi hermano y tú hay algo muy fuerte que los dos intentáis esconder y tapar por no hacerme daño a mí. Y en ese momento yo me siento aislado, porque aunque no queráis vuestros cuerpos se comunican y más tarde o más temprano me odiarán por impedirlos su deseo. Mi egoísmo para con vosotros puede desterrarme al odio, al exilio de vuestras vidas.

—¿Y qué propones? —escucho a Edu. Luna da un respingo por la sorpresa—. La casa es muy pequeña y se oye todo. Clara acaba de dormirse y al salir os he oído... ¿qué propones?

—No lo sé, Edu. No sé ni qué estoy diciendo. Solo pido que seamos

adultos. Nos vamos a pasar unos mesecitos aquí o en otros lugares, pero juntos. Creo que ocultar lo que sentimos puede pasarnos factura a todos.

—Sí, si yo estoy contigo —responde rápido mi hermano—. Pero ¿y cómo lo hacemos?

—Probemos a no hacernos preguntas. La vida nos ha dado una oportunidad nueva...

—¿No hacernos preguntas? —dice Luna algo estupefacta.

—Sí —respondo sabiendo que es lo que quiero explicar—. A no ponernos límites, a vivir lo que necesitemos en cada momento, a ser sinceros y ver hasta dónde podemos llegar los tres de mutuo acuerdo. Probar sin que a nadie le importe. No estoy hablando de sexo, o sí, obvio que yo nunca voy a acostarme con mi hermano, pero estoy queriendo decir que si tú —señalo a Luna— un día lo necesitas, que lo hagas y luego ya veremos lo que pasa.

—Yo no puedo perderte, Eneko... —me dice.

—Ni yo —se suma Edu—. Te quiero demasiado, hermano.

—Y yo a vosotros, ¿no lo entendéis? Si os prohibís por mi culpa me convertiréis en el objeto de vuestras insatisfacciones; sin embargo, si nos dejamos llevar sabremos qué es lo que de verdad se cuece aquí y si podemos sostenerlo. Estamos aquí y ahora, sentimos lo que sentimos, yo he elegido ser tu compañero, Luna, no tu carcelero.

—Por mí, vale, pero paso a paso y siempre siendo sinceros unos con otros —anuncia Edu.

Luna se echa para atrás entre alucinada y confundida.

—¿Estáis locos?

Edu y yo nos miramos y sonriendo le contestamos que sí.

Luna, acto seguido, se va de la terraza.

Edu me hace una mueca de que ella no va a jugar a esto nunca y me dice que me he columpiado varios parques, pero poco después sale Luna caminando rápido hacia nosotros y sin que nos lo esperemos, besa a mi hermano con fuerza y nos pilla a los dos desprevenidos.

—¿Es esto lo que quieres? —Me planta cara cuando se despega de él con gesto triunfante.

—Si es lo que deseas tú, pues sí.

Luna respira como si fuera una diosa a punto de dictar sentencia y dice:

—Trato hecho. Veremos adonde nos lleva esto.

Capítulo 38

Ella

Cuatro meses después.

Luna

Juego en el agua de la playa a hacerme aguadillas con Edu. No puede haber un mar más gélido que este en el mundo. El Atlántico será fabuloso, pero está frío de narices. Y eso que tenemos neoprenos, que si no fallezco ahora mismo.

Nos han desplazado al Algarve, a una casa un poco más grande, pero con unas paredes muy finas, tanto que ayer una de las vecinas me miró con muy mala cara al cruzarme con ella. ¿Sabes qué? Me dio la risa. He llegado a un punto en el que todo me da igual, y a pesar de que estoy alejada de mi familia, gracias a estos dos maravillosos hombres estoy siendo más que feliz.

En una tregua que Edu me da porque va a practicar algo de esnórquel, miro a la orilla y observo cómo juegan Clara y Eneko. Mi pequeña tiene un favorito y, perdiendo las apuestas, es Eneko, el que *a priori* es el más serio de los tres, pero a ella no hay brazos que le gusten más que los suyos. No es tonta mi hija, no.

Cuando voy a salir porque siento mi cuerpo entumecido y para evitar la amputación, algo me coge del tobillo y al segundo me veo cubierta por el agua del océano y con la cara de Edu pegada a la mía buscando mi boca. Nos besamos como podemos y Edu juega a pasarme el oxígeno.

Por fin logro escapar a la superficie y coger todo el aire que necesito riéndome a carcajadas. Poco después me veo acompañada en mis risas por el hombre más payaso del planeta. Eduardo Arana.

—Me encanta tu risa de sirena...

Vuelvo a carcajearme. Estamos viendo la serie *Siren* de HBO y las sirenas dan más miedo que una cucaracha con alas.

Edu, sin cortarse ni un pelo, tira de mi mano y me encarama a su cuerpo. Me dejo llevar y lo beso.

—Eres muy tonto —le digo.

—Y tú estás muy buena, sirenita mía... No hay Atlántico que enfríe la calentura que me provocas, rubia.

Edu me llama así riéndose de mi pelo teñido de rubio pollo, que me sienta fatal pero que ayuda a dificultar que nos reconozcan.

Lo miro divertida; si por él fuera, me pasaría el día haciendo el amor con él. No se agota nunca, pero yo sí, entre otras cosas porque suelo dividirme entre dos, aunque alguna noche el alcohol, ese recurso fácil del que tiras para no asumir lo que haces, nos ha llevado a los tres a la vez al placer más carnal y primitivo que existe. Los quiero. De manera muy diferente, pero los quiero.

Miro a la orilla, solo están Eneko y la peque. Nos hemos escondido en una calita cercana a la casa y como es un pueblo de pescadores nadie suele pasar por aquí. Sin pensármelo más, me bajo la cremallera del neopreno e invito a Edu a probarme con sabor a sal. Este sonrío, silba fuerte a Eneko para que eche un ojo y nos avise si hay curiosos, a lo que él responde, como si lo oyera, que estamos fatal, pero que hagamos lo que nos plazca. Vivo en la desinhibición completa. Sé que es temporal, pero mientras dure pienso aprovecharla. Minutos después, el órgano insaciable y duro de Edu entra y sale de mí sin compasión.

**Dos meses después
En un pueblecito de la Costa Azul.**

Luna

Ceno abrazada al amor de mi vida, al que va a ser mi marido en unos meses, cuando pase el juicio. Eneko. No puedo querer a nadie tanto como a él. Estoy más que segura.

Edu, vestido de camarero, entra en la terraza y nos sirve más champán en las copas; después, sale bromeando con que le han contratado para cuidar también de una niña. Hoy la noche es para nosotros, solo para Eneko y para mí. Lo tenían todo preparado, cada vez que lo pienso me emociono. ¿Cómo pueden existir dos personas en el mundo como ellos dos, que no se envidian, que se desviven por hacerme feliz, que comparten todo lo que tienen desde la

más absoluta verdad y sin recelos? No solo me comparten a mí, sexualmente hablando, porque mi corazón le pertenece a Eneko desde el principio, pero no solo soy yo, es Clara, nuestra hija, que tiene dos padres de ensueño que no se preocupan en poner etiquetas a su parentesco.

Estos meses de asilamiento, que pronto van a llegar a su fin, me han servido para conocerme y conocerlos bien, y estoy más que satisfecha con el resultado. Nunca creí que viviría algo así; es más, probablemente me opondría a aceptar alguna relación a mi alrededor con estas premisas, pero ha sido la mayor experiencia de mi vida. Por primera vez he pensado poco y he actuado más, a sabiendas de que no estaba haciendo daño a nadie y de que lo que pasaba entre nosotros era de mutuo acuerdo y totalmente consentido por las tres partes. He obligado a mi cuerpo y a mi alma a dejarse llevar y ha funcionado, porque jamás había sonreído tanto por dentro y explotado de placer tantas veces por fuera.

No solo hablamos de sexo, en el que sí, he aprendido que los límites que yo me había construido no eran más que la inculcación de nuestra educación, y no hablo de mis padres, que son mentes libres y habrán practicado de todo, pero yo siempre me opuse a ellos porque se salían de los cánones correctos marcados por la sociedad. Yo quería ser *normal* y resulta que cuando he cruzado a la acera de los raros me lo he pasado mejor que nunca.

Ahora sé lo que es el verdadero amor, y si alguien lo pone en duda no ha vivido lo que yo: un hombre que se niega a que yo me contenga y solo quiera verme disfrutar dejándose de normas impuestas por nuestra conciencia educada en la pareja de dos. Aunque pueda ser contradictorio, hoy me ha pedido que me case con él, pero solos nosotros tres lo sabemos.

Edu siempre estará mientras él quiera, pero aquí la historia de amor es la de Eneko y la mía. En estos meses lo hemos visto con claridad los tres juntos. Edu es diversión, sexo loco y pasión desmedida, pero se queda ahí, entre ambas partes solo hay eso, que no es poco. Quien hace temblar mi mundo es Eneko, de todas, todas.

Aunque si pienso en lo de anoche... Ya sin alcohol, no nos hace falta. Me desnudaron, me cubrieron los ojos, me sujetaron a la cama y jugaron a hacerme averiguar quién me hacía disfrutar en cada momento. Y yo lo sabía, claro que sí; nunca olvidaré esa experiencia: tres personas que se adoran y se

quieran sin importar nada más y que juegan explorando sin miedos los límites. Eso fuimos, y aunque pueda parecer sucio, fue la noche más romántica de mi vida, para quien quiera entenderlo.

Y hoy, a sabiendas de que lo de ayer sabía a despedida, Eneko y Edu me han preparado una cena espectacular. Han llamado a un restaurante francés que sirve comida a domicilio y como hemos visto en tantas pelis, un anillo presidía la tarta. Eneko ha cogido mi mano, se ha puesto de rodillas y me ha pedido que me case con él:

«Antes de nacer ya eras tú, en mi pasado eras tú, en mi presente eres tú y en mi futuro solo estarás tú si así lo deseas. Luna, nací para hacerte feliz y cada vez que sonríes sé que sirvo para algo. Déjame llenar tus mañanas y tus noches de mí, ¿quieres casarte conmigo y compartir la aventura del vivir sin límites junto a mí?».

Al instante y hecha un mar de lágrimas he aceptado, porque jamás nadie me llenará como él, mi Eneko.

Edu entra en el salón con el móvil en la mano.

—Me acaba de llamar mi contacto. En dos días tenemos que regresar.

Nos miramos entre aliviados y entristecidos, porque es muy probable que esto que tenemos los tres se acabe.

Capítulo 39

Duele verte

Eneko

En esta pequeña habitación son tres los que duermen y uno que está despierto mirándolos. Yo.

Hoy regresamos. Mañana los abogados nos prepararán para testificar y en tres días pisaremos el juzgado y pondremos fin a este alejamiento. No sé qué pasará después...

¿Echaré de menos esto?

No, al contrario, porque tendré a Luna solo para mí y eso me llena por completo; lo que me da más miedo es que ella lo eche de menos a él y no sé si sabré llevarlo bien. Por otra parte, necesito volver a la realidad, a la rutina de un hogar, llevar a la peque a un cole, poder ir al cine, a cenar, al parque, a escalar; en fin, respirar tranquilo sin temer por nuestras vidas.

Ha sido una locura desde el principio, pero no me arrepiento. Fuimos poco a poco, siempre desde el respeto y la confianza que nos teníamos los tres. La primera vez que ellos se tocaron y yo la oí gemir tuve que salir a la calle porque algo parecido a una tormenta de celos me sobresaltó. Se lo conté. No ha habido secretos. Luna lloró, se sentía culpable, pero la convencí de que el problema era mío y yo era el que iba a resolverlo. Aquí viene lo fuerte y lo más descabellado que jamás pensé hacer, pero funcionó: la siguiente vez me senté a un lado y los miré. Cuando conseguí olvidarme de lo sucio y perverso que podía parecer aquello, me relajé y solo vi a las dos personas adultas más importantes de mi vida haciéndose disfrutar el uno al otro, y yo no iba a impedirlo. Entonces lo entendí. Yo no era quién para romper esa conexión, dependía de ellos, pero mientras no pensaba quedarme a un lado, quería ser partícipe de la historia y disfrutar sin preguntas. Y así ha sido. Nunca me creí alguien temeroso de la soledad, pero una vez que Luna

entró en mi vida todo cambió y el miedo a que algún día no esté en mi vida nació... Las espinas que arrastra la felicidad.

Al principio el sexo entre ellos era casi diario, al igual que conmigo, pero poco a poco fue espaciándose en el tiempo y solo ocurría si yo participaba en él, las primeras veces algo borrachos de alcohol, pero después borrachos de ganas de hacernos estallar de placer. Si califico aquellas noches como brutales me quedo corto. Cuando haces gozar a una mujer pero a la vez tú mismo obtienes placer a veces la olvidas; de esta forma, tenía a Luna expuesta y podía observarla de principio a fin. Ahora la conozco mejor que antes, sé qué quiere, qué le gusta y qué no en cada momento, y también sé que nuestra vida sexual no ha hecho más que empezar y que es la mujer de mi vida y de mi cama. He conocido a muchos hombres que les son infieles a sus mujeres porque con ellas no se atreven a hacer ciertas cosas, y hasta contratan a profesionales para realizarlas; yo me niego. Soy un hombre activo sexualmente y enamorado, todas mis fantasías pienso cumplirlas con Luna, al igual que voy a cubrir las tuyas, sea cuales sean, siempre sabiendo la verdad de que nadie podrá hacerme sentir lo que ella cuando me toca y tiene su atención puesta en mí. Cuando me introduzco dentro de ella, la conexión es perfecta y el mundo deja de existir. Es mía y yo soy suyo, al completo.

¿Y Edu? Él nos dice que es nuestro juguete, nuestro vibrador. Ambos nos reímos, pero no le falta razón. En este tiempo los tres hemos comprendido que la verdadera relación era la nuestra y él tendrá que buscarse la suya, por eso me apoyó desde el primer momento cuando le conté que quería casarme con ella, porque la quiero solo para mí, por muy contradictorio que suene.

He aprendido a separar sexo y amor. Entre ellos solo es lo primero, conmigo es el *pack* completo, por eso es tan increíble.

Me recuesto y le acaricio un hombro. Creo que ha comenzado a despertarse. Le acaricio con mis labios la nuca y advierto como se retuerce y un pequeño gemido sale de su boca. Solo con esto ya estoy a cien y siento mi sexo endurecerse como solo se excita con ella. Lo froto a su trasero.

—¡Uhhmm! Creo que va a gustarme este desayuno —bromea Luna todavía con voz dormida pero con tono sensual.

La agarro por la cintura para girarla y cuando la tengo frente a mí la

beso fuerte y con rudeza. Ella me lo devuelve y sube la pierna a mi cadera para poder pegar su pelvis a mi excitación.

—Quiero tenerte ya, aquí y ahora —le ordeno. Sé que eso le gusta.

Las pupilas de Luna se oscurecen, su pecho se acelera y se monta encima de mí aplastando mi sexo con el suyo.

—Me tendrás solo para ti, pero en la ducha. Aquí no. —mira hacia la cunita de Clara y después a Edu.

—Harás todo lo que te diga... —sé que en ocasiones este tono LA excita más que mil palabras de amor.

—Todo. Llévame contigo, Eneko.

La recojo con los brazos y la secuestro para hacerla mía desde por la mañana.



Ya ha acabado el juicio. Velando por nuestra seguridad, nuestros testimonios han sido los últimos. Todo ha ido bien. Ahora solo hay que esperar a que los jueces dicten sentencia, pero hoy hemos obtenido nuestra libertad, nuestras vidas ya no corren peligro. La familia, incluidos los padres de Luna, nos esperan a la salida del juzgado.

Ella está ansiosa por salir y sé que no está haciendo ni caso a lo que nos está detallando el fiscal del caso. Han sido muchos meses sin ellos y Luna está muy unida a sus hermanos y a Sol. Me da cierta envidia no tener a nadie que me espere además de a ella y mi hermano.

El fiscal se despide y Luna toma en brazos a Clara, a quien trae la persona que ha estado cuidándola durante el tiempo que han durado las declaraciones. Nos han afirmado que las pruebas son irrefutables y que los jueces no tardarán en condenarlos. De momento, DMS ha cerrado y varios de sus dueños y operarios están entre rejas. El espionaje entre marcas es normal, pero ellos lo han llevado a un nivel indefendible y estoy seguro de que van a pagar por ello.

Antes de abrir la puerta, en el vestíbulo que nos lleva a nuestra nueva

vida, los tres nos paramos. Edu coge a la niña en brazos y la besa.

—Chicos, lo hemos conseguido —habla Edu—. Hoy recuperamos nuestra libertad. Yo quería deciros que os quiero mucho a los tres —besa a Clara y esta juega a tirarle del pelo—, pero a partir de hoy el resto de nuestra historia ha de acabarse.

Luna y yo asentimos.

—Os merecéis una vida para vosotros, porque sois las mejores personas que conozco, porque os queréis como yo nunca he querido a nadie y porque vais a criar a mi hija, cuando yo no esté, claro. Los tres sabemos que yo sobro en vuestra cama. —Toma aire y mira a Luna—. Eres la mujer a la que más he deseado en mi vida, pero sé que encontraré a otra que me haga sentir lo que tú logras en Eneko. Hasta que la encuentre, pienso pasarlo fenomenal buscando.

Luna y yo reímos.

—Voy a echarte de menos, payaso —le dice Luna—. En este tiempo hemos terminado lo que aquel día empezó y no hay que darle ya más vueltas. Todo mi ser le pertenece a él y tú lo sabes. —Me señala con la cabeza y veo a Edu asentir.

—Y a ti, hermano, más te vale hacerlo bien y cuidarla, porque es la mujer más especial que tendrás entre las manos.

—Lo haré, te lo prometo —afirmo—. Esto está pareciendo más despedida de lo que imaginaba, ¿qué piensas hacer?

—Seguiré trabajando para el CNI y tendré que desaparecer muchas veces durante un tiempo cuando tenga que infiltrarme, es lo que me gusta... Espero que lo entendáis. Mientras, volveré a Arenas, me gustó vivir allí, tenía mi huerto, mi montaña, el río... Cada quince días, como hablamos, vendré a estar con Clara y os daré libertad.

—Sabes que puedes quedarte en casa cuando quieras —le aclaro.

—Por supuesto, no os vais a librar de mí tan fácilmente, pero tengo que ordenar mis ideas.

Lo abrazo.

—Gracias por todo, hermano. Gracias por jugarte la vida por mí.

—No exageres —me palmea en el hombro.

Luna le quita a Clara para que podamos abrazarnos como Dios manda y

nos dice:

—Chicos, no puedo aguantar más, necesito abrir esa puerta y estar con mi familia.

Sin más preámbulos, lo hace y ambos observamos como todos sus familiares gritan a la vez emocionados por verla de nuevo llevando en brazos a su hija.

Edu y yo salimos a la calle, pero no bajamos la escalera hasta donde están ellos. Todos. Sus padres, sus hermanos, Sol, sus sobrinos Iris y Elián, y hasta Ranjit, con la que entiendo que es su mujer. Las risas, alguna que otra lágrima y los abrazos se distinguen desde aquí y me emocionan. Es bonito ver que quieren tanto a la persona a la que amas.

—Te prometo que como la hagas daño, te mato —vuelve a repetirme.

—Tranquilo, picha brava. —Y solo ahora con toda la confianza conseguida en estos meses le digo—. La quieres más de lo que dices.

Edu mira al frente serio, chasqueando la mandíbula.

—Probablemente, pero te ha elegido a ti. Podré superarlo.

Capítulo 40

Tiempo después

Luna

Vamos a toda prisa, como todas las mañanas, a dejar a Clara en la guardería. Esta niña no se toma la leche ni a tiros y menos mal que Eneko tiene una santa paciencia, si no se iba en ayunas mañana sí, mañana no.

Cuando salimos, en silencio, porque los berrinches al dejarla no cesan y no hay nada más desagradable que dejar a tu hijo desconsolado en brazos de otro, caminamos rápido al coche.

Al meternos, Eneko suspira fuerte.

—Lo llevo fatal, te lo prometo —afirma.

—Y yo, mi vida. —Coloco la mano sobre la suya, con la que agarraba la palanca de cambios, y contemplo mi recién estrenada alianza.

Eneko ya es mi marido. Hace un mes que nos casamos, pero no hemos podido irnos de luna de miel por todo el trabajo acumulado que teníamos. Fue un día precioso, rodeado de todos nuestros amigos y familiares.

Tras la separación que nos obligó a mantenernos alejados de ellos, me he dado cuenta de cuánto necesito a esas personas a mi alrededor y ha ido forjándose una gran amistad entre todos. Júpiter y Sol ya se han divorciado oficialmente y se llevan hasta bien; no hay que olvidar que se conocían desde pequeños y se echaban de menos. El divorcio al final fue de mutuo acuerdo y por sus hijos han decidido darse una oportunidad como amigos, y parece que funciona. Hasta su novia Lorena forma parte de la panda, es una mujer amable, con mucho carisma y simpatía, que nos está ganando el corazón. Sol sigue sola, enamorada perdida de su policía, que se ha ido de misionero unos meses, y ella vive entregada a sus hijos, a su sobrina, a su trabajo y a su nuevo estilo de vida saludable. Estrella está esperando la sentencia del juicio de su violación y como aprobó la oposición a la primera, estoy más que

orgullosa de ella, en dos semanas ingresa en la academia de la Policía Nacional, por lo que anda que no hay quien la aguante, pero más guapa que nunca. Y Edu, que viene todos los fines de semana, sigue soltero, aunque dice tener a varias mujeres satisfechas en Arenas, no sé por qué lo creo.

Eneko y yo continuamos trabajando juntos en nuestro proyecto, que ya está a punto de ver la luz. Nos han llovido las ofertas y es probable que yo cambie de laboratorio para empezar mi carrera como adjunta en otro sitio. Eneko me apoya y juntos estamos valorando las mejores opciones. A pesar de las prisas, del estrés diario y de las preocupaciones, soy la persona más feliz y completa del universo.

Paramos en el *parking* del trabajo a las nueve en punto. Justo nos cruzamos con Gloria y nos saluda sonriente. Desde que se ha casado con Jordi, uno de los abogados que llevan la empresa, está más que simpática y servicial.

Hoy tenemos muchas entrevistas y papeleo que completar, por lo que salimos disparados del coche sin ni siquiera darnos un beso de despedida.



A las dos de la tarde, cuando consigo levantar la cabeza del ordenador, miro a mi alrededor y veo que todos se han marchado a comer. Creo recordar que algo me han dicho, pero estaba tan concentrada que no les he respondido. Un pinchazo en el estómago me recuerda el ayuno al que lo he sometido sin avisarlo. Suena mi teléfono.

—Ven a mi despacho —escucho a Eneko muy serio.

Camino rápido y abro la puerta. Está sentado en su silla, con la espalda bien apoyada y atravesándome con sus profundos ojos. No me canso de repetir que es tan guapo que duele. Ahora que se ha dejado barba parece algo más mayor, pero a mí me encanta cómo le queda, porque destaca su mirada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Cierra esa puerta con llave y baja la persiana —obedezco, me encanta que use un tono dominante conmigo cuando quiere tema—. Hoy no le has

dado ni un mísero beso a tu marido y vas a tener que resarcirlo porque está muy enfadado.

Me río mientras abro mi vestido camisero delante de él y me quedo en ropa interior en un pispás. Advierto como sus ojos se dilatan al estudiarme y sé que está más que preparado para hacerme suya. No se cansa. Ni yo. Debemos de ser la pareja casada con más sexo del universo, y eso ha llevado a que de vez en cuando, a pesar de que uso protección, tengamos algún susto. No porque no desee tener un hijo de Eneko, todo lo contrario, más bien porque mi anterior parto no fue un camino de rosas.

Apoyo los codos en la mesa y me ofrezco toda para él. Eneko me toma de una vez y, minutos después, juntos llegamos a un orgasmo maravilloso. Ha sido colosal, el morbo de hacerlo en su despacho me tiene enganchada.

Unos minutos después, sentados en el suelo, todavía respirando con dificultad y abriendo unos táperes de comida china que Eneko había pedido para los dos, me dice:

—Luna, ¿qué te preocupa?

—¿Cómo?

—Te conozco, algo te pasa.

—Estoy bien, Eneko.

—Lo sé, acabas de demostrármelo, pero algo te ronda; estás más callada de lo habitual. Sabes que sé leer en ti desde que te conocí. Cuéntamelo.

Me recoloco. No era así como imaginaba abordar este tema, pero...

—Tengo una falta de unos días. Me hice una prueba anoche, es negativa.

Eneko abre los ojos mucho, pero no hace ni una mueca más. Cuando sus ideas toman forma en su cabeza, y no antes, dice:

—Debemos tener más cuidado, Luna.

—¿Más? Uso el parche anticonceptivo.

—Sí, cariño...

—Eneko, yo quiero tener un hijo contigo. —Hago esfuerzos por no llorar.

Mi marido me abraza fuerte para que me desahogue.

—Y yo, cariño, y yo. Y los tendremos, verás como sí, pero por lo pronto tenemos que esperar dos años de la cesárea, nos lo han dicho los médicos.

—Pero a la vez me da tanto miedo... —Me escondo en su cuello.

—Normal, Luna. Tendremos más hijos siempre y cuando no se ponga en riesgo tu salud y tú estés preparada. Hay más opciones, cariño.

—¿Cuáles? El vientre de alquiler es ilegal aquí en España.

—Pues nos vamos —me dice muy seguro—. Si llegado el momento apostamos por esa opción, nos mudamos. También podemos adoptar o te quedas embarazada y todo va bien, vete a saber, Luna. No adelantemos acontecimientos...

—No puedo, Eneko. Sabes que el primer mes casi muero, pero ahora veo a Clara y necesito más, un hermanito para ella, un hijo totalmente tuyo.

—Yo veo a Clara como mi hija, lo sabes.

—Es que lo es, pero tú me entiendes. Te lo mereces, Eneko, y me entristece que quizá no pueda dártelo.

—Luna, lo que tú y yo tenemos es un regalo. Que me hayas delegado tu vida es un regalo. Amanecer y anochecer contigo es un regalo. ¿Por qué crees que necesito más? Vivamos el día a día disfrutando de lo que tenemos y ya saltaremos los obstáculos que se nos presenten, juntos, no lo olvides, Luna. Juntos somos más fuertes.

Y sin más, aquel hombre al que conocí y que me hizo temblar por dentro hace años, aquel que me conquistó antes de hablarme, aquel con el que compartí ensayos y estudios, amándolo en secreto, y que cuando lo besé supe que era mi perdición, me salva de mí misma y mis miedos alzándose como mi único norte.

—Te quiero —le digo disfrutando de cada letra, porque nada sabe mejor que poder decirle te quiero a la persona a la que amas.

Prólogo

Para quien quiera algo más

Edu

—¿Cuánto te quiere papá?

—Así. —Abre los brazos de lado a lado y yo no puedo más que comérmela a besos.

Me la he traído a Arenas unos días de vacaciones y estamos pasándolos fenomenal los dos.

Clara ya tiene veinte meses y la jodía se hace entender. Yo me deshago cada vez que baila o que me llama papá.

Todo está siendo una experiencia con ella. La mejor. Una niña de veinte meses se ha convertido en la mujer de mi vida y creo que va a estar difícil sacarla del *ranking*. Candidatas no le faltan, pero nadie me inunda el pecho de felicidad de la buena como cuando ella me sonríe.

Solo podría haberla desbancado su madre... pero eso ya pasó y ahora estoy totalmente recuperado y solo la veo como la mujer de mi hermano. Aquel tiempo que pasamos juntos nos aclaró las ideas a todos y a mí me sirvió para saciarme de ella y saber que si la quería la iba a tener que compartirla, porque el amor de Luna le pertenecía a Eneko. Por eso me distancié y los dejé partir. Son muy felices así y yo no pienso volver a asomar la nariz por ahí.

Pero estoy orgulloso de aquello, de la decisión que tomamos los tres y de lo valientes y consecuentes que fuimos con nuestros sentimientos. Aquellos meses nos han unido de por vida. Eneko y Luna son las personas a las que más quiero, sin lugar a dudas, a excepción de esta pequeña que acaba de coger un tomate de mi huerto y me lo trae todo despachurrado, tan orgullosa.

Suena el timbre de la casa. Instalé uno en el huerto por si alguien me

llamaba. Cojo a Clara en brazos y voy a abrir. No esperaba visitas y camino desnudo de cintura para arriba. Cruzo el salón cantando «había una vez un barquito chiquitito» con Clara y cuando abro la puerta me encuentro con una persona que no imaginaba. Creo que la mujer más guapa que he conocido jamás y que si no fuese quien es no dudaría en lanzarle la caña. La advierto angustiada.

—¿Qué pasa, Estrella?

—Necesito tu ayuda, Edu.

Fin.

De momento...

Nota de la autora

Esta es la historia más difícil que he escrito de momento. Creo que quien me conozca entenderá por qué.

Mis novelas suelen ser más *light*, más para todos los públicos, y ahora tengo en mis manos una que no va a serlo y no sé cómo sentirme al respecto. Pero lo soñé, mi cabeza me regaló una noche el triángulo amoroso de Luna con esos dos hermanos y tenía que ser consecuente con aquel sueño.

Siempre he pensado que las escritoras de novela erótica son unas valientes, y aunque considero que esta no lo es, sí que tiene muchas más escenas subidas de tono que mis anteriores y tengo a un Pepito Grillo en la cabeza que me repite: «¿Qué va a pensar la gente que me conoce?».

No sé, espero que les guste y lo disfruten, más no puedo hacer.

Escribo lo que me pide el cuerpo, faltaría más, y esta vez me ha pedido esto. Me gusta embarcarme en proyectos diferentes y este lo era. Esto no quiere decir que a partir de ahora mis novelas sean más calentitas, ni que no, dependerá de mis sueños...

Al lector:

Espero que te guste.

Y a las lectoras mujeres:

Haced con vuestros cuerpos lo que os dé la gana y lo que mejor os siente. Probad y, si os gusta, repetid; si no, olvidadlo. Un consejo: sea lo que sea lo que hagáis, no olvidéis que ha de haceros sentir orgullosas, valientes y libres, porque tenemos que serlo y estarlo. Somos mujeres, joder. Ni más ni menos.

Sentimos, amamos, olemos y tocamos como mujeres, y es maravilloso. Nadie puede arrebatarnos nuestro elixir. A quien lo intente, detenedlo; a quien lo logre, denunciadlo, porque es malo. Muy malo.

A los lectores hombres:

Tratadnos como iguales, porque lo somos. Ni más ni menos.

Segunda nota de autora

Esto se está convirtiendo en vicio

Algunos lo habréis averiguado, otros no tendréis ni idea, pero ya os lo voy a explicar yo. ¿De dónde salen los títulos de los capítulos?

Me siento una afortunada por escribir y tener a gente que me lea. Es de las cosas más alucinantes que me han pasado en la vida. Por eso me siento en la obligación de ser sincera con lo que el cuerpo me pide y mi mente elucubra. Hace un mes fui a un concierto, hacía nueve años que vi a ese cantautor guatemalteco por primera vez en España y no había vuelto a visitarnos. Me encanta, lo sigo desde que tengo dieciocho años, cuando un amigo sacó una cinta, me dijo «te gustará» y sonó *Ella y él*. Acertó de pleno. Desde ahí comienza mi periplo por conseguir su música, la de mi cantautor favorito, Ricardo Arjona. Ahora es fácil; cuando tenía dieciocho años, no tanto.

Será casualidad o no, pero justo al acabar el concierto y resacosa de su voz, comienzo con las correcciones de *Luna para dos* y pienso que Ricardo Arjona se merece un hueco en mi libro, porque sus frases forman parte de quien soy y mis libros también.

Me considero alguien agradecido y este señor me ha hecho sentir tan bien, aunque él no lo sepa, que suelo incluirlo en todas mis novelas citando alguna frase suya, aunque tampoco lo sepa, y así intentar que su música llegue a más españoles, porque aquí no es tan conocido como en otros lugares del mundo.

Total, que se me ocurrió la idea y por eso he pasado varios días navegando por el baúl de los recuerdos para titular cada capítulo con una canción suya que tenga que ver. Os lo regalo y os prometo que es un regalazo.

Si os ha gustado *Luna para dos* os invito a la segunda versión, ¿qué libro os da eso? Releed los capítulos y escuchad la canción elegida. Puede

que sea un viaje curioso unir su voz y mi locura, y puede que mi título de cantautor favorito tenga que compartirlo con vosotros, porque es muy, pero que muy bueno. Sus canciones son pura verdad cantada con metáforas y rimas inolvidables.

Por supuesto, si os cruzáis con él, se lo contáis, porque es la persona del mundo a la que más me gustaría conocer y me da que voy a quedarme con las ganas, pero da igual, yo le rindo aquí mi homenaje por hacer fácil lo difícil.

Espero que os guste y me lo hagáis saber.

No sabéis el regalo que os he hecho... Yo sí, el mismo que vosotros a mí por elegirme.

Un abrazo, un beso... un buen libro.

Agradecimientos

Sobre todo, gracias a ti por leerme.

Gracias a mis editores por seguir apostando por mí.

Gracias a mis lectoras cero por darme ideas y ayudarme. Gracias a Natalia, Verónica, Victoria (Kate) y Mónica.

Gracias a Cristina Martín por ayudarme con los ensayos con animales. Echo de menos nuestra etapa teatral...

Gracias a Verónica por ayudarme con el tema laboratorio, y cuando leas esto espero que todo vaya bien, lo espero con tantas ganas que es mejor escribirlo que decírtelo.

Los libros los escribo durante meses, meses en los que soy mamá, enfermera, hija, hermana, amiga, cuñada, prima... y suceden muchas cosas.

Gracias a mis compañeras Sex in Geta (Paqui, Raquel y Carmen) por hacer de *esa* noche un chat. Lo he escrito antes, me considero alguien agradecido y nunca olvidaré vuestro comportamiento. Os llevo en mi corazón. Y, Paqui, por fin Clara sale en un libro como se merece. Y gracias al resto de mis compañeros, porque me aguantáis e incluso venís a verme a la Feria del Libro. Muchos ya me habéis leído y sé que me promovéis en vuestros círculos. Pero, sobre todo, gracias por ayudarme a ser mejor enfermera.

Gracias a Maika por hacerme la Semana Santa, prometí un libro firmado a quien me la hiciese y he pensado que esto es mejor.

Gracias a mi Noe, que aunque no me lee y se ha ido de la UCI, es mi partidora de miedos favorita, y gracias a Laura Albarrán, porque no puedes ser más salá, jodía, y me alegras los turnos.

Gracias a Mari Jose por impedir que mi casa se inundase, eres una gran casualidad en mi vida.

Hay pacientes que te tocan la fibra; hace unos meses, uno que me mintió diciéndome que era poeta se hizo con un hueco en el corazón de esta enfermera por su simpatía a pesar de las circunstancias. Eliseo, no solo te doy

las gracias por tu lección de vida, además hay un personaje con tu nombre en el libro.

Gracias a Carol, a Susi y a Marta por vuestra amistad. Sois mis amigas desde que tengo uso de razón y no pienso perderos aunque sea una descastá.

Gracias a mi enorme familia por hacerme la vida fácil y que sepa que siempre estáis ahí, empujándome.

Gracias a mis amigos, en especial hoy quiero agradecerles a Natalia y a Miguel el que alimenten todas las tardes con lomo y lo que salga de ese bolso a mi pequeña. Sois unos fenómenos.

Gracias a mis libreras (Manuela, Mari Ángeles), que me ayudan tanto. Y a las simpáticas libreras de Sonrisas de papel y Blas por invitarme a su caseta. Gracias.

Gracias al ayuntamiento de Humanes de Madrid por invitarme de nuevo a su feria y, por supuesto, a sus maravillosas bibliotecarias.

Gracias a Amanda del periódico *Soy de...* por estar ahí siempre que te escribo.

Gracias a Nari Springfield por darme a conocer en la Feria del Libro de Vallecas y promocionarme tan bien.

Gracias a Carmen y a Luis, por TODO (y es mucho).

Gracias a Dimas por seguir a mi lado haciéndome la vida fácil y mucho más colorida, y por cuidar como cuidas de nuestra hija, ya sabes que en ocasiones se me cae la baba cuando os veo a los dos juntos jugando. Eres un padre sexi, sexi (solo para mí, que les conste a las lectoras).

Y ya... ¡No! ¡Espera! Si te ha gustado, corre la voz, compárteme, pasea el libro por el metro, en la piscina o en el trabajo y... espera a conocer la historia de Estrella.